

ARTURO ALAPE



LAS VIDAS DE  
PEDRO ANTONIO MARIN  
MANUEL MARULANDA VELEZ

# TIROFIJO

PLANETA

**Arturo Alape:** Cali, 1938 - 2006 Investigador, escritor y periodista. Realizó estudios de pintura en el Instituto de Cultura Popular. Ganador de varios concursos nacionales de cuento, sus textos han sido traducidos a idiomas como el francés, alemán y japonés. Autor de: La bola del monte (cuentos, Premio Casa de las Américas, 1970), Las Muertes de Tirofijo (cuentos, 1972), El diario de un guerrillero (1973), El cadáver de los hombres invisibles (cuentos), Guadalupe años cincuenta (coautor, Premio de teatro Casa de las Américas, 1976), Un día de septiembre (testimonio sobre el paro cívico de 1977), El Bogotazo, memorias del olvido (1983); reedición Planeta 1987); Noche de pájaros (Novela Planeta, 1984), La paz, la violencia: testigos de excepción (Planeta 1985). Este libro: Las vidas de Tirofijo (Planeta, 1989) es su último trabajo literario, preparado en Colombia.

## INDICE

### AGRADECIMIENTOS

#### INTRODUCCIÓN

Aspiro a que no se haya quedado una voz perdida

#### 1. LOS CORRETEOS INICIALES

Historias de espanto contadas por Manuel

“Génova, parecía la cola larga de un gurre...”

“Ceilán, 9 de abril, yo sólo miraba...”

El rostro de la tensión

“Yo dije, ya se jodió esto y el negocio...”

“...bajo los números abajo citados, el completo goce de nuestras facultades mentales...”

Disparos en el Parlamento

“Ahí si me puse a pensar distinto...”

Instantánea fotográfica de un milagro

#### 2. LOS PRIMOS ERAN 14

Historias de espanto contadas por Manuel

“Conversación solitaria...”

“El muchacho volvió todo cambiado...”

“Al primero que ajusticiamos fue...”

“Volver por los territorios perdidos...”

“Se les veía al rompe el alma de liberales...”

#### 3. SUR DEL TOLIMA: LA GUERRA ENTRE LA GUERRA

Historias de espanto contadas por Manuel

“No es fácil el comienzo de una lucha...”

“En esas condiciones duramos más de un año...”

“Rioblanco, la ilusión apaleada...”

“La Romana nos abrió las luces del entendimiento...”

“Teníamos las agallas para no perder la vida...”

“Ahora, la guerra de las diferencias...”

“Pero conviene separar la casa...”

“Dejamos el olor como si fuera una nube estacionada en la tierra...”

“El Davis, tierras en que se siembra la vida y la vida crece...”

“Eso fue prolongado, algo así como más de un año...”

“El otro Manuel...”

“Se lo tragó el río, a el Davis lo ahogó el río...”

#### 4. LA OPERACIÓN MARQUETALIA, LA GUERRA QUE AUN NO HA TERMINADO

Historias de espanto contadas por Manuel

“Tenemos que cruzar tres cordilleras como aquella...”

“Los hombres en la guerra, aprenden a conocerse  
en el sacrificio”

“El cuerpo de Charro creció tendido en la plaza  
de Gaitania...”

La despedida de hombres que construyen sueños

“...si he coleccionado algunas cabezas  
de bandoleros para...”

“Si son catorce mil, mejor, más blanco dan...”

## **FUENTES**

## **BIBLIOGRAFIA**

*A mi hijo, la historia del Otro Manuel.  
A Carlos, el amigo entre los amigos.  
A Raquel, que soñó en la noche larga de un año,  
que yo había soñado escribir esta historia.*

## **AGRADECIMIENTOS**

*A C. M.*, le agradezco su laboriosidad y rigor en la localización de las fuentes, y en la sistematización de la información. Su ayuda fue inmensa en el proceso mismo de la escritura del texto.

*A Consuelo H.*, por su ayuda en la localización de las fuentes para un período histórico decisivo para el texto.

*A María Consuelo*, por su colaboración en la transcripción de varias de las entrevistas.

## INTRODUCCIÓN

### **Aspiro a que no se haya quedado una voz perdida**

*Desde el Alto del Indio, al borde de la carretera, habíamos visto a Gaitania en la profundidad de un hueco encajonado; dos cortes de montaña entre el cañón del río Atá, bien cimentada en la hondonada de tierra, la vimos por los techos de sus casas y de verdad que nos alegramos. El viejo baquiano, encorvado por el peso de los años, nos había dicho:*

*-Ahora, muchachos, es bajando corriendito a pie y bajando le rinde a cualquier hombre por flojo que sea. Lo hicimos con la inexperiencia de dos hombres de la ciudad, sosteniendo los pasos sobre los talones y doblando las rodillas a cada instante como si estuviéramos soportando un temblor en las corvas.*

*Al llegar en la noche, lo más aconsejable por seguridad, vimos un cuadrado de casas que conformaban el marco de la plaza, ya desierto. Estábamos en Gaitania, antigua colonia de presos políticos liberales, durante la hegemonía conservadora. De inmediato el viejo baquiano nos dejó en la casa del **contacto**. Nos abrió la puerta un hombre delgado de abundantes bigotes y cejas pobladas, y como saludo nos dijo:*

*-Camaradas, los estamos esperando desde hace dos días.*

*Evidentemente debimos llegar hace dos días, pero el regional del partido en Neiva había tenido problemas para encontrar a un baquiano de confianza que nos condujera hasta Gaitania. Y nos confió a un viejo conservador de ojillos vivos brillantes que evitó de camino hacernos ningún tipo de preguntas indiscretas. Un hombre de conocimientos en el necesario equilibrio del saber vivir en una zona de complicada situación política. Con él nos metimos en un bus, yo viajé al lado de Omar y el viejo baquiano se sentó detrás de nosotros, haciendo que leía un periódico, pero lo cierto es que durmió plácidamente en el viaje de cuatro o cinco horas por una carretera destapada.*

*El **contacto** en mangas de camisa, flaco, de huesos salientes por todo su cuerpo, resultó ser el odontólogo-tegua del pueblo, que nos invitó a pasar a su casa, nos ofreció comida y luego en tono solemne nos dijo:*

*-Aprovechando la llegada de ustedes que vienen por el central, he organizado esta noche una reunión, para que nos regalen algo de sus experiencias.*

*Rostros en la penumbra de hombres sentados en hileras, quietos sobre bancas de madera. Hablamos Omar y yo de la actualidad política, de las posibilidades de la alianza del partido y el M.R.L., de las ricas experiencias que nos brindaba la revolución cubana, de las tareas de crecimiento del partido en lo orgánico y de su política de masas. Entre ellos pululaba el silencio, al escuchar palabras que les “regalábamos” como experiencias, que*

*en verdad no era muchas. Promediando la reunión, escuché la voz pausada del odontólogo preguntar con ansiedad:*

*-Para nosotros, campesinos, es muy importante que nos expliquen ustedes, hombres de universidad, la teoría del camarada Stalin sobre el problema de las nacionalidades.*

*Entre los dos respondimos a su pregunta con la información que teníamos a mano. Les hablamos de cómo Lenin había planteado la solución del problema de las nacionalidades y cómo en realidad se había resuelto la cuestión en un país de diversas repúblicas como la Unión Soviética. En fin, les respondimos. Por el silencio, uno suponía que estaban satisfechos. Lo que no entendíamos era la importancia que para ellos tenía ese problema. Hombres alerta en el silencio de sus pensamientos. Elementales, con la convivencia del rigor de lo cotidiano. Al finalizar, los veinte hombres agrupados en la oscuridad se levantaron y uno a uno nos dieron la mano, en un apretón sin fuerza, pero cálido, y dijeron “¡gracias camaradas!”.*

*Esa noche dormí con la idea fija -constante martilleo en la cabeza-, de que seguramente, al día siguiente, estaríamos en camino hacia Marquetalia. Me adormilaba con la ilusión de lo posible. En reunión reciente del Central de la Juventud Comunista, se acordó que una serie de cuadros de la organización, visitaran diversas zonas campesinas, que afrontaron y desarrollaron la resistencia guerrillera en la década de los cincuenta, para así conocer de cerca esa vivencia. Para nosotros era palpar otras paredes, sentir otros alientos. A Omar Bernal y a mí nos tocó por suerte viajar a Marquetalia, la ensoñación, el penetrar en lo que era en ese entonces o sería un mito en el transcurrir de los años. Otros compañeros fueron al Pato, Guayabero, Riochiquito, Sumapaz.*

*Nosotros, a finales de los años sesenta, éramos la generación que despierta no de cualquier sueño, sino de la más brutal de las pesadillas, que directa o indirectamente habíamos vivido y ahora se convertía en un tabú impregnado por un miedo patológico. Queríamos con esa visita, desmontar la intensidad de esa realidad, beber en sus fuentes, ver el otro rostro descrito en otras palabras para nosotros las verdaderas y por ello, la buscábamos en la sabiduría sembrada en la tierra. La idea colmaba los límites de la ambición en esos años juveniles. Omar Bernal como estudiante de derecho en la Libre, en Bogotá; yo simplemente debatiéndome entre la agitación política y la más amplia gama de amarillos girasoles, sombra vangoghiana, los dos balbuceábamos la nueva pasión.*

*Después del desayuno hablé, indagué con largueza al odontólogo sobre la situación de la zona. Él, enseñado a vivir entre el breñal de la zozobra sólo dijo:*

*-Muy berraca la situación. Hace un año se nos complicó con el asesinato del camarada Charro. Pero, ahora parece que se mejora. Uno no sabe al final qué pasará. La gente de arriba sí lo sabe.*

*Me contó que al cerrarse definitivamente la colonia penal de Gaitania, en los años 30, “los presos enamorados de estas tierras, se quedaron y descuajaron montañas, y preñaron a muchas mujeres y ya como colonos, formalizaron sus familias...”. Me dijo que saldríamos*



*al mediodía con un compañero del Movimiento que estaba haciendo mercado. Le pregunté por Omar.*

*-Está en la plaza jugando fútbol.*

*-Fútbol, ¿con quién...?*

*-Con los soldados del puesto.*

*Entreabrí un poco la puerta; Omar, un civil sudoroso y colorado pateaba la pelota, sin remordimiento, incluso con frenesí desenfadado. Un soldado con la cabeza rapada, de excelentes condiciones se alistaba como portero para atraparla. Era el cobro de un tiro directo, una falta. Lo hice llamar y le pedí explicaciones. Él había incurrido en un acto de indisciplina, al mostrarse en público en el pueblo, olvidando las normas de seguridad. El odontólogo, alisándose con inaudita paciencia su bigote, un mostacho que le cubría los labios, escuchaba la discusión y dijo para zanjarla, en términos de alguien que tiene dominio sobre lo que gira a su alrededor:*

*-No se preocupe camarada, las cosas están tranquilas por aquí...*

*Llegó una anciana quemada por el sol y los años, vestida con un vestido negro que le llegaba más abajo de las rodillas, conocida como Pajarita; nos miró con complicidad y nos detalló, y el odontólogo le dijo:*

*-Ellos son los compañeros que van hasta arriba.*

*A nosotros nos dijo, ahora chupando su mostacho: “Ella los llevará sin problemas”. Se empacó nuestro equipaje en costales, se amarró sobre una mula y salimos. El pueblo a plena luz bajo una supuesta normalidad que detectan los ojos. La anciana muy callada iba adelante arriando a las bestias; luego Omar y yo, siguiendo sus pasos sin presentimientos. No eran necesarias las explicaciones. La confianza se deposita en la confianza de otros hombres. Al voltear la casa del odontólogo -casa esquinera-, al caminar unos veinte pasos en dirección al camino de salida, aparecieron algunos soldados que saludaron afectuosamente a Omar, un saludo futbolístico. Luego un hombre vestido de militar, joven pero adusto en su ceño se nos quedó observando como si estuviéramos metidos dentro de una vitrina, en actitud de autoridad y por la espalda nos sorprendió con su voz de mando:*

*-Ustedes, ¿para dónde van...?*

*Nos detuvimos, era lo lógico, lo natural o lo debido. Nos detuvimos contra nuestra propia sorpresa.*

*-¿Nosotros...?*

*-Sí, ustedes...*

*Entramos en explicaciones. Le dijimos que veníamos de Bogotá con deseos de comprar una finca por los lados de El Puerto, a una hora de Gaitania. Que teníamos información de que eran tierras buenas para la ganadería. Eso contestamos, eso nos dijo que dijéramos el odontólogo.*

*¿Una finca...? ¿Son ilusos ustedes o se están haciendo los ingenuos?*

*-Ingenuos, ¿por qué...? -pregunté aún más ingenuo.*

*-Porque... ¡sus papeles...!*

*Le entregamos la cédula.*

*-¡Todos los papeles! Lo que tengan en los bolsillos. ¡Detengan las bestias! -Tres soldados obedecieron deteniendo a las bestias por las bridas. Los bolsillos en el aire como lenguas blancas sobre los pantalones. El hombre vestido de militar revisó con minucia nuestros papeles y nos volvió a mirar escrutándonos con dominio en su franqueza.*

*-Ah, con que correos los jovencitos. Yo me cimbré cuando vi que Omar había entregado una carta, además de sus papeles de identidad. El teniente, luego supimos que era un teniente, nos hizo pasar a una especie de oficina grande, desprovista de cuadros en las paredes; a la izquierda, sobre un escritorio, una máquina de escribir y sobre el mueble, montones de papeles. El teniente, alardea, vivaces los ojos, al ventearse el rostro con la carta. Aires victoriosos.*

*-Compradores de fincas... ¿y esta carta...? Acaso no conocen al sujeto que va dirigida...?*

*Omar muy sincero respondió que no lo sabía, que un señor -el odontólogo- se la había dado para entregársela a otro señor cuando llegáramos al Puerto a ver la finca que nos interesaba para comprar. El teniente no pudo contener la carcajada. Sus dientes eran parejos, blancos y muy cuidados.*

*-Voy a abrirla.*

*Como un reflejo condicionado recordé la Constitución. Le dije que abrir y leer el contenido de una carta ajena, era una cuestión anticonstitucional. Cosas que uno podía decir en la época. El teniente dudó, sí, dudó un instante, manteniendo en vilo la carta. Entonces yo seguí con mi ardorosa argumentación constitucional en cuanto a la libertad de comunicación, que debía respetarse en un país que se ufanara de ser un país de libertades públicas. En fin, recordé, las fibras íntimas del recuerdo culposo, que en el bolsillo de la relojera, llevaba la credencial del Comité Central del partido.*

*El teniente habla por radio con Neiva, me supongo, el puesto debe estar adscrito a esa brigada. Dice que por el puesto de Gaitania pasan dos sujetos desconocidos de la ciudad, llevando una carta sospechosa y que ha tomado la decisión de abrirla para leer su contenido. Yo estoy haciendo una borona, no mental sino real con el papel de la credencial. El teniente sigue en la conversación. Ya con el pequeño envoltorio de la credencial, pongo mis dedos a apuntar para lanzar el papel lo más lejos posible y el papel cae sobre un botiquín que está sobre un estante que cuelga de la pared. Por la radio se escucha una voz de trueno, la voz de un superior que no ordena, grita: “Cabrón, abra la carta...Se le olvidó que está en una zona de guerra!!!”*

*Felicidad de niño la del teniente al abrir la carta; va leyendo el contenido sin dejar de traslucir ningún tipo de emoción en su rostro.*

*-Con que compradores de fincas...los muchachos...*

*Omar con palidez de esperma, yo al trasluz con mi angustia porque la memoria se me remueve por segunda vez y recuerdo que en uno de los bolsillos de atrás del pantalón, llevo*

*una fotografía de Fidel. Además recordé que en otro bolsillo tenía un pedazo de panela. Entonces como pude y mientras el teniente releía la carta con cierto deleite, comí panela y metí el retrato de Fidel a la boca, lo mastiqué afanado y lo engullí, lo devoré y precipité la digestión y olvidé a Fidel en mi estómago en una de sus poses características en la Sierra Maestra. El teniente seguía saboreando el contenido de la carta.*

*Volví, insistiendo con mis puntos de vista constitucionales. Le dije que teníamos derecho a conocer el contenido de la carta, que ésta se la habían entregado a mi compañero y que él simplemente quería hacer el favor de llevarla. Le argüí que si estuviéramos ocultando algo, mi compañero no habría jugado un partido de fútbol con los soldados.*

*El teniente llamó al ordenanza y le dijo que sacara copia de la carta. El hombre comenzó a teclear en la máquina. El teniente como escuchando el sonido de las palabras se fue hacia el botiquín y maquinalmente sin escoger ningún frasco, los fue levantando para leer acuciosamente su contenido en las etiquetas. Yo pensaba en la credencial. El teniente hace sonar como un sonajero otro frasco que tiene en las manos. Deja de teclear la máquina, el ordenanza lee mentalmente copia y original, luego saca de un tirón la hoja, se levanta y despacio va hacia donde el teniente: “listo mi teniente...”. Él, después de pensarlo unos minutos, resolvió entregarnos copia del original de la carta y nos recomendó -la época-, que tuviéramos cuidado con la gente de arriba, que se habían aprovechado de nuestra ingenuidad y nos despidió cordialmente.*

*En el pueblo se hablaba de la injusta detención. Labor del odontólogo. Al salir, un hombre que nos esperaba nos dijo:*

*-Tenemos que andar rápido y pasar esta noche de El Puerto. Si se comieron el cuento, de pronto se dan cuenta quiénes son ustedes...*

*No andaba, corría en su agilidad el hombre de tez amarillenta; no fumaba su tabaco lo mascaba y sudaba copiosamente como un caballo. Al trote nos fue hablando de las diferencias que existen en la Biblia sobre el Dios omnipresente. Deteniéndose un poco, sin resollar dijo:*

*-El Dios pacífico es el Dios de la resignación del hombre ante las fuerzas divinas. El Dios que hace que el hombre siempre esté dispuesto a todos los sacrificios por su fe...*

*Y corriendo a grandes zancadas, como desgranando maíz con sus dientes:*

*-Y el otro, el Dios guerrero que no da descanso a su deseo de hacer la guerra. El Dios de las siete plagas, el Dios del exterminio de los hombres no creyentes...*

*Descansando, sentados los tres y él raspando panela con su peinilla, echándola a una olla con agua y revolviéndola con un palo, dijo:*

*-Yo me acojo a uno de los dos y eso depende de la situación que esté soportando. Cuando hay guerra, yo le pongo fe al Dios de la guerra, y cuando hay paz, pues me arrodillo frente al Dios pacífico.*

*Esa noche terminamos durmiendo en el zarzo de una casa, sobre unos bultos de maíz. Allí encontramos nuestros equipajes. Antes de estirar las piernas, con Omar que sostenía la luz de la linterna, volvimos a leer la carta que nos había entregado el teniente.*

“Camarada Isauro Yosa:

Con la presente reciba nuestro saludo revolucionario.

Queremos recordarle al Comité de Zona de Marquetalia, que tienen un retraso de tres meses en el pago de los porcentajes de las cuotas estatutarias y en la recogida de las Cuotas asignadas a ustedes, que están previstas en la Campaña Nacional de Finanzas. Esperamos que pronto se pongan al día en sus cuentas financieras con el Regional.

No hay que olvidar camaradas en este sentido, las enseñanzas de Lenin: “Sin finanzas no hay partido y sin partido no hay revolución”

Fraternalmente,

Secretario Regional de Finanzas.”

*El compañero evangelista nos despertó de un sueño profundo; a la madrugada nos sirvió café y de camino enmudeció inexplicablemente y a trote al mediodía nos entregó a un grupo de hombres armados, que nos esperaban. Un guerrillero alto y fornido, desdentado pero risueño, con un casco de guerra en la cabeza, que lo llamaban Patas, nos preguntó con Sorna:*

*-¿Cómo les fue con el susto? Veníamos por ustedes.*

*Tomamos la trocha hacia Marquetalia, por la margen izquierda del cañón del río Atá, maraña uniforme de troncos y bejucos, densa vegetación de difícil acceso. Abajo, un espejo curvilíneo yéndose despreocupadamente con sus aguas.*

*Marquetalia, para nuestra sorpresa -en la imaginación un fortín de centenares de hombres armados, reptando o parapetándose en trincheras circulares-, era una pequeña explanada de potreros crecidos, rodeada de cerros, con tres casas donde vivían Isauro Yosa y su familia, Marulanda y su familia y la casa de madera que habitó Jacobo Prías Alape, Charro Negro. Allí nos alojamos Omar y yo, mientras esperábamos a Manuel Marulanda Vélez. Isauro Yosa, un legendario líder campesino del Sur del Tolima, bajo de estatura y fornido de cuerpo, ojos rasgados y rostro ovalado, más bien lampiño, nos dijo que Manuel estaba más arriba en la montaña, haciendo prácticas de tiro. Que posiblemente en la tarde o mañana regresaría.*

*“Él es el camarada Manuel”, dijo la compañera al girar su cuerpo, cuando nos servía dos tazas de café, y señalar al hombre que se enmarcó en la entrada de la puerta, escudriñando, desconfiado mirando hacia adentro. Sin darnos tiempo para el asombro, se sentó cerca del fogón, se quitó el chacó de la cabeza, saludó de mano y clavó sus ojos en nosotros. Portaba una carabina M-1, la puso entre sus rodillas sin soltarla y en un tono paísa preguntó:*

*-Vea hombre, ¿cómo sabe Fidel con panela...? Comenzó a reírse como si le hubiera dado un ataque de tos. Yo traté de explicarle y él seguía riéndose sin parar, tapándose la boca con la toalla que le colgaba del cuello. Nos miraba. Sus ojos carmelitas, sesgados, vivos del curiosidad, escrutando por entre el humo, sus manos amarradas a la boquilla del arma, sus codos sostenidos sobre las rodillas, especie rara de observador de hombres que desnuda o descubre cada gesto de uno, al captar detenidamente sus movimientos como midiéndole el cuerpo y haciendo sus cálculos mentales sobre la altura del esqueleto, como metiéndose por los ojos de uno como la luz de una linterna para detectar los pensamientos, viendo sin apagar la mirada, pupilas fijas, directas. Después de prender un cigarrillo y escuchar en detalle la historia, previniéndonos nos dijo:*

*-Hay que estar alerta, de pronto se nos meten los mariachis. Mañana les explicamos las medidas de seguridad que deben tener en cuenta, en caso de cualquier sorpresa. -Nos agujoneó con la noticia.*

*En la noche volvimos a hablar con Marulanda. La emoción palpitaba en nosotros. El nombre de Marulanda o Tirofijo rasgaba de recuerdos y admiración la memoria. Nosotros, muchachos de la ciudad, apenas nos asomábamos a ese mundo distinto, enclavado entre montañas, que había despertado un sueño ya convertido en una ilusión posible. Era el deshielo de la otra realidad. Y esa noche, tomando café en la cocina de su casa, él la fue descubriendo.*

*-Ya son muchos los años que llevamos gateando en esta lucha. Muchas las carreras a lo verriondazos. Nos hablo de las dificultades. El hombre está hecho para las dificultades. Bueno, muchos han sido los golpes, las experiencias, como también muchos los éxitos. Pero yo creo que hemos tenido un enemigo, el peor de todos los enemigos. ¿Saben cuál ha sido...? No hablo del ejército, no hablo de los pájaros, ni hablo de los liberales limpios. Hablo del aislamiento de esta lucha, que es peor que aguantar hambre por una semana seguida. Entre ustedes, los de la ciudad y nosotros los que hemos estado enmontados, hay de por medio una gran montaña. Las voces de ustedes, las voces de nosotros no se escuchan, pocas veces se hablan. No es una distancia de tierras y de ríos, de obstáculos naturales, no, es la montaña atravesada... De nosotros es poco lo que se sabe entre ustedes, de ustedes es poca la historia que conocemos por aquí...*

*Iniciamos el curso político con Omar sobre la primera Ley de Reforma Agraria promulgada por la Revolución Cubana. Hablaba él o hablaba yo, luego abríamos el compás de un tiempo largo para las preguntas, las inquietudes, la discusión. Allí estaban Marulanda, Isauro Yosa, Jaime Guaracas, Isaías Pardo, Darío Lozano, un grupo de compañeros seleccionados para asistir. Más que hablar, escuchábamos esos silencios que de pronto se producen en el campo, cuando uno tiene ante sí la experiencia de hombres que con su acción están construyendo el discurso que luego tomará la forma de las palabras. La fantasía es la acción, para ellos no existen otros artilugios.*

*En la noche, por insistencia nuestra, Marulanda paralizó en el tiempo la imagen del aislamiento, se quedó por mucho rato pensativo, carraspeó y nos miró intensamente con la suspicacia de su mirada.*

*-¿Ustedes, alguna vez han estado metidos dentro de un cacho? En cambio nosotros sí, por muchos años estuvimos metidos dentro de un cacho. Cuando iniciamos la lucha, nunca nos llegó el rumor ni la voz de los dirigentes liberales, el más simple respiro de un golpecito en las espaldas; luego en el Sur del Tolima no hicimos sino pelear con los liberales limpios; salimos de El Davis a las huyendas y duramos casi dos años solitarios con el Charro, vagando por la montaña, sin el menor contacto con el partido. Esos fueron años en que estuvimos metidos dentro de un cacho y encima teníamos otro bien engargolado. No había espacio par sacar la cabeza. La hondura del cacho es una cueva oscura, donde sólo se escucha el burbujear de las aguas subterráneas. Un cielo con venda para los hombres.*

*Imaginé por dentro el cacho curvo de un gigantesco toro, agudo en sus puntas, de superficies lisas, lleno de hombres como amarrados a sus brazos, friolentos y ansiosos queriendo salir por un instante de ese encierro histórico en el que habían sido sometidos por tanto tiempo. Marulanda suspicaz pareció adivinar mis pensamientos:*

*-Uno se siente como asfixiado metido dentro de ese cacho. Pero el cacho no es el problema, tampoco el cacho que se tiene encima. Lo grave es la montaña que existe entre los de la ciudad y nosotros, los del campo. Después de diez años, volvimos a comprobar la existencia de la luz eléctrica. La vimos de nuevo enjaulada en un bombillo, cuando salimos a los pueblos como hombres legales, en la pacificación de Lleras Camargo. Fue como volver a visualizar el día.*

*La ilusión era derribar, quizá en nuestro caso porque lo hablamos con Omar hasta altas horas de la noche, esa montaña con la frescura de la imaginación y con la acción de las palabras.*

*Antes de despedirnos, Marulanda nos preguntó:*

*-En caso de que se nos metan los mariachistas ¿ustedes saben disparar un arma?*

*Un gesto mutuo negativo de Omar y yo.*

*-Pues tendremos que enseñarles un poco de cómo se defiende la vida en esos casos -lo dijo en tono burlón. Y aprendimos el manejo de un fusil en la tarde del otro día.*

*Faltan tres días para salir de la zona. Se había acordado que saldríamos por la trocha del Nevado del Huila hasta llegar a Belalcázar, Cauca. El propio Marulanda dijo que era peligroso el regreso por Gaitania: “ La información es que el ejército está guatineando por los caminos...De pronto al teniente le dio la corazonada y fue a buscar otra vez en el botiquín y encontró la credencial...”*

*De inmediato no precisé si estaba atenazado por una terrible pesadilla, esa madrugada del 25 de diciembre de 1960. Anoche habíamos estado con los compañeros en una hermosa fiesta, al bailar cada uno con su pareja el arma les colgaba del hombro. El sobresalto que despierta o lo deja a uno como soñando. La oscuridad del cuarto era absoluta. Con Omar dormíamos en una habitación, en el segundo piso de la casa de Charro Negro. Escuché la voz de Omar: “¿Qué pasa, tigre...? El techo a pocos metros de la cabeza se cimbroneaba.*

*“No sé...”, contesté a Omar. Un segundo y nos dimos cuenta de lo que estaba sucediendo. Omar dijo: “Se nos metieron, nos asaltaron...”. Un tiroteo cerrado que amansaba los oídos con sus silbidos. Una tempestad de granizo de plomo. Yo me puse los zapatos, cuando vi que Omar sin mediación alguna con el espacio, abrió la ventana y no supe cómo se lanzó por ella. Lo último que vi de él, imagen del filtro de la luz que madruga, fueron los pies o los zapatos o quizá su cabeza o las manos despidiéndose al soltarse del marco de la ventana. Yo abrí la puerta y me lancé como pude por las gradas y la verdad es que no llegué caminando sino dando vueltas a la trinchera que rodeaba la casa. Trinchera y miadero. Como bulto me zambullí allí en el hueco como escondiendo la vida. Una voz, la reconocí, me sacó de la confusión Era El Patas: “Agáchese camarada, que se nos metieron los mariachistas. Quédese quieto y no dé papaya...”. Los madrazos nocturnos interrumpieron la frialdad del alba...”Mariachistas hijueputas, vengan que los esperamos...”. “Hijueputas comunistas, ya vamos...”. Disparos verbales en busca de oídos perfectos. La balacera cruzada. Y comencé a sentir, después me dieron las explicaciones, la fiebre blanca. Tiritando hasta el alma, mi cuerpo traquetiaba como si la piel tuviera dientes, la respiración en corrientes frías de los pies a la cabeza, haciéndose nudos en las rodillas. Los madrazos, los tiros y el amanecer impávido sin correr en sus horas. El Patas preguntó afanado: “El otro camarada...”; entre el traquear de dientes le dije que se había tirado por la ventana y seguramente andaría perdido en la montaña. “No se preocupe, ya deben estar buscándolo...”. Luego el silencio que se podía cortar a navajazos. La fiebre la tenía en los pies, yertos. El silencio nuevamente penetrado por tiros de fusil. Vislumbro que comienza a clarear. El Patas sin dar el rostro: “Comunican que se está organizando una comisión que los va a sacar de la zona...”. Otro silencio enterrado bajo tres metros de tierra. Y de pronto, las carcajadas como si la tierra vomitara la risa de miles de hombres, escondida en sus entrañas por milenios. El Patas riéndose, sumiendo el estómago, los tres compañeros que disparaban junto a él en la trinchera, riéndose con las armas entrepiernadas. La confusión era mayor. El día se hizo día y apareció Manuel Marulanda Vélez vivo y muerto de la risa, carcajeándose y estornudando y su carcajada continuaba el ritmo endemoniado de los cerros que rodeaban a Marquetalia. Seguía lloroso por la risa. Arrastró las palabras:*

*-Camaradas, antes de que se fueran para la ciudad, queríamos enseñarles cómo es un asalto nocturno. Un intercambio de experiencias, un curso político por un asalto.*

*Subimos hacia el Nevado del Huila, caracol interminable de trocha a medio abrir; las espaldas y los hombros de Nicolás, nuestro baquiano, indígena corpulento, habían crecido desmesuradamente por su equipo, el de Omar y el mío. Nicolás era como la fuerza conjunta de tres hombres y la comprensión de un hombre sencillo que se da cuenta que va acompañado de dos novatos de la ciudad. Para cargar, para andar. Dos días para llegar hasta el filo de una culebra de nieve eterna, brillante en su lomo, que no miramos porque debíamos seguir bajando, mejor rodando en busca de las márgenes del río Símbola. Bajamos con la sensación de estar perdiendo el cuerpo en el vacío. Esa noche, una corpulenta ceiba, dormitorio de viajeros, nos abrió su intimidad de corteza seca para albergar el frío. Nicolás prendió candela sobre los raiceros, improvisando un fogón, cocinó y comimos arroz y papas y bebimos aguapanela. Los tres nos metimos enroscados muy adentro del tronco, cama tibia para pasar muchas noches, muchos años. Madrugamos. A la inversa del río, viene al trote un hombre montado sobre un hermoso*

*caballo. Nosotros caminamos, luego corremos a su encuentro. Es Laurentino Perdomo, dirigente agrario de Río Chiquito. Él se bajó del caballo y mostró sus dientes de indígena y le dijo a Nicolás que se encargaría de sacarnos hasta Belalcázar. Nos abrazamos a la corpulencia de Nicolás, con deseos de volverlo a ver algún día. Él dio la vuelta y comenzó a subir despacio hacia la culebra de la nieve eterna, sin dársele nada. Esa noche dormimos en casa de Laurentino. Su madre, una anciana de setenta años nos dijo que tendríamos que madrugar, que ella nos llevaría hasta la carretera.*

*Al montarnos en el bus, recapitulé esos quince días. Miré a Omar, su rostro chapeado por el frío de Bogotá, un año después moriría en un absurdo accidente de aviación entre Pekín y Moscú. Recordé a Nicolás, él moriría en otro absurdo accidente cuando la Operación Marquetalia. Se echó al hombro más de cuatro arrobas de maíz, corría y se enredó en unos bejucos y se desnucó. Miré por la ventanilla del bus y tuve un pálpito. Entonces penetré en ese inmenso cacho de que nos hablara Marulanda y descifré el sonido de las voces que allí se encontraban agolpadas. Hablé con ellas y las páginas en blanco fueron escribiéndose. Aspiro a que en el fondo del cacho no se haya quedado una voz perdida. Claro que sí, no voy a negarlo, aún sigo escuchando la carcajada de Marulanda. En la guerra los hombres también tienen tiempo para reírse.*



1  
LOS CORRETEOS  
INICIALES

## *Historias de espanto contadas por Manuel*

*Ustedes han oído la historia del duende, ¿sí o no? El duende, según los viejos, es una posible persona del tamaño de un metro, pelo largo como crin de caballo, una nariz puntiaguda y los ojos bien adentro para esconder la mirada, que por naturaleza hace infinidad de maldades y crea todo género de dificultades en todo el mundo. Mucha la destreza en su imaginación para hacer picardías. Resulta que en esa época, porque yo no creo en espantos, cada hombre crea sus espantos, se dice que emproblemaba a los aserradores perdiéndoles la madera lista que tenían para embarcar por el río; a los campesinos les escondía el machete en el momento de estar rozando la maleza, a otros el canasto en que recogían el café, a otros el hacha cuando la necesitaban para partir la leña, a otros les embolataba el sombrero que finalmente encontraban en cabeza del prójimo desconocido, a otros el guarniel en el instante de pagar la cuenta, a otros los zapatos cuando se disponían a coger camino, a otros les perdía sus vacas que resultaban ordeñadas por manos invisibles, a otros el caballo que amanecía amarrado de su cola a una cerca con nudo difícil de encontrar sus puntas con las manos. Bueno, el duende hecho un carambas, haciendo diabluras para divertirse. Las gentes dicen que su existencia era un fenómeno real. Cuando algo se perdía de fijo se decía, fue el duende que anduvo por ahí.*

*Entonces las gentes antiguas daban la manera o fórmula de cómo atrapar al duende. Así está escrito en mi memoria. Se hace una chipa de bejuco y luego se le saca una cruz. Entonces para quitarse el duende de encima y para que entregue el artículo perdido, uno se mete la chipa por la cabeza y la deja caer lentamente por todo el cuerpo hasta los pies y saca los pies de la chipa y da tres pasos hacia delante. El duende clava su vista en la chipa y va rodeando el círculo con su mirada hasta cansarse, dado que él es malo por naturaleza, se hipnotiza solo, solito de tanto girar su cabeza en las vueltas del círculo y se olvida de la prenda. Uno regresa y encuentra lo perdido.*

*Pero ocurrió que el duende fue a una casa donde nadie lo aguataba. Volteaba de espaldas los espejos y nadie se veía en persona; a los cuadros de las almas del purgatorio los puso patas arriba y olvidaron sus dominios en los milagros; el fogón dejó de prender candela porque le dio por esconder el humo. Hasta que los dueños de la casa se aburrieron y dijeron en reunión de familia: lo mejor es irnos para que el duende haga lo que quiera de esa casa. Dejémosle la casa por su cuenta y nos vamos. De seguro sentirá alegría en su soledad. Comienza el trasteo y a tres horas de camino, el dueño de la casa se percató de que le faltaba el pilón para moler el maíz y decidió que debía regresar. De camino se encontró con el dicho duende, y le preguntó el dueño de la casa al dicho duende:*

*-¿Usted para dónde va con el pilón?*

*El duende respondió: “Luego, ¿para dónde es que nos vamos? Yo voy con el pilón para allá...”*

### **“Génova, parecía la cola larga de un gurre...”**

Una inmensa duda vive Pedro Antonio Marín, duda que en los años de trajinador incansable de terrenos abruptos, aún no ha resuelto. Se necesita la constancia de la iglesia de su pueblo, es decir, los datos en letra menuda de un apacible y adiposo sacerdote de sotana raída, escrita con tinta negra en la partida de bautismo. Así se desentrañaría la cuestión: “Mire, yo nací no sé propiamente la fecha, el mes si lo se, mayo de 1930, en ese mes yo nací”. Su padre, Pedro Pablo Marín Quiceno, por razón de sangre, dice que su hijo Pedro Antonio Marín, nació el 12 de mayo de 1928 en Génova, Quindío. Pedro Antonio Marín a pesar de la constancia paterna sigue incrédulo, porque “yo soy del año 30, o sea cuando el mandato de Olaya Herrera, en esa fecha nací, y por eso entonces digo yo que existe confusión de dos años, entre 1928 y 1930”. Navegando en la incertidumbre sobre el día originario, el Pedro Antonio Marín de hoy, que por cierto lleva otro nombre como piel antigua sobre su cuerpo -conocido por Manuel Marulanda Vélez, circunstancias de guerra y de historia-, tendría hoy 56 años si nos atenemos a sus indicios y si rastreamos la seguridad paterna, andaría por los 58. Setecientos y más días de diferencia en la fecha de un nacimiento, olvido o confusión con olor a incienso.

“Dentro de esa oída de niño, escuchador que era uno” -entrañables recuerdos guardados con celo profundo en la memoria como huellas-, le impresionaban a él y a sus hermanos, las historias contadas por sus padres y sus tíos sobre brujas y espantos, de patasolas, candilejas y duendes, que los mantenían pendientes al hilo de la noche; una historia enlazaba al sueño, la noche se hacía más larga con las palabras de suspenso, creadoras del miedo a la oscuridad en una habitación de paredes de barro embutido en guadas y techo de zinc. Ellos acostados en la cama sin dormir, imaginando. Era la ensoñación infantil, la proximidad de una realidad fantasmal, inexistente.

De niño fue un experto, lo confiesa con rubor -aunque no le dedicara mucho tiempo en los meses del viento, julio y agosto-, en manejar la piola de su cometa para que en diestras maniobras se elevara a mayores alturas y en la quietud de un cielo azul dominado, ante sus ojos y la fuerza de sus manos dejara de cabecear y de colear. El vuelo de la cometa le permitía equilibrar sus emociones de niñez en la tierra.

Le gustaba dormir su trompo sedita en las manos, contemplarlo en su ronroneo, sentir su cosquilleo siguiendo los rastros de las líneas de la vida. Con precisión lanzaba las bolas de cristal hasta meterlas a un hoyito que contenía un número determinado. Buena la puntería con sus dedos. Jugaba con los muchachos a los toros y a los encostados corriendo sin tropezarse, a quien llegara primero a la meta: juegos “muy visibles en la época”. Y como siempre acontece, se reunía con los Reyna -Evelio Reyna, su más amigo-, y vecinos de dos o tres casas. “tres familias de muchachos y nos encontrábamos en la plaza de Ceilán y nos poníamos a jugar en el parque o nos íbamos de paseo para el río...”. Así entretejían sus voces y la pasaban sufriendo o gozando los percances naturales de la edad.

La nostalgia cumple su destino en Pedro Antonio Marín o Manuel Marulanda Vélez, al evocar los finales de año, cuando sus familiares se reunían, a pesar de las distancias en que vivieran -costumbre casi religiosa-, a compartir juntos las fiestas, desde el 24 de diciembre hasta el 6 de enero. Embelesado, instinto de su carácter de observación, escuchaba a sus

tíos sobre las “cosas del pasado” que tanto enseñan”. Hablaban de Inglaterra, de Francia, de Japón, de la China, de Rusia. Hablaban con detalles de viajeros experimentados en costumbres de otros pueblos. Sus tíos no iban más allá del rancho al descumbrer en la montaña y alistaban maletas para ir de visita a uno que otro pueblo vecino. Pero, en cualquier atardecer, ellos, se metían por los recovecos de la imaginación para lanzar al aire una moneda con los deseos sin cumplirse. Entonces, los deseos se transformaban en historias al abrir las páginas de un libro y así, vivían al tanto -rodeados de colonos asentados, de flores, cafetales y matas de monte-, de cómo la política transcurría en esos territorios.

En esos días de divertimento y regocijo salía a relucir la guerra de los Mil Días, que había culminado por moldear al país en los finales de siglo y en los comienzos de éste. Una guerra de hombres para hombres, en la cual la brutalidad humana no tuvo límites. Las treguas en los combates por acuerdo mutuo de los bandos para recoger a los muertos, se convertían en las batallas del despojo. Los buscadores de bolsillos, dientes de oro y prendas de valor, gateando desnudaban a los cuerpos inermes, les daban vueltas sobre la tierra, no para enterrarlos, sino para robarles hasta el sudor. Desolados campos de batallas, hombres felices deambulando cargados con el botín conseguido entre la muerte, de regreso a sus bandos.

“El abuelo paterno era una persona de lo más grande; más o menos bien formada, por ahí de un metro ochenta y pico de alto, blanco y bien musculado, nombrado Ángel Marín; él hablaba con dominio de autoridad familiar de historias de la Guerra de los Mil Días. La cosa no era con uno de muchacho. La cosa era entre personas adultas de gran respetabilidad que se reunían para hablar. Si uno osaba preguntar, se ganaba una paliza, pero uno les oía contar esas historias de guerras. El abuelo fue corneta de las filas liberales. Yo lo imaginaba sacando fuertes aires de sus pulmones, anunciando el comienzo de la contienda...”.

El abuelo hablaba acompañado del silencio para sus palabras. El hambre que produce la guerra desahoga la boca del hombre, enflaquece el estómago, debilita las corvas, vuelve los ojos “surumbáticos, la mirada que ve a una mujer y de inmediato la cuelga en un garfio como si fuera un pedazo de carne...La voz del abuelo Angel Marín decía que al llegar la soldadesca liberal a una hacienda, donde había veinte o treinta camas con tendidos de cuero, se despejaban las camas luego los cueros se los pasaban al ecónomo y el ecónomo repartía en partes iguales al cuero para que los soldados hicieran caldo ‘peligroso’. Eso le oí decir yo. ‘Caldo peligroso’ para la tropa. Genuina sustancia para espantar adecuadamente el hambre...”.

El abuelo, un corpulento antioqueño, simpático y amable “-hasta donde uno veía-, con las personas que se encontraba o con las cuales departía tomando sus tragos, o en las visitas familiares, contaba muy a gusto, sobre las tácticas usadas en la guerra. El abuelo refería y uno escuchaba, aunque él no hablara para uno de muchacho”. Las tácticas de penetración en la noche, evitando que el enemigo conociera el desliz de la sorpresa. Y las consignas para el asalto: no ponerse la camisa, quitarse el chacó, cortarse las mangas de la camisa, entrarle sin pantalones y caerle al cuartel enemigo en la noche más oscura creando la confusión en los durmientes. Los asaltantes queriendo la vida de los hombres sorprendidos en el vuelo de sus sueños; los machetes blandiendo en el aire en un corte brutal que de por

sí, aseguraba la muerte. Ellos acordaban las señales: dónde ubicarse en el combate, cómo localizarse en casos extremos; ellos acordaban las consignas para que la retirada fuera en orden y evitar así, el desastre fatal de una desbandada. “Detalles que el abuelo refería y uno escuchaba de la Guerra de los Mil Días...” Feroces las tropas de macheteros que habían asimilado sus ojos a la noche. Los liberales tenían sus tropas de macheteros bien adiestrados, los conservadores también las poseían...

El abuelo Ángel murió a los 90 años y en esa edad parecía un muchacho por el vigor de sus palabras, por el vigor que hacía sentir con el andar pausado o ligero de su cuerpo; murió por un “derrame al hígado; murió tranquilo en la casa de la tía Ana Francisca, en Génova”. En vida se escalofriaba al contar en detalle, sobre el Novenario que les aplicaban sin compasión a los desertores de las filas del liberalismo o de los ejércitos conservadores. Un castigo de guerra.

“El abuelo Ángel secaba el sudor de las manos al sobarlas con insistencia sobre los pantalones y refería la historia muy bien sentado, con algo de preocupación en el semblante y en su ayuda de inmediato llamaba al silencio. El Novenario consistía en darle al desertor en la espalda, novecientos palos, cada día cien palos a la misma hora del día y, el palo que se utilizaba tenía que ser indispensablemente de rosa, con espinas. Un varejón de rosa que no parte con facilidad, tal vez aguanta más por ser más flexible...”. El desertor sin camisa y amarrado de las manos a un tronco, recibía los cien palos, su espalda comenzaba a ser un amplio moretón, luego un entrecruce de trochas sanguinolentas y el palo de rosal en cambio de color penetrado de cuerpo de hombre. El desertor al escuchar el número cien, descansaba hasta el día siguiente, abrazado a su dolor, su alma era un volcán de llanto. Alguien por compasión lo rociaba de agua o le hacía cualquier curación y el hombre acostado de lado, intentaba infructuosamente dormir. Como el castigo se hacía en plaza pública, las voces de los impávidos concurrentes iban contando sin ningún afán, el ritmo de la golpiza. Se veía como algo muy natural, algo que debía hacerse. El hombre que golpeaba al desertor, un duro de oficio, procuraba que el golpe de la vara fuera creando surcos sobre las costillas, sanguificando la piel, haciéndola un criadero de sangre. Había cierto instinto de exhibicionismo en él, demostración de obediencia al cumplir las órdenes para que el acontecimiento sirviera de escarnio. “Al cuarto o quinto día, su espalda era como esperma derretida, luego aparecía la piel viva en pálpitos..., en saltos nerviosos. Al final del Novenario el hombre caía muerto bañado en su sangre o también caía vivo bañado en su sangre, balbuceando agradecimientos porque no lo habían fusilado... El abuelo se nerviosaba al recordar el Novenario, “cosas de la guerra...”, terminaba el abuelo Ángel. El había sido desertor de las filas del ejército liberal. Entonces huyendo se metió en lo más profundo de la montaña para esconder su presencia y su semblante. Allí lo pasó por meses con la tranquilidad que siempre lo acompañaba. Cualquier día le llegaron a su escondite, muchos desertores de las filas del ejército conservador. “Y entre desertores, en común acuerdo para hacer una vida distinta a la vida de la guerra, fundaron una buena compañía para aserrar madera. En medio de la guerra, ya como bando de aserradores, recibieron un contrato de un gran corte de madera, no sé si para el hospital o fue para el matadero de Pereira...”.

El abuelo no creía en cosas que no fueran de la razón del hombre. “Muy material en su pensar. Todo lo quería coger con las manos”. Un hombre de montaña, que sentía inmenso

gusto al derribar la arbolada, sembrar y construir viviendas. “Un guatiniador de borugos, atento y muy avispados los oídos para cazar la presa; era un afiebrado por la cacería de venado...”. El abuelo refunfuñaba: por tantos bosques que he transitado, por tantos ríos que he cruzado y vadeado, pasado por muchas veredas y nunca he escuchado los pasos de los espantos que tienen endiablada la cabeza de los prójimos. Cuando voy a la montaña escucho con sumo cuidado, los vientos de mis pasos y tanto que he andado. Y reía el abuelo, porque también era un hombre reidor de ganas y con ganas. Volvía a repetir: he alumbrado mis caminos en todas las horas del hombre: en la madrugada, en el día, en la noche..., y sólo he escuchado el pálpito de mi corazón.

Doce fueron los tíos, cuatro los más cercanos, tres ejercieron influencia decisiva sobre Pedro Antonio Marín. El tío Ángel Marín, “blanco, alto y muy delgado, de ojos no muy negros, pero hombre amable, alegre y festivo”, un político de talla “digamos veredal, muy convencido de sus verdades...”. Persona relativamente culta, de ciertos conocimientos y “hablaba hasta saciarse de sus ideas liberales, en acaloradas discusiones con los campesinos y al final les sacaba brillo en los ojos -ya persuadidos...”. Los inducía a apoyar al liberalismo en sus campañas para concejos, asambleas y parlamento; describía acelerado la personalidad y cualidades de los candidatos de su partido a la Presidencia de la República en los años 46. Un hombre muy interesado en las contiendas políticas, sin ser agresivo en los lances verbales que tuviera con los conservadores. “Un hombre respetuoso, pero de impulsos. Furibundo gaitanista, de sangre hirviendo mi tío Ángel Marín, en su habla al defender a su líder...”.

Al otro tío que querían y admiraban Pedro Antonio Marín y sus hermanos, era a José de Jesús Marín, “más grueso de cuerpo y menos alto que el tío Ángel, pero reconcentrado en su pensar y silencioso en su voz”, por la ductilidad y la ternura en manejar las relaciones con sus sobrinos. Les enseñó diversidad de juegos, en especial el arte de la esgrima. Les daba clases con un palo, filigranas volátiles en sus manos; luego con la peinilla, destellos imperceptibles, en las tardes y en las noches de luna. Figuras entrecortadas de un hombre adulto, ágil y ligero como ninguno en sus movimientos y niños girando a su alrededor y el sonio constante de palos al chocar en el aire. Les habló de los artilugios de la defensa personal: “Confianza en la destreza de cada hombre, controlar el miedo como se controla la respiración; un hombre defiende su vida y no la vida de otro hombre...”. Los alertó sobre la seguridad y la concentración frente al enemigo: “al hombre hay que mirarlo y medirlo como se mide y se mira la montaña, de cuerpo entero...”. Les definió la velocidad del brazo dirigido por el cerebro, en el lance certero y definitivo: “las piernas tensionadas como árbol enraizado, músculos de roca joven y el golpe inesperado pero pensado y medido de antemano, luego no importa la sangre, no importa la agonía, esa es señal de muerte ajena de alguien que quería meter a la fuerza la muerte en nuestra vida y uno como hombre sólo quiere seguir andando con sus pies y no con pies prestados. Nada más quiere, lo ven, defenderse...”. “Terminábamos, el tío José de Jesús con la espalda vuelta un río de sudor, y nosotros, con el cansancio como astilla entre los ojos y los deseos de un sueño sin azozobrase....A ese par de tíos los teníamos muy en cuenta. Al uno por la cuestión política, al otro por la cosa de la esgrima y por los muchos juegos que nos fue enseñando a mi y a mis hermanos”. Los otros tíos más cercanos a la altura de sus años, fueron Manuel y Lucila.

Sus padres, Rosa Delia Marín Gallego y Pedro Pablo Marín Quiceno, desde tempranas horas de la madrugada estaban de pie, cumpliendo como una promesa sin falta, laborando los dos con fervor la tierra. Escucha aún el sonido de las palabras de los dos, alumbradas de consejos que le dijeron de lo obligatorio y necesario para el hombre y la mujer del quehacer diario en el trabajo, como medio de subsistencia y de reafirmación en la formación de ser un hombre cabal frente a los compromisos de la vida. Los deberes a cumplirse inexorablemente. La moral inculcada por ellos se definía en que “debíamos ser gente honorable, gente tratable y gente sin costumbres dañinas. Cosas que siempre le hacen recordar a uno, el tiempo que vivió en junta de ellos, los viejos...”.

Una familia grande, cinco hermanos de padre y madre. Con Rosa Delia, su madre, el padre hizo vida común en una finca “de un poco más de veinte hectáreas en su conjunto, cultivadas en café, yuca, plátanos. Clima cafetero, donde la siembra del plátano se hacía para que durara diez, quince o treinta años. Tierra de plátanos. La yuca muy buena, lo mismo el fríjol, el café, la caña. Tierras buenas...”.

“Mi padre era el más pobre de la familia...”. Los tíos en cambio poseían fincas de cien, ciento cincuenta, doscientas hectáreas, cafeteras; cultivadas en pasto, caña. “Mi padre no era un hombre de negocios, no le gustaba deberle a nadie cinco centavos. Al acabársele los recursos de cosecha a cosecha prefería arañar el tiempo con lo que pudiera, pero no se iba al pueblo a buscar crédito de ninguna especie. Los tíos al contrario querían quedar debiendo hasta el saludo. Al iniciar cualquier negocio, lo primero que indagaban: “¿Cuánto va a ser el plazo que me va a dar...? Negociantes...”.

La finca, situada en la vereda de El Rosario, cerca de Ceilán, en el Valle, con el trabajo familiar invertido daba para el sostenimiento de la familia y “sobraban unas pocas monedas para los gastos extras”.

Pedro Antonio Marín fue el mayor de los cinco hermanos. De mayor a menor, él, Rosa Helena, Jesús Antonio, Obdulia y Rosa María. Al resto de sus hermanos no alcanzó a conocerlos en su crecimiento. Desde los doce años, él quería ya ser un hombre independiente, conocer otras distancias, vivir otras honduras.

Génova fue una región de progreso rápido, por la actitud de sus pobladores hacia el trabajo, impulsados por la aspiración de cada quien a conseguir y acumular un patrimonio considerable. La ambición de colonos. Ese cerrado y pequeño mundo recién descubierto en sus montañas a comienzo de siglo, se movía febril y aceleradamente. Producía café, fríjol; al final tomó fuerza y vuelo económico el cultivo de café y todo culminó siendo una zona cafetera por excelencia.

A Génova lo fundaron en la playa del río San Juan, sobre una vega, que según la ubicación geográfica que nunca falla en Manuel Marulanda Vélez, “parecía la cola larga de un gurre, un armadillo en camino plano, en la mitad del río, porque no tenía para donde extenderse. Loma a lado y lado, que crecieron en cafetales... El abuelo fue colono fundador y llegó a poseer grandes propiedades...”. En los tiempos de cosecha se utilizaba mucha mano de obra, lo que influyó en el caserío hasta hacerse un pueblo, con rostro definido y planeadas calles, su iglesia y parque y la organización de un municipio con ciertos elementos de

cultura: colegios, teatros, hospital, caja agraria: “Había un poquito de todo en ese lugar, no era un pueblo bonito, pero sí digamos, cómodo. Además con recuerdos hondos, pues, ahí vino uno al mundo”.

En Génova se andaba de día y de noche y toda persona que se encontraba de camino era amiga y se iniciaba con ella, sin complicaciones ni preámbulos, la palabra continuada. A la casa que se llegara, a la vecindad que se llegara era bien atendido, aunque la persona fuera extraña de “cara”; se le preguntaba simplemente de dónde venía, se le indagaba sin apresuramientos mientras comía -antes se le había ofrecido cama para su sueño-, sobre sus intenciones por esas tierras y todo con el fin de ayudarla en los problemas que trajera “dentro de su temperamento. Nunca se poblaba el aire con la desconfianza; no se conocían cosas raras ni se presagiaba en la mente de uno, que un día esas cosas llegarían de sopetón y entrarían sin llamar ni tocar puertas en el pueblo. Así era Génova, llano en el pensamiento. Nada oscuro habitaba a sus gentes por dentro, tampoco por fuera...”.

En un punto conocido como el Alto del Rosario, hizo dos años de primaria; terminó tercero, cuarto y quinto en Ceilán, en un colegio con profesores “que me enseñaron bien y uno aprendía rápido... Yo creo que ese estudio no me llevó los tres años largos, pues inclusive para darme paso a la aprobación de cada año lectivo, entonces me tocaba ayudar al profesor o a la profesora. Al terminar lo mío, le enseñaba a los muchachos de segundo, después a los de tercero, a los de cuarto y luego a los de quinto. Como no podían darme el paso rápido, me tocó quedarme a la espera para que los otros niños me alcanzaran... Eran tiempos que cuando uno terminaba la primaria, tenía los conocimientos, digamos de un bachiller de hoy...”. Sentía gusto por todas las materias, menos el dibujo: “Mis manos no se facilitan para trazar líneas y dibujos...”.

Su hermana Rosa Helena sondea y exprime la memoria:

*“Volviendo a la época de la escuela, yo recuerdo que él era buen estudiante. Le iba bien en todas las materias, pero especialmente en matemáticas. Los otros muchachos le buscaban mucho la pelea quizá por envidia porque él sobresalía, y entonces mi hermano les daba sus buenas coscorrónicas”.*

Ella reconstruye la imagen de niño:

*“Cuando hacíamos algunas travesuras en la escuela, al otro día no íbamos por temor al castigo que consistía en arrodillarlo a uno en granos de maíz. Entonces Pedro Antonio Marín y yo nos quedábamos emboscados a la orilla del camino esperando a que salieran los muchachos para que nos dejaran copiar las tareas y después decíamos en la casa que habíamos ido a la escuela. Yo me quedaba en el camino y él se subía a los árboles a esperar a que pasaran los muchachos...”*

“No recuerdo los nombres de los profesores. Pero si recuerdo que los profesores eran muy severos en ese entonces y hasta un poco bárbaros. Daban madera a los alumnos sin compasión ni complejos, además de los castigos de dejarlo a uno encerrado, arrodillado, llorando el infortunio. De vez en cuando recibía uno, terribles mamonzos, con unas reglas grandes que parecían palos. Al regresar a casa llevando el informe al papá o la mamá, de



que le habían pegado, a ellos eso les caía muy bien. Porque exclamaban que algo malo debe estar haciendo en la escuela, hijo...”.

En los ratos libres, después de los estudios y el intenso trabajo de desyerbe, recolección de café y la poda de los platanales y los yucales, sentado sobre una banca, silencioso, transcurría el tiempo inventando todo tipo de pistolas y de escopetas. Las construía con tubos de paraguas, les colocaba un gatillo hechizo; en el disparador les ponía fósforos y caucho y con calma, al entrecerrar el ojo derecho precisaba la puntería y disparaba. Lo recuerda su hermana. Soñaba que a los dieciséis años iría a pagar el servicio militar. Quizá fueron las historias que escuchó de sus tíos sobre la guerra de los Mil Días las que influyeron en ese sueño nunca realizado. Era el deseo del conocimiento, dominio y manejo de las armas que atrae la mente de todo niño, en los juegos infantiles. Un niño cae muerto al sentir el disparo y luego se levanta con vida y corre; el niño que dispara se emociona cuando ve que el contrincante muere y se sorprende cuando el muerto entre risas le regresa el disparo. Inocentemente en el campo se jugaba a la muerte de mentiras.

A temprana edad, les dijo a los padres, “que quería retirarme de la casa para formar mi propio patrimonio, porque recuerdo que yo tenía dominio total en la casa. Conseguía los trabajadores para la recolección del café, para la siembra del maíz, la recolección del maíz, la siembra del frijol, la recolección del cultivo de la yuca. Todo controlado prácticamente por mi cuenta, bajo mis pensamientos. Ese es el dominio. O sea que a mí me daban el visto bueno los padres por lo que yo hacía. Eran mis argumentos. Y cuando me di cuenta que estaba echando todo por delante dije: ‘y después...’. Es cuando me surge la idea de irme, de abrirme paso, y para no tener problemas en el futuro con los hermanos, entonces mejor me voy, pensé. Lo dije a mis padres. Yo creo que tenía que estar entre doce y medio, trece años. Entonces dejé los recuerdos vividos. Les volví momentáneamente la espalda, sin remordimiento...”.

Hizo muchos ensayos y solamente a los 16 años sintió que podría hacerlo. Quería conseguir algún capital que le permitiera tener su casa, su finca, sus animales, y así encausar sus inquietudes. Se fue para el Valle, por los lados de La Tulia, Moralia, Betania, en la Cordillera Occidental y organizó los primeros tanteos, cerca de El Águila. Fue expendedor de carne, trabajó como panadero, fue vendedor de dulces, “cosas así, que le dan a uno para pasar los días y sobrevivir, pero no digamos para poder conseguir un patrimonio estable aunque uno fuera un muchacho con ideas de ganador...”.

Intentó hacerlo todo, que un contrato para construir varios kilómetros de camino, que la construcción de un puente, que un contrato en grande escala para cortes de madera, que el montaje de un galpón para alimentar arrieros y aserradores, que la organización de una tienda y ahí estaba él más que seguro haciendo la propuesta. Se encarrilaba ya en sus asuntos. “Yo entonces tenía buena energía y buenos argumentos para hablar con quien hablaba y convencerlo y la gente me escuchaba y creía en mí y yo al intentar un negocio, cualquiera que fuera lo echaba para adelante y salía fresco a la otra orilla...”. Un joven persuasivo en la palabra y en los gestos.

A los 16 años había firmado su primer contrato, cerca de La Moralia y fue un corte de 30.000 piezas de madera. Así con el pulso que da la experiencia se fue haciendo un avezado

contratista. “Con tal de que me ganara veinte o treinta centavos en cada pieza de madera, yo le soltaba el negocio a otro, le hacía firmar al hombre un documento, le exigía el compromiso de cumplimiento y yo mismo revisaba el proceso de trabajo...”.

Contratista, comisionista, lo que saliera. Llegaba a una vereda o incluso en el mismo caserío de Betania y sabía por información que había cuatro o cinco personas deseosas de construir una casa y enterado Pedro Antonio Marín o Manuel Marulanda Vélez, se les acercaba y con naturalidad les decía, ustedes necesitan construir una casa, pero que sí, claro está, pero no tenemos maestro, yo puedo ofrecerles mis servicios, en fin, en “la conversa” despuntaba la posibilidad del negocio. Entonces, señores yo puedo hacerme cargo de ese trabajo. ¿Cómo quieren la casa? Le explicaban las ideas que tenían para el diseño de la casa y él conseguía al contratista, ¿qué cuánto vale ese contrato paisano? Y volvía a donde sus clientes a cuadrar el arreglo. Andariego, enamorado de la moneda, dispuesto a capturarla.

Su anhelo realizado. Lo había visto en La Tulia y en Betania, al sentirse sorprendido por el montaje de los grandes negocios. Deja un poco la idea de seguir siendo un contratista y resuelve organizar con los riesgos necesarios, un almacén en La Primavera, con un gran sentido de mercancías, productos de mercado: maíz, frijol, arveja, todo en granos, lo mismo que herramientas; un almacén al que no le faltara nada “como si el mundo abarrotado estuviera en sus alacenas, en los escaparates, en los mostradores, en sus locales”. Su firme decisión, no volvería sus pasos. Y siguió sosteniendo sus negocios en el campo, los movimientos de madera con la mulada; los contratos de aserrío, ya en menor escala. Un hombre dispuesto para los negocios, con olfato. Concentró sus esfuerzos en una sola dirección: su almacén. Alcanzó a tener un capital considerable de \$40.000 pesos y movía otro tanto en créditos. “Era un almacén sumamente grande, pues con \$80.000 pesos uno tenía ya donde meterse y vivir como holgado en esos años de juventud”.

Así como avanzaba Pedro Antonio Marín en los negocios, había continuado las enseñanzas de su tío José de Jesús en el arte de la esgrima, asistiendo con puntualidad a la escuela fundada con el más rotundo éxito, por el Tuerto Felipe en Ceilán, que a propósito hacía flamantes demostraciones cada seis meses con sus alumnos, en el parque o en el teatro del pueblo. Se había despertado una fiebre infinita entre los muchachos por el manejo de la peinilla y El Tuerto Felipe al presentar en el tablado a sus mejores alumnos y enfrentarlos a cinco contrincantes, pues no sólo ganaba más adeptos, sino también prolongados aplausos. Para Pedro Antonio Marín fueron largas horas de disciplina en el proceso de aprendizaje, en el dominio de las paradas. “Un juego. Realmente un juego y con algo que de pronto ocasione una equivocación -aunque el machete no tuviera filo- , uno resultaba como la víctima. Es la relación de brazos, cuerpo y ojos en una acción de rapidez y la voz de mando que va saliendo del cerebro como enflechada. Se debe actuar con los ojos, porque en esgrima se ve que la otra persona movió un ojo y a conciencia uno puede decir: para ese lado va el machete, y pues a cortarle las intenciones a ese prójimo. Y todo para defender la vida en un lance, en esas épocas de la vida civil. Por eso, uno mantiene en reserva sus dotes y conocimientos de la esgrima. No para andar faroleando...y atacar por impulso de la sangre a cualquier hombre por unas palabras mal trazadas por su lengua...”

Pedro Antonio Marín en los fines de semana, al cerrar con candado su negocio en La Primavera en las noches tocaba con virtuosismo el violín, “mi pasión de años que me hacía

vibrar de cuerpo entero”; el baile irrumpía al son de los viejos porros como La Mucura y la Araña Pelúa, y él, en pleno goce de sus 17 años se dejaba ir en las nubes de las notas musicales, como queriendo explotar algún día de física alegría.

### **“Ceilán, 9 de abril, yo sólo miraba...”**

Nada se oponía a sus ambiciones. Lo que vendría como futuro era el simple ascenso de una escalera con la facilidad que tenía Pedro Antonio Marín para los negocios. En el horizonte no aparecían sombras ocultas que fueran presagio de obstáculos ni temores. El norte del Valle daba la impresión de ser una imagen ilesa de acontecimientos que pudieran perturbarla; era la imagen bucólica inmersa en lo cotidiano. Los colonos de comienzos de este siglo, antiguos combatientes liberales de la Guerra de los Mil Días, que dejaron las armas y fueron dueños y gestores del esfuerzo descomunal de una colonización tardía, que venía desde el Cauca, que venía desde Antioquia y confluyó descuajando las laderas montañosas de la Cordillera Central y sembró a su paso cafetales; los colonos que durante cuatro décadas desafiaron a comerciantes, abogados, dueños de haciendas y compañías colonizadoras en arduos pleitos legales por el derecho a la posesión de tierras baldías; Los colonos que después de fundar pueblos y pueblos, ahora junto a sus familias, sólo deseaban, revestidos con la impaciencia detenida en el tiempo, hecha ya polvo, seguir viviendo. Eso querían. Quizá, vejez prematura. “Uno iba a la casa de un conservador y era igual como si llegara a la casa de un liberal o llegara a la casa de un familiar, ¿no? Nadie se extrañaba, no había diferencias. Por ejemplo, las hermanas de uno se casaban con un conservador, uno no lo notaba, no se enteraba de esa situación. O una conservadora se casaba con un hermano y uno no echaba de menos la diferencia, no le prestaba interés de que fuera liberal o el que fuera conservador. Esa diferencia vino como alud de tierra, después...”. La quietud social y ambiental se evaporaba en otros anuncios.

En el puente de El Carmen, Pedro Antonio Marín le servía como ayudante de mayordomo en una de las fincas ganaderas, a su tío Ángel Marín. El confiaba en su sobrino a pesar de su extremada juventud y de que tuviera en su finca a un contratista permanente y a muchos trabajadores. Pedro Antonio Marín debía bajar semanalmente a Ceilán, tres o cuatro cargas de queso. Su compromiso. En el pueblo su tío Ángel, un fogoso y activísimo hombre, ejercía como político su jefatura natural en la vereda de Puerto Valle. “Salpicaba el tío nerviosismo cuando hablaba...”.

Pedro Antonio Marín vigilaba que la limpieza de los pastos se hiciera en forma correcta: que la siembra del maíz se realizara adecuadamente; controlaba el arreglo de los daños en la casa, “una persona que está mirando con responsabilidad que los intereses de otra persona funcionen de acuerdo a los planes que tiene en la cabeza. Eso hacía con mi tío...”.

Ese viernes en la mañana, sin alteraciones de ánimo llega al pueblo y descarga la mulada en el centro de la plaza, va y entrega los quesos donde debía hacerlo, va a la casa de su tío a informarle de cómo andaban las cosas en la finca; el tío aprueba la información con un gesto en los labios y lo despide de abrazo. Da una vuelta por el sitio donde están los negocios del tío en el pueblo: un amplio local de paredes blancas, adornadas con vitelas, reproducciones litográficas -princesas satisfechas, acostadas sobre el pasto fresco y rodeadas de perros finos y doncellas y asomándose por entre los arbustos, un joven príncipe

sonriente, dispuesto a entrar en escena-, cinco mesas de billar, un mercado de granos funcionando y la clientela sale y entra sin apresurarse. Camina por las calles, no atrapa pensamientos en su cabeza y regresa al local para meterse en las fisuras del espíritu de los jugadores de billar como simple espectador. Las bolas golpean las bandas en seco para salir disparadas en la dirección marcada por los efectos dados por el taco. Los ojos de los jugadores, soles inquietos por el entusiasmo que entraña la espera del resultado de la jugada; en las comisuras de los labios, cigarrillos que parecen tizas encenizadas. Murmullos de admiración por los aciertos, murmullos de desaliento por las descachadas y el silencio para sumar las carambolas en la guasca. Un *telefunken* grande y viejo colocado encima de uno de los estantes, explota con la noticia que cambia de pronto su estado emocional y lo deja anonadado como un autómatas. ¡Mataron a Gaitán!, ¡mataron a Gaitán...! La una y media de la tarde. Bogotá se había convertido en un bullicio atormentado, lo recuerda por las voces adoloridas, incendiarias, confusas, estremecedoras que escucharon en ese momento, voces derribando paredes en los más lejanos ámbitos. Los billaristas como tocados por alguien en los hombros, dejan caer los tacos sobre la mesa y corren para meterse de oídos al aparato de radio. Se descomponen los rostros, cera derretida cae de los ojos en llanto profuso. Enloquecidos se movilizan, desocupan el local y ante la puerta de la casa del tío Ángel Marín, un vozarrón aquejadumbrado exclama: “Mataron a Gaitán, mataron a Gaitán!!”. ¿Quién lo mató...? Crece el tumulto endemoniado en confusión de sentimientos y la incertidumbre de orfandad, vacío que aprisiona y ahoga las palabras. En una hora, cerca de las tres de la tarde, se reúnen”, “yo creo que hasta donde alcancé a ver, visualmente lo calculo, unas quinientas personas, ahí alrededor de mi tío, que de inmediato salió de su casa...”. Un hombre alto, desconcertado sin saber qué hacer en medio de una absurda atmósfera de cielo desplomado. Pedro Antonio Marín no precisa en el tiempo el discurso de su tío, retiene para sí, sus gestos de fotografía muda que despliega en oleada enfurecida a la población.

Seres indefensos, los conservadores señalados como culpables y condenados a priori en un pueblo liberal, por un crimen cometido en la capital. Culpables a distancia. Uno a uno los cazaron físicamente en sus almacenes, los sacaron a rastras de sus casas, y ellos ante la brutal noticia, escondiendo en sus rostros el pavor que hacía temblar sus cuerpos, simulando serenidad esperaban acobardados que llegaran a buscarlos. Un inaudito sentimiento de culpabilidad colectiva, resignación cristiana.

De sorpresa le cayeron a la alcaldía; las autoridades legales fueron apresadas y conducidas a la fuerza a su propia cárcel; desarmaron a la policía; por decreto anunciado a grandes voces por un parlante y sin sellos oficializados, nombraron nuevas autoridades: un alcalde sin ser Ceilán un municipio; un inspector en reemplazo del inspector que esa misma tarde el tumulto había matado en su oficina; un hombre de apellido Gallego, jefe liberal incitó a la creación de una policía del pueblo, que comenzó a patrullar por las calles con los fusiles al hombro, confiscados a la policía destituida, dispuestos a defender ese derecho adquirido en la experiencia que estaban viviendo; soltaron a los presos ya acostumbrados a la cárcel; mandaron comisiones a las veredas a traer ganado y comida y montaron en la plaza del pueblo -treinta y cinco años habían pasado sobre la misma plaza, cuando Juan Manuel Gálvez decidió acabar con una orden en definitiva con el silencio, al preguntar a los presentes, si en esa región existía un sitio para fundar un pueblo y todos contestaron que sí y surgió Ceilán por el trabajo de colonos que ambicionaban tierras estables-, cocinas

comunes para repartir comida a los sudorosos alzados *abrileños*. Llegó más gente de las veredas, se juntaron dos mil personas, aglomeración nunca vista. El pueblo alerta, se dispuso a la espera de la orientación que de un momento a otro, daría la dirección nacional liberal. Decidir qué se haría con los conservadores, lo más apremiante. Eran de por sí, la autoridad suprema y no sabían como utilizar su autoridad, como ejecutarla en acuerdos. Algo se palpaba, era lo evidente, no existía razón para dudar: los culpables del asesinato de Gaitán habían sido los conservadores. Debía castigarse a sus hombres en el pueblo, hacerse justicia. Un consenso histórico, por tradición, influía en esos instantes. “En esos tiempos, uno tenía pocos conocimientos, pero sí presencié el caso de cómo cogieron a los conservadores; no vi que hubieran matado a ninguno. Los vi temblorosos detenidos en los locales de sus almacenes que se convirtieron en cárceles personales”. La furia languideció en los ojos, esa tarde ya cubierta de nocturnidad.

En las calles, grupos de hombres armados de machetes, palos y escopetas de fisto y de cápsulas, revólveres decomisados a los ricos del pueblo, que vociferaban una victoria enrumbada por la venganza. “No era un pueblo armado, nadie tenía interés en las armas, ¿para qué...? Pero si alguien olía a conservador, fuera conocido o desconocido, venga para acá señor, detenido, requisado, sus huesos a la cárcel, señor. En esas condiciones presencié yo lo de Ceilán; fue un espectáculo muy especial. Yo solo miraba, porque no entendía muy bien de qué se trataba, pues era muy joven y todavía no pensaba en cuestiones políticas, no había surgido en mí, el impulso de la carrera política. Yo quería únicamente, resolver los problemas del negocio para hacer la vida. Eso pensaba”.

Ocho días de espera y la duda quedó sembrada en el asombro y en el abandono, por defender unos ideales quizá confusos, pero cimentados en la tradición. Y más cuando se necesita la voz de aliento del dirigente -lejana en estas circunstancias-, y esa voz se pierde en la bruma de la legalidad existente.

La tropa encontró soledad en las calles de Ceilán, el eco del bullicio del levantamiento se había escapado. Por los hilos de la telegrafía, se conoció la llegada de la tropa. Los pobladores se desplazaron con sus temores y un dejo de desaliento y en sus veredas se mimetizaron creyendo encontrar disfraces adecuados para aparentar otras personalidades; antes dieron libertad a los conservadores, ilesos, simplemente asustados, sin rasguños en su piel; dejaron las armas en estricto orden en la inspección de la policía, los agentes por instinto habían sobrevivido escondidos en los cafetales, viendo lo que sucedía pero sin actuar. No eran muchos los soldados que llegaron. “Veinte soldados, pues imagínese una cantidad de tropa, cosa fantástica en comparación con la policía que vivía en el pueblo, que no pasaba de cinco agentes...”.

Indagaron, querían ubicar a los instigadores del levantamiento. Traían anotados en una libreta los nombres de muchas personas y las detuvieron. El tío Ángel Marín señalado como el organizador principal no se dejó agarrar. Fue una larga investigación la que siguió. Doscientos detenidos fueron a parar a la cárcel de Tulúa. Año y medio después al pisar de nuevo las calles del pueblo, libres con el recuerdo funesto de aquella tarde, sintieron que algo definitivo en sus vidas los había abandonado. “El tío siguió trabajando muy tranquilo, a él no lo llevaron de cuerpo a la cárcel. El dio las órdenes, pero en persona no fue a desarmar a la policía. Esa masa, se lo digo como espina atragantada en la garganta, duró ese

día y muchos días, brava en su decisión; con el tiempo vino la frustración que les tocó el alma y los puso a padecer de muerte cercana...”.

### **El rostro de la tensión**

“Reptil de color verde, muy hermoso, y de tamaño de una iguana pequeña, animal fabuloso al cual se le atribuía la propiedad de matar con la vista; pieza antigua de artillería, de muy crecido calibre y mucha longitud”, tres acepciones, según el Diccionario de la Academia Española del término *Basilisco*, del latín “*basiliscus*”, que significa “Reyezuelo”.

Para Laureano Gómez, hacedor tremendista de consignas y figuras políticas, aunque éstas no expresaran una verdad histórica -para muchos políticos no existe la verdad histórica-, el *Basilisco* no era un reptil de color verde, no era un animal fabuloso que tuviera la propiedad de matar con la vista, como lo imaginaban los antiguos; no era una vieja pieza de artillería ni mucho menos un “Reyezuelo” del tamaño de una pequeña iguana. El jefe conservador, en un lenguaje de muy crecido “calibre y de mucha longitud”, inventó un nuevo significado del término, así como elaboró a la colombiana y a su servicio ideológico, una cuarta acepción. La descubrió ante miles de sus fanatizados partidarios, en un discurso fogoso, pronunciado en Medellín, en junio de 1949, a su regreso del exilio voluntario al lado del general Franco en España, en razón de las consecuencias de los acontecimientos del 9 de abril y dijo:

*“camina con pies de confusión y de ingenuidad, con piernas de atropello Nuestro basilisco y de violencia, con un inmenso estómago oligárquico; con pecho de ira, brazos masónicos y con una pequeña, diminuta cabeza comunista, pero la cabeza”*. Refiriéndose a “esa masa amorfa, informe y contradictoria”, conocida como el partido liberal. Este arranque mitológico de Laureano Gómez, continuaba la configuración de sus tesis del año 47, de la existencia del millón ochocientos mil cédulas falsas y de que el fraude electoral engendra la violencia política y ésta, la inevitable guerra civil.

Era apenas el comienzo de los estruendos de la artillería pesada de la guerra verbal. El encanto o la supuesta ilusión de la duración de la política de Unión Nacional, acuerdo refrendado en la mañana del 10 de abril de 1948 -solución bipartidista al levantamiento popular del día anterior-, se había roto; una turbia atmósfera imperaba, sin un dejo de respiro para otras posibles soluciones políticas; lo crucial en el conflicto partidista se enfocaba en el debate presidencial. La lucha entre un régimen presidencial hegemónico y conservador y la mayoría liberal en el parlamento.

El liberalismo planteaba la reforma de la Ley 89 de 1948 con el objeto de adelantar las elecciones presidenciales para noviembre de 1949, en lugar de junio de 1950, y el empleo de la antigua cédula y el aplazamiento de la recedulación para después del debate. Defendía la idea de la reorganización de los cuerpos de policía, especie de guardia pretoriana destinada a favorecer a nivel municipal, intereses electorales de quienes tenían en sus manos las alcaldías. Además de impulsar un proyecto de acto legislativo -reforma a la Constitución-, con el propósito directo de reducir las facultades de régimen presidencial y establecer, según la bancada liberal, en cambio un sistema semiparlamentario.

Por *La Voz de Colombia*, instalado en un estrecho auditorio, Laureano Gómez grabó el disco del Basilisco, en una nueva visión para su difusa divulgación, en la cual definía que como las mayorías liberales del Congreso no aceptaban la tesis conservadora de que la Ley 89 era un código y habían resuelto modificarla en el sentido de adelantar las elecciones presidenciales, y aplazar el uso de las nuevas cédulas, debía definirse ante el país, que el congreso no representaba la soberanía nacional, y que por lo tanto a sus miembros se les debía calificar como simples conspiradores.

Y como solía hacerlo, en forma soberbia dijo:

*“el liberalismo ha muerto y sus huestes ‘están colonizadas por el comunismo’ y como hay en el planeta dos mundos, el del comunismo y el del anticomunismo y en este último han inscrito sus nombres los jefes conservadores, la lucha, a muerte, está trabada en estos términos y en ese campo”.*

Días antes, el diario *Eco Nacional*, escribió Joaquín Estrada Monsalve, el beligerante dirigente conservador, que recogía el espíritu y la tendencia a la *Basiliscomanía* imperante:

*“Si las elecciones se verifican el último domingo de noviembre...con cédulas fraudulentas y registros viciados, el partido conservador no reconocerá una victoria así conseguida por el liberalismo...Sobrevendrá el estado de sitio y un ‘ármese quien pueda’...Si es un hecho que estemos dispuestos a lanzarnos a la guerra civil...desechemos la tonta conspiración de los pitos y asumamos, definitiva y valerosamente, la actitud que más se ajuste a aquella decisión...En la política es muy frecuente recurrir a la guerra civil para preservar el orden jurídico del Estado”.*

Álvaro Gómez Hurtado que había estrenado el uso de los pitos y de los zapatazos en el recinto de la cámara baja, confesó sin ningún rubor que “Yo compré los pitos...son marca 3 Estrellas, a 0,30 en El Ley...”

Carlos Lleras Restrepo, jefe del liberalismo, respondía el mensaje del presidente Ospina, en el cual el jefe del ejecutivo acogía la tesis de su partido de que la Ley 89 es un código:

*“Si se nos amenaza con la guerra civil porque vamos a aprobar la ley electoral, la pasaremos. El liberalismo está desarmado y es pacífico, pero valiente. Hay que ver cómo es que el gobierno y el partido conservador van a acabar con la mitad de los colombianos...”*

El gobierno de Ospina Pérez había iniciado desde el mes de mayo, conversaciones con el Departamento de Estado Norteamericano, a través de la Cancillería, aduciendo por multiplicidad de razones, la necesidad de compra de armas y equipos para el ejército de Colombia:

*“(b)Recargo de las funciones del ejército debido a que está desempeñando también funciones de policía después de los sucesos del 9 de abril de 1948; (c) Peligro de movimientos comunistas en Colombia; (d) Situación especialmente delicada en los campos*

*petrolíferos de Colombia; (e) Vecindad de nuestro país al Canal de Panamá; (f) Tradición civil y legalista de Colombia; (g) Imposibilidad en que se encuentra Colombia de comprar armamentos al contado por la grave disminución de divisas en el país... ”.*

Los miembros más caracterizados de las clases políticas dirigentes, en una supuesta defensa de la “tradicción civil y legalista de Colombia”, sacaron a relucir lo más granado de su versatilidad verbal, los unos y los otros, al conducir al país a una declarada guerra civil. Desde arriba, naturalmente. Ahora en los próximos meses del año 49, ese espíritu bélico tendría un objetivo ya no en instancias verbales sino físicas: localizar en todo el territorio, a los dueños de las cédulas, falsas o reales, a fin de obtener la victoria electoral, aunque ésta tuviera como imagen un río de sangre. Colombia ha sido no por razones fatalistas ni determinismos geográficos, un país de guerras civiles. El pueblo, la carne fresca, dispuesta y obligada al holocausto de turno. El año 49, el año de la tensión, dibujaría en definitiva, el rostro del miedo colectivo, el puente entre la vida y la muerte.

### **“Yo dije, ya se jodió esto y el negocio...”**

“Toda la familia de nosotros era liberal y los que iban naciendo, pues también liberales. Porque mi papá, porque mi mamá, porque mis tíos, una interminable cadena de la cual nadie escapaba. Era como un nudo de pura tradición. Eso no tiene mucha explicación o uno no le buscaba el acomodo a la explicación. Eso ya estaba escrito, digamos en el destino de uno y de todos, como la señal de la cruz que a la fuerza siempre se llevaba en la frente. La familia de nosotros era gaitanista...”.

A su tío Ángel Marín se le encendía la fogosidad, al hablar de Gaitán, en las reuniones con las gentes de Ceilán que al escucharlo no le quitaban los ojos de sus labios. Lo definía como un hombre “de nosotros, el hombre que necesitamos, uno de nosotros con la misma habla, que cuando subiera a la Presidencia resolvería todos los problemas del país”. Se hablaba de una salida para los precios del café, porque el café no valía sino \$120 o \$130 pesos la carga y se requería un mercado seguro que garantizara la venta del grano. “Uno les oía comentar a los que sabían de esas materias, les oía comentar sobre los precios del café, del ganado, que todo tenía su relación. Que con el triunfo de Gaitán -al tío se le aguaba la saliva en la boca-, se desarrollaría en el país una política de colonización para los sin tierra y los sin trabajo, que les darían muchos créditos para el derrumbe de montañas y así pudieran en el futuro levantar la nueva vida, que serían dueños de sus fincas; cosas de esas le escuchaba uno a los tíos en el año 46. Entonces ya no se miraban muy bien que digamos, los gaitanistas y los turbayistas, había una enemistad fraguada entre ellos, como muy visible, dispuestos a irse a los puños en cualquier momento...”. El árbol de la ilusión quedó cortado de raíz con el asesinato de Gaitán, las palabras cogieron rumbo tras la montaña.

Pedro Antonio Marín abandonó a Ceilán, preocupado y temeroso por lo que había presenciado el 9 de abril. En línea vinieron los días de calma, la Cordillera se sosegó un poco de los temblores sociales. El volvió a La Primavera averiguando por su negocio y no se aquietó en su espíritu de negociante activo. Visitó regiones, hizo sondeos y llegó al Dovia y quedó deslumbrado por su movimiento económico en el día de mercado. Se



acomodó sin dificultades en la habitación de un pequeño hotel, durante una semana para continuar con su rigurosa labor de observación, midiendo los pasos mínimos en los tiempos muertos para el negocio. Se fue para La Primavera, cabalgando sobre una bestia poco briosa en jornada media, muy complacido. “El Dovio muy bueno para el negocio, cosa fantástica, cosa increíble. Con lo que se saliera a la plaza, eso se vendía, al quedar uno con las manos vacías. Si se aparecía al mercado surtido de mercancías, vendía mercancías; si era expendedor de carne, la res en pie, de inmediato se cortaba en libras, desapareciendo hasta los huesos; uno veía que se instalaba un hotel, era mucha la demanda por dormida y hospedaje completo con comida. Mejor dicho, se veían amplias perspectivas para montar un negocio estable que diera en El Dovio”. Se informó con la gente, lo examinó todo en sus riesgos y en las posibilidades y concluyó que “era una plaza para la venta de lo que fuera, con esto quiero significar mi entusiasmo...”.

El día de partir, dispuesto a montarse en la bestia poco briosa, feliz con las señales de su intuición, vio de pronto que se formó en la plaza una trifulca enorme y brutal de bandos de hombres, a las tres de la tarde y culminó a las siete de la noche. Pero Antonio Marín no sabía el origen, a los veinte minutos se enteró por la gritería que se trataba de una pelea entre liberales y conservadores, por los abajo a uno y otro partido. Las toldas volaron destrozadas con el viento travieso; las frutas, papayas, anones, piñas, chirimoyas y bananos destripadas por los pies, cabezas y espaldas; la carne que colgaba de los garfios apareció saliendo de los estómagos de hombres caídos; un hombre quedó disfrazado con máscara de marrano en lechona; los liberales se armaron con un bulto de panela y la utilizaron como piedras afiladas; los conservadores se defendieron de sus contrincantes, la sangre se deslizó con odio en los rostros; se rasgó el aire con peinillas, navajas y puñales en furiosos intercambios de lances, sonaron los disparos y a las siete de la noche en un pueblo donde había escapado la voz cuerda y apacible, se hizo por las autoridades el reconocimiento de cinco muertos y los treinta heridos se levantaron agitados y adoloridos corrieron. Al día siguiente en la tarde, se anunció que llegaban refuerzos policiales de Roldanillo.

A la semana siguiente, Pedro Antonio Marín ocupado en su negocio en La Primavera se enteró de que la policía había detenido a multitud de personas en El Dovio; no averiguó más, “porque cuando uno se dedica a los negocios, no está preguntando por cuestiones políticas, uno está entre los tuétanos del negocio...”

Después se produjo la ocupación de El Dovio “por bandas conservadoras de El Águila y no sé que otros pueblos de Upía, Caldas. Aparecieron sin contemplación los muertos en el camino...”. Pedro Antonio Marín detuvo el tiempo con las manos para pensar: “Yo dije, ya se jodió esto. Jodida la idea de montar un almacén en El Dovio. No tiene objeto invertir trabajo para luego despeñarse...”.

A Cali, un pueblo grande, quizá sobrepasaba los cien mil habitantes, en los meses de julio y de agosto de 1949, llegaron los que huyendo, salvaron sus vidas. Los sobrevivientes del norte del Valle. Con el horror en los ojos, se hacinaron como pudieron en el viejo local de la Casa Liberal y contaron lo vivido como exiliados de El Dovio:

Dijo un hombre: *“A mi me mandaron una carta, que nadie firmaba, tenía un cuchillo pintado y unas gotas de sangre, hechas con tinta roja. En ella me decía que si no*

*abandonaba mi chacra dejaría en ella los huesos. Me dio miedo y no tuve más remedio que desocuparles... ”.*

Dijo otro hombre: *“Un día martes, tuve que ayudar a cargar unas cuadras 4 cadáveres que llevan en barbacoas para El Dovio, de gentes que habían matado los días anteriores. En esa labor de cargar a los muertos me ayudó Mario Ruíz, Heriberto Otálvaro, José Domingo Delgado y otros. Luego me mandaron un papel en que me decían que ahí me mandaban un carro para que me largara. Era un carro pintado con tinta roja...”.*

Carmen Rosa Castro de 45 años, dijo: *“Soy una mujer pero me gustaban los vestidos rojos. Y todavía me gustan. Tenía este cinturón puesto, cuando llegaron unos hombres y me hicieron destapar unas botellas de cervezas. Se las tomaron y me ordenaron quitarme el traje, porque ese color les fastidiaba. Como es natural yo no lo hice. Entonces me tumbaron todo lo que tenía en la cantina, quebraron los vasos y regaron el contenido...”.*

Otro hombre dijo: *“De pronto supe que volvían, cuando los sentí cerquita, me salí por la puerta y me fui para el monte. De allá salí para acá, y gracias a Dios ya estoy entre cristianos que por lo menos lo dejan vivir a uno sin amenazarlo todos los días. La tierrita la dejé sola y no pude volver a darle ni una azadonada al maicito que ya está grande...”.*

En certero editorial, *Relator* de Cali, analizaba el subfondo de la situación que se vivía en el norte del Valle:

*“En nombre de la política se busca un oscuro chantaje, un negocio turbio y miserable: hostigar a alguien hasta que tenga que emigrar y dejar a los aprovechados el negocio de toda su vida de lucha y de afanes. En esta clase de compraventas desesperadas entran casas, fincas, todo cuanto constituye el patrimonio del hombre de trabajo”.*

En Cali, entonces, confluyen los miedos que cargan como amuletos sobre la conciencia, los exiliados de la cordillera; lo único que los hace sentir que están vivos, aunque tiemblen de pies a corazón y en sus cerebros acechen sombras que invaden sin misericordia los eternos pasadizos de la imaginación. Miedo a que un cafeto en la noche sea un hombre agazapado; miedo a pensar en un disparo de revólver, cuando se escuchan los ruidos de los árboles pepeando en la madrugada; miedo a confundir con otras huellas, las huellas recientemente pisadas; miedo a cruzar palabra con el vecino que también ya desconfía de él; miedo a que les señalen los ojos en el pueblo; miedo al crujir de las llamas apenas se levantan en el fogón; miedo a la inundación de la oscuridad; miedo a la lluvia que cae con benevolencia sobre el techo de cinc; miedo al escuchar el llanto lejano de un niño; miedo que al rasgar de una guitarra entonando una canción restituya recuerdos perdidos; miedo a las voces que llegan a llamar en la noche en la puerta del rancho; miedo a que pronuncien el nombre y el apellido a deshoras; miedo a perder en un segundo muchos años de compañía de la familia; miedo de voltearse en la cama y no encontrar el calor de la mujer; miedo a que la sombra se disfrace de otro cuerpo; miedo a no volver a pisar la tierra y olvidar, porque el olvido es un alivio, que esa tierra un día le dio la cosecha; miedo a no atinar sobre el tronco con el hacha; miedo a perder la vida sin el más mínimo gesto y un último grito de agonía; miedo a dejar de ser en otras distancias; en fin, miedo al miedo que desgasta el sudor del hombre y enceniza la riza.

Cali se convierte en la ciudad de los exiliados. Ellos piensan que entre sus calles van a encontrar la seguridad para sus vidas que no tienen en sus veredas y en sus fincas. La alegría inicial que los embarga, nubla sus pensamientos con la dura duda, al ver que también Cali como ciudad comienza a sentirse atrapada en el miedo a sus noches. El encierro ciudadano es una soga sobre el cuello. Es la fusión de los dos miedos. Para vivir en la ciudad hay que acostumbrarse a que la existencia del hombre termina a las seis de la tarde. Luego vendrá el sueño poblado de torrentes de pesadillas, que se empujan unas a otras. El toque de queda se escuchará muy pronto. La noche será poblada por otros seres con ojos de aves de rapiña, excelentes cazadores de presas en la nocturnidad.

**“...Bajo los números abajo citados, en completo goce de nuestras facultades mentales...”**

Las puertas están abiertas para entrar a cualquier sitio, pueblo o ciudad; como contraseñas solamente les piden su presencia, son la continuación civil de la autoridad oficial; vuelan en el día, vuelan en la noche, son hombres preparados y avezados en el oficio, dispuestos a no permitir que les tiemble el corazón en ninguna acción por fallida que resulte. Si sucediera dejarían de ser en espíritu, en carne y en su naturaleza. Sería una torpe debilidad humana que no se perdonarían, sería como sentir mil latigazos sobre las espaldas. Ellos no permiten que su sangre brote como un vil sentimiento de culpabilidad.

No padecen de la rara enfermedad conocida en estos tiempos como humanitarismo o compasión, siendo como son católicos confesos, de hostia en la boca, manos crucificadas y rezos masticados y un pensamiento, en apariencia lejano. No es una cobertura, tampoco una contradicción. Es un principio su manera de ser, porque están defendiendo algo en que creen, aunque no conozcan sus significados. No es una cuestión filosófica. Son hombres que vibran en la acción, no reflexionan ni abordar otras honduras, no lo necesitan. La humanidad está dividida entre ellos que apuntan sin contemplación con su razón y los otros, los que reciben con humildad en sus cuerpos, la puntería de su razonar. Un simple diálogo en que las palabras son inoficiosas.

Son los portadores de una presencia dual en el oficio; van al campo y regresan a la ciudad, motorizados, corren y alzan vuelo sin problemas de identidades, por esta y la otra carretera. Andan en el campo con sombreros caídos, señal inequívoca; un pañuelo azul rodea el cuello y cubre el escapulario; mal encarados, armados en su totalidad como si los huesos fueran de plomo, de pies a cabeza; cananas cruzadas, bien aparcados y como demostración de fuerza, el arma al cinto y una mirada de respeto, según ellos. Un gesto aprendido. Estaban azulando la Cordillera, godificando su verdor, chulavitizando sus cruces, conservatizando sus aguas.

“Fue el comienzo de esa situación que conocí en El Dovio. Detrás de mí como sombra maligna, la violencia. Llegaba a un pueblo, a otro y ahí estaba esperándome como queriendo desterrarme y si no había llegado por tardanzas en el camino, a la semana siguiente aparecía. Me arrastraba en sus aguas, las arrastraba en su corriente como si fuera

una cita que debía cumplirse...”. Pedro Antonio Marín o Manuel Marulanda Vélez vio a centenares de personas atemorizadas, cargando al hombro apenas lo necesario para escapar, huyendo hacia La Tulia, derrotados de El Dovio. Desalentados, los ánimos por tierra, ansiaban un segundo de sosiego.

En La Tulia, por la gravedad de las noticias -cualquier voz las anunciaba-, se formó una semi-fortaleza de gentes sin armas, cincuenta hombres pagando guardia en el día y en la noche, con machetes, escopetas, nerviosos con la intención de impedir la entrada de los pájaros, no querían morir amarrados a su indecisión. En Betania se organizó otra fortaleza con seiscientos hombres, armados de espíritu y coraje, decididos a no perder sus huellas sobre la tierra, no querían estar huyendo; huir era abandonarlo todo, desarraigarse de lo suyo, la familia, los sueños, sus poros.

Se había formado un triángulo entre los pobladores de La Tulia, Betania y La Primavera, corregimientos en desarrollo, pueblos vecinos que se dirigían la palabra con la mano, que se veían a la distancia, comunicaciones iban corriendo, luego regresaban acezando. Se sabía a la redonda, un secreto a voces-ríos que los liberales de esas regiones estaban dispuestos a defenderse, en circunstancias de difícil preparación, por la inexperiencia, la falta de armas. “Le pegaron el primer ensayo a Betania y no pudieron entrar, la gente respondió como pudo, le digo con los dientes. Llegaron y se fueron desencantados, pero dispuestos a otros ensayos. Volvieron a El Dovio, ahora epicentro de sus operaciones...”.

“Un segundo ensayo a Betania, unos mil hombres y no le pudieron entrar. Es una cuestión histórica que yo conozco. Temblor de tierra, el sufrimiento de nosotros, la desazón comiéndose las uñas del corazón, el calor de la inquietud...” Betania se había vuelto una fortaleza inexpugnable para los conservadores. Un pueblo sangrante en el tiempo. De La Tulia salen refuerzos para apoyar a los hombres de Betania; los cincuenta disponibles que había para vigilar y andar arriba y abajo, en la guardia, en las bocacalles, evitando desagradables sorpresas de tener la muerte encima de la cabeza. En el tercer intento, recuerdo atesorado por Pedro Antonio Marín o Manuel Marulanda Vélez, “lo que uno sabe es que masacraron a todo el mundo en Betania, porque le metieron policía, pájaros, ejército, totalmente equipados y lo destruyeron a su paso, lo quemaron, mejor dicho, lo que uno sabe es que le dieron muerte a por lo menos trescientos liberales. Luego fue la desbandada de la resistencia, los sobrevivientes difundieron lo sucedido; el recuerdo que se lleva en la sangre por siempre y corre por ella...”.

Lucy Rodríguez de niña lo presencié y ahora reconstruye la historia de un pueblo que fue muerto en sus cimientos:

*“...Era el pueblo más grande de la región; había almacenes, grandes cafés, tenían hasta fábricas de café, esto era un gran pueblo. Allí quedaba el estanco. Salían 100 mulas por semana a traer comida, después quedamos matando seis reses...También hacían armas y tenían una polvorería...Eso era antes del ataque y de la quema...Con eso se acabó el pueblo...”.*

*“Aquí la gente se posesionó del pueblo. No podía entrar nadie ni salir nadie. Esto tenía retén, el liberalismo tenía retenes en el camino...”.*

Lo vio cuando llegaron en jauría, los vio cuando cayeron como gallinazos sobre la presa.

*“Eso estaba inmenso de gente llegando. Cuando llegó la cabeza aquí (al pueblo), la cola asomaba allá (a las afueras), como un desfile de colegio. Todos armados. Cuando ya llegó la cabeza aquí, donde ese vecino, entró otra gente...Entraron por ambas puntas, gente de El Dovio entró primero, con Mario Restrepo que venía por ahí unos 500 hombres... Este atacó primero. Esa plaza estaba minada...Nosotras no sabíamos qué hacer....Si cogemos por ahí, malo, porque todo lo sitiaron...Nosotras volvimos al otro día. Vinimos por comida porque cuando atacaron al pueblito acabaron con todo”*

*“Quemaron muchas casas. Le digo que a las tres era el olor más horrible. El olor llegaba hasta allá, hasta el montecito. Pura carne asada...Entre las casas hubo muchos muertos. Aquí en esta plaza, camine, aquí donde estamos, por ahí hay unos quince muertos, enterrados aquí, que no pudieran sacar después porque encima hay mucos ladrillos y tejas de escombros...”.*

*“Fíjese que hubo 260 muertos...Y todo eso quedó con animales y todo eso abandonado, los marranos se los llevaron así, pedazos de carne de cristianos...A los tres o cuatro días arrastraban cuerpos, comiendo cristianos...”*

En una noche propicia, tensa por la humedad absorbente de las lluvias diarias, bien escogida por el laberinto de sombras acurrucaadas en una selva intrincada, en Betania se escuchó el más terrible gruñido de animales enfurecidos, adoloridos y vejados. Gruñido continuado en un eco aún más doloroso que todo lo estremeció y se perpetuó en insondables segundos que se tornaron una eternidad. Fue como una ráfaga atormentada. Pavoroso, inexplicable ruido que invadió las entradas y salimos como viento hiriente en sus flujos, procaz en su choque y así llegó a los oídos de los hombres atrincherados que esperaban un ataque de hombres y los gruñidos los pusieron a temblar hasta los cojones y desconcertados no sabían contra quién o qué disparar. Dispararon contra la noche imaginando hombres, dispararon contra los árboles pensando en animales montaraces, dispararon contra llamaradas fugaces que corrían desesperadas sin saber de qué se trataba, ciegos dispararon y acabaron con el parque sin acertar esa noche en un solo blanco humano. Se sumergieron en la tierra por el terror. El gruñido seguía asustador hasta paralizar.

El Chimbilá, un hombre desquiciado por la muerte ajena, sin remordimientos en el estómago al disparar su arma, a los 17 años quiso ser periodista y trabajó como ayudante en los talleres de *El Colombiano*. Pagó servicio militar y como reservista fue llamado a filas durante los hechos del 9 de abril y estuvo en Bogotá al día siguiente, bajo las órdenes del general Amadeo Rodríguez batiendo campesinos liberales por los lados de la Calera: fue detective por un tiempo y luego se enroló en bandas de civiles por Restrepo y El Águila, en la Cordillera Central. Así conoció a León María Lozano, El Cóndor, así se convirtió en su lugarteniente y por orden suya expresa y cifrada, planearon con el mayor sigilo la operación contra la población de Betania. Junto a más de doscientos hombres bien “enfierrados”, dejaron como salida a los sitiados, el camino que conduce al Chocó, la selva cubierta. Esa noche arriaron a golpes de palo, a sesenta marranos, con una tea encendida y amarrada al lomo y gruñendo lastimosamente por el dolor de las quemaduras, en furiosa manada sus

hocicos irrumpieron contra los obstáculos nocturnos. Los atrincherados ciegos siguieron disparando sin acertar en un solo blanco humano.

El Chimbilá feliz por el resultado de su estratagema, va detrás de los marranos, con sus hombres en contraataque, disparando.

*“Mientras ellos se enconchaban en sus casas y abandonaban sus trincheras que habían construido. Eso fue peor para ellos porque les echamos candela y cuando se vieron rodeados, salían por las puertas y ventanas y nosotros los recibíamos afuera a pura bala. ¡Quíñele! Y quíñele a todo lo que corría...”*

El cielo resplandeció por las llamaradas que salieron en lenguas por los techos de las casas incendiadas; el humo se atosigó entre los cafetales; las bestias amarradas a su agonía, se encabritaron al levantar sus patas sin poder correr, los marranos despavoridos en un círculo de muerte, hueco profundo sin salida y el olor a carne chamuscada crecía y crecía como verano seco y la población gritaba sus últimos alientos en improperios.

*“de miedo y odios nos hijeputeaban. Nosotros con verraquera les contestábamos: Viva Cristo Rey, Ateos, Malnacidos...”*

Hombres, mujeres y niños vieron la salvación en una calle desierta y corrieron.

*“Pero para peor salían por el camino donde estábamos emboscados y por ahí los terminamos. Eso sí jodido para ellos. ¡No esperaban tanto! Fue una operación tan perfecta que hasta la policía del pueblo se nos unieron...”*

Esa noche si fue una noche que se puede llamar una noche hermosa para el Chimbilá y sus hombres. Luego comunicaría con alborozo al Cóndor Lozano a Tulúa, el éxito de la acción.

Un sábado 8 de octubre de 1949, Betania, un conocido cañón de tierras templadas, pendientes y buenas para el cultivo de café y de pastos, rodeado de selva y tierras frías con enormes riquezas en maderas finas; enclavada en dos grandes zonas lluviosas, se había convertido en un pueblo fantasmal, deambulando por una de las vertientes de la cordillera Occidental. Derrumbe humano.

Que los vieron y vienen bajando con las linternas prendidas como fila india de cocuyos titilantes, y son ellos porque a la distancia se escuchan sus pasos y sus voces tienen el timbre ya referenciado en la memoria, inconfundibles hombres a pesar de la noche afiebrada. Están ahora entre los cafetales sembrados en la tierra, y los caminos se inundan por sus salivazos, y su presencia es tan cercana que ya roza las palmas de la mano. “El terror en la cordillera que todo lo fue invadiendo, metido entre los huesos de uno, maleza en crecimiento, que los vieron y son ellos...”

A las nueve de la mañana, un día gris le correspondió el turno a La Tulúa; no hubo resistencia, no hubo disparos de recibimiento, sorprendieron a la población o la población ya por inercia o cansancio dejó que lo hicieran. De antemano se sabía que vendrían y no había posibilidades para una defensa frontal. Entraron disparando, a las once de la noche,

rociando con sus armas las entradas, las salidas, paseándose por la plaza, divirtiéndose y apuntando a las ventanas, a las puertas, precisando por obra de la casualidad a vida de un hombre, gritando como solían hacerlo vivas al partido conservador, vivas a la iglesia, abajo a los liberales, iracundos con furiosa sed de destrucción, como diciendo, es señal y signo de que estuvimos, para que nadie pueda olvidarlo. “Ya se hablaba de *Lamparilla*, se hablaba de un *Pájaro Azul*, de el *Pollo* de un *Pájaro Verde*, de un *Pájaro Negro* lo más granado de la pajaramenta en vuelo. Eso, ya hablaban de muchas cosas...”.

Al despedirse, acompañaron sus vozarrones con los disparos de sus armas. Por un parlante dijeron en voz segura, pero furiosa que se iban, pero que pronto volverían. A las tres de la mañana fue el regreso, hablaron de Laureano Gómez, del general Franco, de la Virgen del Carmen, en un largo discurso que duró tres horas en la mitad de la plaza, y lo finalizaron diciendo: nos quedamos definitivamente.

Otros hombres vieron amedrentados la toma de La Tulia:

*“Terminada esta obra criminal procedieron a robar todo el ganado existente, como caballos, cerdos, vacas, etc., siendo de anotar que ensillaron las bestias y se dedicaron a perseguir en ellas a los ciudadanos liberales que dejaban sus hogares para internarse en los montes, huyendo de la cruel persecución. Luego cogieron presos a todos los liberales que pudieron, de los que no tuvieron tiempo de huir y procedieron a quitarles la cédula de ciudadanía. También les hicieron firmar hojas de papel en que afirmaban que desde ese momento dejaban de ser liberales para seguir profesando las ideas del partido conservador en las próximas elecciones presidenciales”.*

*“Siguió la horda salvaje en su diabólica tarea y después de hacer firmar a don Agustín Reyes una hoja en que abjuraba del liberalismo, lo asesinaron en la plaza pública. Es de anotar que el difunto Reyes era un anciano de sesenta y cuatro años...En la población de La Tulia no quedan más ciudadanos liberales que los que apresaron los bandoleros...De La Tulia salieron unas 180 familias”.*

*“No esperamos que se nos haga justicia, le dicen los firmantes del documento al Gobernador del Valle, porque no creemos en la palabra oficial”.*

A las cuatro de la mañana, ya clareando, Pedro Antonio Marín o Manuel Marulanda Vélez, decidió salir de su escondite en medio de cafetales y se fue hacia La Primavera, corregimiento de Bolívar, caserío que estaba a dos horas de La Tulia; caminó a paso rápido devorando distancias, racionalizando lo visto en los días anteriores. “En La Tulia no hubo resistencia, unos centinelas hicieron cuatro o cinco disparos, más como aviso que con deseos de entablar la defensa. Todo el mundo se fue yendo, todo el mundo retrocedió. Había pura indefensión, desánimo, impotencia, nada que hacer”. Eran hombres de fuerzas mayores y bien apertrechados. “En La Primavera, yo era conocido por el negocio, entonces ahí sí decidí a meterme en la cuestión de la política. Había que sostener la vida sobre las piernas. Yo ya veía eso como mal, muy oloroso a muerte”.

A los 19 años, la edad según sus cuentas, Pedro Antonio Marín, junto a los hombres de la guardia y de las avanzadas en La Primavera, en las condiciones de zozobra diaria, sin tener

a mano la sorpresa para sorprender a los visitantes, permaneció cerca de un mes. “Comencé a volverme activo, ya consideré que esa situación como que había cambiado. Uno lo veía, lo sentía, no podía escapar a su influencia...Se fabricaron granadas con sal amoniaco para ponerles mecha. De todas maneras, uno pensaba que eso podía servir para el inicio... ¿Inicio de qué? Uno no desarrollaba tanto el pensamiento para conocer de antemano a dónde terminaríamos...”.

Pero nunca imaginó él, que era imposible controlar esa situación, por el apoyo que recibía desde arriba, desde el gobierno. “La imaginación no subía tan alto en la mente de uno, porque la policía de La Primavera eran siete hombres, que ayudaban a cuidar y a patrullar y que siempre atendían en el pueblo sus obligaciones de autoridad...”Inocencia de un hombre joven o de hombres ya entrados en edad. En el pueblo se creía con profundo convencimiento, que esos grupos eran simplemente bandas dañinas, dedicadas a causar “todo género de terror en la cordillera”. Los siete policías al mando de un sargento segundo, eran como amigos, se podía confiar en ellos. Así discernía Pedro Antonio Marín, así pensaba el pueblo en su conjunto. Nadie cree sino en la muerte ajena, la muerte propia no tiene cabida en el cerebro, la otra puede llegar o irse.

Lo anunciaron por cartas, la toma de La Primavera, exigiendo que nadie opusiera resistencia. ¡Amenazas verticales, definitivas! Mandaron avisos verbales, en que explicitaban que quien quisiera permanecer con vida en la región o en las veredas sin ser despojado de sus pertenencias, sin ser agredido físicamente ni atacadas, debían firmar un documento renunciando a ser liberal y afiliándose al partido conservador”. Se ventiló precisamente esa clase de situaciones. Esos papeles había que firmarlos en Naranjal, un pueblito que estaba de Roldanillo para arriba, por el otro lado del río Cauca, cercano a las selvas del Chocó...”. La necesidad del salvoconducto evidenció el carácter de “una cosa oficial, era lógico suponer que el ejército y la policía debían perseguir a esos grupos, pero resulta que no era así...”. Asustada la gente, de inmediato y sin pensarlo mucho, baja hasta Roldanillo o llega hasta Naranjal, buscan al Alcalde o van donde el juez, asustados reciben un papel sellado, con remordimientos de conciencia escriben un documento, en que se dice que renuncian voluntariamente al partido liberal y olvidando por un instante, su tradición familiar, se afilian al partido conservador. Delante de dos testigos, como abandonados y castrados de por vida, escriben su nombre, el número de la cédula y junto a sus firmas, el alcalde, el cura o alguien de la oficina firma también atestiguando el hecho; salen a la calle libres de pecado, tranquilos con la idea de que en el camino van a encontrarse con un retén de los pájaros y que mostrarán confiados el documento y nada les pasará al dejar las espaldas libres. Habían salido ilesos de la dura prueba del recalce político.

Y los recalzados o volteados por centenares firmaron protestas, renegaciones o desistimientos:

*“Nosotros los suscritos ciudadanos colombianos, mayores de edad, vecinos del municipio de Bolívar (V) con residencia habitual en el corregimiento de El Naranjal, cedulados bajo los números abajo citados, en completo goce de nuestras facultades mentales, de nuestra absoluta y espontánea voluntad, sin presión o coacción de directiva alguna, en forma enérgica y orgullosa y bajo la gravedad del juramento, ante Dios y los hombres, y en presencia de testigos, declaramos:*



*Que protestamos del partido liberal y de seguir siendo en sus filas los soldados de antes, porque ese partido es el de la anarquía, disociador moral, que atenta contra el orden y las buenas costumbres y contra la Iglesia Católica, como lo demostró el 9 de abril. Desde hoy perteneceremos al partido conservador, único que respeta el patrimonio legado por el Padre de la Patria. Juramos defender al partido conservador hasta morir”.*

Ahora son, dejaron de ser, finalmente quedaron con su vida, quizá lo más importante en esos tiempos.

### **Disparos en el Parlamento**

-Honorable representante Jiménez, observo que su Señoría tiene la intención de interpelarme. Yo le rogaría solamente que lo hiciera en la forma viril y franca como lo hacen los boyacenses -dijo el representante Castillo, con voz clara y desafiante al representante Jiménez.

-Yo conocí a su padre, pero él no se llamaba ‘Del Castillo’ sino Juan Castillo. Usted no es Castillo Isaza, sino Castillo Sasa. Su padre murió en la caída de un puente en Chiquinquirá -contestó el representante Jiménez, dominando los nervios. Una fuerte oleada penetró en la sala. Antes había sólo silencio, expectativa.

-Yo soy hijo de unos campesinos humildes, pero no soy hijo natural como su Señoría -respondió airadamente el representante Castillo, encañonando el revólver, con decisión y claridad, dijo: “Reaccione, reaccione”.

Los discursos de los parlamentarios se trasmitían en directo por la radio. Fogosos, incitantes y apremiantes en tocar la fibra más sensible en sus oyentes, para que la hicieran acción con sus propias manos. La radio unificaba a un país desvertebrado en regiones que tenían como límites, su lejanía; cohesionando los espíritus, alimentando la pasión partidista. Los representantes para hacerse entender, sin tontos rubores, acompañaban sus discursos con armas de finos calibres, que ellos tranquilamente, muchas veces, en público depositaban sobre el pupitre, quizá con el deseo de que se les escuchara con más atención. Exposición con brillantes y enaltecedores argumentos, bien armados, excelente dicción en lenguaje muy castizo.

El representante Jiménez, en el último intento de su vida, trató de salir por entre las hileras de sillas y pasar al corredor del recinto en forma de escalera. Utilizó un fragmento de segundo para sacar también su arma y defenderse. Se oyó un disparo, otros disparos, y durante cinco eternos minutos, ráfagas continuadas que acabaron para siempre con el retórico discurso político del Centenario. Ahora era más dirigido, más convincente. Las poéticas alusiones a la luna, al sol, a las constelaciones de estrellas se guardaron bajo llave definitivamente.

El representante Forero Benavides cuenta lo que siguió:

*“Todos los representantes se tendieron en el suelo detrás de las hileras de sillas unidas, en forma de amplísimo canapé. Esta forma de silletería quitaba, por fortuna toda visibilidad a los recíprocos agresores. Tan sólo el representante Amadeo Rodríguez, ex general de la República, estaba impávido, de pie en la hilera más alta y apoyaba cómodamente su pistola sobre la muñeca de la mano izquierda, para darle más seguridad a la ráfaga. El representante por Antioquia, Lázaro Restrepo, le grita ya al final de la espantosa escena: ‘No dispare Amadeo, no sea Asesino’ ”.*

*“Cuando se reincorporaron los Representantes, los unos aterrados por la tragedia súbita y los otros orgullosos por haber vaciado sus revólveres, el cuerpo de Gustavo Jiménez, apoyado sobre la baranda, destrozado el cuello a balazos sangrante y muerto. Pocos metros más allá Jorge Soto del Corral, ex ministro de Relaciones Exteriores y de Hacienda, se quejaba de haber recibido un balazo en la pierna...”. Soto del corral moriría cuatro años después, víctima de la tortura física que le produjo la herida mal curada a tiempo.*

El liberalismo impuso por mayoría parlamentaria, el proyecto de contrarreforma electoral. Las elecciones se realizarían en el mes de noviembre. El debate político había llegado a un clímax más allá de la controversia verbal. Ahora olía a pólvora. Desde el parlamento se disparaba contra todo un país. En adelante, los muertos no tendrían nombres y apellidos honorables, aunque muchos sí, eran hijos naturales.

### **“Ahí sí me puse a pensar distinto...”**

Debía vivir alacranado, porque siempre tenía cara de feroz. Hombre sin paz en la cabeza; alto, de un metro ochenta, fornido, parecía un diablo escapado de los infiernos. Era de La Tulia, de un caserío conocido como Las Cruces; de jefe liberal se había volteado a conservador, recientemente había salido de carabintero...Un día no muy claro en mi memoria, aunque cada día estaba maniatado a la tierra por la incertidumbre, se dijo que el tal *Lamparilla*, venía acompañado de cinco hombres, montados en buenos caballos y en buenas mulas, que venían de La Tulia en dirección hacia La Primavera con el fin de hablar con la población...”.

*Lamparilla* se convirtió en un jefecillo de real influencia sobre la cordillera, detrás suyo y de los que estaban azulando la cordillera, León María, el *Cóndor*, impertérrito y alegre, sus órdenes se cumplían a cabalidad.

Un hombre que por temor razonable, pide que no se publique su identidad en *Relator*, describe en carta la actividad de *Lamparilla*:

*“Todavía no se conoce lo que ha ocurrido en Bolívar, Toro, Riofrío, con todos los detalles. La banda de Lamparilla, por un lado y de Miguel Hernández, por la otra, secundados por Benjamín García (a. El Pajarito) y otros más enganchados a las cuadrillas por la coacción y convertidos en bestias de ferocidad increíble, han cometido crímenes sin nombre en esos*

*pueblos...Robledo, un caserío liberal en las vecindades de Huasanó, quedó convertido en un pedazo de tierra, sin habitantes y sin agricultura. Las haciendas han sido barridas, pues han alzado con sus ganados, sus caballerías, sus aperos, y todo lo que no pudieron llevarse consigo, lo destruyeron con dinamita. Las reses eran fusiladas de manera bárbara y lentamente, entre gritos salvajes...”.*

*¿El número de muertos en estos dos meses? Es incontable en esos lugares y en esos caseríos en los que no hay sino banderitas azules en las casas y en los sombreros o ruanas de los individuos, insignias azules para evitar la muerte o para que no asalten la vivienda...”*

Al verse rodeados por la policía apostada a la entrada del pueblo, ellos en la sorpresa no tuvieron tiempo para sacar sus armas de las pretinas, sus revólveres bien aparcados; “parecían unos mirúz...”. Los condujeron a un lugar especial, bajo control policial como si se tratara de presos de guerra y la población alebrestada diciendo cogieron a *Lamparilla*, pero es un hombre liberal y recién recalzado a conservador, que había firmado un compromiso con el gobierno; los comentarios. *Lamparilla* y sus hombres en la cárcel y la gente pidiendo fusilamiento para ellos y la policía resguardándolos en su integridad física. “Esos señores están bajo nuestra custodia”, en fin, nada podía hacerse, eran “intocables en sus vidas...”.

Por casualidad, una tarde, quizá con la ayuda y la vista baja de la policía, se descubrió que *Lamparilla* y sus hombres habían hecho unas troneras de huecos en las paredes de la cárcel para escaparse. La población rodeó la edificación y a fuerza de sus gritos y de amenazas, se interpuso. A pocos días, la policía recibió la orden perentoria de que debía remitirlos a La Tulia. Obedeciendo, los sacaron a la plaza y delante de la población, les entregaron sus fusiles y sus revólveres y los devolvieron sanos y en calma para La Tulia. *Lamparilla* solamente sonreía y habló un poco para mostrar sus dientes de oro y sus muelas careadas, se montó en su caballo y se despidió sin aires de venganza y antes de largar la rienda de su animal, dijo: “Me tendrán de nuevo por aquí...”. La justicia la aplicaba la justicia y debía aceptarse como ley. Era imposible la justicia por otras manos.

Un anuncio extraño, golpe directo al estómago, cayó sobre La Primavera: la desaparición de la policía, “se trastearon, anochecieron y al otro día no había un solo policía en el pueblito. El inspector marchó con ellos, se dirigieron hacia Naranjal, haciendo un círculo de camino para llegar a Roldanillo...”. Los presentimientos se acumularon y como expresión de candidez, todos absolutamente en el pueblo siguieron pensando en que no pasaría nada, aunque los indicios eran más que claros. La incredulidad atrapada en sentimientos de buena fe.

“Un día entraron unos cuatrocientos hombres a La Primavera, a puro fuego haciendo sonar sus ametralladoras y sus fusilería y carabinas, entraron empujando su humanidad bien cargada y bien armada. Se dispararon unos tiritos con escopetitas...En últimas nos fuimos huyendo por los potreros, por las fincas, por las sementeras. El mundo se desbandó en su miedo, la valentía ante tantos hombres era una lágrima perdida...y finalmente perdí mi almacén en La Primavera”.

En la noche, a las once alumbrados por antorchas, la banda de tambores y violines de hombres pobres e ignorantes, choferes, carniceros, fonderos, cantineros, matarifes, cacharrereros, talabarteros y jornaleros, sombríos en sus rostros, reconcentrados en antiguos odios heredados, seguros en sus andanzas, fuertes y decididos en una fila cohesionada, tocaron su música estridente sin cadencia y fanática. Complacidos por los aires de sus violines agudos, triunfalistas, hirientes en sus voces aguardientosas, cantaron canciones a Laureano Gómez, el hombre fuerte sobre la tierra, símbolo de un credo político, salvación de los creyentes; cantaron canciones religiosas a Cristo Rey, imagen tutelar, presencia absoluta que todo lo perdona y señala caminos de redención; cantaron a la Virgen del Carmen, Madre que recibe y acoge a los pecadores en su regazo; con voz en cuello cantaron sin temores en el más allá. Música de guerra, acicate espiritual, que se tocaba para señalar a quien debía morir esa noche.

Después de las interminables notas musicales, dijeron por un parlante, que la población debía dirigirse de inmediato hacia La Tulia, a sacar el salvoconducto, porque en cinco días -plazo perentorio-, saldrían por veredas y persona que no tuviera los papeles en regla, la matarían sin piedad por bandido y reconocido antigobiernista. “Esto lo oí personalmente por los altoparlantes, esa noche, ahí escondido en el pueblo...”. Pedro Antonio Marín o Manuel Marulanda Vélez se escondió en los matojos de unos solares hasta las tres de la madrugada y luego siguió en la “huida, el único recurso de hombre en semejante ratonera...El huir es de hombres, aunque el dolor quede rezagado...”

“No mataban a nadie por equivocación. Usted encontraba un muerto y créalo que era un liberal y no un conservador. No se equivocaban al disparar. Un tío quedó enterrado en La Primavera, desafortunadamente lo mataron...”.

“Todos los derrotados de La Primavera nos encontramos en su mayoría con el susto adentro, en el pueblito que le hablo, Naranjal. Nadie le preguntaba de dónde viene usted, ni nadie le preguntaba para dónde se dirige usted”. La comprensión que expresa la mirada por el conocimiento de la angustia, era esa la actitud. La gente de la cordillera llegaba y reunía en palabras los sucesos, luego se contaban ya por la fuerza de la inercia. Los derrotados antes que buscar meterse de miedo en los pliegues de su sombra, iban a la inspección y al juzgado a sacar los papeles. Regresaban a la tierra ya volteados, al cambiar de política como cambiando de ropa. El hombre, su vida y su sudor, una jornada dura, templada en el desánimo que se había acumulado en el cuerpo.

No era posible el regreso de esa amalgama humana de antiguos colonos antioqueños, tolimenses, caldenses y caucanos, mirar con sosiego lo que dejó el dolor convertido en recuerdo, el afecto ya distante, la compañía de la piel amorosa, escuchar las mismas palabras vueltas ya rutinarias; el humo disperso que vuela por los techos de la casa y se aposenta doblándose para dormir en cualquier rincón, el ruido del bebedero de agua metiéndose por los vericuetos de las rocas para salir por entre la tierra negra o amarillenta, tierra para la siembra; las sombras cortadas en el aire por cuchillo humano. “Yo también desaparecí, cerca de Ceilán, atravesando en canoa el río Cauca. Llegué y visité a mi familia que se encontraba morando por ahí mismo. Supe de la muerte de mi tío en La Primavera; él no quiso voltearse de conciencia y dejó la vida enterrada...”. Pedro Antonio Marín había estado por un sitio conocido como La Habana, cerca de Roldanillo en busca de trabajo y

sólo encontró rumores amenazantes. “Entonces, yo vine a parar de nuevo a Ceilán, como recogiendo una antigua carrera...”.

Se juntaron los pájaros al por mayor y al detal, de tantos colores como usted puede encontrar en los árboles de la montaña, con nombres bien puestos a su naturaleza...” La lluvia escandalosa sobre Ceilán: que viene *Lamparilla* con sus dientes de oro y su mal de cara, junto al *Pájaro Verde*, disparo certero y vuela raudo al lado de *Pájaro Negro* que corta y picotea el viento en compañía de *Pájaro Azul*, rostro de color de cielo abierto y corre jadeante con *Caballito* y relincha más fuerte que *Caballo Ronco* y más veloz que *El Pollo*, débil de contextura pero sagaz con el arma blanca y con ellos, *El Chimbilá* con su colmillo afilado, sediento de sangre, vidrios turbios sus ojos, una banda que suma doscientos hombres a caballo, a pie, que pueden ser cuatrocientos hombres levantando polvo, son ellos volando, caminando.

El tío Ángel Marín vigoroso como siempre, agitaba a la población para organizar algo parecido a lo que se había intentado hacer en otros pueblos: una guardia, patrullajes armados de machetes y palos, lo que se tenía a mano. Con un novillo, tres cargas de plátanos y una arroba de yuca, tres bultos de panela, llegaban los vecinos de las veredas para establecer en la plaza de Ceilán, una cocina colectiva. Si alguien quería comida, vayan a la molienda, traigan panela, vayan por el novillo y se iba sacrificando y se resolvía el problema de alimentación de la población. En una de esas reuniones se dijo, lo recuerda con precisión Manuel Marulanda: “Aquí no lo vamos a dejar entrar... ¿Quién tiene armas...? ¿Cuántas pistolas, cuántas escopetas...? Hay que hacer un conteo...en fin, nos reagrupamos como pudimos en Ceilán para evitar otras nuevas carreras, otros correteos. Las piernas comenzaban a cansarse...”. Intento de no dejarse doblegar.

“Antes de Ceilán, a pie sin mucha prisa, a hora y media existe un punto que se llama San Rafael. Allí vivían unos comerciantes, que no recuerdo sus nombres, buenas gentes en su carácter humanitario. Comerciantes que le compraban sus cosechas a todo el mundo y le vendían a todo el mundo lo que tuvieran en sus almacenes. Sostenían al municipio de cosecha a cosecha. Eran comerciantes, si señor, tal vez explotarían, pero rectos y como comerciantes, su oficio, uno lo supone y lo conoce, es para conseguir plata subiéndole de precio a los artículos, comprando barato. Pero, de todas maneras en mi sentir y en el sentimiento de la población, es lo cierto, eran muy apreciadas. Mejor dicho, les llamaban los padres del municipio...”.

Tres hermanos, parecidos físicamente, liberales los tres, dueños del comercio de San Rafael, a la entrada de El Puerto para Ceilán y hacia abajo la carretera que seguía de Frazadas a Tulúa y de El Puerto y de El Alto siguiendo la carretera hacia La Moralia. Ellos montaron su negocio en un cruce de caminos, con sabiduría y mucho olfato. Llegaba usted, señor, necesito me tramite la remesa, desde ahora hasta la cosecha siguiente. Sí, como no, ¿Cómo se llama usted? ¿Qué produce, cuánto café...? Si señor, con mucho gusto. Escribían su nombre en un libro y cada ocho días el hombre iba personalmente por su remesa o mandada un *propio* y no había ningún problema.

“El negocio era tan grande, que no se le podía dar el nombre de almacén, eso era demasiadamente grande; uno a simple vista no alcanzaba a ver los inmensos depósitos y

por lo menos haría cálculos que en cada depósito había cuatrocientos o mil bultos de grano, cualquiera que fuera y mercancías de todo género...A los dueños, los cogieron *Lamparilla*, el *Pájaro Azul*, el *Caballito*, el *Chimbilá* que venían desde Tulúa en camiones, revueltos con policía y ejército; les saquearon los almacenes, al hermano mayor lo torturaron y sin piedad con los dedos le sacaron los ojos y la lengua y luego amarrado lo pusieron de tiro al blanco y divirtiéndose lo acribillaron y su cuerpo fue lanzado al río Bugalagrande. A los veinticinco empleados de los almacenes, en fila les disparaban y desde el puente del río Bugalagrande los empujaron al río ese día crecido, y creció aún más por los cuerpos de los hombres. Las aguas comenzaron a colorearse en pocas horas...”.

*“De acuerdo con una información telefónica recibida en las horas de la mañana procedente de Tulúa, transmitida por nuestro corresponsal Alvarado, han sido rescatados ya 15 de los cadáveres arrojados en San Rafael al río Bugalagrande, después de que fueron ultimados en masa...”*

Fue una constancia y una demostración de fuerza. No había que enterrar a los cuerpos en la tierra; los muertos tenían como destino vagar libremente -la libertad en la muerte-, por las aguas de los ríos que corren por la geografía del Valle. No eran peces los que flotaban, eran hombres con escamas vueltos peces brillando por sus camisas blancas a la luz de la luna. Al flotar con sus nombres nadie quería recordarlos por temor al tiempo: eran simplemente cadáveres.

Los ríos trajeron la noticia, sus aguas arrastraban la imagen diaria que impregnó en definitiva a muchas memorias:

*“Me tocó jornalear sacando arena del río Cauca. Allá sí que me di cuenta de la violencia. Todos los días aparecían 10 ó 15 cadáveres flotando en el río, o por ahí tirados en un playón. Traían camiones llenos de cadáveres de Ceilán, La Marina, Riofrío, Fenicia, Indianápolis, Bugalagrande, Puerto Frazadas, en las horas de la madrugada los tiraban al río...”*

Sólo se requería como escenografía, un puente. Los ríos se volvieron los mensajeros de la muerte. Luego serían los trenes y los camiones, sin llegar a reemplazar nunca, imposible, a los ríos.

“Ahí, en San Rafael fue donde ellos hicieron presencia, cercanos a Ceilán a hora y media, de paso hacia un punto que llaman El Puerto y El Alto...Merodeando en cercanías de Ceilán...”. Al posesionarse de El Alto, acabaron con las fondas buenas, luego en El Puerto realizaron una masacre grande. Diariamente subían y bajaban carros y sus ocupantes regresaban diciendo, hoy encontramos tres muertos, ayer uno, la semana pasada cinco. Los muertos eran árboles semi sembrados, insepultos; en los árboles los gallinazos, oleadas de puntos negros afilando picos, escarbando en su plumerío, impacientes. Las bandas de hombres escondidas en los bordes y en las orillas de la carretera, en casas de conservadores. “Se formó el terror más espantoso en esos territorios...”.

Volvió a sentirse como necesidad en carne el espectro del salvoconducto. Igual que lo sucedido al otro lado del río Cauca. La población no asimilaba la idea, al hablar de que era

preferible la muerte a decidirse protestar de ser liberal. “Algunos jefes liberales de esas veredas dieron la consigna por cierto muy clara: el que se quiera voltear a conservador, bien puede hacerlo y así evita problemas con su vida y sus bienes. Muchos caciques liberales de la región dieron el ejemplo con excesiva rapidez...”.

Ellos como razón de su actitud, explicaron que lo que estaba sucediendo en el país expresaba una política del gobierno conservador contra el partido liberal. Pero nada de quedarse en su tierra y mucho menos defenderla. Sólo que daban como resquicio de esperanza para un futuro no lejano: el liberalismo volverá a tomar las riendas del poder y “ustedes podrán regresar a la tierra...” Ya nadie ponía en duda en cambio, que las bandas actuaban por orientación del gobierno, con respaldo, por cierto planificado de la policía.

“Porque el liberalismo es mayoría y el gobierno conservador tiene el plan de desgastar a las mayorías, eliminar esas mayorías en votos y en vidas, para que en las próximas elecciones el conservatismo gane esas elecciones y pueda perpetuarse en el poder. Es que las bandas se creían dueñas de la tierra que pisaban, bufando muy fuerte, se sentían muy poderosas...”. El tío Ángel Marín lo discutía con amistades, ya en voz baja, atemorizado: “Quieren reducir al liberalismo, someterlos a una cuestión de violencia...” Al encogerse de hombros como queriendo una respuesta que no tenía, para decir finalmente: “Hay que comenzar a vengarse, acallar la política oficial...”. No salía la conclusión definitiva.

Las bandas de forajidos desaparecieron de El Puerto; los bordes de carretera resultaron de pronto -un encanto casual, infinita alegría cuando se conoció- solitarios; se esfumaron, se largaron y dejando rastros de sus carpados y toldas como en épocas de matanzas frescas de ganado.

Surgió en esa parte de la cordillera, el compadrazgo, especie de bordón en que apoyarse. Un liberal tiene un compadre conservador, va y lo busca en su rancho, lo rodea con gestos familiares y lo envuelve en su “conversa: Bueno, compadre, qué hacemos, nos están matando...y los hijos se van a quedar sin padre. Posiblemente, quizá le tocará a usted la carga de los ahijados, ¿no le parece...? Pensativo el compadre conservador le aconseja con palabras que entrañan mucha suspicacia: “Nada de escalofrío, deje el temor, compadre. Lo indicado es que usted vaya a la inspección de policía y saque el papelito aquel, legalice su vida y cuando vengan por aquí, los conservadores, yo les digo, ese señor es bueno en su pensar, gente sana y de trabajo. Un hombre de rectitud cabal que acata nuestras ideas conservadoras. Entonces, compadre, mi ahijado tendrá padre con vida, ¿no le parece...?”. Los compadres intermediando por sus compadres, arraigado lazo de humanidad.

Llegaron otra vez más de quinientos hombres, huracanados por el mismo San Rafael y vieron de camino los rastros de la desolación que habían dejado: el humo se ahuyentó, los depósitos de los almacenes en cenizas, las paredes de los edificios cayéndose en pedazos de carbón y la maleza en nudos abrazando a las piedras; uno que otro estante y mostrador crecido en lamas y musgos, las telarañas en arabescos, una puerta sin abrir sobre el pasto, el esqueleto de un hombre sembrado como la continuación de gruesas raíces salientes de un viejo árbol. Paisaje abrumado por la atmósfera quieta como si fuera un telón enterrado en lo más alto de la cordillera. Sin cansancio en sus cuerpos ni sudor impregnado en sus camisas, se bajaron de los camiones a buscar sitio para sus sentaderas, bien armados y casi todos

fumando alegremente; en un instante premeditado sus ojos sin diferenciaciones en las pupilas, miraron hacia Ceilán, un pueblo apesadumbrado en su terror, rieron como palmoteándose en las espaldas.

Se dudaba en el pueblo. Se dijo sin creerlo, que era imposible que fueran tantos hombres. Se mandaron exploraciones clandestinas a informarse. Los vieron desde lejos, desbrozando a machete un valle sobre la vega, cortando arbustos, maleza y rastrojeras hacia los filos; los vieron instalando carpas como construyendo un pueblo, prendiendo candela en los fogones, soplando el humo, colocando ollas, sacrificando reses a tiros de carabina; organizando puestos de centinelas, dando voces de alarma, disparando al aire en juegos de cacería ficticia, con sus sombreros puestos alicaídos, sus pañuelos azules al cuello, sus cinturas bien aparcadas y las botas de sus pantalones anchas, muchos con zapatos y alpargatas, muchos a pie limpio, los vieron, ¿cuántos son...? Lo incierto que no deja respirar al hombre, que puede llegar o puede irse.

En Ceilán se estableció el patrullaje nocturno, la población en arranques de pelea y ¿qué hacemos sin armas, si la dirección liberal nos consiguiera armas? “nosotros nos enfrentaríamos, pero ya ve usted, que fuimos a Tulúa, que fuimos a Cali, que los liberales están perdidos y escondidos en las ciudades, clandestinos, no dejaron pistas...Era el temor generalizado, cada quien cargando con su angustia, cada quien comiendo de su plato silencio y miedo. Que en la oficina del liberalismo solamente hay una encargada de la oficina, medio muda que no da razón de nada. Se tejieron rumores de esa magnitud...”

Ceilán, para ellos estaba a soplo de mano, a una hora y media de distancia. Despreocupados, lo sabían metidos en sus carpas. Los pobladores de las veredas bajaron y se concentraron en el pueblo, dispuestos a cuidarlo. “Pero ¿cómo se cuidaba? Vuelvo y repito, era una situación similar a los otros pueblos de donde salimos a la verrionda y a la huyenda, los pies en polvorosa. No había armas para defenderse...”.

¿Dónde amaneció la policía...? La lluvia que inundó de sorpresa a todos los habitantes de Ceilán. Que andan por ahí y salieron a darle parte a un borracho y regresan posiblemente en la tarde, en la noche o en la madrugada. Que desaparecieron los doce uniformados. La incertidumbre presa fácil para la desesperación. En la noche desaparecieron. “Uno llega a la conclusión: claro, de todas maneras los *pájaros* van a llegarnos y la policía no va a enfrentarse a ellos, porque son la misma fuerza oficial. En Ceilán, los refugiados de La Primavera contamos como fue la experiencia que vivimos. Era inminente el ataque...”.

En el cielo, un pájaro gris, en círculo sobrevolando al pueblo, a las nueve de la mañana; una pequeña avioneta lanzando miles de hojas volantes, que cayeron en vaivén lento sobre los árboles de la plaza, cerca del busto de Olaya Herrera. La curiosidad se alborotó en un desbordamiento masivo, miles de manos en disputa por los papeles. Juego de niños ansiosos jugado desesperadamente por hombres y mujeres adultos. Temblor que sacude el cuerpo muy adentro de sus entrañas. Leve ilusión que flota en el cielo. Parado sobre una de las bancas del parque, el tío Ángel Marín fue leyendo pausado y salivando, el contenido de la hoja: que los moradores de Ceilán estuvieran tranquilos, que no les iba a suceder nada, que las bandas de *pájaros* se retiraban, porque éstos solamente venían persiguiendo a los “*nueveabrileños*” asesinos de conservadores; pero ellos habían comprobado con



satisfacción que no estaban en la zona. Las palmas de manos y la alegría alzaron vuelo. Un *sollozo* pleno de abrazos múltiples. Ahora la ilusión se había posado sobre la plaza del pueblo, la gritería crecía.

En la tarde, los techos se inundaron nuevamente por la bandada blanca y dispersa de papeles, leves chasquidos al viento y en las calles la curiosidad de hombres adormecida ya, plena de confianza en el vuelo de la avioneta. Se dijo en tono oficial por los altoparlantes, que se había llegado a un acuerdo con la dirección liberal de Cali, en el sentido de que no habría ninguna agresión militar contra Ceilán. Se anunció que la fuerza civil armada desaparecería de inmediato de la zona, que incluso el ministro de Gobierno, intervendría directamente en el conflicto. Ahora la alegría fue total en sollozos, gritos y risas. La mansedumbre volvió por sus fueros, a causa de una ilusión que parecía fundamentada.

“La noticia cayó muy bien entre la gente. La hoja decía que la población podía comprobar si quería, el retiro de las bandas de la zona, lo cual ocurriría en las próximas veinticuatro horas...”. Al cumplirse el plazo se mandó una exploración y no encontró rastros de hombres. Incluso, algunos hombres de la exploración con temor y justificadas prevenciones, en guardia con sus escopetas se metieron en los lugares donde habían estado ellos, anduvieron cabreados por los huecos utilizados como trincheras, pisaron con cuidado los escombros dejados en los campamentos, vieron con preocupación lo que hace un ejército en campaña y en guerra: campamentos, servicio sanitarios, todo muy bien organizado logísticamente. Esto significaba la presencia real de una fuerza oficial que se disponía a tomar a Ceilán como un objetivo militar. Satisfechos por el resultado de su misión, al regresar al pueblo dijeron que lo mejor sería perderle el miedo al miedo, porque aquellos hombres, ya estarían lejos seguramente, rumbo a otras latitudes. La tensión bajó un poco de calor, aunque la desconfianza se columbraba aún en los ojos cerrados.

En el pueblo se dormía apaciblemente, a pierna suelta. La visión del vuelo de la avioneta, zumbido que adormila como una inyección, tenía perfiles claros en los sueños de la población. Nadie tenía la inquietud -imposible la duda-, que de pronto sucediera algo inesperado. Se pensaba a grandes voces en los corrillos diarios en la plaza, que la vida estaba asegurada y la constancia escrita en letras de molde en las hojas volantes. Nadie por voluntad quería pagar el servicio de vigilancia en la noche. Todos, absolutamente todos ambicionaban tirarse a la cama, dormir sin temores, soñar los sueños deseados; se abrieron las puertas de par en par y los vientos volvieron a ser los mismos de siempre. En los bolsillos, en los baúles, en los cajones de las mesas se guardaban dobladas o arrugadas las hojas volantes como papeles sagrados. “En la cabeza se aposentó la telaraña de la confianza; hilos, señor que amarran los pies y le impide reaccionar a cualquiera cuando la vida está en peligro...” Tres días, de los antiguos y normales días había durado la calma. Tiempo para regresar a las costumbres obligadas, la cotidiana imagen de la aceptación de la desidia para morir o resignarse a una agonía lentamente tallada.

“Entraron por tres partes, por la calle central”, empinada, estrecha, un lodazal durante las lluvias por las hondas pisadas de la mulada, “entraron por la margen de una quebrada, que abastecía de agua a Ceilán”, de pocas aguas en los veranos, difícil de pasar en los duros inviernos “y entraron por otro lado, no recuerdo el nombre, pero en dirección de la vía que viene de Tulúa, como atravesando una calle” empedrada “y subiendo a trote por las tres

direcciones”. *Lamparilla* riendo con su diente de oro, hizo señales a sus hombres; el *Chimbilá* sediento de sangre por su colmillo afilado, hizo gestos a sus hombres de movimientos más rápidos; *Pájaro Azul* con su conocida mueca en los labios, ordenó a sus hombres la acción a seguir, intercambiando consignas, avanzaron en plena carrera, acezando, como explotando sus pulmones. “Echaron bala desde el matadero”, una vieja casona, fría, manchada de sangre en sus paredes interiores que nunca lavaban, cebo acumulado -a las tres de la mañana comenzaba la matanza y nadie dormía en el pueblo por los mugidos agonizantes de las reses y, “se juntaron en grupos grandes por las calles dando plomo, disparando” a las casas, a las puertas y muchos de ellos, en forma osada con cigarrillos y tabacos y mucha maestría prendían los tacos de dinamita y sin darse tiempo, los lanzaban contra los techos y la explosión conmovía a la tierra como herida de muerte.

“A las once de la noche, con el escozor de la sorpresa, se inició la toma de Ceilán, pueblo largo, más largo que ancho y de pocas calles y, a las tres de la mañana ya clareando, terminaron de ocuparlo; a las tres de la tarde del otro día, cesaba el fuego en el cementerio”, parapetados ellos en las cruces hechas de madera, pisando las flores frescas y las fosas con sus nombres eternos labrados a cincel sobre mármol; la muerte desenterrando a la muerte. “Enloquecidos no cesaban de disparar, impulso en sus dedos ya quemados por la pólvora, impulso en sus intestinos, embriagados como en una fiesta de cantina. Hombres desalmados...”.

*“Los chulavitas lo tenían todo planeado porque sabían que los liberales tenían armas e iban a responder, pero como los tomaron por sorpresa los jodieron al principio. De un momento a otro cuando la vaina estaba bien prendida, un muchacho Rigoberto Barrios que era el electricista del pueblo y dormía en la telegrafía, salió a la plaza con una escopeta, se parapetó detrás de la estatua de Olaya Herrera y comenzó a disparar. Se bajó como a unos diez, hasta que le dieron un pepazo que le estalló la cabeza. Pero eso fue suficiente para que los liberales de Ceilán reaccionaran y salieran a echar bala, a defenderse. Se armó la batalla. Los liberales atacaron cuerpo a cuerpo, pero los chulavitas estaban mejor armados y entonces fue la matazón...”*

Ese día, a las siete de la mañana llegaron los camiones “y comenzó el saqueo en serio”, de almacenes, de las casas, baúles, objetos de valor, mercancías, comestibles, bultos de café y esos hombres con su fanatismo desbordado, “dispuestos a llenar vehículos y más vehículos, agitados arrancaban sin prisa en los carros para Tulúa”. Hicieron muchos viajes y al terminar el saqueo sin demostrar gestos de emoción en sus rostros, riegan gasolina en grupos de dos y tres hombres “por las calles del pueblo, en las puertas y en los zócalos y lanzando el líquido sobre los techos como haciendo lluvia le prenden fuego y la llamarada endiablada en muchos ríos”, culebra creciendo, chasquido agudo de las llamas “crecido y tembloroso río, que pasaba de una calle a la otra”, uniéndose en su fragor en la descomposición de un amarillento-rojizo, estelas al juego de los vientos, por las entradas y salidas, por la calle que venía de Tulúa, por la calle que venía de Sevilla, “un incendio de por lo menos dos kilómetros de largo” y ellos, iluminados riendo, daban la impresión de estar soplando botellas, magia del soplo humano que modela figuras, y como si alguien las estuviera empujando, caían paredes de las casas de dos o tres pisos, la madera carcomida por los dientes de las llamas y el bronce de Olaya Herrera en la mitad de la plaza, impassible en sus años, montado en su base de cemento;

*“menos mal que el día amaneció bastante lluvioso y esa lluvia benéfica del cielo impidió que todo el pueblo de Ceilán fuera totalmente destruido por el fuego implacable y destructor...”*

La visión del incendio era una cosa fantástica: alumbraba a todas las veredas, las montañas resplandecientes. Había comenzado en la noche y en el día se propagó, a medida que tomaban el pueblo y lo saqueaban. Ansiosos hombres con terribles deseos de vomitar más candela...”

Por el terror, el pueblo se desocupó a prisa como si un viento huracanado se hubiera llevado a los hombres, gente huyendo a grandes zancadas sin tiempo para mirar hacia atrás, sudorosos en una interminable caravana sin destino preciso. En las últimas casas, bien arriba del pueblo, estaba situada en una cuadra la zona de tolerancia, cincuenta mujeres abigarradas en las cantinas y en las maltrechas habitaciones. A las cinco de la mañana, corrieron como ánimas solas con sus desnudeces al aire, asustadas, gritando, llevando en las manos a los santos de su devoción, pasaron junto al cementerio sin persignarse como acostumbraban hacerlo y se perdieron rumbo a la salida de Sevilla.

*“A las siete de la mañana no había un liberal moviéndose ni una casa que no echara humo. Unos huyeron, otros fueron asesinados. En la misma volqueta que habían llegado los chulavitas, cargaron los cadáveres para echarlos al río Tulúa. La volqueta tuvo que hacer cuatro viajes completos para llevar los 200 muertos. Las aguas del río quedaron rojas durante una semana y Ceilán, azul por muchos años...”*

Apareció la demencial jauría de perros hambrientos por los cafetales y los montes cercanos, llegando al pueblo para espantar la desolación con sus ladridos y los perros entablaron la otra guerra, entre los destrozos de sus dientes por arrastrar y comerse los cuerpos de los cadáveres, en una disputa brutal cerca del bronce de Olaya Herrera, que seguía orondo, impasible, pensativo.

Pedro Antonio Marín o Manuel Marulanda Vélez se ganó su carrera en ese atormentado amanecer. “Es que ya son varias las carreras en esta vida. Ahí en Ceilán me gané una carrera tremenda”. Entre los meses de agosto y noviembre de 1949, en pocos días había cambiado como hombre, en una profunda experiencia que conjugaba el terror vivido por él y por los pueblos de Betania, La Tulia, La Primavera y ahora en Ceilán que desapareció esa noche y esa madrugada y dos veces más, años después. “Ya ahí si me puse a pensar distinto. Dije: esta situación está muy complicada, parece que todo cambió de carácter, entonces hay que buscar una solución. Ya uno se decía, ¿pero con quién la buscamos? ¿A quién recurrimos? ¿Las armas, dónde están las armas, cómo se consiguen...? Si nos quedamos así de tranquilos nos van a matar a todos. El cuerpo ya no resiste más humillaciones...”

### **Instantánea fotográfica de un milagro**

Los linotipos tienen la rara particularidad de frecuentar con extrema lucidez, la verdad absoluta. Si lo dice un periódico es físicamente verdad. Ahora, si esa verdad está publicada en primera página ya nadie duda de su total veracidad. Una distinguida dama de la sociedad caleña, obsequió a las madres del Buen Pastor, un pequeño cuadro enmarcado de la Virgen de Fátima, en ese momento la más milagrosa de todos los santos.

*“Las virtuosas religiosas -dice la crónica periodística-, ensayaron himnos y cánticos y con el personal de todo el establecimiento -reclusas y niñas de protección-, abrieron las puertas de la Casa para darle la bienvenida a la Madre de Dios. Prepararon al efecto una anda, en solemne procesión, para llevar a la imagen hasta el altar de la capilla. Cuando penetró a los claustros del Buen Pastor, soltaron tres palomas -dos de su propiedad y la otra de una casa vecina- y regaron con flores el piso en honor de Nuestra Señora de Fátima”.*

*“Fue entonces cuando las tres palomas, al verse libertadas, volaron raudamente hacia el bendito cuadro y se posaron sobre él, repitiéndose el milagro que ya se ha convertido en un acontecimiento de frecuente ocurrencia, de ir las palomas a colocarse a los pies de la divina imagen...”*

El cronista eleva su verbo celestial hasta extasiarse: *“Qué prodigio, qué influjo sobrenatural sienten estas aves del cielo, símbolo de pureza, para darle compañía o guardia, aquí -en Cali- como antes en Bogotá, en Medellín, en Jericó, casos presentados entre nosotros y en los Estados Unidos y en Europa, en todas partes del mundo, que no son para ser explicados humanamente...”*.

Las tres aves del cielo, blancas como la nieve o la luz solar no descompuesta en el amplio espectro del color, con el arranque de sus picos azufrados y sus tarsos y sus dedos cubiertos de plumas, quietaron su vuelo y caminaron sobre el altar de flores frente a la Madre de Dios, entre el 3 y el 5 de noviembre. El 27 de septiembre, los Padres de la Patria disparaban sus discursos y sus armas, desde el recinto sagrado del Parlamento contra todo un país; el 22 de octubre, hacinados en los viejos patios de la casona liberal en Cali, los exiliados del norte del Valle, pensaban -así lo habían expresado a la prensa-, que en Cali iban a vivir por lo menos en paz, creían estar en compañía de cristianos.

Antes de las siete de la noche, los hombres salieron de las oficinas del detectivismo, situadas a dos cuadras de la Casa Liberal; salieron en grupos de tres o cuatro, caminaron con sus sombreros caídos sobre las orejas y pañuelos anudados al cuello, doblaron la esquina y en un vuelo se apostaron a la salida de la Casa Liberal y dispararon despiadadamente contra la multitud agolpada, que en ese preciso instante escuchaba el discurso de un dirigente liberal. Sorpresa fugaz sin tiempo para dismantelarla. Las preguntas imposibles. Sólo que, al desparramarse la multitud en oleajes encontrados, muchos hombres intentaron saltar por las tapias del patio en busca de los patios vecinos y sus manos aprisionadas en el aire bajaron con rapidez, al desplomarse sus cuerpos por los disparos.

Los hombres inertes, solitarios con miedo eminente hacia la muerte -la más terrible soledad que pueda padecer un hombre-, indefensos, maniatados por el terror paralizante en las

piernas, sin armas -ellos habían huido de sus tierras por no tenerlas para defenderse-, no opusieron resistencia, resignados fueron cayendo, frutas podridas, hojas al vaivén de los vientos, fueron cayendo sin enterarse de lo que estaba sucediendo; doblándose, agarrándose el estómago con las manos, haciendo esfuerzos inauditos para no dejar la vida, fueron cayendo y con los ojos bien abiertos mirando la eternidad, un largo y oscuro pasadizo; viendo a esos hombres que no temblaban y en cambio gozaba y no terminaban de disparar para volver a cargar con pericia y luego descargar con puntería sus armas: fueron cayendo como si les hubieran picado el cuerpo hasta sacarles todo el aire y en el suelo desinflarse, ya cuerpos apeñuscados. Las mujeres implorando el milagro del cielo con sus voces quejumbrosas y sus rezos inacabados. La noche culminó adentrándose en sus entrañas ya destruidas. Luego al amanecer con el desconcierto por 22 muertos y más de 40 heridos.

En la prensa apareció la versión oficial del gobernador del Valle, Nicolás Borrero Olano en que diría con desparpajo: *“El suceso se originó cuando una banda de liberales atacó el cuartel de la policía...”*. El 28 de octubre, el mismo gobernador invitaba a los gremios económicos a una reunión, *planteándoles la necesidad de crear un cuerpo de policía propio, pagados y dotados por éstos y autorizó en la reunión,*

*...facilidad de crear un cuerpo de vigilancia de sus respectivas propiedades, el cual tendría todo el respaldo de la autoridad y podría actuar en nombre de ella...”*.

El *Diario del Pacífico*, de propiedad de la familia del gobernador, envió a uno de sus fotógrafos para que captara en un arranque de inspiración profesional, no los círculos numerados de más de doscientos impactos de diferentes calibres, posteriormente encontrados en las paredes de la Casa Liberal, sino las pruebas fehacientes del milagro de Fátima. El fotógrafo *“aprimó en la sensible película gráfica que presentamos -en primera página, lo lógico-, y en la cual puede verse el cuadro con las tres palomas, una de ellas al pie de la imagen y las otras dos en la parte superior...”*

Luego habló emocionadamente para decir: *“que le había sorprendido el que ninguna de las tres palomas se hubiera ‘espantado’ con el ‘fogonazo’ de magnesio...”*.

El Milagro, un simple hecho religioso de tipo municipal -¿existe acaso otra clasificación posible?-, creció en difusión por el fervor que despertó la imagen de Fátima ya en volumen de yeso, en una larga peregrinación por todo el Valle: *“Imagen que triunfalmente se pasea por todas partes obrando el espléndido y asombroso milagro de la transformación inmediata en todas las gentes...”*.

*“Nuestra señora de Fátima salió de la Iglesia de las Mercedes de Zarzal, dice la crónica, hasta la estación del ferrocarril en donde a las primeras horas del mediodía empezó a aglomerarse una muchedumbre de hombres que querían dar la despedida a la preciosa imagen. El entusiasmo y la alegría de la visita se cambió repentinamente en una inmensa tristeza cuando la imagen fue colocada en la plataforma última del autoferro para iniciarse el viaje hacia Tulúa. Centenares de ojos se humedecieron de lágrimas por la emoción; las fuerzas acantonadas en la ciudad -policía y ejército-, presentaron armas a la Virgen, mientras un sentido coro entonaba un bellissimo canto de despedida: Permíteme que vuelva tus plantas a besar...”*.

Temor, inseguridad del hombre que busca valor en otras fuerzas espirituales para no sentirse irremediabilmente perdido, abandonado de la mano de Dios. El más allá del cielo metido entre su cuerpo. No las nubes, la idea que habita más allá de las nubes. Lluvia por un día, la visita de Fátima.

Un testigo de los acontecimientos sucedidos en la cordillera Central, dijo, años después de la visita de la Virgen de Fátima a Tulúa:

*“El Cóndor fue el que organizó las matanzas de Ceilán, de Betania, de La Marina y todas esas masacres horribles, de aquí -de Tulúa-, salieron los carros y León María los armaba con armas que sacaba de lo que llamaron Casa Cural, que había sido la casa del padre Franco, pero en esa época era el cuartel de la policía. De allá sacaron las armas para la chusma. De la Casa Cural salieron armas para hacer las matanzas de Ceilán, La Marina, de Betania, de tantas partes. Eran el ejército y la policía los que armaban la pajaramenta, eso lo sabía todo el mundo...”*

*El Cóndor*, León María Lozano, que sentía profunda ternura y adoración por su mujer Agripina, por su hija y su perro Tatí, con la dureza que siempre exploraba su voz áspera que parecía salir del estómago, según *El Chimbilá* que lo conoció de cerca, nunca llegó a matar a un cristiano con sus propias manos. Su cerebro en cambio era un cañón oloroso a pólvora, dando órdenes. Mató sí a un gato, cuando en un arranque de ira después de soportar una noche seguida los ataques de asma, le descargó el plomo de su revólver en la cabeza, sin que aflorara un mínimo rasgo de piedad en su espíritu. Quería, luego lo confesaría a uno de sus hombres, preservar por siempre su estirpe de ave de vuelo mayor, que actuaba en las más encumbradas alturas. Hombre-pájaro sin cuello desnudo ni crestas ni barbas, ni plumaje fuerte y pies negros como el Cóndor de los Andes. Un pájaro vestido decentemente con saco cruzado que no hablaba de muertos, hablaba con certeza de sus convicciones, en forma por demás tranquila. Mató el gato porque lo consideraba el peor enemigo de su especie y no por ser el causante de la alergia que le producía sus ataques de asma.

Había surgido como leyenda política por su valor el 9 de abril, cuando los liberales alzados, trataron de asaltar el colegio de los Salesianos y él, hombre dispuesto a la muerte por su fe religiosa, los enfrentó con un taco de dinamita en las manos y los puso a huir. Dejaría entonces, el puesto de venta de quesos que tenía en la galería para dedicarse a su pasión oculta, la que bullía en su sangre, la política. Pero haciéndola a su manera, con su estilo. No olvidó su ser religioso, nunca dejó de asistir a la misa de las seis de la mañana donde los Salesianos; nunca abandonó la costumbre de llevarles quesos todos los días a sus directores espirituales, los Salesianos. Se convertía así, en un acatado jefe político, nada se hacía en sus dominios sin que estuviera engranado y ordenado desde su cerebro. Comenzó por organizar en Tulúa policía cívica, por orden del directorio conservador, lo que sería el cordón umbilical para sus muchachos, los pájaros. Tenía sus mañas como lector infatigable de *El Siglo*. Leía sus editoriales en entrelíneas y sólo él -su secreto-, encontraba en los escritos sagrados, las consignas adecuadas para impulsar su cruzada, labor de partido, labor cristiana de *azular*, en forma definitiva, la cordillera Central. Era un hombre obsesionado en sus propósitos. Vertical en sus decisiones. Adoraba a Laureano Gómez, especie de

fetichismo en su vida, lo único que le faltaba era andar con un retrato suyo colgado al cuello. Respiraba hondo en su veneración.

Amigo personal del entonces coronel Rojas Pinilla, comandante de la Tercera Brigada, quien mandaba solamente sus tropas a las zonas de violencia para hacer el simple conteo de los muertos. Amistad que se crea, cuando el 10 de abril, el Cóndor Lozano ayuda a la tropa enviada desde Cali por Rojas Pinilla, para recuperar el Palacio Municipal en manos de los insubordinados *abrileros*.

Sentado, generoso en ofrecimientos en tardes y noches, poco gastador de palabras, acompañado de sus amigos en una mesa en el bar Sinaí, daba las órdenes en lenguaje cifrado, ya muy digerido en gases gástricos en su estómago. No eran órdenes directas, más bien alegorías. Hablaba por debajo de la lengua, salivando y observando a los hombres que lo escuchaban. Su presencia, inofensiva por la indumentaria, por sus gestos apacibles, producía físico terror entre sus subalternos. Tulúa era el epicentro, cruce de caminos; su cerebro la fragua y el área operacional; el lado derecho del río Cauca hacia la cordillera Central y el lado opuesto del río hacia la cordillera Central.

La visita de la Virgen de Fátima a su fortín fue más que un estímulo espiritual, le traía un poco de sosiego en su mundo de preocupaciones por la empresa emprendida por él con tanto ahínco. Seguramente, sus ojos lagrimearon, un hombre de piel tan sensible, al ver partir la imagen de Fátima hacia la Paila, montada en la parte trasera del autoferro, dejándolo solitario entre la multitud que sollozaba religiosamente. Las nubes configuraron la forma de una ave del cielo, yéndose.

En Bugalagrande, *“un grito herido lanzó toda la gente cuando el autoferro pasó de largo, creyendo que la Virgen pasaría sin permanecer un momento siquiera con ellos...”*. Frustración colectiva. En Andalucía, *“después de ofrecerle a la Virgen una suntuosa ofrenda floral de bellísimas orquídeas colocadas en hermosas canastas adornadas con la leyenda Paz, todos de rodillas, con las manos juntas y los ojos fijos en la Celeste Señora, rezaban el Santo Rosario en fervoroso coro y cantaban sin descanso...”*

La estatua de Fátima regresó triunfal a Cali; luego la embalaron cuidadosamente en una caja de madera, envuelta en periódicos y viajó en avión a su país de origen, Portugal. En Colombia el 7 de noviembre de 1949 se declaró turbado el orden público y el Estado de Sitio en todo el territorio nacional; por decreto del Gobierno se cerró el Parlamento, las asambleas y los cabildos municipales; se impuso la censura de prensa; se prohibieron las manifestaciones públicas y se autorizaron plenos poderes a los gobernadores.

Las dulces aves del cielo sólo tuvieron tiempo para volar a cortas distancias, a la luz del día. Arrullándose, regresaron a sus nidos situados en los viejos zarzos de la casa del Buen Pastor, y gorgojearon, haciéndose limpieza en los plumajes con sus picos, hasta encontrar un día una muerte prematura. La noche había sido creada para que las aves rapaces ejercieran un dominio absoluto en sus espacios recónditos. Por los ríos que frecuentan la geografía del Valle del Cauca, siguieron bajando en una inmensa y apretada hilera, cadáveres y más cadáveres; se descompusieron sus carnes y enflaquecieron las aguas de los ríos. Quedó el recuerdo impregnado como polvo en la memoria, según la crónica que

*“durante la visita de la Virgen de Fátima (a Cali) a medio día se podían ver la luna y los astros...En el momento de la aparición, el sol perdía su vivo fulgor...”* El 27 de noviembre, Ceilán estaría atrapado en las llamas de un incendio que alcanzaba el mismo cielo.



**2**  
**LOS PRIMOS**  
**ERAN CATORCE**

## Historias de espanto contadas por Manuel

*Mire, nosotros vivíamos en un lugar llamado El Alto del Carmen y por el frente de la casa pasaba el camino real, de donde uno veía venir a las mulas con sus cargas, sin mucha dificultad, y sin alzar digamos la vista, también se veía con facilidad a una persona no demasiado pequeña. Era muy visible mirar hacia el camino que le cuento. Pero llegó el momento en que fue tan célebre la historia de La Candileja, que después de las siete de la noche hasta las cinco de la mañana, ningún hombre por arriesgado que pareciera se atrevía a andar por ese camino. En la noche se volvió un camino desolado.*

*A uno de niño se le despiertan los ojos cuando comienza a conocer cosas de la vida. Sucedió una noche, estábamos en el comedor con mi papá, mis hermanos y unos trabajadores en conversación diaria del campo. Eran, por ahí, pienso las nueve de la noche, y de pronto sin que existiera aviso de ninguna naturaleza, vimos en realidad a La Candileja al otro lado del camino. No apagamos los ojos por el susto. Parecía La Candileja como si fueran en junta cuatro personas cargando al hombro un cadáver sobre una camilla y en cada esquina de la camilla, una esperma prendida, especie de lámpara de cuatro luces. Al andar no se sabía si andaba o flotaba el cadáver cubierto por una sábana, alumbrados por las espermas, lenguas quietas de fuego, bien prendidas en su luz, cocuyos amarillentos. Y esa visión que nos dejó lelos y fríos de miedo, producía un ruido espantoso, terrible tormento para los oídos. Le digo, sonaba como el galope de caballo en la lejanía. Era la realidad vista por los ojos de nosotros y así, como la vi yo, de la misma manera la vieron los otros y en tal circunstancia, nos encargamos de regar la especie ya asegurada de verdad.*

*Era un camino real por donde se movían por lo menos de 400 a 500 personas y 200 a 300 mulas diarias. Y esa fue la causa para que la gente abandonara el camino en las noches. Si un enfermo estaba en las últimas queriéndose morir, nadie cogía camino, porque se decía que posiblemente no sería un muerto el cargado, sino un muerto acompañado de otros muertos, que poco antes habían sido sus dolientes en vida, por culpa de encontrarse en el camino con la tal Candileja. El corazón podría dejar de funcionar en una correría nocturna.*

*Resulta que una vez, salieron tres carabineros y cogieron el camino real para ir a capturar a un sujeto dañoso en la región. Ellos que sabía del cuento, se fueron mordiéndose los labios por temor a pesar de sus armas. En una vuelta del camino, divisaron un largo recorrido y vieron a La Candileja, caminando en vaivén, lentamente como si flotara el dicho cadáver bien alumbrado, que venía hacia el sitio donde estaban ellos.*

*Uno dice en arranque sincero: “Virgen del Carmen, nos llevó el diablo, ahora si nos tragó la tierra...”.*

*Los tres quedaron perplejos, confundidos en sus ánimos y en sus decisiones.*

*Dijo otro con solución en la boca: “Devolvámonos y busquemos un deshecho y la dejamos pasar...”.*

*Dijo otro muy convencido: “Esto si que está verraco, ¿qué vamos a hacer?”*

*Hasta que uno terminó con su voz diciendo: “¡Yo no la aguardo!” Se tiró por un despeñadero y el hombre dando vueltas casi se mata, se descompuso las piernas, se descompuso los brazos del mamonazo tan violento que padeció su cuerpo. Los otros dos con el sudor helado por el temor, por cuestión militar resolvieron esperar a La Candileja bien parapetados.*

*Les llegó La Candileja y se les puso tan cerquita que los encegueció la luz de las espermas. Los carabineros obedeciendo la disciplina militar le gritaron a La Candileja el alto reglamentario y lo repitieron por tres veces, orinados y defecados en los pantalones. Y nada que escuchó La Candileja. Era cosa del otro mundo y cuestión de esta vida. Entonces ahí mismo le apuntaron con los fusiles y dispararon al unísono y el espanto siguió con su guando, su muerto y sus luces. Le largan una mano de tiros y siguen dándole más tiros hasta que dejaron descansar los dedos. Se desequilibró La Candileja, cayó uno que parecía hombre, cayó otro que parecía hombre y cayó un tercero que también parecía hombre el cuarto muy humano huyó; al apagarse las espermas la sábana voló hasta juntarse con las nubes.*

*Eran cuatro ladrones que utilizaban ese sistema por el camino real, desde Santa Lucía hasta casi Tulúa, para robar cerdos, gallinas, caballos, vacas y así nadie los perseguía, nadie los perturbaba. Ya por la costumbre, de noche volvimos a mirar hacia el camino real y las luces de las espermas se habían inundado de oscuridad y la oscuridad esconde sus espantos para evitar que los ojos humanos en cualquier descuido los vea.*

### **“Conversación solitaria...”**

“Se preguntaba por alguien, nadie lo vio en su partida; se indagaba por tal familia, a dónde fue a parar con sus huesos; nadie daba razón, nadie quería atestiguar si aún caminaba en sus huesos, el vecino, corrió, huyó, no conocemos de su rumbo, no precisamos de su refugio, no dijo adiós, no son tiempos para las despedidas, ¿usted comprende? Las despedidas no siempre son posibles, no siempre es posible alargar la mano, quizá por última vez o hasta el día siguiente. No son malos augurios. Para despedirse hay que tener como el semblante dispuesto, no importa que la tristeza lo esté carcomiendo a uno, como si fuera gorgojo y uno madera amontonada. Es puro afán y no dureza de hombre. Cuestión de decidir qué se hace con el tiempo que se tiene a disposición. Mirar adelante y marchar o quedarse rezagado con la mirada en la distancia familiar...”.

Huyendo de Ceilán, Pedro Antonio Marín llega a la finca conocida como El Carmen, de propiedad de su tío Manuel, situada en la vereda de los trópicos, atravesada por las aguas limpias de Frazadas, una quebrada; finca con buenos pastos, caña en producción y un promedio de treinta y cinco cargas de café. Antes había sido la finca de su abuelo Ángel Marín. Ahora volvía a meter en su imaginación las muchas historias por él contadas sobre la guerra civil de 1900. En cambio de la abuela no conservaba recuerdo alguno, “a pesar de que ella era tan buena con nosotros y todo, pero la relación con ella fue muy poca...El abuelo un hombre imposible de dejarlo caer en el olvido...El abuelo Ángel”. Su tío Manuel lo recibe contagiado de muchas preocupaciones.

-Sobrino, ahora si nos tragó la tierra, nos jodimos, ya no existe sitio seguro para arrancar. Yo voy a hacer un viaje, quiero buscar a mi hermano José de Jesús. Me voy para Caldas, me voy para Sevilla y usted quédese aquí a mi espera -dijo comiéndose las palabras, con ansias de no quedarse quieto un instante. Sudaba copiosamente el tío Manuel.

El pensó que por seguridad no debía quedarse en casa de su tío Manuel y decidió esperarlo bien adentro de la montaña, en un sitio escondido, con ayuda y el apoyo de un compadre conservador de su tío Manuel, “un hombre fiel a la amistad, más bien bajo de estatura y de poca saliva en el habla y de bigotes mosca...”

“Construimos una casa de paja, una chocita bien arregladita, donde yo quedé bien acomodadito y con una cocinita bien cubierta, el humo no se veía con facilidad desde las veredas...”.

Comienza el desgaste del silencio en la conversación solitaria, de palparse y tocarse para sentir que tenía compañía en sí mismo. En el día cocinaba, luego ejercitaba las piernas y para alargar los pensamientos al caminar por los pocos metros de tierra, en el recién descubre de monte, mientras ansioso, esperaba el regreso del tío Manuel, cada ocho días.

-Esos andan alebrestados, sobrino, mostrando como si no quisieran la presencia, tomando trago a cualquier hora del día, haciendo tiros y queriendo encontrar a un hombre desocupado y distraído con su vida; montados a caballo, en buena y briosas bestias en

arranques de destreza y lujos de buenos jinetes; gritando vivas al partido conservador y abajos al partido liberal, hablando muy orondos de su triunfo político, porque dicen que ya Caldas está godificado, que están tomando a Antioquia y toda la cordillera del Valle ya la tienen *azulada* y diciendo que ahora bajo su dominio, la situación en el país tendrá cara de solución definitiva.

-Nos tragó la tierra y nos quieren encimar una montaña ¿Usted que piensa, sobrino?

-Pues esto está muy jodido así como lo pinta usted. Yo voy a esperarme unos días metido en este monte, ¿Usted, tío, está aburrido conmigo...? -preguntó al rompe Pedro Antonio Marín.

-Como voy a estar aburrido con usted, sobrino -respondió el tío Manuel, limpiándose el rostro con un pañuelo amarillento.

-Es que pensé que podría convertirme en una carga y preocupado, sabiendo que no volvería a hablar con nadie en los próximos ocho días, que seguirá su ronda diaria, ya memorizaba hasta el cansancio en unos pocos metros de tierra, y tendría que estar con los ojos avizores para evitar la entrada de alguien sospechoso en su terreno; no hacer ruido que columbrada signos de su estadía, escuchar los que vinieran por el camino, por las trochas. “Estar en la solitaria con uno mismo, con la disciplina del hombre esperador de la voz del tío Manuel para entrar en la conversa...” Espera que va creciendo en figuraciones, historias que salen de esas figuraciones, historias que por la ansiedad que acosa al hombre que huye y ahora espera, en la imaginación por lo regular terminan con final funesto. “El huidor tiene la ventaja de escoger la trocha para escapar. A quien espera le puede caer encima un día la mala sombra de un árbol anciano...”.

El tío Manuel contento, iba al pueblo con las precauciones debidas y hacía mercado, a los ocho días puntual regresaba al rancho camuflado donde vivía Pedro Antonio Marín; hacía tiempo para despistar un poco su impaciencia mientras oscurecía, entraba a la montaña sin dejar trillo, los dos alargaban sus brazos para abrazarse y luego ya tranquilos, fumando o bebiendo una taza de café conversaban de largo hasta las nueve de la noche. El tío Manuel hacía entrega de la remesa para una semana: “carne, algo de dulce, granos, en fin y, muchas palabras de afecto”. Vendría la despedida con cita de regreso en los próximos ocho días.

Darle vueltas de tornillo a la imaginación, inundar el cerebro de supuestas ilusiones hacerse a la idea de que los días podrían, en un futuro, acortar las horas y el tiempo dejar la prisa y ser como amigo del hombre para no desesperarlo. Imposible quitarle la angustia al tiempo, hacerlo más razonable en su transcurrir tedioso y tortuoso. Contemplar el humo meterse por entre el techo, escapar y hacerse nube; apagar la candela hasta dejarla en pequeñas brasas chispeando, finalmente carbón dormido; soñar despistando el insomnio, abriendo y cerrando los ojos en la mitad de la oscuridad; presentir en la noche la visita insospechada; imaginarse lloviéndose en tempestad de montaña, la lluvia que hace pepear gotas a los árboles; contar despacio, uno a uno, desde el lunes, los pasos del tío Manuel que llegarían, quizá el domingo en la tarde tarde.

Ahora el tío Manuel más sosegado en sus gestos, aposentado en sus sentimientos.

El tío Manuel, delgado y alto y lampiño como su sobrino Pedro Antonio Marín, desgranando “conversa en cascada como si solamente pudiera hablar conmigo en esa montaña”.

-Esta situación está muy verraca y parece que no tiene cauce de componerse. Mi hermano José de Jesús María se fue, se perdió y nadie sabe de su paradero. Dicen que se fue para Cali, pero no sabemos si en verdad está por Cali. Ya están llegando los conservadores de El Águila, de Ansermavieja y de Ansermanueva y los están aprovisionando y llevando a fincas y haciendas abandonadas por los liberales. Se las están escriturando como si fueran de ellos. Dicen que ese fue el compromiso que hizo el gobierno con todos los que adelantaron esa política de terror. En las fincas de mi hermano Ángel hay tres conservadores posesionados. El uno se adueñó de Rosas Blancas, otro de El Jardín y el otro La Florida. Llegan así no más como mayordomos y así van apareciendo en público como dueños y con el tiempo no sólo lo creen sino que ya son los dueños de verdad...

Le contó apesadumbrado, pálido de rostro, que eso estaba sucediendo por Betania, La Tulía, por Primavera y apresuradamente les estaban legalizando los títulos de propiedad en los juzgados, especialmente en Tulúa. “Es una forma de pago para esa gente, por sus servicios prestados al conservatismo”, dijo el tío Manuel.

-Se está aniquilando al liberalismo- respondió Pedro Antonio Marín.

-Usted debe estar como muy aburrido aquí solo sin nade con quién conversar, ni nada de esas cosas, ¿verdad, sobrino?

-Si tío, yo estoy muy solo, pero no aburrido, me hago a las condiciones. Lo que pasa es que estoy pensando un poco la cosa, la muelo, tratando de buscar una salida y no la encuentro. No hay en qué apoyarse uno, sentirse un poco más seguro. Algo que nos permita el desquite. Eso no lo veo muy claro, no está claro a la vista -dijo Pedro Antonio Marín, indeciso, manejando la incertidumbre, un poco agobiado.

En otra visita, como escondiendo algo, el tío Manuel le habla acerca del aburrimiento y le dice que no es un buen síntoma el aburrimiento para la salud del hombre y le agrega en confianza, muy cerca de los oídos, “que en la próxima semana le traigo una sorpresa para que tenga con quién hablar en esa soledad de montaña...” Mole descomunal de ruidos diferenciados, que abrumba y empequeñece al hombre cuando no tiene libertad de movimientos.

-Sobrino, le voy a traer un radio para que escuche noticias y mucha música. Aunque las noticias que escuche sean a favor del partido conservador.

“Y sí, como no, en el mercado siguiente me echó el tío Manuel un radio grande, con pilas cuadradas y largas que pesaban como una arroba y duraban para el gasto de tres meses...” Manuel Marulanda o Pedro Antonio Marín vivía pegado de oído al aparato, dormía y despertaba en la cacería, en cierto sentido de la voz humana que salía con tremenda facilidad de ese aparato maravilloso.

Antes de la despedida usual, cerca de las nueve de la noche, el tío Manuel volvió a insistir en la preocupación por el estado anímico de Pedro Antonio Marín.

-Oiga, sobrino, ¿usted no está aburrido en este monte...?

-Pues, hombre tío, no. Porque si me pongo aburrido, me van a matar de aburrimiento y eso sería una lástima. Yo tengo deseos de andar la vida, recorrerla. -El tío Manuel rió. Contemplaba a Pedro Antonio Marín como a un hijo. Sus hijos mayores lo habían abandonado al escucharse los primeros rumores de que la cosa tendía a dañarse.

Esa noche hablaron de cómo dejar que el tiempo acumulara horas para no desesperarse en ese monte. Pensar que el hombre siempre debe estar acompañado de una ilusión, ya sea una mujer “con ojos y cuerpo que lo ponga a uno a temblar...”; una finca bien organizada, un negocio bien montado en el pueblo, en fin, una ilusión que permita al hombre pensar, que todos los días está pisando sobre la tierra. Convencerse de que estos tiempos no son para que el hombre pueda dormir durante un año seguido, “el sueño en estos tiempos es como un despiste para el cansancio...”, hoy en día ningún camino es seguro “para que el hombre ande por ahí agarrándose las muchísimas en descuido...”; hablaron, Pedro Antonio le dijo a su tío Manuel que con el radio entretenía su conversación solitaria; el tío Manuel respondió que el hombre solitario desvaría un poco, se acompleja y decae en sus impulsos; Pedro Antonio Marín le dijo al tío, que le encantaban los programas de complacencias que escuchaba por la radio, el tío Manuel le contestó que la música, es mucho lo que alegra el corazón. Los dos rieron.

-Tío, no se preocupe, yo no estoy aburrido. Lo que estoy pensando es cómo por intermedio de usted, ya que usted tiene su compadre conservador que tanto le ha ayudado, le pido que haga un viaje a Génova y trate de enterarse de cómo está la generación de nosotros, la de los primos. Pregunte cómo están los muchachos, qué ha sucedido con la vida de esa gente. Váyase a Caldas, trate de conseguir a los otros sobrinos, localizarlos, pregunte en qué andan. Nosotros somos muchos primos en la familia y entre todos podemos intentar algo en común.

Fue apremiante en sus palabras un aluvión, Pedro Antonio Marín.

-Esta semana me voy para Caldas -dijo el tío Manuel, entusiasmado por la idea. Lo hizo sentir en el apretón de manos que le dio a su sobrino al despedirse. Algo nuevo había surgido entre ellos en ese largo tiempo de conversaciones. La mutua complicidad, la necesidad recíproca, los lazos familiares se ahondaron. Algo distinto le corría por la sangre.

Al volver el tío Manuel, olvidando la seguridad, con precipitud entró al potrero, detuvo un poco la carrera y no pensó que debía esperar a que anocheciera, siguió de largo y atravesó la montaña cerrada y sin dar el grito acordado como señal, entró al rancho. Pedro Antonio Marín se vio sorprendido y su tío Manuel dejó a un lado los abrazos y le dijo emocionado:

-En Génova están todos los primos esperando por usted. Inclusive los hijos de mi hermano, los más grandes están esperando por usted, concentrados en algún sitio. Lo están esperando dizque porque lo van a nombrar a usted de jefe.

-Cómo, ¿jefe de qué...?

-No sé jefe de qué...Ellos están pensando levantarse en lucha a como de lugar, contra los conservadores. Eso fue lo que me dijeron. Entonces lo están esperando a usted.

-Pues yo tengo esperanzas en ellos. He hablado bastante con ellos y pensamos que puede existir un buen comienzo. Hay que defenderse; cómo vamos a seguir dejándonos matar por ahí en las calles, en las veredas, en estos montes. No podemos esperar la muerte así de simple, ¿no le parece, tío? La muerte debe llegarle a uno con aviso y uno escoge el día. Claro que la escogencia de la hora, es como muy difícil de acertar, pero bueno, uno hace el deber.

-Es lo mejor que ustedes pueden hacer. Creo que pueden y deben levantarse en lucha. Yo no puedo hacerlo, porque en realidad vea usted el cuadro de familia que tengo. Los hijos están pequeños, creciendo. El hijo mayor se fue sin poder soportar la situación; el otro hijo mayor con el susto desapareció y nunca supe más de su persona. También se fue el tercero. Los otros pequeños -enternecido el tío Manuel, sentado sobre un tronco y amarrado de las manos sobre las rodillas. Antes habían estado sacándole viruta con la peinilla a un chamizo grueso. Hizo un montón de virutas y le prendió candela. Luego siguió embelesado, observando cómo el humo se iba transformando en vuelo de candela.

El tío Manuel insistió en que había que confiar en un pronto pronunciamiento de la dirección nacional liberal, “porque ellos son los jefes y no van a permitir que maten así no más al partido liberal...”.

-Bueno, tío, vuélvase a Génova, déjeme mercado para unos quince días, vuélvase y coordine la llegada mía al pueblo. Yo quiero ver de cerca cómo está la situación -ahora más claro en sus presentimientos, impetuoso.

-No, sobrino, eso está muy malo y la vida no hay que jugársela de esta manera. Allá los muchachos se la pasan escondidos en el día y en la noche, metidos en los cafetales. No pueden dar blanco ni para mear o cagar porque, si los localizan, de inmediato sobre sus cuerpos llueve la balacera -lo dijo en un tono de advertencia, preocupado. La situación no era fácil de atraparla entre las manos.

-Trate de indagar con ellos, cómo y donde logramos conseguir algunas armas, a ver quién tiene arma en las veredas, quién de los tíos conserva sus armas de cacería, de defensa; quienes de los sobrinos y de sus familiares tienen armas, porque vamos a levantarnos... -dijo afirmativamente Pedro Antonio Marín. A los diez y nueve años había dejado de ser un hombre taciturno y silencioso.

El tío Manuel regresó en poco tiempo con la razón entre los dientes: “Lo están esperando y es una reunión con veinte muchachos...”.



Pedro Antonio Marín o Manuel Marulanda Vélez pensaba inquieto: “Buena la razón que trae el tío Manuel de los veinte muchachos. ¿Pero...? Tanta gente que había en el Dovio, vea las que pasaron, después en Betania y les llegó la huída; luego en La Primavera y la carrera fue grandecita y ahora en Ceilán se desplomó el pueblo en su miedo, en su indefensión...¿Qué diablos vamos a hacer...?. Yo me di cuenta de que fue y sigue siendo un problema de armas. Uno se decía en esa problemática: si las gentes que habitaban tal pueblo y en el otro, hubieran tenido armas, con seguridad que no entran los *pájaros*. Todo el mundo tenía los ánimos en alto para la pelea, querían hacerlo con honor, defendiendo algo tan importante como es la vida, ¿cierto? Pero no había armas, sólo había machetes...La indefensión en el hombre sólo deja lágrimas perdidas y no se puede vivir eternamente del llanto”.

-Esta semana tío no me haga mercado. Hágame unas exploraciones para salir por un determinado lugar hasta coger la carretera que va para Sevilla y luego de Sevilla hasta Génova.

-Pero están preguntando mucho por papeles -dijo el tío Manuel.

-Como soy un muchacho no despierto tanta desconfianza.

Pedro Antonio Marín o Manuel Marulanda Vélez, salió después de seis meses de estar escondido en esa montaña, en medio de su paisaje montañés y de una pequeña quebrada, murmullo de sus preocupaciones, que le había permitido en su silencio, reflexionar sobre lo que sería el futuro de su vida y se despidió con un fuerte abrazo de su tío Manuel; miró su rostro familiar y afectuoso, caminó dos días y medio, con buena comida y muchos alientos y una gran decisión hasta salir a la carretera que se dirige de Sevilla a Armenia. Se montó en una línea de bus lleno y agobiado por los olores de gentes desconocidas y al llegar a Sevilla, se percató de la atmósfera irrespirable que se vivía ahí: “Situación demasiado grave en ese Sevilla. No podían vivir libremente los liberales, los mataban como a moscas en el pueblo. Se mantenía encerrados con llave en la vida. En carro pasé a Caicedonia; paró un rato el bus y se veía a través del vidrio de la ventana, gentes con revólveres terciados y aparcados con cientos de proyectiles y unos terribles sombreros sobre sus cabezas como si todos fueran ganaderos, con sus perreros en las manos y sus ponchos blancos y unos guarnieles para ocultar sus armas. Eso lo miraban a uno todo extraño, lo rodeaban oliéndole el semblante político. Hombres que habían desarrollado con rapidez el olfato. Ya Caicedonia era un nido de *pájaros* propiamente, con nido de camada de los *lamparillas*, de los *pájaros azules*, andaban por ahí en sus calles, dejándose ver...Esa noche llegué por fortuna a Génova...”.

### **“El muchacho volvió todo cambiado...”**

*“Por la misma puerta entró esa noche, antes había tocado con afán y mucha insistencia por el peligro y hasta que no hablé con su voz y la reconocí yo no me atreví a abrir la puerta. Por precaución estamos vivitos y podemos hablar y eso que una tiene asegurada su tierra, a una cuadra de aquí bajando, en el cementerio. De muy niño hizo vida de familia*

*por pocos años, a la orilla del San Juan, en una casa cerca del matadero, luego en junta se fueron a la finca de El Dorado, una vereda que queda a la izquierda y en lo alto del río Lejos, río que cae con sus aguas al Barragán. Génova es un pueblo de cuatro calles muy largas y de cuatro ríos que culminan su existencia en el río Lejos; El gris, El Azul, El Rojo y el más alebrestado de aguas, el San Juan; pueblo de aguas y su iglesia muy grande y un padre, el padre Arteaga, que mandaba espías para vigilar y escuchar lo que decía la humanidad; no se saciaba con la confesión. Tenía en la casa cural un arsenal de armas para los mandones, es decir para los conservadores, en esa época en que los muertos no tenían derecho a cajones de entierro...*

*Por esa misma puerta se hacía presente por las tardes, con su sombrero que le cubría la cabeza hasta las cejas y una ruana larga que le cubría los pies y se quedaba parado en el marco de entrada, parado, lelo y callado y más callado y de su boca no vaciaba palabras. Todo lo tenía escondido bajo la ruana: los ánimos, las palabras, la risa como también escondida la inteligencia y la fue sacando en el tiempo como sacando las uñas y ahora la utiliza de lo más bien. Los morrongos esconden debajo de la morronguera, la montonera.*

*Y cuando encontraba tubos de paraguas en algún lugar de la casa, salía en huida a meterse a los cafetales, con los bolsillos cargados de fósforos, y con los tubos de paraguas y los fósforos se inventaba toda suerte de escopetas y revólveres. Era también su pasión escondida por esos inventos, sus juegos de niño.*

*Pedro Antonio Marín es un Marín de los Marín de Neira, Caldas. Mi padre, Ángel Marín o sea el abuelo de Pedro Antonio, y mi madre Virginia Quiceno o sea la abuela de Pedro Antonio, llegaron por estas tierras a mejorar la vida y se asentaron como colonos fundadores de Génova. Lo hicieron con mucho trabajo de derrumbe de montañas, fundaron una finca más bien grande, desde aquí, las orillas del río San Juan hasta la cuchilla más alta de la cordillera, un sitio conocido como La Rochela, directo camino hacia el páramo de Chili. Uno entonces, es gente de sentimientos, de costumbres y de familia de esas tierras... A mi me cedularon ya de mujer crecida y atestiguaron los más viejos de la región sobre mi nombre real: Ana Francisca Quiceno; los padrones de las cédulas estaban por Armenia...*

*“Esa noche de mucha congoja por lo que sucedía en Génova y en las veredas, en los afanes en el toque de la puerta, cuando venía huyendo del Valle, al entrar lo vi aquietarse y tomarse una aguapanela, luego me contó de la muerte de su tío o sea mi hermano José de Jesús Marín. Yo supe mucho después cómo fue la cosa: a José de Jesús Marín que era alto y más bien moreno y con ojos no del todo zarcos, un hombre de rectitud, ya lo tenían entre cejas por cosas de sus ideas en política. Él dormía y eran como las once de la noche, tocaron la puerta en su casa y la mujer inexperta en la desconfianza abrió sin sobresaltos y los hombres la empujaron y se metieron a la pieza y mientras él dormía, lo mataron a machete en la cama. Dicen que mi hermano sólo tuvo tiempo para abrir los ojos y ver en últimas, su muerte. No sé si la alcanzó a ver en los ojos de sus asesinos...*

*“Y entró por la misma puerta. Un año después que escuché sus toques afanados, una noche también escuché el ruido pavoroso de la muerte que me llamaba por mi nombre, y cuando salí a la puerta, mi hijo de la misma edad que Pedro Antonio Marín, desangraba su vida*

*allí mismo en la calle. Yo no pude hacer nada ante la muerte de mi hijo, no era posible detener su agonía y mientras yo lloraba, inútil llanto, él intentó ponerse de pie para perseguir a los causantes de su sangre y se desplomó como a la media cuadra, no dio más su respiración”.*

*Génova fue un camino de muertos sin cajones para enterrar. Muertos ahí de cara al cielo, en descomposición de gusanos, a la espera de los chulos parapetados en los árboles... Yo un día fui con unas vecinas, a un sitio cercano al pueblo, cargadas de miedo, pues el corazón saltaba como trueno y vimos los cuerpos regados, deshoje de flores en capullo, de veinte criaturas y lavamos la sangre a las veinte criaturas, como cristianos los lavamos para que así, se pudieran enterrar ya limpios sus cuerpos de muerte enviolentada que ya se había regado por sus almas...”.*

*“Del Valle, Pedro Antonio regresó todo cambiado. Allá lo dañó mi hermano Manuel, que lo escondió por meses en el monte. Lo volvió malo o lo volvió bueno, yo no sé. En esos años se le decía malo al hombre que dejaba la huida para defender la vida, y él dejó la huida. Se volvió malo o se volvió bueno por hacer algo distinto, dejar de ser presa fácil como hombre perseguido. El muchacho regresó todo cambiado, ahora hablaba, soltaba sus palabras. Ahora lo que tenía escondido era su silencio. El regresó hecho un hombre, ya sin temores, sin nada que esconder debajo del sombrero y de la ruana...”.*

*“Después de tomar aguapanela, comió algo a la ligera, me preguntó por los primos, yo le dije, están en los cafetales, no pueden salir al sol los muchachos. Me preguntó acelerado de espíritu, en el campo, ¿qué sucede? Yo le dije, en el campo está la policía en su oficio, matando gente. Me preguntó, por un lugar dónde pudiera estar seguro unos días. Yo le dije, si hay un lugar seguro, ahí no están los conservadores molestando. Los únicos que andan rondando son los de la policía. Cogen a cuatro o cinco liberales, dicen que son ladrones de vacas y los matan sin compasión por el camino. Es el pretexto. Al día siguiente sin cara de culpa ni remordimientos de conciencia, dicen que se iban a fugar y que tuvieron que disparar y no por ser ellos liberales dicen, sino por ladrones comevacas. Es la orden del alcalde de Génova de no llevar a ningún liberal vivo a la cárcel, porque tienen que darle libertad, largarlos por falta de pruebas... Vivimos todos nosotros sembrados de cadáveres, sobrino..., colgados al cuello como bendito escapulario...”.*

### **“Al primero que ajusticiamos fue...”**

En la calle principal de entrada a Génova, subiendo por la derecha hacia el parque, existe una casa construida con guadua y barro embutido, de techo entejado y pintada de verde y zócalo amarillo; a esa casa entró Pedro Antonio Marín aquella noche cuando llegó huyendo del Valle, entró por la misma puerta en que un año después matarían al frente, a uno de sus primos. En la sala se sentó en una silla al lado de su tía Ana Francisca, mujer de más de treinta años, conversadora; él le contó sobre la muerte del tío José de Jesús, ella le informó con señales y detalles sobre la situación de cada uno de sus primos; los dos hablaron por un año seguido; en la noche Pedro Antonio Marín acostado en cama blanda no concilió el

sueño por más esfuerzos que hizo para descansar. Se sentía asediado por los pasos que lo venían siguiendo. Para sosegar se reconstruyó en imagen precisa el interior de la casa: la sala de paredes de madera burda sin cepillar, las rendijas entre una y otra tabla cubiertas con papel periódico para detener el frío; colgado en mitad de la pared, una especie de retablo de fotografías familiares, generaciones decoloradas por el tiempo, y en la más amarillenta de todas, aparece un hombre de pie, vestido de caqui, muy serio, con los brazos tímidamente pegados al cuerpo y una mirada tierna y profunda de colono, bigotes ralos: su abuelo, Ángel Marín; de la sala se seguía por el estrecho corredor a una habitación también de madera, situada a la derecha, de la habitación de la tía Ana Francisca; sobre el mismo piso se bajaba al patio por una escalera de madera y ya en el patio crecido en flores se devolvía a la inversa para llegar a la cocina que se había construido debajo de las habitaciones, y cuando se prendía la candela, el humo huía por las rendijas del piso de las habitaciones para dibujar tenues arabescos sobre el retablo de las viejas fotografías familiares.

En casa de otra de las tías, La tía Rosa, en la noche con absoluto sigilo se reunieron con Pedro Antonio Marín, doce primos; a la luz de una esperma y al sonido de cuchicheos acordaron que debían salirse hacia una vereda que les diera ciertas seguridades; querían planificar la forma de conseguir algunas armas, de elaborar los primeros planes. Mientras los primos, que tenían una vida legal, hicieron los contactos, él se escondió por un tiempo en la casa de la tía Rosa. “En Génova la situación era dura, muy dura. A las seis de la tarde, los más conocidos o los menos conocidos, por terror abandonaban las calles para encerrarse en las casas. Los *pájaros* salían libremente a tocar sus guitarras en notas triunfales, celebrando con canciones y voladores al aire su triunfo político; señalaban con letreros rojos la paredes de ciertas casas, los sin vida en la madrugada... Demostración de dominio sobre el pueblo. El terror, el mismo terror en la cara del país; un pueblo atemorizado en sus hombres, era lo cierto...”.

En los días de mercado, organizaron un sistema de pelea que servía para atrapar a incautos liberales. Un pretexto, que por cierto les resultaba y ellos, ante la población luego aparecían limpios de posibles culpas, aunque el criterio de la culpabilidad en esos casos había dejado de existir. “Ya cualquier carajo de una vereda era un *mirúz* muy respetable, un *coco* por el revólver y la pistola al cinto, bebiendo en las cantinas y en los bares. De pronto, sin que hubiera una causa justificada, se armaba una pelea entre tres o cuatro de los mismos, con gritos furiosos que se iban a matar en el instante, reluciendo los revólveres para disparar, al final, haciéndose los equivocados pedían disculpas porque habían matado por equivocación a uno que otro liberal...”. Al llegar la policía, continúa el simulacro de la mentira, ellos gritan en coro: “Mírelos, allá van huyendo los que dispararon, cruzaron por la otra calle”. La policía indagaba o hacía que indagaba, ¿qué pasó...? Alguien del tumulto -infortunado, sería hombre muerto en pocas horas-, respondía, fueron unos hombres armados de revólveres, de sombreros grandes y carrieles colgados al hombro... ¿Qué se hicieron...? Desaparecieron por la esquina. ¿Pero van armados...? Si, señores agentes. Ah, no tenemos órdenes de seguirlos. Dos horas después, regresaban ellos para preguntar si por casualidad habían disparado certeramente. Situación invivible en Génova, un mes escondido, oyendo los ruidos de los carros que cruzaban por la calle y nervioso esperando el día para conocer las noticias sobre los muertos; uno en el matadero, otro en la plaza de Los Mártires, otro en la zona de tolerancia, otro en la bocacalle y con ese noticiero uno solo haciendo la solitaria,

¿no? El sitio para morir o la forma de caer era un simple accidente. Que se moría, con absoluta certeza se podía morir en una de las noches y en las calles de Génova.

Se reunieron los catorce primos, Manuel, Antonio, Roberto, Julio, Jesús, primos hermanos de Pedro Antonio Marín, “todos Marín”, que fluctuaban entre los quince y los veinte años, con la ilusión prendida a sus risas, pensando en ese día y escasamente en el otro, porque para ellos no era claro hasta donde llegarían en su razón y decisión de defensa y conservación de la vida. Se reunieron con Modesto Ávila, “que se une a nosotros como un perseguido; llega acompañado de dos hijos, uno de 17 años, el otro por lo menos de 19 años; Modesto era un hombre de edad, no un viejo, una persona formada, un adulto hecho y derecho como dicen. Un hombre con el doble de la edad que la nuestra. Modesto sobresalía en todo. El sí había tenido una experiencia en Santander, hablaba de las peleas con los conservadores de Cacho Venado, de Puente Nacional, de Santander había venido...”. Se reunieron con los González de San Juan, en el monte, bien encaletados, para fundar el grupo y acordar conseguir las armas donde estuvieran, decisión de la cual era imposible retroceder. “Nosotros nos quedamos en la vereda, resguardados, no salíamos sino en la noche a las casas, en el día estábamos metidos debajo de los cafetales. Organizamos un grupo de muchachos, los más pollos para que salieran a hablar con los amigos en nombre de nosotros. ¿Tiene usted un revólver para la causa...? ¿Cuenta con una carabina...? Se reunieron veinticinco armas, entre revólveres, pistolas, escopetas, armitas de ese tamaño; no había armas de valor cuando decidimos levantarnos con los primos...”.

“Luego, a donde vamos a hacer los entrenamientos, ¿quién sabe de eso...? Ah, que el amigo es un guerrero de la Guerra de los Mil Días... Bueno a comenzar. Generalmente los instructores fueron personas que vivieron la Guerra de los Mil Días, liberales de setenta o más años, a quienes les pedíamos el favor que nos enseñaran cómo era la cuestión de la guerra en su época. Pero, en realidad esa guerra ya andaba en los 50 años y 50 años son carga pesada, y más en una cuestión como la militar que necesita un conocimiento actual y presente. Existía una gran distancia entre la Guerra de los Mil Días y los años 49-50. Un salto enorme. ¡Medio Siglo! Esos hombres nos enseñaron la voluntad para hacer la guerra; convencidos nos dijeron que no había que temerle a la guerra; hombres de una sola pieza regresando a sus recuerdos. Después aparecieron los jóvenes recién salidos del ejército y con ellos, aprendimos la milicia chilena. Todo improvisado, menos la decisión de no dejarnos acribillar por ahí amarrados a la vida...”. Hicieron las prácticas de polígono en un punto llamado La Argentina; intermedio entre el San Juan y el río Gris. “Allá nos íbamos a echar bala, a quién apuntaba mejor, bajo la vigilancia de los reservistas. Ellos indicaban cómo había que manejar el revólver, la pistola, la carabina, el fusil. Para ser un buen tirador hay que meterle el alma a las prácticas, disciplina como la que se tiene para comer todos los días, constancia para medir la dirección del disparo y corregir los errores del pulso. No es cosa tan sencilla...”. Aprendieron la milicia en patio cerrado, las andanzas nocturnas, las marchas diurnas.

Veinticinco hombres, incluyendo a catorce primos. “Pronto corrió el rumor de nuestra existencia y pronto llegaron muchachos dispuestos a la pelea. En poco tiempo conformamos un núcleo de cincuenta hombres, pero hombres desarmados. Entonces, sólo existía una forma de conseguir armas: quitárselas a los conservadores...”.

¡El ajusticiamiento de bandidos! fue el plan inicial. Justicia con mano propia, el pago con la misma moneda, ubicarlos, llegarles, desencuevarlos, rastrearlos, perseguirlos, no darles respiración, aniquilarlos, no dejarles escape; ver patéticamente la muerte en sus rostros, en sus gestos la agonía. La razón de no apelar a los representantes de la ley, se cuestionaba por la fuerza de la realidad. Bandidos y la ley eran un mismo nudo, en su calaña, en su condición humana, en la forma sádica de actuar y en los propósitos que buscaban. La ley se había salido de los cauces de la legalidad que la sustentaba. La venganza unificaba sentimientos comunes, de por sí se convertía en objetivo real. “...Al primero que ajusticiamos fue a Miguel H. Pareja, jefe *pájaro* de la región, ordenador de muchas muertes, sectario conservador, juez de Génova que aplicaba con saña y odio el veredicto sólo en beneficio de sus intereses. Y seguimos ajusticiando bandidos por campos y veredas. Al que encontrábamos le íbamos dando y así comenzamos a formar nuestra propia organización armada. Así comenzamos con los primos y Modesto Ávila...” Los perseguidores se convirtieron en perseguidos, ahora eran hombres temblorosos. “En ese primer empuje de ajusticiamientos, pues tumbamos, hasta donde yo me di cuenta, por ahí unos veinticinco. Trabajadores como nosotros, pero ya corrompidos en su sed de violentos; conservadores de las veredas, dueños de fincas, dueños de vacas y de caballos, con pequeños patrimonios, la misma cosa de hombres como nosotros. Pero eso fue un producto de algo que surgió no por culpa nuestra, algo en que nos vimos arrastrados, incluso contra la voluntad nuestra... No fue, digamos, un arrastre del destino, más bien digamos que fuimos arrastrados por la situación...”.

### **“Volver por los territorios perdidos...”**

Surgió en Pedro Antonio Marín o Manuel Marulanda Vélez, sin que él se lo propusiera, a corto o largo plazo, el don natural de mando. Quizá fue decisivo en esa tendencia de su personalidad nada espontáneo, el ser nieto de colono, hombres como su abuelo con una mentalidad dispuesta para derribar montañas y encontrarle luces de camino a la selva, enseñanza que Pedro Antonio Marín con sabiduría la apropió en su deseo desde muchacho de convertirse en todo sentido, en un hombre independiente. Los negocios le dieron los iniciales conocimientos en el manejo de hombres; incidieron en su capacidad de organizar fuerzas humanas para que confluyeran en un cause final, le prefiguraron esa facilidad. La psicología del hombre perseguido, del hombre acosado a cada instante, del hombre que huye en un círculo, le enseñó a la fuerza a conocer a fondo el terreno en sus vericuetos, a tener en cuenta sus salidas y entradas, a pensar y actuar con rapidez, a saber escabullirse en el preciso momento, a soltar al enemigo cuando éste cree que lo tiene cercado. Aprendió a huir para camuflarse y planear en su descanso las condiciones excepcionales para esperar de nuevo a sus enemigos, ya no en un estado de absoluta indefensión. Las circunstancias que influyen en el hombre y el hombre les saca provecho a esas circunstancias. El guerrero que se forma solo, bajo el apremio de las leyes que surgen en profundas raíces en la montaña. Además -otro rasgo muy suyo-, de estar siempre racionalizando la experiencia vivida en carne, y ropa ajena. Nada de lo que había sucedido entre los meses de agosto y noviembre de 1949 en el norte del Valle, había pasado desapercibido en su cerebro; todo fue adquiriendo connotaciones de un serio aprendizaje para que no se volviera a repetir en las dimensiones de lo más dramático como suele suceder.

Comenzó a ser sin que fuera su propósito, el vocero del grupo, desde la reunión de su fundación, en la aventura de las armas. “Modesto Ávila era quien sobresalía entre nosotros, y todo parecía indicar que él sería el jefe, siendo como era la persona adulta y de mayores conocimientos. Pero lamentablemente no llegó a ser el jefe del grupo, por muchas cosas esporádicas que se hicieron. En un proceso más largo lo hubiera sido. No lo fue por la actitud espontánea en el afán por responder a la violencia...”.

Pedro Antonio Marín asumió la responsabilidad, hacía los planteamientos, sugería los planes, encontraba soluciones a los problemas, con la seria preocupación del jefe “por sus hombres en la apatencia de mínimas necesidades...”. El grupo no eligió una dirección, un comando, actuaba bajo las órdenes de un jefe que dice cosas, asume iniciativas, que tiene voz y facilidad de mando y ese jefe natural era y lo fue Pedro Antonio Marín. La libre espontaneidad en los hombres a cualquier sujeción desde fuera, que escoge voluntariamente al hombre que los va a dirigir. Coincidencias del conflicto que están padeciendo o viviendo. La naturaleza afín de seres hermanados.

El área de la “acción de limpieza” o de “ajusticiamiento” de conservadores violentos, se fue extendiendo por los lados de Cumbarco, Valle, Génova, Cumaral, San Juan, por las márgenes del río Gris, por La Maicena, por Pedregales, por la vereda El Dorado, por Barragán, arriba en los límites de Roncesvalles.

“Nosotros no llamamos guerrilla a la agrupación, no sabíamos qué era una guerrilla. Nos unimos un grupo de parientes y amigos y andábamos por el monte y al sitio de llegada pedíamos colaboración a los liberales y nunca la negaron. Les decíamos, bueno, nosotros ya estamos decididos a comenzar la lucha armada. Respondían: eso está bien, creemos que es lo mejor que pueden hacer estos muchachos...”. Se vislumbraba ya una real compenetración entre esa masa indefensa y los muchachos enmontados, en una fusión de sentimientos.

“Dennos comida, apóyenos, dennos albergue en los cafetales, en la finca, en cualquier rastrojo; que si, naturalmente, que como no, con mucho gusto, estamos por aquí para servirles, ustedes son los mismos que nosotros... ¿Qué planes tienen? ¿Qué dicen los Lleras, los López? Nada, silenciados... ¿Qué dice la dirección liberal departamental...? Pocas noticias. Nada en absoluto, dejaron de abrir la boca, la sellaron de pensamientos, por lo tanto dejaron de pensar por miedo físico. O por lo menos, ya no actúan. Nosotros no sabemos nada en absoluto, esa gente está perdida en la bruma de la legalidad de las ciudades”.

Desaparecieron sus figuras tan conocidas en las fotografías que hacía poco tiempo inundaban los pueblos. Se fueron a otros países. La masa liberal aislada, huérfana de una dirección política. Cualquier decisión que se tome a nivel local, es una decisión que corre los riesgos de quien la decide.

“Aspiramos, todos los hombres tenemos aspiraciones en los momentos más cruciales, de que los jefes liberales respiren, si es que siguen respirando, respiren por alguna parte de sus cuerpos. Que nos den su orientación y aparezcan con armas... Era un desconcierto podrido en uno. Por ahí se encontraba a alguien con el cuento de que un sector del ejército es

liberal, que por lo tanto el ejército se va a insubordinar contra el gobierno conservador, porque hay oficiales, porque hay coroneles, porque hay capitanes y tenientes y sargentos liberales que piensan como nosotros, ilusiones filtrándose en el monte, ilusiones sembradas en la cabeza. Verdad de verdad o maleza como verdad ¿era lo incierto...?”.

¿Qué piensan ustedes, qué debemos hacer nosotros? Pensamos organizar un movimiento armado. ¿Pero cómo se llama ese movimiento armado? No, no le hemos encontrado un nombre aún adecuado, es un movimiento liberal de respuesta a los crímenes que están cometiendo los conservadores contra los liberales. “No eran honduras, simple, muy simple era nuestro pensar”. Eso está muy bien, es lo mejor que pueden hacer estos muchachos...

Seguían el rito vertiginoso del ajusticiamiento de conservadores, con la aspiración latente en Pedro Antonio Marín de “volver al Valle, volver por esos territorios perdidos. En ese entonces -cosas de pensar cuando se piensa, se necesita una imaginación rompedora de montañas-, quería volver al Valle. Pero, ¿cómo regresar, de qué manera hacerlo...? ¿Qué nos pasará en ese regreso a los territorios de donde un día salimos a la corrienda...? ¿A qué hombre no le gusta recorrer sus propios pasos en un tono de vida...? No para hacer de las huellas un hueco lleno de recuerdos y mucho dolor. Más bien para aprender de las pisadas. Y uno también se carga sus deseos de desquite, la venganza pulula en la sangre... Regresar, volver por lo andando...”.

“En esos tiempos nos dijimos: por muchos que sean los liberales muertos, los conservadores no son capaces de matarlos a todos, imposible acometer semejante ambición, tendrían que matar al país matando uno a uno a sus hombres. Se necesitarían muchas tumbas para enterrar un país...No se me cumplió el deseo de un regreso inmediato al Valle. Un sueño más que un sueño soñado...”.



### “Se les veía al rompe el alma de liberales...”

Liberal cabizbajo, triste con el documento en la mano que atestiguaba de que era un liberal volteado, justificándose, hablándole asincero al grupo: “Es cierto, yo tengo el documento, pero lo firmé para no dejarme matar aquí mismo parado sobre mis piernas. Lo hice y lo firmé para no tener que abandonar a mi mujer y a mis hijos, pero les juro por el honor de hombre que no soy un godo en el pensar y en el actuar...”. Se les veía al rompe el alma de liberales, en los ojos llorosos. Insistente el hombre repetía a la guerrilla: “No soy conservador y pueden confiar en mí; yo firmé esa vaina, porque no quería perder mi finca, ¿para dónde cogía, me lo pueden decir ustedes? Que tal si no lo hago, ahora ustedes no estarían hablando conmigo. De pronto se hubieran topado por azar con una cruz mal enterrada. Así está la cosa de azarosa, se puede vivir difícilmente, en cambio con facilidad se podría morir muy estirado por los tiros...”. El hombre guardaba la vida en su bolsillo, al doblar con cuidado el papel para finalmente dar la información necesaria.

El grupo fue creando y ampliando una red de información para conocer a plenitud quiénes eran los auxiliares de los pájaros; qué casa frecuentaban con más asiduidad, con cuáles mujeres mantenían relaciones, si la hija de un campesino era simpatizante de sus actividades o era la mujer o la moza de uno de ellos, a esa gente la castigaban.

Conocían la existencia en la zona de conservadores no violentos ni sectarios, “por sus casas hacíamos el cruce cerquita, pero nunca les llegábamos. Era de conocimiento nuestro, desde antes de la violencia, incluso en plena violencia, lo de la práctica de los tales compadrazgos. El hecho de que en una región habitaran cuatro o cinco conservadores con ocho o diez compadres liberales y esos compadres conservadores se opusieran, muchas veces arriesgándose, a que los pájaros conservadores mataran a sus compadres liberales, resultaba como indicativo de que no todos los conservadores eran gente dañada. Algo cierto y uno podía cerrar los ojos, no darse por enterado”.

“La primera acción es una escaramuza que le hicimos a unos carabineros por los lados de Cumarco. No fue un combate, digamos un combate en un amplio sentido militar. Ellos vienen a caballo, sin alterarse en los nervios, cuidando poco la vida, porque no estaban acostumbrados a sufrir los calambres de una emboscada. Es que nadie les ponía malos ojos, nadie se atrevía. El grupo diseminado, en sus sitios, confundidos con la maleza y el monte; les disparamos, los bajamos y dejan la vida sin tiempo en la agonía para gritar. Los caballos relinchan por el susto. Ellos venían en busca nuestra precisamente para jodernos. La información nos llegó a la cabeza, nos enterramos en buen terreno y los emboscamos. Era un éxito, palabras mayores. ¡Imagínese!, nosotros con cuatro fusiles, tres revólveres, era hablar en calibre mayor...”. Se vieron obligados a preguntar entre los vecinos quiénes habían pagado el servicio militar. A un reservista le tocó el honor de portar y manejar una de esas armas

Se iniciaba para ellos otro proceso, el de rearme en otras condiciones. Ya lo fundamental dejaba de ser el ajusticiamiento de conservadores y de pájaros. A sus espaldas no tenían la sombra de la persecución de civiles armados. Ahora, a sus talones, tuvieron a la policía y al ejército y con ellos, “hubo varias pisas de plomo en serio...”. El bautismo fue en un punto

llamado La Rumbadora, Génova arriba, en los cafetales, contra tropas enviadas desde Manizales. “Entonces nos replegamos a un punto llamado Cedrales, hasta donde nos persiguió el ejército y la policía, pero pudimos escapar hacia el páramo de Pijao. Con base en el páramo incursionamos sobre Santa Helena, le caímos a un retén de *pájaros* que logramos sorprender medio dormidos. Les quitamos algunas carabinas, revólveres y escopetas, además de ocho mil pesos en efectivo. Después proseguimos nuestra ruta a Pijao, siempre atacando a *pájaros* y policías...”.

El partido liberal “que tan ligero había abandonado a su gente”, a una cruel y desbandada fatal, condenándolos a una muerte segura, comenzó a crearles otra vez nuevas ilusiones. “Nos hicieron saber de esas ilusiones a los enmontados...Y cómo no, eso lo creíamos como una cuestión esencial y definitiva y se nos planteaba según rumores -porque nosotros no teníamos ni podíamos tener ningún contacto directo con un jefe liberal para aclarar la situación-, de que un sector del ejército el 7 de agosto de 1950, daría un golpe de Estado, por no estar de acuerdo con lo que venía sucediendo en el país y que la orientación oficial del liberalismo, era que ese día debía impedirse en cualquier forma y en cualquier circunstancia la posesión del Presidente Laureano Gómez...”.

Habían pasado esos meses excepcionalmente difíciles de aprendizaje, de acercamiento a la población, de sobrevivencia en un determinado radio de acción en la organización de pequeñas escaramuzas. De repente la idea, aunque pareciera descabellada, era meterse a Génova, su pueblo, el pueblo de muchos de sus primos. Un reto, un secreto a grandes voces, tomar a Génova el 7 de agosto de 1950, día en que se posesionaría como Presidente de la república, Laureano Gómez. “Reunimos como a unos ochenta hombres; unos con machetes, otros con escopetas y con el grupito de nosotros armados de algunos fusiles, dijimos plenos de confianza: le caemos al pueblo, eso no tiene vuelta en el cerebro, sólo tiene vuelta de amarre en el deseo...”.

El 6 de agosto en la noche llegaron los hombres de Pedro Antonio Marín a las márgenes del río San Juan, matando a los conservadores que habitaban la vereda en una acción rápida, rumbo hacia el pueblo, “a tomarnos a Génova porque esa era la orientación del partido liberal...Y como no, por ahí enrastrojados, camuflados de las miradas extrañas, duramos unas horas a la expectativa, listos, engatillados...”. Metidos en las mediantinas de las madrugadas, agazapados escucharon sonar unos disparos”. Ya nosotros habíamos entrado al pueblo, atravesando los puentes sobre los ríos Gris y San Juan, cerca de las primeras casas, en las goteras del pueblo, en el acordonamiento planeando...”. La policía recibió comunicación de que el grupo había estado sobre las márgenes del río San Juan ajusticiando a muchos conservadores y de inmediato se ponen al habla por radio con Manizales, recibiendo en pocas horas refuerzos. El 7 de agosto, a las cuatro de la mañana comienza la pelea con los uniformados y “eran las ocho de la mañana y seguíamos al rompe echándonos plomo con ellos, sin poder cumplir con los deseos calientes que uno se cargaba de copar el pueblo...”. A las once de la mañana se vieron imposibilitados de cumplir con el objetivo, porque se habían descubierto a destiempo haciendo presencia sobre las márgenes del río San Juan. Escapan como pueden al salir de las goteras del pueblo disparando para cubrirse. Y Pedro Antonio Marín ordena retirarse rumbo a Cumbarco dejando de camino a los liberales que los habían acompañado en el intento fallido, siguiendo la marcha los

guerrilleros. Atrás, once muertos liberales, “dos del grupo nuestro”, y tres heridos. Se paró el combate, “los soltamos al dejarlos sin contrincantes...”.

La policía siguió acosándolos por las márgenes del río San Juan, “enrumbados disparando a larga distancia a las casas situadas en las riberas, humillando, dando física madera a los pobladores... Dejaron muchas huellas de lo que eran...”, Pedro Antonio Marín y sus hombres hicieron el cruce hasta El Dorado, zona de la antigua finca de sus padres, por un tiempo prudencial se escondieron para establecerse cerca de Génova, al separarse les cayó sorpresivamente el ejército en una escaramuza y, “no sabemos si hubo muertos de ellos o si no los hubo”.

Ahora, el ejército y la policía patrullaban los campos en combinación de personal civil, guiados por los *pájaros*, pero estos se negaban a ir en la vanguardia de los patrullajes por el temor al encuentro del grupo armado. Sentían ya el escozor de la muerte cercana en sus cuerpos. Sólo que no olvidaban matar al ser vivo que por casualidad hacía el cruce de cualquier vereda.

Para la guerrilla operar en un radio de acción tan limitado, se tornó en una situación de grandes dificultades. “Esta fue la primera etapa de lucha, puede decirse. Con el duro golpe recibido en Génova y el ingrediente de la pérdida paulatina en las esperanzas en el liberalismo, el grupo se fue desintegrando. En poco tiempo quedamos unos diez combatientes. Intentamos realizar algunas acciones pero la desmoralización de la población hizo estragos, al quedarnos aislados sin apoyo...”. Decidieron marchar hacia el Tolima en grupitos de dos a tres hombres. “Entonces mandamos a buscar el resto de familia que merodeaba por los territorios del Sur del Tolima: los Loayza, y nos pusimos en comunicación con ellos. Nos enviaron noticias diciendo que se estaban organizando. Les planteamos unirnos al trasladarnos de Caldas hacia el Sur del Tolima para formar una fuerza más grande; unirnos por medio de contactos personales, de amigos, de cartas y así encontrarnos un día en el Sur del Tolima para resistir...”.

**3**

**SUR DEL TOLIMA:  
LA GUERRA ENTRE  
LA GUERRA**

## Historias de espanto contadas por Manuel

*En un pueblito había un hombre que no creía en cosas que no vieran sus ojos, en cosas que no tocaran sus manos, en cosas que no pudiera masticar. Un hombre libre-pensante, un hombre sin amarres en los pies. Un ateo que no iba a misa, que prohibía a su mujer y a sus hijos asistir a la iglesia. Esa situación la aprovechaba muy bien el cura con sagacidad y constancia, en las misas de la mañana y en los sermones de la noche, para hablar mal y maldecir a los ateos y señalar al ateo del pueblo con nombre propio: Demetrio Rodríguez. Ese hombre, decía el cura en discurso infernal, cuando se muera se lo llevará el diablo en cuerpo y alma, y los creyentes de este pueblo que sigan ese camino de la equivocación humana, les acontecerá lo mismo.*

*El cura en el púlpito olvidándose de la palabra y en demostración y de gestos, se despelucaba el cabello figurando en su cabeza enormes y agudos cuernos; alargando con la mano su nariz la hacía aparecer más afilada y agarrándose el mentón simulaba una larga barba hasta las rodillas y abría los ojos, volteándolos en un gran esfuerzo para dejar sus pupilas en blanco y la gente creía ver al final, dos llamitas de igual tamaño muy rojizas, en vez de la mirada cristiana del sacerdote. El monaguillo no quemaba incienso, el monaguillo quemaba azufre y al inundarse la iglesia de humo oloroso, la gente estornudaba llorando a gritos, pidiendo perdón por sus malos pensamientos. Al presentir que finalizaba la misa, al entrar la nave en calma, los oyentes religiosos sentían con pavor, que alguien sin que ellos se dieran cuenta, los iba desnudando de su propia piel y también de su sombra, como queriendo desnudarlos de su alma. Y de común acuerdo, al mirar todos hacia la salida de la iglesia, petrificados se impresionaban porque el humo se había convertido en figuras humanas y sin pedir permiso a nadie, se escapaba en vuelo clandestino.*

*Los hijos del hombre señalado como ateo, es decir, Demetrio Rodríguez, crecieron, se casaron y se fueron y quedó Demetrio ya viejo con su mujer ya muy vieja, los dos en soledad de ancianidad. Y como los dos eran maleza por cuestiones del pensamiento, nadie por temor los visitaba a la casa, nadie quería nublar la cabeza de perversidad antirreligiosa, nadie quería que su alma lo abandonara en vida. Feroz la labia del cura.*

*Un día cualquiera el tal Demetrio se enfermó, se agravó de cuerpo y murió pensando en sus pensamientos. Nadie en el pueblo se atrevió a darle a la viuda un saludo de pésame, nadie le envió un ramo de flores. Muerto Demetrio, la mujer levanta de la cama el cuerpo muerto de su marido y con gran esfuerzo lo acuesta sobre una mesa y lo arropa con una sábana, le prende cuatro espermas y se pone en función de velarlo y se hace hacia una esquina de la mesa a llorarlo. Fue toda una tarde de llanto. Después, sentada la mujer en una butaca, en la puerta de la calle, con su triste y bien arreglado cabello largo, su vestido de luto muy triste, sus manos cruzadas y colocadas tristemente sobre las rodillas y sus ojos hundidos por el llanto amargo, sentada la mujer viendo la quietud de la calle, con la tristeza que solamente deja la muerte, llorando la lejanía del cuerpo ya ausente de su marido.*

*Casualmente pasa por la calle, un paisa de arrestos y dice:*

*-Oiga, mi señora, ¿por qué llora?*

*Responde la mujer: “Ay, señor, cómo no voy a llorar, se me murió mi esposo. Un hombre gente buena, sabe, sólo con problemas en el pensar, según el cura. Por eso dijo el señor cura que cuando mi marido se muriera, el diablo vendría a llevárselo en cuerpo y alma. Ay, señor, estoy muy atemorizada, de pronto en realidad viene el diablo. Yo no sé si será cosa cierta.*

*Resulta que como se trataba de un paisa borracho y arriesgado, le dijo:*

*-Señora, si quiere yo la acompaño. Pero lo primero que tiene que hacer es conseguirme una botella de aguardiente y yo seré su sombra esta noche.*

*-Con tal que me acompañe señor, yo le consigo el aguardiente. Yo no quiero verme sola en la tragedia de ver cómo el diablo desenjalma el cuerpo de mi marido. La señora se levantó ya más animosa y fue a la tienda, trajo la botella de aguardiente y un paquete de tabacos. El hombre se hecha al guargüero el primer trago, prende su tabaco y hace figuras con el humo alrededor de su cabeza, se quita el sombrero y espanta las volutas en espiral del humo que estaban ya asemejándolo a un santo de pueblo, se sienta al lado de la señora y sigue en ese estado más o menos de aguardiente.*

*A medianoche, los dos escucharon ruidos por los lados del jardín, pasos arrastrados como si alguien encadenado a otro mundo, caminara con cansancio. La mujer se puso nerviosa y dijo:*

*Ay, señor, oigo pasos que no son de hombre. Estoy segura. Yo no sé...*

*-Cómo va a ser -dijo el hombre-. Aguarde un poco mi señora, no se me alebreste en el nerviosismo. Para darse valor, el hombre cogió la botella y bebió un trago de largo tiro y salió a la calle y claro, preciso, vio que venía el diablo, muy grande el tipo, vestido de capa negra y una cola muy verraca que arrastraba dejando mucho polvo; unos cachos grandes de cabro ya anciano y un tabaco en la boca tres veces mayor del tamaño del común que se fumaba en la región. Dijo el hombre:*

*-Hasta aquí llegó la historia del paisa. En realidad, mi señora resultó ser el diablo. Pero perdone mi señora, que un borracho puede cometer cualquier imprudencia.*

*Sacó el revólver de la pretina y dice el hombre a darle bala al diablo... Sonaron seis disparos. Bebió otro trago y le dio a la señora la botella para que bebiera también y los dos esperaron a que hiciera de nuevo presencia el diablo y el diablo no hizo presencia. En la sala de la casa, sobre la mesa Demetrio ahora difunto, con la sábano cubriéndole hasta la mitad del pecho, su bigote más crecido y las llamas de las espermas consumiéndose en la prisa del viento sin puerta para salir; Demetrio ya difunto cuando en vida su cuerpo alcanzaba un metro sesenta y cinco centímetros, ahora en descomposición acelerada.*

*La Una de la mañana, las dos, las tres de la mañana, en los patios de las casas cantaban los gallos un canto extraño como de presagio, canto afónico, desgarrado. Llega la hora de*

*sonar las campanas y no sonaron las campanas, no repican con la angustia de siempre. Las cinco de la mañana y el pueblo se iluminó de día. El cura no está en la iglesia. Nadie sabía de su paradero. Dieron parte a las autoridades, que el cura se perdió y anoche escuchamos unos disparos junto a la casa del ateo muerto. Fueron al sitio y vieron al cura disfrazado de diablo. Era un diablo anciano, recién afeitado, doblado en su gordura, la sotana desabotonada y se le veía el ombligo muy salido; a un lado de su cara, los cachos se desprendían de la cabeza y sus ojos abiertos tenían el color de la ceniza.*

*La mujer le devolvió su tristeza a la muerte y acompañada por todo el pueblo enterró el cuerpo de su marido. Y por cosas del destino, el cura fue enterrado junto a la tumba del ateo. Diariamente la gente va al cementerio y reza por la salvación del alma del sacerdote. Ya se ha vuelto una costumbre, incluso depositan sobre su tumba ramos de flores blancas.*

### **“No es fácil el comienzo de una lucha...”**

Parecía una conversación fogueada en el transcurrir de los años, musgo o niebla sobre las palabras húmedas, colgadas entre las enredaderas; hablaron por días y noches dejando un resquicio para que el tiempo asomara el rostro, en un intercambio de ideas, de experiencias. Una conversación de hombres ansiosos por definir el rumbo de sus vidas. Aquella conversación descubría un pasado. No propiamente el pasado de ellos como individuos. Era el descubrimiento, sin proponérselo, de la memoria depositada en anteriores generaciones. La memoria generacional, la voz que viene rastreando huellas, ya no como simple relato de guerra, escuchando en las noches de regocijo familiar. Es el recuerdo vivo de cómo la tradición se lleva en la sangre y esa voz desde muy adentro del interior del hombre acosado, golpea en los oídos y una noche o un día vuelve a escucharse, como recién aparecida, como cosa de solo ayer. Lazos de continuidad sanguínea, de continuidad histórica. Así como ellos, otros hombres durante más de un siglo, tuvieron que recurrir a la guerra por razones creadas en circunstancias insalvables. En las guerras civiles que desmembraron el territorio nacional. Las muchas guerras que afectaron al país, las múltiples guerras regionales, en que ellos, hombres sin tierra, pequeños propietarios y colonos, con su ignorancia a cuestas, por voluntad propia o reclutados a la fuerza, fueron a la contienda a jugarse la vida de frente al enemigo. Pero nunca lo hicieron por intereses propios, por definida convicción. Regresaron a la casa como soldados curtidos y al sentarse a descansar junto al fogón y tomar un poco de café, avizoraban de inmediato que esa guerra no había sido suya.

Ahora ellos, dos clanes familiares, los Loayza y los Marín; el viejo Gerardo Loayza que dobla en edad a Pedro Antonio Marín, “bajo y gordo, ojos azules y cabellera banca, catire, sin señales de calva, cejas pobladas del color de la piel, cerrado de barba rubia, tocada y siempre de tres días, carilleno, de figura muy rusa, como diría su hermana Graciela; sus hijos *Veneno*, “inquieto por conocer hasta el fondo cualquier explicación”; *Agarre*, “el más difícil, no bajaba el carriel del hombro, en el cual portaba su pistola; áspero, hosco como una piedra”, *Tarzán*, “el mayor, era muy suave”; *Calvario*, “el menor de mucho empuje en los combates”; Pedro Antonio Marín y su primo Alfonso, conocido también como *Metralla*, discuten sin preocuparse de que sobre sus espaldas caigan como pepas las horas intensamente. Ellos venidos del Viejo Caldas, “hijos y nietos de colonos, oriundos de Génova, Quindío, hablan de las posibilidades de defenderse en un territorio propicio para hacer la guerra, la guerra como oficio para vivir, de regreso por una antigua constante

histórica, la guerrilla. Rescatar la astucia de hombres escurridizos, su olfato para detectar a distancias los olores que impregnan el cuerpo y la ropa del enemigo, la agilidad para huir a tiempo, para esconderse a tiempo, para atacar en el tiempo preciso; rescatar la psicología del hombre acosado, los reflejos de un montaraz que simplemente devota distancias, su sudor, su respiración, sus ojos que lo ven todo a la redonda, su pensar para decidir en el momento supremo en que la vida es apenas un segundo de respiro, decidir sin arrepentimientos prematuros; rescatar su conocimiento y dominio de la naturaleza, sus abrigos, diferenciando los más mínimos ruidos. Era el inicio, lo discutían, no se acaloraban, la paciencia los equilibraba. Ellos traían consigo algunas experiencias. Las acciones de Pedro Antonio Marín y sus primos en el Quindío; las escaramuzas realizadas por el viejo Gerardo y sus hijos en el Sur del Tolima.

El escenario sería el mismo, el entrecruce de caminos, las bocas de monte, las enmalezadas trochas centenarias, el paso o la búsqueda de pasos adecuados por los mismos ríos. El Tolima, una geografía con una historia de guerrillas. El Tolima epicentro de conflictos agrarios, entrada y salida hacia la cordillera; la cordillera indispensable camino hacia Caldas, el Valle, Huila, el Cauca, llegada de un inmenso río humano que caminó sus aguas con la colonización antioqueña. El Tolima, Ceiba madre. Ahora ellos, los Loayza y los Marín, tendrían que trajinar por sus explanadas de calor infernal, ese calor vertical que ha tostado la piel de los hombres.

La luz de la luna los alumbraba, mientras ellos discutían esas posibilidades. Pero las discutían sin tener a las espaldas la sombra o las órdenes de los caudillos o los jefes políticos tradicionales. Los que siempre convocaron al país para dirimir los conflictos sociales y políticos por la violencia, por la guerra. La orden por costumbre venía desde arriba, escrita y firmada en proclamas incendiarias. Emanaban de los jefes de uno y otro partido político. Ahora esa iniciativa salía por boca de los de abajo, por hombres que no tenían el tiempo suficiente para esperar a que vinieran los dirigentes de Bogotá, como lo hicieron en otros tiempos, en otras guerras, para asumir el mando como terratenientes-políticos-generales, con afianzados sueños de gloria guerrera. Ahora lo discutían ellos, hombres de trabajo en la tierra, colonos y pequeños propietarios, lo discutían con sus palabras. Sus dirigentes seguían en la ciudad metidos como suelen hacerlo, en orden legal del papeleo burocrático, coraza digna para los tiempos de paz. Solitarios en una conversación que ya tenía una puerta abierta. Reinventarían lo ya inventado, desenterrarían los viejos y mohosos *grases*, afilarían las lanzas; transitarían por antiguas trochas, cortando a machete la maleza crecida. En esa conversación de hombres elementales en su sabiduría, así como en conversaciones en otros lugares del país, comenzaría la historia de las guerrillas en los años cincuenta.

“En la conversación con los Loayza, ya de los primos no estábamos sino Alfonso y yo; los otros primos se quedaron dispersos en el camino, no llegaron al Sur del Tolima. Seguramente encontraron ambiente propicio en regiones calmadas y se aquietaron, organizados familiarmente...”.

Cerca de Génova, entre los cafetales, una noche decidieron viajar hacia el Sur del Tolima. Lo hicieron en pequeños grupos de tres o cuatro hombres para desplazarse con mayor facilidad y en secreto encontrarse en El Cambrín, más exactamente en La Ocasión, “sitio



histórico para nosotros, porque ahí se produce ya el encuentro entre los dos grupos...”. Pedro Antonio Marín y su primo Alfonso viajaron por vía legal, salieron por Anaimé hasta la carretera nacional, más delante de Cajamarca se montaron en un carro y desde Neiva se dirigieron hacia El Carmen, culminando la zozobra en Gaitania. En ese sector encontró a su padre y a sus hermanas. Permanecieron a resguardo y Pedro Antonio Marín volvió a trabajar como aserrador. Luego en El Carmen, cerca de Nazareno trabajó en la finca de un coronel alemán que había llegado a esas tierras, huyendo de la Segunda Guerra Mundial. Esperaba el contacto con los Loayza. Ellos seguían perdidos por los lados de La Profunda. “A mi me tocó estar escondido en el monte, a poca distancia de El Carmen, tiempo muy cruel. Viene lo de la toma de Gaitania, yo fui avisado con tiempo por ellos, porque moraban temporalmente en una región llamada San Jorge. Ellos con su cuadrilla hacían sus andanzas y nosotros les poníamos los contactos. Por fin logramos llegar a ellos y ya nos encontramos con toda la familia de los Loayza, después de la toma de Gaitania, que entre otras cosas tenemos un parentesco familiar, digamos que siempre bastantico. Ahí en esa conversación comenzamos a organizar la cosa en el Sur del Tolima...”.

Después de escuchar a los Loayza, Pedro Antonio Marín discernía, que “por lo menos se vislumbraba una definición de la situación, porque al concentrarnos los dos grupo, se resolvía una cuestión más clara, en relación con hacerle pelea al ejército, a la policía y a los pájaros que continuaban pistoleteando a la gente, picaban a plomo y rápido salían volando”.

“Porque no es fácil el comienzo de una lucha...” decidieron crear una dirección del movimiento, planear algunos objetivos, mientras le daban más tiempo al tiempo para localizar a la dirección nacional liberal. “Queríamos una orientación de qué hacer con motivo de la represión, no una orientación en el plano militar, la organización militar ya se estaba gestando. Queríamos que nos dijeran que nos iban a ayudar con un poco de sus luces, no se pedía más. Pero resulta que se seguía hablando en el tono anterior, que existía un sector del ejército y de la policía partidaria del liberalismo, dispuestos a participar en un golpe militar contra el gobierno, que al producirse el golpe, los generales, los coroneles, los capitanes permitirían el retorno del liberalismo al poder...”. Especulaciones que nadie en persona confirmaba. La montaña penetrada por rumores. No leían la prensa, la radio amordazada. Estábamos buscando soluciones como liberales perseguidos, pero el panorama en verdad no era muy claro. ¿Qué hacer...? Nos sentíamos confundidos con algo que abrumba y aturde el entendimiento del hombre: el aislamiento. No dejarnos matar amarrados, no dejarnos coger presos para que nos llevaran con vida hasta el río, no permitir que nos quitaran la vida en la orilla de cualquier río y que sus aguas nos llevaran flotando como muertos. No era otra la orientación que surgía en nosotros...”.

Con base en una labor de inteligencia, hicieron la primera acción, en un lugar conocido como La Profunda, Sur del Tolima, en cercanías de La Gallera. Se logró la información de que en ese sitio había un retén con cincuenta conservadores, bien armados de revólveres, escopetas, un fusil de un tiro, conocido como *grass* y escopetas de tres a cinco tiros. Se sabía porque lo vieron los ojos de la inteligencia; que a las cinco de la mañana, puntuales los hombres los hombres se levantaban y se iban a lavar los dientes y la cara a una pequeña quebrada, situada a ochenta metros de la casa donde dormían confiados, porque nadie los había asustado, dejando por lo regular las armas colgadas de clavos en los dormitorios.

Después de hacer las necesidades del cuerpo, sin temor al regreso encontraban las armas en los cuartos; luego venía la orden para los turnos de vigilancia en el día y el resto del personal trabajaba en los cafetales. Confianza absoluta la de aquellos hombres.

La inteligencia que llegó hasta los cafetales vestida con traje de un *propio*, indicaba que se les podía asaltar a las cinco de la mañana, un poco oscuro para no tener que entablar pelea con ellos; caerles a la casa, cortarles de inmediato la vía hacia la casa, salir rápido en varias direcciones y así fue el plan: “Nos les fuimos acercando, cuidando las pisadas para evitar el escándalo, engatillados nos pusimos cerca de la casa, a la espera entre lo oscuro y lo claro del día, bien guarnecidos. A las cinco de la mañana, cómo no, escuchamos la bulla de hombres confiados en la vida, riéndose de chistes verdes y se fueron para el chorro de agua. Entonces a esa hora caímos nosotros en la casa...”.

Cautelosos, les salieron al paso a los conservadores y se produjo el asalto. “La mayoría de nosotros eran macheteros, que cortaban un pelo en el aire, dispuestos a cortar lo que encontrarán de camino, con los tiros y la sorpresa y el estruendo feroz de una granada de fabricación casera, pues ellos al sentirse invadidos, sin posibilidad de responder el fuego y cerradas las vías de comunicación con la casa, huyeron atropellando el miedo. Solo dejaron la sombra...”.

“no había arriba de dieciocho armas y no muy buenas. El cuento de la inteligencia era que había un arsenal grandísimo. Póngale un máximo de veinte armas, entre escopetas, revólveres de cinco tiros, *gras*, carabinas *Winchester*... Muertos hubo por ahí unos diez...”. La acción la consideraron como un gran triunfo. Sudorosos volvieron a La Ocasión, el comando de los Loayza.

### **“En esas condiciones duramos más de un año...”**

Se cambió la palabra por señales aprendidas con las manos, “viene el enemigo camuflarse...”, en sonidos imitando el canto de los pájaros, “vengan a comer...”, en la más profunda quietud de cuerpo como si el hombre hubiera olvidado el significado de la palabra. Señales acordadas a la entrada de los caminos, en la boca del monte; un tronco caído hacia la izquierda, “estamos monte adentro...; la ropa extendida en las cuerdas del rancho abandonado”, nos encontramos en la segunda caleta... “Dejaron de abrir la boca para que no gritara de dolor o de alegría y así, esa casualidad de grito lastimoso o fervoroso no los delatará y enrumbará al enemigo; el llanto de un niño debía acallarse con el pezón de la madre; abandonaron el ruido del machete cortando leña; los niños fueron inmovilizados por una orden, sujetos a sus cuerpos para que no le dieran rienda suelta a la invención de los juegos; nada de prender candela en el día; el humo elevándose sobre las copas de la arbolada, no confundía al enemigo, éste no pensaba que era una nube pasajera. La población de los enmontados se mantenía alerta, sentada y acurrucada, yerta de frío, con la desesperanza aguda en los ojos, ya cansada quería prender la candela y con las llamas del fogón, soltar la lengua para contar, al oído las historias del día. Reír se podía a esas horas si aún se tenía alientos para hacerlo.

Procesiones de familias huyendo del Valle, de Caldas, del Huila, sumergiéndose en lo más adentro de la montaña para salvar la vida. Llegaron por centenares, en masa, las familias a las zonas donde actuaban los Loayza y la gente de Pedro Antonio Marín o Manuel Marulanda Vélez. Pensaban, que por lo menos entre la guerrilla tendrían la seguridad de poder respirar.

La población de los enmontados fue creciendo, se multiplicaba, se hacía inmensa. Se construyeron caleteríos, se abrieron trochitas, picas, trochas, trochonones, se descubrieron nuevos secretos a la montaña; se levantaron pueblos para un día o una noche o quizá para la eternidad de una semana, una arquitectura febril con la duración de un posible soplo. Esa masa de enmontados llegó hasta parecerse a la selva, “adquirió su mismo semblante, la misma riza, los mismos gestos, ya la ropa de la gente era como tela de montaña. Un hombre, una mujer o un niño parados se confundían con un delgado árbol. Las enredaderas abrazadas a un corpulento árbol, era como toda una familia junta, muy abrazada, dándose calor...”.

La población errante fue la sombra fiel que acompañaba a la guerrilla. La guerrilla era la población, la población la guerrilla, los mismos familiares, tronco, raíces sembradas en la misma geografía. Un enjambre de susurros, los enmontados. Surgieron los pueblos en la trashumancia.

Los Loayza y Pedro Antonio Marín al caerle a Capote de Santiago Pérez, en asalto a una zona conservadora “nos llevamos hasta un ganadito para comérselo”. Se cogieron algunas armitas, poquitas. En Planadas encontraron resistencia de la policía, “tres o cuatro o quizá cinco, y murieron, claro está...”. “De nuevo la represión desenfundada por Rioblanco, Santiago Pérez, La Herrera, Bilbao, cincuenta hombres del ejército, eso daba espanto para uno todavía novicio en las artes de la guerra. En esa entrada del enemigo, dejaron más que huellas, huecos de sangre...”, al volver a la escondida, detrás de ellos se refugió también la población civil.

En un punto llamado La Paloma, hablaron con un grupo de liberales y éstos por temor los delataron; la policía de Gaitania salió en su persecución. “En esa seguida cayó un policía y cayó un conservador, perdieron un fusil y un revólver. Acciones insignificantes que tenían como valor, que cuando los conservadores nos veían llegar, le corrían a uno, ya sentían miedo, al sentir...miedo de hombres dejaron la prepotencia, podían ser muertos, ¿me entiende...? Las balas entraban a sus cuerpos y por sus cuerpos también les brotaba la sangre como a cualquier otro...”.

El Comando de La Ocasión estaba bajo el mando del viejo Gerardo Loayza. “El viejo de pocas palabras, pero bien hablado. Observador con mucha fuerza en los ojos; muy convencido de su liberalismo. Jefe nato, indiscutido. Gerardo el más respetado...”. *En lo que se refiere a los Loayza*, recuerda Graciela la hermana menor de Gerardo, “*mi papá fue fundador de Génova: se llamaba Emiliano Loayza. Todos los hijos de él fueron nacidos en Génova. Mi papá, como fundador se hizo a una gran finca, pero la perdió en vida de la primera esposa por cuestiones de embargo y otras cosas que hacía la gente cuando se siente con capital...Fueron doce los hijos del primer matrimonio, Gerardo, uno de los mayores; Adán, Julio, Enrique, Emiliano, Lope y Camilo; entre las mujeres, Ernestina,*

*María Eva, Carmen, Adelina, los otros. En total de hijos, 12 del primer matrimonio y 4, ya de la unión libre con mi mamá. Gerardo y Marulanda son primos entre sí; primos como en segundo grado, porque el papá de Marulanda es hijo de un tío mío o sea de un hermano de mi papá, pero papá llevaba el apellido Loayza y mi tío el de Marín...En cuanto a Gerardo, lo conocí estando muy pequeña, una vez que él vino de Ronces donde tenía una finca y mucho ganado. El se fue de Génova y en Ronces consiguió manera de vivir e incluso consiguió esposa y recuerdo que él dijo a papá que poseía una finca muy grande, con bastante ganado. Entonces él amasó capital en Ronces, pero no volvió nunca más a Génova, se amañó en la otra tierra y parece que su tierra, es decir, Génova, le calentaba los pies de pura prisa. No volvimos a saber nada de él, bastantes años duramos sin saber nada de él, ni por parte de papá ni de los hermanos. Cuando muere papá en los límites de Caldas con el Valle, en una finca que él había comprado, Gerardo no se hizo presente al velorio ni a entierro, todos los hijos fueron, menos él. No era muy alto, bastante robusto, de ojos azules, pelo rubio; mostraba el físico de persona rubia, se parecía mucho a un ruso...Cuando lo volví a ver, ya en la guerrilla del Tolima, él era muy amable, tenía bastante genio para atraer a la gente, muy amable con las personas, lo querían bastante, por el trato, era muy simpático...”.*

“No había en el comando de los Loayza una jerarquía militar: fulano es el primero al mando, un segundo, un tercero. Una familia que comanda a un grupo de liberales, la familia de los Loayza. El único de los hijos que había pagado servicio militar era el que llamaban *Tarzán*. Así se manifestaba al menos el tipo de organización, al fin y al cabo liberal...”. No había cuartel, no había disciplina. “Era como arrancar un patrón con veinte o treinta trabajadores a destajo y uno péguese aquí y el otro péguese por acá y haga lo que pueda y dele, hombre, que vamos para la guerra. ¡Qué vamos en busca de los conservadores!”.

Se ordenaba por los jefes: “Esta semana vamos a salir a comisionar”. Los guerrilleros viviendo en los ranchos, sembrando plátanos, moliendo caña y al recibir la citación del jefe para alistarse, de inmediato todos a matar el marrano, a sacrificar la gallina para el hambre. Salen de las caletas, se unen de camino y “bueno, se van dando las órdenes: unos adelante, otros en la mitad, otros, pues váyanse a la cola que vamos a atacara a los conservadores de Casaverde, a los conservadores del Valle, que nos dirigimos a Chaparral...”. Al regreso cada cual buscaba su “veredita, para alimentar el calor con su mujer y en cada susto la población enterrándose en su vereda y entre los montes se comunicaban unos con los otros, hasta establecer el contacto...”. Eran los medios de comenzar a no dejarse matar tan fácilmente, pero no había un régimen disciplinario. El botín de guerra se distribuía individualmente. A cada guerrillero le tocaba una camisa, al otro un pantalón, al otro una escopeta, así. Las armas se convertían en propiedad individual...”.

La instrucción militar se hacía sujeta a la explicación de cómo era la estructura interna del ejército y la policía, de cómo operaba la disciplina en esos cuerpos armados y siguiendo esos lineamientos se actuaba. “Liberalismo puro, liberalismo en lo militar. En esa condiciones duramos más de un año...”. Un año en que las preguntas abrumaban de incertidumbre al futuro.

Los conservadores se concentraron en Rioblanco, Santiago Pérez, Ataco y Casa de Zinc, pueblos protegidos por la policía. Salían en comisiones mixtas de ejército-policía y civiles y

arrastraban con ganado, mulas, herramientas, con la complacencia de las autoridades. Se deslinda la geografía en territorios liberales y en territorios conservadores, cada región con su propia vigilancia; los unos incursionando en la zona contraria y los otros de inmediato respondiendo. La división político-geográfica en una guerra de territorios, cada quien agazapado en su tierra vigilando las posibles sorpresas. Tensión permanente, la tranquilidad en ambos bandos había desaparecido.

En los pueblos se afianzó el más implacable bloqueo económico sobre enormes territorios productores de panela, cacao, ganado, cerdos, leche, quesos, para evitar su desarrollo. Desaparecieron los pueblos compradores; no había transporte, lo que se movía en muladas por los caminos era, por ley, decomisado. Un año amordazados por el control policivo. La violencia del sitio de hambre, para reventar a la población por el estómago, desesperarla. Control sobre las personas sospechosas de ser auxiliadoras de la guerrilla. Liberal que saliera de su casa en los pueblos, lo metían en la cárcel y en la noche lo desaparecían. “Solo los liberales ocultos de pensamientos, callados y en silencio, con el salvoconducto, compraban remesas para aportarnos algo a los que vivíamos enmontados...”.

No se conseguía a ningún conservador descuidado, la policía no salía a comisionar, esperaban con calma, atrincherados en sus puestos. “Uno no aguardaba de mucho a la policía, porque en lo fundamental se quería solucionar los problemas de la economía. Situación estática por el bloqueo económico. Quieta como un río de piedras...”.

Se orientó por los Loayza y Pedro Antonio Marín a sus gentes para que salieran a diversas veredas del Tolima y del Valle a conseguir armas con los amigos, con los vecinos; el que pudiera aportar algo en ese sentido o en caso forzoso, decomisar lo que sirviera para adelantar la lucha. Los directorios liberales “se embolataron”, no era posible localizarlos. “Todo el mundo perdido en una situación muerta...muerta como la tierra erosionada, cuarteada”. Y la ilusión viva en el apoyo de los militares liberales a la guerrilla, seguía en la cabeza, ilusión que de tanto acariciarla en las conversaciones, se fue volviendo como cierta. Nunca “la veíamos concretarse, pero estaba entre nosotros, esa ilusión embozalada, apretando el habla...”.

Al sur del Tolima les llegó la especie de la existencia de la guerrilla en los Llanos. “Eso fue alentador, una guerrilla grande, muy importante. Se hablaba de combates, de la captura del personal enemigo, de la muerte de muchos de sus efectivos, de la toma de zonas controladas por el enemigo. La idea de que el país sería un solo incendio, ilusiones disfrazadas de rumores...”. Aparecieron en sus zonas, jefes locales, caciques de vereda, pero nunca les llegó la visita “de un gran personaje liberal vinculado a los problemas políticos nacionales. Nunca lo vimos así de frente, hablándonos...”.

A pesar de los múltiples obstáculos, el área de influencia de la guerrilla se fue extendiendo de Rioblanco, La Herrera, Chaparral, El Limón, porque la noticia de su existencia atravesaba cualquier montaña. Al llegar el grupo armado, organizaba reuniones con las masas liberales para decirles que debían montar una estricta vigilancia, los alertaban porque de pronto les caería la visita de los *pájaros* y policías. Cuatro o cinco hombres parapetados en un filo para ver quién venía del otro filo y nada más. La confianza en los ojos viendo a la distancia de filo a filo. Alargada la mirada”. Se crearon contactos en el centro de Chaparral,

Planadas y Gaitania y a través de esas comunicaciones se mantenía, con precisión, la información sobre movimientos de la tropa. Comerciantes liberales en los pueblos, organizados transmitían datos fidedignos de quienes vendían armas y municiones. “Así se fue abriendo un mercado de armas”.

Dejaron de ser un grupo pequeño, para convertirse en una enorme masa de liberales perseguidos, aglutinados en las veredas y en los alrededores de los caseríos. “Revueltos con nosotros los dueños del ganado, dueños de fincas, dueños de pequeños negocios. La situación era igual para todos. Así se distribuía el hambre en esos territorios, bajo la dirección de los Loayza, y yo que ya hacía parte un poco de las decisiones de la dirección...”.

Copan a Gaitania en segunda acción, los conservadores huyen, dejan sus bienes, los enseres. Población y territorio abandonados, van siendo ocupados por los liberales. Cuando venía la represión sucedía todo lo contrario. Un tira y encoge en esa tierra arrasada. La influencia de la guerrilla liberal penetra hasta San Luis, Praga, Aipe y El Carmen en el Huila. Los conservadores huyendo se reducen a las poblaciones de Santa María y Palermo. La población se vuelca sobre la Cordillera Central. “Eso quiere decir que se fortalecía una inmensa concentración de liberales de guerra. La humanidad vivía apegada a la esperanza del regreso al territorio dejado en la huída; volver para recoger lo que había quedado de la vida en la trocha o en los caminos. Lo que pertenecía a un, a todos, añorando lo que fue...”.

### **Rioblanco, la ilusión apaleada...”**

Por el camino hacia La Verbena, sudoroso con la ropa de campaña pegada a la piel, su segunda piel de lluvia y de barro, cansado por las tremendas jornadas de muchos días, pero feliz, viene el famoso teniente del ejército, hombre decidido y valeroso que habiendo salido de Bogotá hace muchos meses y pasando por innumerables contratiempos había atravesado los Llanos para adentrarse en el territorio tolimense, buscando con delirio llegar al Sur del Tolima para encontrarse un día y abrazar con profundo respeto al viejo Gerardo Loayza. Un hombre joven, imberbe, sagaz en sus argumentaciones, de sólido convencimiento en sus ideas liberales. Viene al mando de veinticinco soldados, armados y provistos de pertrechos diciendo que había desertado del ejército y trayendo la noticia de que su acción también estaba respaldada por muchos de sus compañeros de armas, argumentando que al dividirse el ejército entre liberales y conservadores, en consecuencia, el sector patriótico pronto se uniría, así como lo hicieron él y sus hombres, y en forma definitiva a la lucha guerrillera. La ilusión de siempre andaba en lo cierto. La ilusión acuñada en el cerebro, ahora cierta, se personificaba en ellos.

En La Verbena, zona de los Loayza, seiscientas personas les dieron la bienvenida al teniente y a sus soldados, entre vítores, saluciones y la emoción que fue subiendo por el lomo de la cordillera, bajo los efectos del aguardiente. “Ahora sí, pobres de los godos, no quedará ni uno de muestra. La hora de la venganza ha llegado”. La luz de la ilusión en todos los rostros. Descansó el teniente y con facilidad de expresión, dijo que al unirse a la guerrilla, sentía, que se cumplían viejos anhelos, incluso los deseos de su padre, un viejo

liberal radical, un combatiente de primera línea por sus ideas; dijo que era el sueño que se venía gestando con sus compañeros de armas, desde el momento mismo en que comenzaron la carrera militar como cadetes; dijo que estaban hastiados por la situación invivible de tener que cumplir en el ejército órdenes criminales; dijo que un hombre de sentimientos cristianos como él, no podía sumirse en la ignorancia ante lo que sucedía en el país, adoptando cobardemente la actitud del avestruz...”Un caso muy sobresaliente esa visita, porque ya se vieron las armas de verdad para hacer la guerra. Un armamento como caído del cielo en lluvia de buen tiempo. Muy alentador. Ya no era el falso rumor pegado a los oídos como un caracol. Ellos iban a conducir la lucha, a disciplinar a los muchachos, a transmitirnos sus enseñanzas...”.

A un mes de la llegada del teniente a La Verbena se había creado el clima de confianza, que él y sus soldados andaban desarmados, sin cartucheras en la cintura, sin guardia -la guardia la cumplía gente del comando-, durmiendo confiados a puerta abierta y muchos de ellos, habían congeniado en amoríos con las muchachas de la población civil. Una mañana, con mucho entusiasmo dijo el teniente que ya era tiempo de incorporar a los muchachos a la disciplina militar. Comenzaron las formaciones en un patio improvisado, el orden abierto, el orden cerrado, las marchas diurnas y nocturnas y los muchachos no cabían “en el costal de su piel, por tanta felicidad”.

Sonriendo, el teniente preguntó a los asombrados pobladores de La Verbena, sobre la región más hostil al movimiento y volvió a preguntar a los aún más asombrados pobladores que lo escuchaban, si convendría a los liberales caerles a la zona conservadora escogida, para ampliar la influencia guerrillera, en la más perfecta de las acciones militares. No surgió la duda en la respuesta: Rioblanco, el centro de la provocación conservadora, el más importante objetivo militar ambicionado por los Loayza, desde hacía mucho tiempo. En el comando estaban los Loayza y los García y la propuesta del teniente tuvo inmediata acogida. Se prepararon los acuerdos para posibilitar la acción en el tiempo estrictamente necesario. Con los ojos despiertos, soñaron el sueño de la entrada a Rioblanco y en el sueño se nombraba como alcalde de Rioblanco al viejo Gerardo Loayza, en una formidable y rápida acción revolucionaria. El viejo Gerardo con la imponentia suya, aparecía vestido como alcalde, dando órdenes civiles y militares, creando y firmando leyes. ¿Quién iba a pensar lo contrario? Pensarlo siquiera era como hacer correr el río Anamichú cordillera arriba. Un imposible posible. “Era entrar a Rioblanco con los veinticinco fusiles del teniente y sus soldados y las armas que la guerrilla y la población aportarían. Mamey. Claro que se podía copar a Rioblanco en un cerrar de boca...”.

En reunión con los Loayza y los García, Pedro Antonio Marín, luego de pensarlo para sus adentros, les dijo: “Vamos a ver qué sucede, cuáles son los resultados que se tenga de la toma de Rioblanco. En otras operaciones, seguramente participaremos...”. Pedro Antonio Marín o Manuel Marulanda pensaba: “No quisimos metérnosle a esa acción, porque algo tan fácil crea el sudor de la desconfianza. Queríamos ver la comprobación, que demostraran el teniente y sus soldados que en verdad, eran puros liberales. Pero, la población estaba convencida y ansiosa de hacerlo. Como no se tenía la forma adecuada para atacar a los conservadores, con las tropas del teniente, claro, se veía a la población cogiendo de la mano a los hombres de Rioblanco, apretándolos del cuello en venganza acumulada, cobrándoles

una a una la cantidad de muertos; sacándose el rencor del cuerpo, de la cabeza, de los pies y escupiendo sin lástima, sus rostros...No era posible cambiar el rumbo del entusiasmo...”.

En uno de los recovecos que existen en el camino antes de llegar a Rioblanco, el teniente en función de comandante militar, detuvo a la población civil y a los guerrilleros y les ordenó recoger las armas que portaban, para cargarlas en las mulas y taparlas a la vista de cualquier intruso. Les dijo que esas armas rudimentarias restarían autoridad a la presencia de la tropa en el pueblo; que con los uniformes del ejército y su armamento bastaba, que obligaría a la policía acantonada en el pueblo a rendirse. Sumisos cargaron las armas en mulas y caballos, sumisos siguieron a pie, dejando que la tropa se adelantara.

Pueblo solitario, pueblo de vientos encontrados. La población y los guerrilleros afinaron sus pasos a la señal de entrada. Las casas apacibles. Redondearon el recorrido. La soledad en la penumbra de la caída de la tarde. Nadie deambulaba por las calles, no se escuchaba el giro de una voz. A cada paso crecía en la imaginación el éxito del golpe, de la acción que estaba a punto de coronarse. Cuando se abrieron las puertas de las casas y por las puertas salieron las boquillas de los fusiles; cuando se abrieron las ventanas y por las ventanas aparecieron las boquillas de los fusiles. “¡Alto...!. Las voces eran las voces de los soldados, la voz fuerte del joven y sonriente teniente. Detuvieron a más de doscientos hombres y el teniente, la ilusión personificada, se transfiguró y resultó para aquellos hombres sorprendidos en su ingenuidad, un absoluto desconocido y con una voz de mando, áspera y brutal, fue señalando a dedo, a los principales dirigentes de La Verbena y los fusilaron en un solo montón en el pueblo. Al resto los condujeron amarrados con lazos por los recodos del viejo camino de herradura que de Rioblanco conduce a Chaparral, de camino los fueron matando, sus cuerpos quedaron enzarzados entre los peñones y las quebradas. Sólo vivieron, los que en Rioblanco al oler la situación escaparon de la encerrona, huyendo por los solares vecinos. Los Loayza y los García se salvaron porque habían decidido ir a Rioblanco al día siguiente a tomar las riendas del poder en sus manos.

“El ejército aprovecha el golpe de Rioblanco, la ilusión queda apaleada y lanza una gran ofensiva por Rioblanco para salir a La Herrera y encontrarse en el Saldaña...”. Violenta represión contra los que habían quedado vivos y, los grupos de los Loayza y de Pedro Antonio Marín vuelven a la escondida. Escarmiento en sangre, la ilusión desollada en sangre. Ya nadie -momentáneamente- volvió a creer en que los tenientes y los capitanes del ejército desertarían un día para pasarse a las filas guerrilleras. Se generó una inmensa desconfianza en un posible golpe militar. En la ofensiva caminaban cuatro o cinco horas por los caminos, parándose para luego rezagarse, instalando bases de apoyo y abriendo las tropas hacia otras veredas, destruyendo casas, fincas, matando vacas y caballos, todo lo arrasaban. “Realizaban cruces de caminos y sorpresivamente le caían a una vereda, capturaban al ser vivo y lo amarraban para dejarlo muerto más adelante. No eran grandes comisiones, unos ciento cincuenta hombres, pero sí demasiada gente para una guerrilla que había sido desarmada en su inocencia. No fue mucha la gente de combate que cayó en la trampa de Rioblanco, pero en cambio sí mucha la población civil. Para que vaya sabiendo cómo era la cosa...”. Se perdieron cerca de doscientas armas: revólveres, pistolitas, *grases*, carabinas, carramplones, escopetas.

**“La Romana nos abrió las luces del entendimiento...”**



*“La Romana nos abrió las luces del entendimiento, la Romana que reemplazó a las cajas de madera que pesaban nuestro trabajo a su final capricho; la más honrada de las cajas de madera, convertía como por encanto cuarenta libras de café en una arroba y nadie podía chistar, porque era la pesa oficial de las haciendas” -dijo Isauro Yosa, un hombre bajo de estatura, fornido y cuadrado de músculos con caminado de vaquero, como si toda su vida hubiera vivido montado en un caballo.*

Isauro Yosa, conocido también como el *Mayor Lister*, seudónimo que utilizó para los tiempos de guerra, en homenaje al general republicano de la Guerra Civil de España, nació en Panaderos, zona cafetera a orillas del río Magdalena, en tierras de los señores Trujillo, vereda del municipio de Natagaima, en 1910, “un 2 de febrero en las horas de la madrugada”. Su padre fue arrendatario en la hacienda de los Trujillo: Isauro Yosa pasó su juventud con la familia hasta los 20 años. Se enganchó en la construcción del ferrocarril que venía abriendo vías desde el Guamo y se enroló luego, como ayudante de los camioneros que cargaban la mampostería para las carreteras. *“En Villavieja fui sorprendido en un café por patrullas del ejército que buscaban reclutas y pagué 18 meses de servicio militar; seis de caballería, seis de infantería y seis de artillería. Volví a la casa paterna y después de un año, los impulsos de muchacho me condujeron hasta Chaparral en unos enganches de recogedores de café para la hacienda La Pedregosa y ahí me vinculé con los tabloneros, un duro trabajo, bajo el invierno en los meses en que el cielo parecía roto andando por caminos insoportables, la vida entre el barro y la lluvia agazapada en los cafetales. La vida del trabajador, era digamos, muy penosa, el pagaban por la cogida de una arroba de café 0.10 centavos y, un recogedor diestro, experimentado y ligero recogía cinco o seis arrobas diarias”, -dijo Isauro Yosa, un hombre de ojos rasgados como a navaja, de bigotes muy acicalados en corte de barbera.*

*“Los tabloneros conseguían a los recogedores de café para los tiempos de cosecha, les daban la alimentación y luego ellos, arreglaban los gastos con el administrador y el administrador un hombre rudo y sin alma, por lo regular, informaba al patrón que vivía cómodamente en Ibagué, Chaparral o Bogotá. Los patrones eran como sombras mandonas, a distancia; su dominio lo sentía uno de tal forma, como si en todas las paredes de la casa o en cada uno de los cafetos, estuviera colgado un retrato suyo, vigilando. Hasta escuchaba uno su voz, sin que el hombre viniera a la hacienda en mucho tiempo. El administrador era su reemplazo en cuerpo, en gestos y en órdenes...”.*

*“El tablonero no sólo se comprometía a coger el café, también lo sembraba a razón de dos centavos el árbol. En veces, a él le daban un pedazo de rastrojo para que sembrara el pan-coger, la yuca, los plátanos. En los tiempos fríos, la hacienda estaba habitada únicamente por la vida de los tabloneros y sus familias. Él hacía dos limpias, un desyerbe y una guachapia a los cafetales, entre cosecha y cosecha. Eso por lo regular lo reconocía la hacienda en lo económico. Pero vino el más inhumano de los desalojos a cientos de tabloneros, a la fuerza los sacaron de las haciendas, sin pagarles nada en absoluto. Tampoco les daban las gracias”.*

*“En el año 32 con el gobierno liberal que decretó leyes a favor de los campesinos, fue como cambiando la vida de uno. En ese transitar conocí a Fideligno Cuéllar, un maestro*

*de escuela venido de Viotá y fundador del partido comunista, hombre que le agradezco tanto, porque me despertó como a muchos la conciencia, me puso a pensar distinto. Es que lo escuchábamos lelos de atención, en las noches, en el local de la escuela que él había fundado en El Limón. Después nos llegó Jesús Bolívar que traía las ideas del Unirismo, el movimiento iniciador de las luchas por las pesas y medidas. Se organizó en El Limón, en el municipio de Chaparral, la liga campesina que abarcaba con influencia las haciendas de Calibío, Icarcó, Laureles, La Pedregosa, Banquillo, Brasil, La Cabaña, a fin de buscar precisamente la lucha. Entonces supimos sobre el decreto de pesas y medidas, defendido y propuesto por Gaitán en el Parlamento. Se nos iluminó aún más el entendimiento...”*

*“No había control legal en las pesas de café. Las pesas eran cajones de madera que utilizaban los administradores de muy zorros y la más honrada de esas pesas, convertía 40 libras en una arroba. Entonces, pagaban la arroba de café a 020 centavos, y por más rápido y ligero que uno fuera, en el atardecer, a consecuencia de la pesada en las benditas cajas, pues uno recibía la mitad de lo realmente ganado con suma honradez...”*

*“Afloró a lo muy natural, se organizó la huelga para aumentar el pago en la recogida del café y para cambiar la medida en cajas por el peso de la Romana. Fue en Icarcó, donde habitábamos más de quinientos recogedores y la cosecha era por lo menos de mil quinientas cargas, ahí afloró la huelga a lo muy natural. Antes se había convocado la asamblea en El Limón y asistimos más de quinientos campesinos y la voz campante la hicieron escuchar Fidelino Cuéllar y Jesús Bolívar, ellos dijeron muchas cosas por nosotros. Las comisiones de huelga estaban en punto, a las cinco de la tarde, en el momento preciso en que los muy zorros de los administradores comenzaban su labor de la pesada tramposa. Ellos, en alardes de supuesta legalidad, pesaban con sus cajas y, las comisiones de huelga en demostración de lo que había venido sucediendo, pesaban lo ya pesado por las cajas, en la Romana. Cando vimos la legalidad de la Romana nos pusimos muy contentos de por fin entender tanta explotación de la cual habíamos sido víctimas. Furiosos los administradores. Pero tenían que aceptar a la Romana, las comisiones portaban una orden firmada por el alcalde de Chaparral para verificar la pesada del café recogido...La huelga y la Romana llegaron a las haciendas de Calibío, Laureles, Banqueo, Coronillo, La Pedregosa, La Cabaña, Brasil, La Camelia. Cosa que no gustó a los administradores, cosa que no gustó a los dueños de tierras, que dormían en tranquilidad, pensando en sus dominios a la distancia”...*

*“Si a alguien le había gustado la honradez de la Romana, a ese alguien lo despedían. Ya en huelga general de recogedores de café, uno veía cómo caía el grano como gotas lentas de agua, amontonando, pudriéndose. No aceptamos las amenazas de despido. Nadie tenía que perder en esos días, ya sin trabajo, con el despido en el bolsillo, pues sólo había que esperar a que siguiera cayendo el grano de café sólo, sin manos que lo cogieran...pudriéndose...”*

*“De luego, cuatro años pasaron para estudiar nosotros en unos folletos, la conocida Ley 200 de tierras y, viendo la inmensidad de tierras ociosas alrededor de las haciendas, sin el trabajo de la mano de hombre; empujados por esa ley, organizamos las tumbas de montañas. El tablonero avistaba la montaña y le traía noticia a la liga, en el día socolaban, se hacía limpia del terreno, se dejaba los árboles menores picados, amarrados*

*al árbol mayor, conocido como el arriador, trabajo de cien a doscientos campesinos, con sus herramientas, sus machetes, con la comida en las mochilas, es decir, con el bastimento necesario. Al hombro se transportaban las masas de café de un año, el colino de plátano de seis meses y se esperaba como muy tensionados a la noche. Al escuchar el estruendo del árbol madre, el árbol arriador que al caer se llevaba como viento huracanado a los árboles picados y éstos al caer arrastraban con los árboles débiles y mucho rastrojo y cuando uno menos imaginaba, ya tenía ante sus ojos un abierto en la montaña, un enjambre ya en tierra. Venía la siembra de los cafetos y los colinos y quien los veía dos días después, decía: Por lo menos tiene ocho meses de sembrado el café y los colinos otros seis meses. Los cafetos verdecitos. Al enterarse los latifundistas, se encalambraron por el temor. Comisiones de los señores terratenientes fueron a visitar a los del gobierno departamental, a los señores del ejército, a los señores de la policía. Pero la Ley establecía que el denuncia debía hacerse veinticuatro horas después y el denuncia siempre llegaba tarde al despacho, porque por lo regular los latifundistas se enteraban de la tumba de la montaña cuatro o cinco días después del suceso.*

*“Se formó el gran escándalo, porque acudieron las primeras comisiones de policía. Nosotros alegando el derecho de las veinticuatro horas, peleando los quince días o el mes del derecho de posesión sobre la tierra. La ley nos cobijaba a nosotros. Los señores de la tierra se pusieron muy asustados y ejecutaron al gobierno en una forma muy acelerada. Nosotros seguimos con la tumba de montañas y llegaron los tiempos de las quemas, los tiempos para sembrar. Los latifundistas con la iniciativa de hacer firmar documentos a los campesinos, de las tierras ya cultivadas. Vino la orientación de los compañeros nombrados, es decir de Cuellar y Bolívar, de no firmar documentos de ninguna especie. Era el invento para dejar al colono maniatado bajo el control del hacendado...”*

*“Así en esas condiciones siguió la lucha un largo período, de sinsabores, de satisfacciones, de sentirse uno más firmado en su pensar. En 1938, a la Ley de tierras la fueron volviendo más favorable para los hacendados y nosotros fuimos perdiendo peso bajo esa Ley; entonces la ley de nosotros fue la unidad para hacer respetar los derechos adquiridos. En ese año del mismo 38, en las elecciones votamos por los candidatos comunistas que desde el comienzo ya estaban metidos en los conflictos de tierras. En El Limón, la región iniciadora del movimiento, sacamos una buena cantidad de votos, alcanzamos dos renglones para el concejo de Chaparral y yo fui elegido, lo mismo que Agustín Palomino de la comunidad de Yaguará. La oportunidad de conocernos y entrar en común de acuerdo para ayudarles a esa comunidad que había sido muchas veces invadida por los latifundistas Alvira y Castilla. Les habían robado sus tierras, cercando las llanuras de su comunidad, sacándoles el ganado, dejándolos sin agua y sin propiedad, a ellos, dueños de esas tierras desde tiempos sin ojos en la memoria. Así empezó la solidaridad entre campesinos e indígenas. Claro que nosotros novicios en esa responsabilidad de concejales, pero de todas maneras, fuimos haciendo las veces. El principal era Pedro J. Abella que venía desde Bogotá y el suplente de Palomino era Pablo Oyola. Nos turnamos con Abella, en verdad muy apoyados por el vocinglerío de las barras de los campesinos, en cada uno de los debates”.*

*“En ese mismo año del 38, cayó asesinado por los latifundistas, el compañero José Domingo Vargas, miembro muy activo de la liga campesina. Fue un tremendo descalabro,*

*pero los campesinos reunidos en el corregimiento de El Limón, más de mil se reunieron el día de su entierro, respondieron en protesta airada contra los latifundistas. Esa presencia nos dio más ánimo, más energía. En los años 40 vino la parcelación de las tierras por medio de los jueces nombrados por el gobierno de López Pumarejo. Para el municipio de Chaparral fue nombrado un tal doctor Guillermo Preciado, y como su secretario, un tal Juan Bernal. Los latifundistas quisieron ganarse al juez de tierras, que si no estoy equivocado fue el mejor juez de tierras que hubo en el país. Entró al campo, nosotros detrás de él, nosotros necesitábamos más de él en razón de la seguridad de nuestros terrenos. En tres meses alcanzó a firmar alrededor de mil quinientas escrituras que eran desconocidas por los jueces de Chaparral, por la notaría del mismo pueblo. Llegábamos con los campesinos a Chaparral a las oficinas del señor notario al registro de los documentos, a la alcaldía y era negada su validez. Esas escrituras no valen nada. Eran las autoridades orientadas por los latifundistas. Varias veces viajé a Bogotá cargado de más de quinientas escrituras para mostrarlas en el Ministerio de Gobierno. El Ministro era Darío Echandía y él nos dijo que esas escrituras eran legales, que estaban dentro de la ley, que con esas escrituras podíamos vender o comprar o pedir créditos. Pero regresábamos a Chaparral y eran papeles muertos en su valor para el notario, para el alcalde, para la policía. La lucha seguía en pie, siempre en la lucha. El juez de tierras fue acusado al alto gobierno, y retirado de su misión, se nos fue el hombre dejándonos más de mil quinientas escrituras...”.*

*“Fue tanto el odio de los latifundistas para derrotar el campesinado, que pusieron a la policía en su cacería, pusieron al ejército en su cacería. Solicitaron dineros al banco, dinero para sus abogados, dineros para comprar a quien tenía que comprar para evitar que esas tierras siguieran siendo de los campesinos. Pero se cumplieron los plazos bancarios y al no pagar a tiempo se vieron en la necesidad de parcelar esas tierras, abrir los negocios para venderlas. Claro que hubo un latifundista inteligente. Alejandro Londoño, dueño de la hacienda El Coronillo, con más de trescientas hectáreas de montañas incultas y al contrario de ponerse a pleitear, de ponerse bravucón con los colonos, optó por la medida de conseguir a muchos colonos y los puso a tumbear montaña, cuestión que hizo en un mes y medio, con sesenta o setenta trabajadores tumbó montaña. Al terminar reía el hombre, mientras decía: “Ahora, tengo títulos de propiedad. Ya cuento con mi hacienda...” y seguía riendo el hombre... Esa legalidad nos duró hasta el año 49, cuando volvimos al monte no ha descubrir los buenos sentimientos de buena tierra en la montaña, sino a enmontarnos, a enguerrillarnos por la revancha que implantaron los señores del latifundio, cobrando las invasiones de tierras que les hicimos a sus haciendas en el 36...”.* -Dijo Isauro Yosa, quien sería un año después, el comandante militar de las guerrillas comunistas del Sur del Tolima.

*“El primer comando que nosotros creamos después de la experiencia de la Autodefensa, fue el de Chicalá, situado en el municipio de Chaparral, y el segundo fue el de Horizontes situado un poco más hacia el noroccidente en el mismo municipio de Chaparral, distante unas tres o cuatro horas en el cañón de un río que se llama Ambeima, en su parte más alta; y el tercero es el comando de Irco en el cañón del mismo nombre. Fueron los primeros comandos organizados a finales del 49 y comienzos del 50. La confrontación armada de esos comandos era bastante dura y no tenían armas modernas sino escopetas de fisto y las armitas que los campesinos podían conseguir como armas cortas, armas muy*

*rudimentarias... Algunos grasas recortados que la gente precavida, seguramente originarios de la Guerra de los Mil Días, conservaban de generación en generación y los pusieron al servicio de los comandos. Pero la munición de esos grasas, la mayor parte había permanecido por ahí guardada mucho tiempo y no servía, solamente servían las vainillas para el recalce y con eso se peleaba” -dijo Baltazar, uno de los iniciadores de las guerrillas en el Sur del Tolima.*

*“El comando de Ambeima estaba al mando de Melco o Eliseo Manjarrés, quien había sido colono invasor del latifundio Iriarte de Ambeima y Amoyá, cuyos límites eran las desembocaduras del Ambeima al Amoyá, Ambeima arriba hasta sus cabeceras, Amoyá arriba hasta sus cabeceras, es decir colindando con Caldas, con la cordillera Central o sea Barragán, un latifundio que no dejaba de tener por lo menos veinticinco mil hectáreas; y así él va consiguiendo una parcelita a la altura de los años 48, con su familia, su casita, más o menos independiente, pero muy pobre, con una capacidad política desarrollada y también capacidad militar porque él había estado en el ejército, era reservista. No era el comandante único porque en cada uno de estos comandos se establecía un mando de cuatro o cinco personas, que se hacían cargo de la dirección y dentro de esa jerarquía estaban el comandante militar y el comandante político. En ese comando se destaca Pedro Pablo Rumique, que más tarde se llamará Canario, que fue por cierto, el primer combatiente que cogió un fusil, capturó un fusil Mauser que los campesinos llamaban carabina Checa, modelo 1226.*

*En el Comando de Chicalá, la comandancia militar me la habían dado a mí. Ya después de estar organizados esos comandos, llegó el compañero Trifón, que luego lo rebautizamos con el nombre de Olimpo, entonces él se hizo cargo del comando político, porque el comando político lo tenía hasta ese momento, Leonidas Castañeda, pero él entró en conflicto y en problemas políticos con el movimiento y se retiró. La jefatura política la ocupó Trifón o sea Olimpo. En el comando de Irco teníamos como comandante militar a José Alfonso Castañeda o sea a Richard, y como político a Isauro Yosa o sea a Lister, en ese momento no había un político más sagaz y esclarecido que él...”*

*“Richard era un muchacho como cualquiera de nosotros, pues tendrían en ese momento uso 20 años. De familia muy pobre, de esas familias que llegan a una hacienda, el hacendado les deja un rancho, lo que conocemos como un agregado, que coge café, hace los trabajos diarios de la hacienda, gana un salario, que en los tiempos de cosecha, incluso sale hasta el más pequeño a coger café y todos en familia ganan unos pesos. En los momentos fríos cuando no hay cosecha, salen los más capacitados para el trabajo duro, desyerban, en fin. La familia de Richard había logrado sus ahorros y en terrenos aledaños, en la zona llamada Irquito, compraron una pequeña parcela. De esa familia viene Richard”.*

*“La confrontación fue muy dura a comienzos de los años 50. La policía y los grupos de civiles que acompañaban a la policía -la gente los calificaba de sapos o pájaros-, eran unos ladrones. Por donde pasaban iban quemando las casas, robándose todo, iban ejerciendo represalias contra la población civil, mujeres, niños, no les importaba la edad que tuvieran, lo que importaban era que entre menos resistencia opusieran, más se ensañaban y los reprimían. Entonces se discute en los comandos; algunos sacan la conclusión que la*

*población de esos sectores sufría la represión por la presencia de los grupos armados de los comandos; otros pensaban que gracias a la existencia de los comandos, por miedo a ellos, la policía no exterminaba a las familias. Los comandos habían perdido el carácter de autodefensa que tuvieron al comienzo, ahora empujados por la represión, como los tigres que tienen las garras listas, se vuelven más ofensivos”.*

*“Surge la idea de la Columna de Marcha, en primer término por los contactos que ya se tenían con la guerrilla de los Loayza, que estaban operando mucho más hacia el sur del departamento, a una distancia de tres o cuatro días de nuestros comandos. Además porque en la dirigencia de los tres comandos se creó la tendencia de no darle motivos al enemigo para ejercitar represalias contra la población civil. Era como abandonar un poco el escenario, organizadamente, dejando a la población con sus consignas. Que saliera el grupo armado con aquellos auxiliares que tuvieran una mayor capacidad de movilización. Claro se convoca la asamblea general con el personal civil y militar, buscando la aprobación de la gente, a fin de que ésta tuviera conciencia del paso que se iba a dar. Por decisión mayoritaria se adoptó la determinación de abandonar la zona...”.*

*“Nosotros, por esos días estábamos leyendo “El Caballero de la Esperanza”, el libro de Jorge Amado, y veíamos cómo Prestes había durado tres o más años, atravesando el territorio brasileño y combatiendo en las circunstancias más difíciles. Y un poco ingenuos pensamos que la experiencia se puede trasplantar así de cruda a otro lugar. Es que teníamos que encontrar una salida. Lo genial, creo yo es que sin orientación de nadie, auto-orientándonos no nos quedamos encerrados no nos sentamos a esperar soluciones desde afuera. Nos inventamos la solución. Esta situación la resolvimos dejando a las familias; unas se fueron para el pueblo y otras hicieron lo contrario, juntaron la existencia con la Columna de Marcha y por eso la columna desde el comienzo se hizo tan grande. En el momento de iniciar la marcha eran más de cien personas”.*

*“La Columna sale de Chicalá con el núcleo inicial, unas treinta personas, enrumba hacia el norte y no comienza subiendo, comienza bajando, toma la parte del plan, respira muy cerca de Chaparral y sube a buscar contacto con el comando de Horizontes; se engrosaron sus filas. Marcha con más de cien personas y toma altura en la cordillera, luego se enmonta; sale de la zona poblada y hace un cruce hacia el sur. Es decir, primero va hacia el norte, da una curva y marcha hacia el occidente, hasta lograr el monte, la parte alta, a unos 1.800 ó 2.000 metros de altura y luego va por el borde del monte y la frontera agrícola y pecuaria y decide en definitiva la ruta hacia el sur, y ya en el sur se ordena al comando de Irco, cabecera del río Irco, para que estuvieran listos esperando junto a la comisión que venía del Sur de donde los Loayza, comandada por Arnulfo Villa, el contacto personal que había abierto la relación del grupo de los Loayza con nosotros...”.*

*“El comando militar se le entregó a Melco y el comando político de la Columna se la entrega a Lister, y en torno a la columna se crea otro organismo, un organismo eminentemente político constituido por el comité municipal del partido comunista de Chaparral; nosotros creamos una comisión política móvil que tendría como misión viajar hasta donde fuera la Columna, durará el tiempo asimilándose a esa situación de permanente movilidad. Esa comisión adscrita a la Columna, la dirección de ella, la recibió Olimpo que ya en ese entonces no se llamaba Trifón. Así, en esas condiciones la Columna*

*toma más altura en la cordillera Central, situada al occidente de Ortega, al occidente de Chaparral, al occidente de Ataco, al occidente de Rioblanco. Es la cordillera que divide al Tolima con el Quindío, con el Valle y más arriba de sus lomos, con el Cauca. No era la cordillera, era todavía en la media ladera. Es que la cordillera tiene alturas de 6.000 metros. Nosotros íbamos tal vez a unos 2.000, es decir, zonas muy manejables, porque hacia arriba hay mucha humedad”.*

*“El soplo le llega a la policía y llega el ejército, entonces ellos se van por el cañón del río Anamichú a tratar de cortar la dirección de la columna; ya ellos saben que es una Columna de gente armada que va por la cordillera a unirse al comando de los Loayza, en el extremo Sur del Tolima y para el ejército eso era de altísima peligrosidad. Entonces se van a cortarle el camino a la marcha; pasa como un mes para llegar a las cabeceras del río Irco, no tanto un mes, quizá tres semanas...”.*

*“Ha sido una ruta silenciosa. Desapareció el primer comando y nadie supo para dónde cogió, se unió el segundo y nadie supo de su rumbo; a la población se le informaba que la Columna se había organizado y que seguía para algún lado, pero nunca se indicaba el camino real. Había sido un total desconcierto para el enemigo. Fue cuando comenzaron a peinar el sector y no encontraron ni guerrilla ni rastros de guerrilla, ni nada. Pero contrariamente a lo que se había pensado, que desapareciendo el motivo de la represión iría a cesar la represión. Todo lo contrario, arreció más la represión porque ya no encontraron resistencia en la zona. Comenzaron a quemar casas, comenzaron a hacer mucho más fechorías...”.*

*En Irco al unirse los tres comandos, ahí estaba la comisión de los Loayza esperándonos y se convoca una gran conferencia. Esa Conferencia nosotros la denominamos como la fase inicial de la creación del Ejército Revolucionario de Liberación Nacional. Era mucho más grande el hombre de lo que realmente éramos nosotros. Más adelante, se producen de camino por lo menos veinte escaramuzas. La Columna se abrió paso, a puro fuego limpio hasta llegar a donde los Loayza. Porque muchas veces intentaron desorganizar e interrumpir la marcha. El problema era la fuerza de masas que llevaba la Columna. Ya se acercaba a 200 personas, con su vanguardia armada adelante, atrás la retaguardia. De modo que la Columna hubiera podido en esos momentos cruciales pasearse por todo el departamento. Era un desplazamiento militar que correspondía a la altura de la misma lucha, aunque las armas no eran del todo buenas...”.*

*“Los Loayza mandaron lo mejor de su gente, con sus mejores armas al encuentro de la Columna para respaldarla y defender su ingreso a su región. Ellos recibieron el peso fundamental de las acciones enemigas, hicieron lo posible para que la Columna pasara y la Columna pasó. Fue una gran fiesta cuando llegaron al Davis...”-dijo Baltazar, quien recordaba de muy joven la imagen que nunca olvidaría en su vida; sucedió iniciándose el verano de 1934, cuando llegó a su casa, uno de los trabajadores de la hacienda a decirle a su padre -él era administrador de la hacienda-, que los colonos estaban en pleno desmonte de la montaña, en el área de la propiedad de su patrón. Esa noche, Baltazar vio en abierto cielo el árbol arriador, lo vio desplomarse con el último de los hachazos y en su derrumbe, el alud de tierra, llevarse a un centenar de árboles picados, entrelazados con lianas. “Era*

imposible que esos suceso pasaran en telón oscuro por la mente de uno”, pensó. Se involucró en esa cruzada de los colonos por la tierra.

### **“Teníamos las agallas para no perder la vida...”**

Después de casi un mes de marcha forzada, con las dificultades que implica una travesía de esa naturaleza, acompañada por la población civil, la Columna repuntó al cañón del río Cambrín a una vereda llamada La Lindosa. En una finca les dieron alojamiento y ahí, carpados en los montes cercanos, estuvieron recuperándose, hasta que llegó la comisión enviada por Gerardo Loayza. Eran Leopoldo García, *Peligro*, Fidel Rico, *Joselito*; Arnulfo Villa. Fue ese un abrazo de mutua alegría, de mucha curiosidad. Ellos expresaron su complacencia por la llegada de la Columna y les pidieron dirigirse a otra finca, en la quebrada La Gallera cercana a sus caletas. En La Gallera los estaba esperando el propio Gerardo Loayza, el viejo Loayza sonriente, con su figura atrayente de caudillo en ascenso, acompañado de sus hombres, de sus hijos, *Punto Fijo* Loayza, *Calvario* Loayza, *Veneno* Loayza, toda la comandancia. Se reunieron una y otra vez, en reuniones francas y extenuantes de información, de intercambio de conocimientos militares, y convinieron en unificar el Comando General del Sur con el Comando de la Columna. Acertado y profundo acuerdo por conveniencia de los dos grupos, por razón de ser y razón de origen de una misma lucha. De los liberales quedaron integrando el Estado Mayor, el viejo Gerardo, sus hijos, Leopoldo García y por la Columna, *Melco*, *Olimpo*, *Baltazar*, Pedro Ramos conocido como *Casimiro*, Marco Aurelio Restrepo, *Cleto*, *Canario*, Cesar Valbuena y pronto llegaría Isauro Yosa para incorporarse al Estado Mayor. Posteriormente los Loayza les propusieron trasladarse al Filo de la Culebra, que estratégicamente era un sitio más seguro -lo recuerda *Olimpo*, quien tuvo que huirle de la persecución policíaca en Cali, abandonar su trabajo en un banco, refugiarse en Bogotá y desde la capital fue enviado por el partido comunista para asesorar políticamente a los nacientes grupos de autodefensa en Chaparral. *Olimpo* volvió a su tierra, encontró a su familia, se fue para el monte. En el Filo de la Culebra, ya en dominios propios, los hombres de la Columna, rompieron dos cercos del enemigo, sosteniendo varios combates y causándole serias bajas. Por la agresión permanente de tropas venidas del Valle, Tolima y Huila, de “*nuevo los Loayza nos propusieron otro desplazamiento, más al centro de sus regiones...Entonces fue cuando nos trasladamos a este nido de ilusiones que es El Davis, por iniciativa de ellos. Allí establecimos la sede del Estado Mayor Unificado del Sur, llamado Comando de El Davis por las gentes de la región...*” -recuerda *Olimpo*, el primer comandante político de El Davis.

*Así se cumplieron los compromisos con los Loayza. “Ellos querían que se estableciera una especie de población civil en una retaguardia, en un lugar donde la gente pudiera trabajar y desarrollar sus actividades normales, que se uniera a la fuerza armada y con esa unificación, lograr planificar acciones de más envergadura. Que no fuera simplemente esperar que el enemigo llegara para responderle, sino que había que ir a buscar al enemigo. Esto se cumplió y fue lo que dio origen a la creación del Estado Mayor Unificado. Es una cuestión verdaderamente impresionante, que para la unificación de una fuerza militar, hubiera funcionado un solo estado mayor...”* dijo *Baltazar*. “*El comandante en jefe del Estado Mayor eran dos: de parte de ellos Gerardo y de parte nuestra Lister*”.



Pedro Antonio Marín o Manuel Marulanda Vélez se encontraba en su comando, cuando llegaron los comunistas a la zona liberal. Conocía de la existencia de la Columna de Marcha por el intercambio de comunicaciones personales, de cartas. “Fue bien recibida por los liberales la presencia de los comunistas en el comando de La Ocasión. No conocí los iniciales movimientos de la Columna, tampoco los acuerdos que fijaron. Mi residencia o donde mantenía el personal, estaba situado por los lados de El Socorro, por San Joaquín, por esas veredas...”. Ciento cincuenta hombres bajo el mando de Pedro Antonio Marín. “La mayoría del personal civil vivía semi escondido en la selva, bien adentro, en casitas de paja; nosotros, los hombres en armas también vivíamos semi escondidos en los confines de esas veredas. Zona bien segura, salíamos a comisionar, volvíamos a escondernos, a descansar en planeación de la nueva acción...”.

La guerrilla comunista expande rápidamente su influencia, instalan un comando en Peña Rica, más arriba de donde estaba ubicado Pedro Antonio Marín y su personal a “una distancia de un día completo a pie, siempre andando ligero...”. Fundan otro comando en Bilbao, intermedio entre Herrera y Bilbao. “Aunque sólo eran sesenta hombres al comienzo, en poco tiempo fueron reforzados por otros hombres y se regaron con cierta facilidad por la región”. Se establecieron en El Cambrín, más tarde organizan el comando de El infierno y otro comando conocido como La Estrella y más adelante, el comando Seúl. “El comando comunista de San Miguel despliega sus actividades hacia el Huila, Aipe, Palermo y Praga, en acciones de tipo político-militar y económico, de ‘limpieza también de conservadores’. Ya hay actividad de ello de esa naturaleza”.

Fuerzas del gobierno atacan a los guerrilleros agrupados en el destacamento de San Miguel-Peña Rica, en una ofensiva fuerte, aunque corta, que plantea una delicada situación de abastecimiento por las dificultades geográficas del terreno y el inteligente aprovechamiento de las tropas en sus movimientos. La guerrilla se disloca en diferentes frentes y su táctica de hostigamiento no permite la captura de muchas armas. Sin embargo, las tropas oficiales que entraron por los flancos norte salieron mal libradas, al perder mulas, provisiones, medicinas, reservas de campaña, además de abundante munición, un mortero, cajas de granadas, instrumental quirúrgico y menaje. *Richard* dirigió la contraofensiva de los comandos comunistas.

Se generaliza la operación militar en pocos días por todo el Sur del Tolima. Peleas en La Herrera hacia abajo en profundos canchales, por Rioblanco arriba en la zona montañosa, por La Estrella en terreno intrincado. Son más de mil hombres, repartidos en tres zonas, en una inclemente operación de limpieza; no se meten a la montaña sino que “van pasando de largo como quien cruza por una carretera nacional, y al ritmo que siguen, lo que alcanzan con la vista, lo dominan con los fusiles desasegurados, listos...”. Avanzan mortereando desde la margen del río a la otra margen, a la loca en un desafore de prepotencia, para crear un clímax de terror físico en la población, premisa que antecede a la muerte, como fatal toque de corneta. La psicología de la devastación. Guerrilleros liberales y comunistas participan en la resistencia. Los comunistas sacan de lo más hondo de sí, su fortaleza y valor incalculable; los liberales aún no han podido recuperarse del tremendo golpe por lo perdido en hombres y en armas en Rioblanco.

Se le sale al encuentro a la tropa, se le ataca en la ocasión menos esperada. “o sea que van de camino, digamos por un camino que se anda en tres horas y son tres horas de peleas con ellos”. No les permiten sosiego, en cada avance una sorpresa, un tiro certero, otro paso y el disparo que irrumpe en el aire. Ellos anonadados no ubican los sitios por donde son atacados, de frente y de espalda los vigila y sigue un enemigo invisible, camuflado en terreno que conoce y domina, que revienta de la tierra como riachuelo recién parido y luego se pierde entre las piedras y corre subterráneamente para surgir más allá, como pequeños borbotones de agua. Si descansan, el retumbe del proyectil les corta el ajeteo respiratorio, si están sedientos el agua de sus cantimploras no alcanza a humedecer sus labios; imposible agacharse a beber con precipitud en las aguas de las quebradas, deben seguir reventándose por fuera con la piel quemada por dentro; si montan guardia se apunta a los centinelas; si duermen se les despierta abruptamente el sueño, como anunciándoles una terrible pesadilla. “Pero son ataques fugaces, no son ataques de grandes proporciones, no había la posibilidad de prepararlos, no teníamos los armamentos adecuados...”. Un campesino se esconde detrás de un árbol y les dispara; otro que se confunde con una piedra aprieta el gatillo de su escopeta; otro alargado como un tronco los coloca en su mira; otro apostado en un filo les suelta un tiro. Bloques humanos que se mueven hacia delante, se dispersan, los esperan. Durante los días de ese mes angustioso y largo se suceden cientos de combates en que se dispara un tiro y se huye.

La operación militar obligó a la evacuación de la población civil más expuesta al paso de la tropa. Con la información fidedigna que vendía la acción punitiva, la población desaparecía; al llegar no encontraban sino huellas de una inquietante soledad humana, como si nadie hubiera habitado nunca esos territorios; las voces perdidas, los ranchos sin alma, los fogones encenizados y un cielo atormentado, testigo del tropel. Familias enteras huyendo a la carrera con sus críos y su desesperanza en busca de refugio en las montañas y en las montañas las hojas de los árboles se transforman como por encanto en miles de ojos sorprendidos y asustados. “La situación ya volviéndose como una cosa en serio, ya volviéndose un enfrentamiento de una vasta zona de gente civil contra tropas oficiales. Se involucró a todo el mundo, nadie quería sacarle el bulto al coge-coge, a la acción...” La población se sostenía con lo que tenía a disposición, el maíz, el frijol, los plátanos, la yuca y la caña”. O sea que se producía el medio de vivir en ese inmenso territorio invadido por la guerra; la población subsistía con el esfuerzo de su trabajo y con las santas agallas de no querer perder la vida...”.

“Mil hombres era una cosa fantástica, asustante, porque mil hombres en comparación con los cien o ciento cincuenta escopetas, era una diferencia supremamente grande, como para sacarle la liebre al miedo, ellos bien armados, bien equipados y abastecidos, pues señor, la desproporción humana no podía medirse con cualquier sombra. Se consideró la resistencia como algo muy bien escrito sobre la tierra. Las agallas de vivir, las agallas para no perder la vida, fue un milagro de verdad. Uno de hombre de vez en cuando produce sus milagros, ¿cierto?”.

La guerrilla liberal y comunista comprobó de que podían soportar, defenderse y atacar a una fuerza superior. “Fue una nueva etapa de lucha. No era el acoso de los contingentes de policía, acompañados de civiles armados. Ahora el ejército había comenzado a ejercer su fuerza represiva en el Sur del Tolima, a ejercer su papel decisivo en el mantenimiento del

orden público...”. El ejército regresa a La Herrera, a Rioblanco y Chaparral y deja en la más absoluta soledad el territorio invadido; de la montaña salen los vivos en hileras de familias a repoblar de nuevo sus tierras. La guerra profundiza las heridas.

### **“Ahora, la guerra de las diferencias...”**

Cuando en el Estado Mayor Unificado se quiso imponer el tipo de organización militar que rigió la corta vida de la Columna de Marcha y que luego se practicaría en los destacamentos columnistas, surgieron como era lógico esperar, conflictos con quienes no estaban habituados a una organización guiada por normas de forzoso acatamiento. Se habían acostumbrado a obrar siempre por cuenta propia, haciendo las cosas como querían y cuando querían. Al estructurar las unidades básicas guerrilleras con sus respectivos comandantes y reemplazantes político-militares y designar los responsables en cada frente de actividad, se produjo un violento choque con los hombres que pensaban que la espontaneidad era lo decisivo en el quehacer permanente de la acción bélica. Se hallaron incómodos al aplicárseles las normas cotidianas de una vida cuartelaria. El comando de los comunistas, lo precisa Pedro Antonio Marín, es la continuación de un cuartel: la guardia, las avanzadas, los centinelas, el oficial de servicio, los relevantes, es decir un cuerpo estructurado, no digamos una estructura militar muy elevada, pero por lo menos estable. Hay guardia en los alrededores del campamento; un oficial de servicio, un centinela, relevos cada veinticuatro horas y en ese transcurrir se hace la formación habitual en las mañanas, en las tardes para ordenar los menesteres diarios.

“Ahora comienza la historia de la guerra de las diferencias con los liberales que no tienen en sus comandos esa base orgánica. Ellos operan desde la vereda con los jefes veredales y veinte o treinta agrupados, mientras el resto del personal está encaletado con sus familias, trabajando en la parcela, a la espera de una orden superior para recogerse, luego estar atento para salir en busca o al encuentro del enemigo... No existía un cuartel en el cual se ejercieran las funciones de un ejército en la mañana, en la tarde, durante las veinticuatro horas. No se ejercía un control estricto sobre el personal en armas...”.

“Uno lo que veía era que los comunistas donde quiera moraban, de inmediato implantaban su guardia. Yo también lo hacía, pues la experiencia me había llegado a esa necesidad. No hacerlo significaba el reconocimiento de la indisciplina así lo veía. Porque tener cien hombres hoy y mañana no están en el comando y pasado mañana regresan tranquilos y, de nuevo salen a dar vueltas a sus metederos de calor humano, sueltos por la vereda, sin control, es física manifestación de ausencia de las normas que deben regir en un cuartel...”.

El Estado Mayor Unificado cumple funciones de dirección por cerca de un año, pese a las dificultades crecientes, las que se va resolviendo en forma por demás, unitaria. A pesar de posibles incomprensiones, el área de las operaciones guerrilleras se amplía en su magnitud y desde un comienzo se emprenden acciones fusionadas. Más de un centenar de unidades del ejército viajan de Gaitania conduciendo 50 cargas de café robado. Se produce un combate en el que dejan abandonados su botín, armas y abundante munición. “Un rotundo éxito nuestro”. En la primera toma de Órganos, población en el Huila, participan fuerzas unificadas. “Establecimos un cerco de cinco horas que calmamente fuimos cerrando hasta dominar la situación, después de un prolongado y duro combate. Capturamos fusiles,

revólveres, escopetas y *grases*, y en el cuartel de la policía hallamos 4.000 cartuchos de fusil y, un fusil italiano equipado con 5.000 proyectiles en la casa cural, vivienda del sacerdote católico de apellido Monar...”. El cura Monar oficiaba misa sin sotana, prefería hacerlo con su uniforme de teniente y sin angustias en el alma, bendecía las armas y salía en compañía de la patrulla con una larguísima carabina mejicana, a cazar *chusmeros nueveabrileños*.

El poblado fue virtualmente destruido en la acción guerrillera”. Visitaron a Gaitania grupos conjuntos; los conservadores y la policía no ofrecieron resistencia, simplemente huyeron. “Ocupamos la localidad durante 24 horas, incautando lo que consideramos de utilidad para el movimiento...”. Luego, una nueva incursión sobre el mismo poblado, al mando de los Loayza y los García. Otra acción combinada contra un grupo de bandidos civiles que actuaban bajo el amparo del gobierno en la vereda El Pescado. “Fuimos seguidos, organizamos el contraataque y sorprendimos al enemigo, capturando personal vivo que portaba diez fusiles”. A Santiago Pérez, caserío del municipio de Ataco, le cayeron guerrillas liberales al mando de los Loayza y el objetivo señalado, la liberación de 30 liberales que iban a ser fusilados en pocos días y, finalmente fueron fusilados, porque los atacantes olvidándose del objetivo central, se dedicaron a beberse las tiendas a pico de botella y a saquear los almacenes. La policía se hizo fuerte atrincherándose en lugares invulnerables y la guerrilla perdió combatientes y perdió la acción. Se acordó el sistema de comisiones mixtas dirigidas por comandantes liberales o comunistas. Se ocupó la población de San Luis, cercana a la capital del Huila: la dirigió Fidel Rico, teniente *Joselito*, capturaron armas, municiones, vituallas, y aprovecharon para realizar una intensa campaña propagandística que estimuló al campesinado del norte huilense a unirse a la resistencia contra la dictadura. Órgano fue reconstruido y por la experiencia del anterior ataque guerrillero, lo habían fortificado con defensas en tierra, previendo una posible emergencia en ese sentido. Andrés Bermúdez, teniente *Llanero*, por encargo del Estado Mayor de El Davis, en acción nocturna le llegó al poblado. Los asaltados resistieron esa noche más de cinco horas continuas de asedio. Al final los defensores fueron vencidos a un costo humano muy elevado. Muchos muertos y heridos en las filas de la guerrilla, se descubrieron en sus movimientos en las inmediaciones, perdiendo el factor sorpresa y cuando avanzaron al área escogida, los esperaban con fuego graneado desde posiciones ya estudiadas.

“Yo llegué al comando de La Ocasión y, en ese entonces se reorganizó definitivamente la dirección de la guerrilla liberal con la presencia mía. Fue después de pasado un largo tiempo de la llegada de los comunistas al comando de El Davis. Entiendo que en el proceso del Comando Conjunto, hubo cosas de los comunistas que no gustaron a los liberales. Cuestiones que predominaron para que no se lograra al final una organización de conjunto y una unidad concreta, de tal manera que se hubiera producido en la práctica una sola dirección político-militar para todo el frente del Sur del Tolima. Entiendo que fueron cosas de orgullo personal, de quisquilloso caudillismo. Nos reunimos Gerardo, sus hijos, los García, los Rada y unos Ospinas -no recuerdo el nombre de todos ellos; hay sobrevivientes de los Ospina en Herrera; hay sobrevivientes de los Rada, uno que todavía vive, pero acosado por los años, ya muy viejo, demasiadamente viejo, encogido por las arrugas, que por apodo se puso *Revolución-*; con ellos conformamos la dirección de la guerrilla liberal del Sur del Tolima, o sea, como quien dice, en contraparte a de los comunistas. Hasta ese momento nadie habla mal de los comunistas, en absoluto...”. Se dijo que se debía ampliar la

lucha, unirse con las guerrillas de los Llanos, con las guerrillas de Antioquia y organizar un movimiento en gran escala para derrocar al sistema. Se insistió que la organización de los liberales, debía ser en todo sentido, el no pago de los impuestos, “preferir la cárcel que hacerlo... a fin de quebrantar al gobierno en su base económica. Se dijo que en esa lucha nos acompañarían los comunistas, gente muy sana, gente revolucionaria y muy perseguida...Yo había cambiado un poquito de rumbo en el pensamiento. Pensaba distinto. La idea era no quedarse rezagado en la lucha anticonservadora; tenía que avanzar en otras cuestiones, pero no muy amplias porque los cambios no se dan así de rápidos...”. Pedro Antonio Marín regresó al día siguiente a su comando.

El personal armado es libre, tiene la libertad como cualquier civil para movilizarse hacia donde quiera, sin estar amarrado a la disciplina férrea de los comandos, se dijo en la segunda reunión de la dirección de la guerrilla liberal. Las diferencias van al fondo de cuestiones extremadamente sensibles. El combatiente puede salir y volver, lo importante es que siempre esté dispuesto a obedecer las órdenes del jefe de vereda. “Con toda seriedad se anotó que el botín de guerra debía corresponderle por derecho propio a quien lo cogiera en la acción. El combatiente arriesga su vida por conseguirlo, el botín es ante todo, un estímulo en la lucha, por lo tanto debe ser de su propiedad. Igual sucede con las armas, igual con el dinero, lo mismo con una mula, un caballo o cualquier clase de mercancías que caiga en manos del combatiente. Se observaba ya una marcada diferencia con los comandos comunistas en esos aspectos...”.

“Ustedes no tienen razón alguna para estar allá reunidos con los de El Davis...”, se recriminó al viejo Gerardo Loayza y a sus hijos porque participaban en reuniones conjuntas con los comunistas. *Calvario*, muchacho bachiller, de carácter fuerte, argumentaba que “le parecía buena la experiencia de los comunistas, que creía estar en acuerdo con sus medidas disciplinarias y sus formas de organización...”. Ustedes son ante todo y por encima de cualquier circunstancia, liberales...”, fue la razón que les dieron al obligarlos a retirarse de las reuniones en El Davis.

Los Radas y los Ospinas “son los mayores agitadores” en la discusión en la tercera reunión del Estado Mayor Liberal. En Rusia todo se volvió colectivo y por lo que se refleja por los lados de El Davis, los comunistas quieren colectivizar hasta las viejas costumbres de los hombres. Es la militarización impuesta por ellos en sus comandos, lo que está cercenando la libertad individual de los hombres en armas, todo lo quieren controlar, hasta la respiración de uno. Dieron como ejemplo el caso de la agricultura. En El Davis, después de la siembra de las primeras rozas, hay que esperar resignados el tiempo planeado para recoger el maíz y escuchar con paciencia la orden del encargado de la economía que dirá cuándo hacerse y cuándo se repartirá la cosecha para el gasto y el consumo de las comisiones armadas y de la población civil. Argumentaron que así fue el comienzo de la colectivización de la agricultura en Rusia. Todo sujeto a planes, sin que los hombres individualmente puedan correr los riesgos que implica sus propias iniciativas. “Nosotros vivimos y actuamos en el Sur del Tolima, la tierra donde crecimos, nuestra propia geografía. Nada tiene por qué atarnos a una tierra tan lejana como es Rusia. Y eso quieren los comunistas de El Davis que piensan como si fueran rusos. Son sus principios. Ese ejemplo nos afecta directamente a nosotros, nos crea serios problemas en nuestros

comandos. Ellos son ellos en su forma de pensar y nosotros somos nosotros en nuestro pensamiento liberal...”.

A pesar de la acidez de las críticas, no hay decisivos pronunciamientos de una posible ruptura. Lo único que afecta y produce grietas, es la especie difundida: “No es posible, si hay una toma de trago con el deseo de alegrar un poco el alma. ¿Por qué debemos pedir permiso al comando para emborracharnos...?. Puro militarismo, control, vigilancia lo que tienen en la cabeza...”.

“En El Socorro, el grupo que estaba conmigo, le digo que casi dio un paso adelante que los comunistas o paralelo lo dimos como fue la cuestión del control del comercio en la zona para el beneficio del colectivo y no de unas pocas personas...”. El comercio era espina dorsal en el conflicto que acelera con pasmosa rapidez las honduras entre los dos grupos guerrilleros, crucial y definitivo en las soluciones que se le dieran. “Diga usted, los jefes liberales les compraban a las masas un ternero que valía \$70.00; ellos le dicen al vendedor: le doy \$45.00 si le sirve bien, no hay plata; y finalmente eso le daban. Una mula, razón del negocio, al hombre le ofertan \$70.00 y la mula vale \$100.00 y así. Venía al comando un hombre liberal, fiel al movimiento con su carga de café y de frente y en palabras más o menos le dicen: le doy 35.00, porque no se puede pagar más, por culpa de la violencia y por esta maldita guerra, el café hoy no tiene ninguna oferta, no hay compradores en los pueblos. Los jefes revendían a mayores precios lo comprado a los comerciantes. En la operación le sumaban, sin requiebres de conciencia, un nuevo valor a sus ambiciones. Eso mismo se hacía con las mercancías que circulaban en los comandos, la sal, el jabón, las espermas...”.

En los comandos comunistas se estableció que si el toro valía \$70.00 se debía pagar por obligación los \$ 70.00, porque era real injusticia quitarle al paciente el resto de su dinero. ¡Páguesele los \$70.00! Si un metro de tela valía \$50.00, ¿por qué razón se vendía al combatiente en un precio más alto...? No era una actitud razonable la que se estilaba entre los liberales, y más cuando en tiempos de guerra, el bloqueo económico es un arma terrible. “Eran formas de bloquearnos entre nosotros mismos...”.

La guerrilla comunista al desplazarse a la periferia, lo hacía junto a un equipo de agitadores, que aprovechaban las reuniones en los caseríos para expresar sus orientaciones, dejando por lo regular, una base de conciencia y contactos para continuar con lo iniciado. “La guerrilla liberal citaba a su gente a concurrir a un determinado territorio, alguien pronunciaba una conferencia, y poco se cimentaba como compromiso, se hablaba y adiós. Eso también fue creando un profundo malestar, era lógico que creara malestar. La gente no sólo se cultiva con palabras, aunque muchas veces las palabras tengan un timbre bonito...”.

Marulanda argüía en las reuniones del Estado Mayor Liberal que siendo él el más experimentado a quien le había tocado correr más desde El Dovio, no tanto pelear como correr, insistía con vehemencia sobre la necesidad de un tipo de organización militar “que le permitiera a uno la defensa en condiciones favorables. Porque si de todas partes nos derrotaron fue por falta de una organización militar adecuada. Esta guerra que afrontamos nos llevará a buscar esa forma de pensar. Pero, en aquellas reuniones no se profundizaba en esas materias...”.

¿Cómo así, no ven cuántos muertos liberales bajan arrastrados por los ríos, a cualquier hora del día y la noche, y los muertos que seguiremos encontrando y los hombres que seguirán matando en los días venideros...? No ven que en Bogotá, en Cali y en el Valle la multitud de muertos sigue creciendo por causa de la represión del gobierno conservador. Se necesita estar ciego para golpearse la cabeza con los pies y no palpar esa cruda realidad. Imposible señores hablar de unión liberal-conservadora por la base, no puede existir ni remotamente la posibilidad hoy ni en los años que vendrán con todos sus días. ¡Tantos muertos para terminar en abrazo marital con los conservadores! Falta de cerebro y falta de emoción en el corazón, abandono de los sentimientos partidistas. Patética, airada respuesta liberal al planteamiento de los comunistas de El Davis en el sentido de que había que unir por la base al pueblo liberal-conservador en la lucha por el derrocamiento de la dictadura y crear conjuntamente un gobierno popular, un gobierno del pueblo. ¡Tantos muertos en la sangre, tantos muertos en el recuerdo para terminar cogidos de la mano con los asesinos de nuestros hombres! No se entendía ese lenguaje. Los liberales analizaban su política a través de la lupa que ampliaba la piel de sus muertos.

“Yo veía las cosas de manera distinta. Lo veía en las regiones de Planadas, Gaitania en Aipe, en Palermo en las zonas conservadoras que no tenían nada que ver ni estaban comprometidas con la violencia. Llegábamos a sus casas y encontrábamos respaldo, información y apoyo para las acciones. Gente muy buena entre ellos. Cuando uno intentaba ilustrar su pensamiento político, entonces venía el choque con su pensar cuadrado, se santiguaban, rezaban, regresaban a su pensamiento de cien años atrás. Era cuestión de cuidado en el habla con ellos. Serenar uno el espíritu de la contradicción, hacer política con los hechos de la realidad misma, para que la duda aflorara en ellos de labios para adentro y penetrara en sus cabezas. No insistir, dejar de hablar en consideración de las dudas que estaban tragando. Sin atropellarlos...”.

Ahora en virtud de las circunstancias peligrosas que viven, nadie saca a relucir las divergencias. No se miran con desconfianza. No brota el sudor de odio entre ellos. No se diferencian en sus olores, cuando ansiosos por disparar el gatillo están atrincherados esperando la segunda gran operación militar que entra por La Herrera y Rioblanco, sigue por El Ataco y se dirige hacia Bilbao. Son más de dos mil hombres en la más intensa operación rastrillo, husmeando hojas y troncos de los árboles, percatándose antes de beber el agua de las quebradas, metiendo los ojos hasta escrutar matojos y arbustos, dando la sensación de querer sacarle la verdad a la tierra. Ahora deviene como necesidad suprema, combatir. Se olvida la acidez de las palabras, se olvida el viejo hábito de señalar a otro por lo que piensa. Los comunistas pelean violentamente en el sector de El Davis, los muertos se desgranán, los hombres caen sin vida como racimos. “Nosotros peleamos por la vía hacia La Herrera, en un punto conocido como La Garria, saliendo de la Palma; peleamos como si fuera el último de los combates; los comunistas hacen devolver la tropa porque les dan duro con tiro afinado, porque impiden que la tropa avance al colocarles de camino trampas de muerte, que saca espuelas de pavor a los que vienen pisando las huellas de los que van adelante, los vuelos indecisos, temerosos de continuar. Son muchos los muertos. Los comunistas se unen con nosotros por Horizontes y se desarrolla una pelea infame con el ejército, los frenteamos sin huir, los seguimos como sombra cargada de venganza, los sacamos a tiros por la espalda. Se regresa la tropa por vía Rioblanco, por vía La Herrera, dejando la región sola otra vez sin tropa, respiramos...”.

### **“Pero conviene separar la casa...”**

“No se me ocurrió pensar en la posibilidad de un rompimiento, no se me ocurrió. La citación me agarró totalmente desprevenido. La hondura del conflicto estaba tocando el fondo del agua...”. Pedro Antonio Marín recordaba que en la anterior reunión del Estado Mayor Liberal, el viejo Gerardo Loayza dijo absolutamente convencido, “que no existen problemas profundos con los comunistas, pero ya conviene separar la casa...”. Su tesis tuvo respaldo mayoritario. Acompañado por cincuenta de sus hombres, Pedro Antonio Marín llegó al Comando de La Ocasión, le dijeron que la reunión se celebraría en la noche, él ya preveía lo que vendría. No tenía la menor duda. Inquieto precisaba en sus pensamientos que cinco días después de culminar la campaña del ejército que duró una semana, se realizó la última conferencia guerrillera conjunta de liberales y comunistas, la gran Conferencia de Horizontes. Se discutió sobre cómo cada grupo debería trabajar por sus ideas políticas sin que ello produjera lamentables fricciones en el futuro. Se logró importantes acuerdos circunscritos a las cuestiones militares conjuntas. Pero los liberales cerraron cualquier posibilidad para encontrar soluciones a los fenómenos cotidianos que estaban produciendo un creciente distanciamiento, deterioro lamentable en las relaciones. Dijeron que se abandonarían la práctica de las acciones militares fusionadas; hablaron de la separación definitiva de los comandos, que solamente en cruciales momentos de agresión del enemigo, podrían unificarse y así evitar por lo menos que las tropas se posesionaran de algunos territorios; dijeron que cada comando tendría que planear bajo su responsabilidad y dirigir sus comisiones; que el botín de guerra sería del grupo que dirigiera la acción. Se limitaron las áreas de influencia. “Las áreas de influencia liberales deben quedarse quietas, sólo podrán entrar liberales a esas zonas...y no otras influencias extrañas. Los comunistas no convencieron a los liberales, a pesar de las encendidas y unitarias intervenciones de *Richard*, de Isaura Yosa, de *Melco*. Sus argumentos lo bebieron como agua congelada, los escucharon como si ellos hubieran estado ausentes en ese instante, creando el vacío de un hondo precipicio. *Richard* dijo que las diferencias no eran cuestiones básicas, que el tiempo las resolvería, que en cambio serían inevitablemente utilizadas por el enemigo. No encontró eco. El disparador de la acción bélica vendría pronto. El distanciamiento se produjo cuando los dirigentes comunistas de El Davis difundieron y explicaron los ocho puntos del Programa aprobado en la Primera Conferencia Nacional del Movimiento de Liberación Nacional, celebrado en Viotá en agosto de 1952. Participaron diversos movimientos guerrilleros del país, del sur del Tolima sólo estuvieron los comunistas, los liberales de los Loayza se negaron a asistir. Las conclusiones de este evento, fueron sin duda, una propuesta programática que iba más allá, de las pretensiones liberales en su lucha por el derrocamiento del gobierno conservador, la restitución del poder al liberalismo y la defensa de la Constitución avasallada por el estado de sitio. La Conferencia de Horizontes aclimató más el ambiente para el rompimiento. “Es un proceso más o menos largo. Los comunistas salen preocupados para sus comandos, los liberales para los suyos.

La población civil no salía de su asombro. Las masas creían que irse para el comando liberal era igual que irse para el comando de los comunistas. Claro que notaban las



diferencias ya en los hechos, en los sistemas organizativos de cada comando. Entristecidas las masas. Los pasos serían otros los nuevos días tendrían otros rostros...”.

En la noche, el viejo Gerardo Loayza tomó la iniciativa en tono pausado, como solía hacerlo cuando quería ser convincente, sin exaltarse ni hacer grandes gesticulaciones, dijo que había llegado el momento de ponerle punto final al comunismo, que si el comunismo prosperaba en Colombia, entonces les quitarían las fincas, el Estado se apropiaría de los niños, el hombre sin libertad individual sería un pobre hombre sin mente, la vida se volvería colectiva y, las mujeres, “imagínense ustedes, la mujer de uno como merienda fresca para veinte machos, pasando de cama en cama en sueño calenturiento...¿Qué piensan de las creencias religiosas...? Señores, pues si ahora las ancianas en El Davis tienen que meterse debajo de las camas para rezarle al santo de su devoción, ¿qué pasaría con la religión si los comunistas llegan al poder...? Sería el adiós a las creencias que uno como cristiano lleva en el alma...”. Los argumentos del viejo Gerardo Loayza, el hombre que tan generosamente había tendido la mano a los comunistas, desde el comienzo mismo al llegar la Columna de Marcha. Ahora cambiaba radicalmente sus conceptos.

Dijo el viejo Gerardo Loayza articulando frases, sin que el rencor apareciera en la mirada de sus ojos zarcos, que se hacía indispensable la lucha contra los comunistas; que esa lucha no la librarían solos los liberales del Sur del Tolima, los *liberales limpios* de influencias extrañas. “Estamos apoyados por los directorios liberales de Ibagué, Cali y Neiva, con el visto bueno de la dirección nacional liberal. Tenemos el apoyo de unos coroneles del ejército que están dispuestos a darnos un aporte en armas y municiones para combatir directamente el comunismo en nuestras zonas. Ha llegado el momento de ponerle mano y fin al comunismo...”.

“Eso a mi me cayó supremamente mal. Y para ponerle otro ingrediente, para coronar con broche de oro, dijeron que el gobierno había ofrecido -algo absolutamente desconocido para mí-, una propina de \$10.000 pesos, para cada uno de los jefes guerrilleros, un cojonal de plata para adelantar la cruzada contra los comunistas. Lo dijo Gerardo, lo ratificaron los Rada y los Ospina...”. Se informó que estaba a disposición de los diez jefes del Estado Mayor Liberal, un edificio en Bogotá de diez pisos y que cada piso sería de propiedad de cada uno de ellos, “con tal que se lograra el triunfo sobre el comunismo...Finalmente hablaron de los ofrecimientos de algunas alcaldías para nosotros en los municipios de influencia de la guerrilla. Al tiempo que se daba como garantía -en las exposiciones de Gerardo, los Radas y los Ospinas-, que el liberal que le quitara un arma a un comunista sería el dueño del arma; quien tomara un caballo o ganado a los comunistas, se quedaría con ellos. Los estímulos para la otra guerra dentro de la guerra que estábamos librando contra el gobierno. La guerra entre nosotros...”.

A Pedro Antonio Marín, sosegado por el control que ejerce sobre sus palabras, esa noche se le salió el toro. Dejándose llevar por una tempestad verbal y solitario quedó ante la inmensa y eficaz palabrería liberal. “Me disgusté mucho, me puse incómodo, me calenté en la sangre y los ofendí en tonos hirientes, porque les dije salivando frente a sus rostros: estos planteamientos no son de liberales, son planteamientos de conservadores. Esa lucha contra los comunistas que tienen un carácter oficial, nos va a destruir a los unos y a los otros. A los sobrevivientes de los dos bandos o los vencedores de esta guerra inútil y absurda, los

rematará el gobierno. Los vencedores recibirán como premio, un tiro en la nuca, quizás se aumente el premio y serán dos tiros en la espalda, quizás tenga el gobierno consideración y nos premie con cuatro disparos dispersos en el cuerpo...Les dije enfuriado, ustedes van a terminar mal, muy mal, si un día resolvimos envioltarnos no fue por causa de la persecución de los comunistas. Ustedes bien lo saben. Somos unos perseguidos por la política oficial...Entonces entramos en choque abierto, alcanzamos a tener pistola en mano, esa noche con *Veneno y Agarre*, a punto de muerte a una distancia de dos o tres metros, a punto de apretar el gatillo. Manos de compañeros nos maniataron la rabia y el impulso de muerte, porque les dije, ustedes van a terminar de gobiernistas, de redomados godos, van a convertirse en estacas de apoyo del gobierno de Laureano Gómez...”. Se calmó la cólera en la sangre como si hubiera recibido un chorro de agua, las pistolas volvieron a los cintos, las palabras se apaciguaron y se acordó que al día siguiente, explicarían la situación en la asamblea general de guerrilleros.

Más de trescientos guerrilleros asistieron a la asamblea, en representación de las veredas, comandantes de grupos, como delegados. Fuego ardiendo intensamente la expectativa en esos rostros curtidos a sol abierto, tensos los hombres, agarradas sus manos a las boquillas de sus armas, intranquilos porque la decisión que se iba a tomar afectaría sus vidas en forma definitiva. “Yo partí la asamblea en dos. Hablé sin tanta impaciencia, hablé lo claro que pude y dije, yo sé, no me cabe un hilo de duda, hacia dónde se dirige esta política. No estoy dispuesto a encarar esa lucha porque no tengo fuerza moral para hacerlo, no estoy convencido de su acierto. Dije, en los comunistas veo las mejores cualidades, incluso más cualidades que en los propios liberales. Por lo tanto declaro que de mi fusil nunca jamás saldrá un disparo contra los comunistas. Dije, que el personal que estuviera de acuerdo con mis planteamientos, debería irse conmigo, votar por mi actitud, ante la gravedad de la situación que se avecina...”. Los liberales argumentaron algo de pos sí muy convincente y razonable; que los comunistas no eran gente de la región, que no tenían por qué estar en esos territorios de pertenencia liberal. Un agudo sentimiento localista. Que los comunistas debieron haberse ido desde tiempo atrás, pero que no hicieron esfuerzo alguno; que los liberales les habían brindado todo su apoyo cuando llegaron en la Columna de Marcha, que los recibieron como a hermanos y ahora querían quedarse a la fuerza, sembrarse en esos territorios con sus ideas. La hora de la votación, el momento crítico, Gerardo y los suyos, seguros. Pedro Antonio Marín ya no se sentía un hombre solitario. “El margen de la votación fue supremamente estrecho. Partí la asamblea en dos”. Se aprobó la guerra contra los comunistas por una mínima diferencia. Desalojarlos de El Davis, sacarlos de sus comandos, acabar con ellos, fue el acuerdo.

*Tirofijo* cavilaba. Es situación que puede volverse de carácter nacional, porque las historias se conocen y corren con pies ligeros a contarse, a difundirse en la voz de los hombres. El odio crece como maleza en verano. En los espíritus se afianza la venganza. Porque no existen hechos aislados, los hechos son parte de un proceso y lógicamente ese proceso encadena, impulsa otras consecuencias. Los hombres abandonan la reflexión.

Después de culminar la asamblea guerrillera, se organizó un tremendo baile, el aguardiente fue un río inatajable, el canto se escuchó en viejas canciones, acompañado por manos diestras en las guitarras y “ya todos bailando con su pareja en amarre de desahogo, como

queriendo la cercanía de la mujer. Luego se dijo a comer porque hay comida en abundancia: fue un delicioso banquete muy a la madrugada...”.

Aparece la figura de Jacobo Prías Alape, *Charro Negro*, quien será el amigo y compañero por años y de siempre de Pedro Antonio Marín o Manuel Marulanda Vélez. “En semejante agarre el *Charro* está conmigo”. Amistad indisoluble a prueba de cualquier tormenta.

### “Dejamos el olor como si fuera una nube estacionada en la tierra...”

¿Por qué dejar las cosas de la vida, si han costado dolores de cabeza y sudor destilado de profundo cansancio...? Los costales crecieron de peso, los animales crecieron de lomo, equilibrados hombres y animales comenzamos la marcha por orden de El Davis y miro atrás con un dejo de tristeza y veo el comando de San Miguel: un kiosco grande en forma de caney que un día nos dio la bienvenida a los enmontados, junto al kiosco para la guardia que patrullaba en avanzadas a varias horas por las márgenes del río Atá y la quebrada de San Miguel; y veo la trocha que utilizábamos cuando salíamos a comisiones de bastimenteros y por la misma trocha aparecía en fila la recua de mulas cargadas de maíz, bolos, yuca y cacha conseguidos en las fincas abandonadas; veo el campo de entrenamiento que nunca pasó de orden cerrado y abierto y fue cuando un día las mujeres se volvieron gateadoras en la noche como culebras silenciosas y sus ropas destellaron por los colores claros a la luz de la luna filtrada a través de la arboleda, llevando en sus mochilas la comida para los guerrilleros que atrincherados dormían a veinte metros de los chulos y muchas veces ellas escucharon los gritos de pesadillas de los soldados y, nosotros los muchachos, transmitíamos los mensajes entre una y otra trinchera y el día nos agarraba de espaldas con el ruido de las macocas, corriendo a saltitos, escurriendo la vida y los fistos disparando desde las fortificaciones en tierra, donde los guerrilleros hicieron frente a la atropellada de la tropa, que por fin una tarde por causa del armamento moderno, ocuparon el comando en llamas y las familias huimos hacia El Támara donde descansamos de la estampida y ahora veo el comando de San Miguel como caserío viejo ya sin nombres, ya sin juegos de los niños, y lo vamos dejando en abandono definitivo, por la misma trocha que un día nos dio la bienvenida a los enmontados y la montaña hería sin habitantes que hablen, nos dice ¡adiós!, recuerda Jaime Guaracas a sus trece años y medio, nieto de Bibiana Durán, una activa auxiliadora de las huestes liberales en la guerra de los Mil Días.

Marchan con la alegría prendida a sus vestidos -ilusión que aspira a otras tierras para aposentar los huesos-, marchan los diez grandes grupos en que van distribuidas las setecientas personas, obedeciendo la voz de mando de Jorge Peñuela, conocido como *Cardenal*, campesino de Chaparral, dirigente de las ligas campesinas, integrante de la Columna de Marcha, quien reemplazó a *Richard* en la dirección del comando, y con él va una dirección colectiva; cada familia escucha la voz del padre o del edecán, hombres desarmados dispuestos a ayudar a los núcleos más numerosos y cargados y, los guerrilleros en la explotación y en la retaguardia con los ojos despiertos; las imperceptibles trochas de los aserradores de una sola pisada de la marcha se vuelven caminos de herradura y el cansancio no fue cansancio en las primeras jornadas; la vida continúa acostumbrada a esa descomunal mole de montaña.

En los pocos kilómetros que recorre en un día la marcha, el hombre concentra sus pensamientos como vivos tesoros y, Jaime Guaracas los despierta sin apresurarse y escucha la voz anunciadora de *Charro Negro*, el mismo Jacobo Prías Alape, indígena de Natagaima, de ojos rasgados por la malicia, sonriente, de sombrero alón, hombre de caminos que había estado bajo el mando de Cheíto Velásquez en los Llanos, al llegar de improviso a La Estrella y decirle a la población: ustedes por precaución deben armarse para defenderse de los conservadores, que andan con la sangre dispuesta a la venganza contra todo prójimo que huela a *nueveabrileño*. Habló *Charro* y nadie en La Estrella puso atención a su voz presagiadora, nadie quiso escucharlo por la confianza que se tenía en las épocas apacibles. “Nadie entendió que sobre nosotros caería la hecatombe muy pronto...Eso dijo *Charro Negro* que llegó anoticiando sobre el cambio de la situación y sólo recibió como respuesta la despreocupación dañina. Lo vi acompañado de quince a dieciocho hombres armados de escopetas de fisto y escopetas de cápsula, conocidas como macocas y con él, dos hermanos míos, Abelardo Guaracas, nombrado autoridad en Santiago Pérez el 9 de Abril, por voluntad del pueblo en ira, por ser reservista y Marcos Guaracas que resolvió una noche acompañar a Abelardo en un viaje sin dejar en la familia el rumbo trazado para sus destinos. Volvieron los dos en compañía de *Charro Negro*, ilusionados, hablando de guerrillas con la emoción que embargaba de brillantez a sus ojos...”.

“Parecen tiros de armas del ejército...”, dijo a las tres de la tarde Heliodoro Guaracas con absoluta certeza, padre de Jaime Guaracas, al escuchar varias detonaciones fuertes por la vía de Planadas, hacia La Estrella, lo dijo porque lo sabía, había sido reservista y había peleado en la guerra contra el Perú. “Nosotros pensamos en algo raro. La Estrella no era región para escuchar esos disparos.

Todo transcurre así de normal hasta que amaneció el día, cuando despertamos en la familia de los Guaracas pensando en los animales, especialmente en la vaca blanca de pintas negras que ya estaba por parir y por un descuido nuestro se había salido del potrero y perdida se fue la vaca blanca de pintas negras sin dejar rastros visibles. Mi papá nos mandó a buscarla y con Chucho el hermano menor cogimos rumbo hacia el pueblo por el camino real y en un filo conocido como el Filo del Congo nos encontramos con un hombre muerto al que le habían pelado el cuero de la cara. Pero como mi papá era rígido en las cosas que ordenaba, Chucho y yo dejamos el estupor y nos dijimos. Si nos devolvemos sin darle razón alguna de la vaca de pintas negras, de pronto él nos castiga y seguimos en la búsqueda del animal como huyendo de la mirada quejumbrosa en los ojos del recién difunto y, adelante del portón había otro muerto, irreconocible como el anterior difunto; de camino en los zarzales vimos mechones de cabellos arrancados de su cabeza y, con Chucho mi hermano menor ya no tuvimos valor en las piernas y con el corazón ahogado nos regresamos en precipitud al ver los pies juntos de otro difunto y no quisimos completar la visión de su cuerpo entero. Por esos días yo estaba cumpliendo los trece años y los tres muertos eran vecinos nuestros. De la vaca blanca de pintas negras nunca supimos de su paradero, se perdieron hasta sus cachos...”.

Heliodoro Guaracas, un corpulento hombre de cincuenta años, arriero en su juventud y colono de la región de La Estrella, al conocer las noticias de sus hijos, ordenó a su mujer María Concepción, mujer delgada y en apariencia frágil, pero de carácter dominante, y al resto de su familia que salieran de inmediato de su casa y se escondieran en el monte,

mientras “el se movilizaba a poner cuidado. A las tres horas de huida, vimos el caserío y la escuela convertidos en humo creciendo en cruce de llamaradas por el incendio. En calma salieron policías y pájaros de la finca conocida como La Estrella, arriando ganado, prendiéndole candela a las casas y al llegar a la nuestra, también la encenizaron. Ese día cambió precisamente la vida, porque nos fuimos a vivir en junta de las gallinas, los perros y los cerdos al rancho que construimos en el monte con hojas de platanillo y hojas de palma y para asegurar la existencia, entonces nos acostumbramos a colocarles cabezales en la trompa de los perros para que no ladraran, lo mismo hicimos con los gallos para que no cantaran...”.

Regresó como aparecida de nuevo la guerrilla y los enmontados ahora sí resolvieron escuchar con atención la voz anunciadora de *Charro* y por indicación suya, organizaron el comando de Caicedonia, antes habían organizado el comando de El Paujil, en La Estrella, a cuatro horas de distancia de Santiago Pérez. Ahí surge como jefe natural, Ciro Trujillo Castaño. Por orientación de El Davis, las familias de El Paujil y Caicedonia se trasladaron hacia San Miguel y formaron un gran Comando, en la vía entre Marquetalia y Gaitania-Marquetalia aún no se conocía por ese nombre. “Yo todavía no participaba en la guerrilla, yo era un muchacho. En los comienzos del año cincuenta decidí pedir mi ingreso a las filas, ya con mis trece años y medio ya como vividos. Cuatro de mis hermanos eran guerrilleros, sólo los menores estaban por fuera de las filas...”.

En las orillas del río Atá existen unos nacederos de agua salada. Los indígenas de la región cocinaban y hervían el agua y dejaban que el tiempo la enfriara para que se asentara en los recipientes la sal muy parecida a la sal marina. La guerrilla hacía lo mismo para solventarse de la sal. En los atardeceres como cumpliendo una cita apremiante, a la salina caían con su vuelo muchas aves a tomar el agua salada, “incluso animalitos roedores como el guatín y el borugo...Una tarde por cierto muy bonita por el sol y la tranquilidad en el cuerpo, estábamos la mayoría del personal en formación en el comando de San Miguel, cuando escuchamos unos tiros que provenían de la salina. El personal se puso nervioso, a la expectativa, atrincherándose...”. Pedro Antonio Marín pasaba cerca del comando y en la salina merodeaban muchas pavas, las conocidas como las cujías; hizo dos disparos y dos pavas mató con una carabina. “Cuando llegó él al comando acompañado de seis hombres, entre ellos su hermano menor conocido como Jaramillo, muy jovencito, a una edad como la mía y Marulanda también muy joven, al conocerse de su presencia, salimos contentos comentando llegó *Tirofijo*, llegó ¡*Tirofijo!* Fue tanta la emoción que los jefes que estaban en el comando formaron el personal y le dieron el parte. *Tirofijo* nos dejó ver a los muchachos su fusil y el fusil pasó por todas las manos como si fuera un objeto maravilloso. Nunca habíamos visto un fusil en manos de un guerrillero. A Marulanda lo vi como una persona despierta, cariñosa y muy amable; a los tres días volvió a marchar...”. Las imágenes siempre por fuerza de atracción regresan a la memoria del hombre, así como regresan las pavas con su vuelo a la salina; las imágenes se congelan en el tiempo como una vieja fotografía pegada en la pared del cuarto. Jaime Guaracas nunca dejaría en el olvido esa tarde en que conoció a Pedro Antonio Marín. Ya no podría hacerlo.

“Ahí en semejante tormenta a tiro de pistola como fue la asamblea guerrillera de los liberales en La Ocasión, el *Charro* está conmigo, defiende mi posición define el peligro junto a mi persona, apoya mis planteamientos y desde entonces, siempre nos jugamos la

suerte en compañía en muchos años. Es cuando ya se dice, *Charro* está con *Tirofijo* y *Tirofijo* está con *Charro*. Antes sólo nos saludábamos, nos tratábamos como a distancia; él me conocía como liberal, yo lo conocía como liberal, pero nunca habíamos acercado la amistad entre hombres, porque él iba en una comisión y yo en la otra comisión, de pasada nos dábamos la mano cruzando El Saldaña, otra vez la mano y el saludo por Horizontes, de nuevo la conversa por los lados de Herrera, otra vez los deseos de éxitos en una acción en cercanías de Bilbao; así, digamos de lejos, era como yo lo conocía. Lo descifré como se descifra a un hombre en los estallidos de su ánimo, en la vocería de su temple, en el dominio de su ira, en la franqueza cierta de su verdad, en el odio a la mentira, en el orgullo por su vida, en la sencillez y no en la prepotencia, es decir, en los misterios de su pensar. Lo conocí cuando él se acercó más a mí y yo a él, y fue en la tormenta que pasamos los dos en aquella reunión en La Ocasión...”.

Un día *Charro Negro* invitó a Pedro Antonio Marín a la casa donde vivían su madre y sus hermanas y “yo acepté, me fui en compañía de seis de mis hombres y estuvimos tomando trago y bebiendo chicha como un par de condenados, sin descanso y nos emborrachamos hasta quedar dormidos en los asientos. Al otro día la mamá de *Charro* nos ofreció unas aves para comérselas y corrimos como un par de muchachos enloquecidos detrás de las aves y no las agarramos de lo puro borrachos y sin decirnos la decisión, rodilla en tierra les echamos bala, las aves levantaron una polvareda hasta el cielo y las desplumamos a bala y así comenzamos a compartir la vida con *Charro*...”.

Cuando los dos salieron de la conferencia guerrillera de La Ocasión, *Charro* no olvidaba su diferencia con los Loayza. “Una diferencia que hirió de muerte a su corazón, que lo volvió hombre de rencor aprisionado en el pecho...”. *Charro* tenía un hermano que quería mucho, un hermano negociante que antes de ser difunto, poseía unas quince mulas que trabajaba en Herrera y Horizontes, cuando entraba mercancías, llevaba café, arriaba ganado y cerdos para vender por los lados de Florida, Valle. Un hombre fuerte para el trabajo, que ampliaba su mirada para devorar distancias. Los liberales acusaron al hermano de *Charro* de ser informante del ejército, lo cual no era cierto y además, nunca pudieron comprobarlo y lo mataron sin que hiciera algo para defenderse con sus palabras, lo mataron en frío sin que pudiera calentarse un poco en su sangre, le dispararon sin temblor en las manos, le robaron las mulas, las mercancías y abandonaron su cadáver para que lo descubriera la noche en un zanjón. “Cuando el *Charro* herido por el sentimiento de rabia y dolor se salió de las casillas y manifestó el desacuerdo por la forma miserable en que asesinaron a su hermano, los Loayza ordenaron ponerlo preso, lo dejaron amarrado ya en salmuera con muerte decretada. Yo llegué al sitio y lo vi amarrado en la proximidad de su agonía y lo vi sin que sus ojos expresaran un pedido de piedad para su vida; lo vi amarrado en su hombría, así era *Charro* en su orgullo, no era hombre que durmiera con la cobardía, no le importaba que la muerte le cosquillara la nuca, no era hombre para dejar caer las rodillas en tierra en angustia de imploración. Yo ejercía autoridad entre los Loayza y fue necesaria mi voz para hacerlo libertar...Más tarde, el *Charro* se vuelve cuñado mío, o sea que *Charro* toma una hermana mía como su mujer...”.

Marulanda y *Charro* -a Marulanda aún no se le conocía como Manuel Marulanda Vélez, se le conocía como *Tirofijo*-, crearon su comando en los alrededores de Planadas, Gaitania y El Socorro, en medio de una situación complicada y grave. El ejército había vuelto a sus

andanzas, instalando retenes. No eran retenes de muchos hombres, pero sí concentraciones de doscientas a trescientas unidades, operando siempre en dirección a los campos. Tropa estable. Antes organizaban una operación rastrillo temporal y luego desaparecían, sin que se posesionaran de los territorios. Ahora, desde los pueblos, cada quince días emprendían sus acciones contra las zonas escogidas. Una acción selectiva. “El ejército cambiaba sus concepciones operacionales. También nosotros estábamos cambiando la forma de hacer la guerra...”.

“Nos metimos en tremendo lío; póngase a pensar en la situación en que nos habíamos metido el *Charro* y yo. Enfrentados al régimen, enfrentados a los liberales de los Loayza, enfrentados a los conservadores y enfrentados también a los comunistas. O sea que no teníamos tres sino cuatro enemigos, ahí a boca de jarro, vecinitos todos. Era una situación demasíadamente delicada...”. Los comunistas de El Davis no diferenciaban entre el grupo de los Loayza y el grupo de Pedro Antonio Marín y *Charro Negro*. “Nos incluían al *Charro* y a mi en la misma mochila. Seguramente pensarían: los unos y los otros son de la misma calaña. Eso significaba la guerra contra los comunistas, lo cual de por sí, era un parto doloroso...”.

Seiscientos hombres, incluyendo a los que merodeaban por el comando, era el personal manejado por Manuel y *Charro*. No todos en armas, los armados fluctuaban entre ciento cincuenta hombres a doscientos, con el irrestricto apoyo de la población civil que vivía en esos sectores. Los guerrilleros comunistas del comando de San Miguel les causaron algunas bajas. En un fallido ataque, porque de atacantes resultaron sorprendidos, capturaron a *Arrancaplumas*, un comandante comunista y junto a sus guerrilleros los condujeron presos al comando. Cinco días en los cuales les hablaron de su profunda equivocación. Pedro Antonio Marín sin resquemor alguno, con la suspicacia propia de su temperamento, les dijo a los prisioneros comunistas: por estar atacándonos a nosotros, el ejército los tiene arrinconados por los lados de San Miguel, les ha cogido el sitio; ellos aprovechan esta absurda coyuntura creada por la miopía lagañosa de ustedes mismos y con tremenda facilidad avanzan y se posesionan de sus territorios...”.

Con cruda franqueza les dijo: “Ustedes quedan libres. Se van para el comando y les dicen allá a sus camaradas que dejen de ser bobos, que piensen un poco políticamente, porque nosotros no somos los enemigos, con nosotros no es la pelea. No todo lo que uno imagina es cierto. Nos hemos retirado del bloque liberal porque comprendimos que ese no era el camino justo. Somos antigobiernistas, no somos anticomunistas, no estamos persiguiéndolos a ustedes. Váyanse y llévense estas noticias y díganles que dispongan de un cuadro político para que venga a visitarnos, que por aquí estamos a la orden que lo que necesiten lo ponemos a su disposición...”.

Ocho días después les llegó al comando una comisión de tres hombres, con una carta enviada por el comando de los comunistas de San Miguel, situado en un punto llamado Canoas, con la propuesta de “que si nos garantizan de que no habrá represalias, mandaremos un dirigente a entrevistarse con ustedes...”. Respondieron, vengan que con mucho gusto les garantizamos la vida. Recibieron la visita de un dirigente político comunista -Marulanda no recuerda su nombre-, y en aquella comisión venía Ciro Trujillo Castaño, quien por precaución no llegó hasta el comando. Pedro Antonio Marín y *Charro*

sin alardes repitieron al comisionado: “Es bueno que diferencien muy bien a sus enemigos, porque de pronto se estrellan contra una inmensa roca...”. Los comunistas invitaron a Manuel y *Charro* para que los visitaran a su comando y les pidieron ayuda en sal, ganado y ropa, “porque en San Miguel lo estamos pasando mal. Tenemos mucha población sin ropa”. Les organizaron el regreso y les prometieron visitarlos. “En la dirección del comando éramos seis: *Charro*, *Matallana*, *Suspiro*, *El Peludo*, *Mundo Viejo* y yo. Escogimos a *Charro* para que fuera al comando de Canoas...”.

Gran recibimiento en Canoas para *Charro* en la noche de su llegada, con mitin en su honor y una fiesta de dos días. “*Charro* les explicó nuestra posición, les contó cómo desarrollábamos nuestra organización, la cual estaba al nivel de la de ellos en cuestiones militares. Les habló que nuestra economía era colectiva, que no existían las cosas individuales -fuera de los capitales que la población poseía y guardaba para los tiempos de una posible paz-; les dijo sobre nuestro criterio sobre lo conseguido como botín de guerra; en fin, hizo claridad suficiente sobre la confusión que había existido entre los dos comandos. *Charro* los invitó a que dieran un nuevo paseo por el comando nuestro...”.

“Seguimos conversando porque en el diálogo aparece la razón en línea y es cuando acordamos lo que se llama en los pactos entre liberales y comunistas, la creación del Estado Mayor Unificado y es cuando decidimos ya concentrarnos con *Charro* y nuestro personal en El Davis. Porque ya estamos hablando sobre cuestiones políticas -ya el lenguaje liberal se nos apolilló en el cerebro, se nos salió en definitiva de la boca, dejamos de masticarlo-, ya hablamos un lenguaje más progresista, ya nos entendimos con los comunistas y al unificarnos, nos fuimos para El Davis...Con el personal a disposición, decidimos unirnos en la evacuación que iba para El Davis, en un sitio conocido como La Ortiga, ahí los alcanzamos...”.

La marcha caminaba con los pies de un niño de tres años y con el cansancio acumulado en los años de un viejo de ochenta. Era como llevar el mundo a cuestas, sobre los hombros ya excesivamente cargados. El personal aligeraba el paso y la trocha se convirtió de pronto, en un cementerio sin flores y sin nombres, al abrir sus fosas para enterrar los recuerdos que acompañaron la vida, en imágenes y en objetos y sólo se salvaba de quedarse enterrada la piel del hombre, porque no se podía arrancar de la carne a jirones. En las tardes con lluvia atormentada o con el sol en decadencia, al finalizar las jornadas se improvisaban los caleteros con las hojas de corazón, con las hojas de platanillo, que estrechaban los esqueletos amarrados por lianas a los palos delgados, se buscaba afanosamente el agua, se prendía con angustia la candela, se calentaba el cuerpo y la ropa, se comía aceleradamente y hacinados en los espacios construidos para una noche, el sueño se volvía un hálito colectivo de cientos de hombres, mujeres y niños, apeñuscados en las caletas dándose calor con sus respiraciones y se compartía la ilusión de algo hermoso que aparecía en el sueño de alguien o se compartían las terribles pesadillas de doña María, una anciana que despertaba a la noche a la misma hora, gritando que su cabello, que sus senos, que sus piernas eran como un largo camino de hormigas apresuradas por comerse sus pies. Y la marcha con su caminar lento, subiendo la Cordillera en lo más alto como quien pretende alcanzar una de tantas nubes en escape. El hambre comenzó por cambiar el color en los rostros de los niños, un amarillento cenizo, transparencia de piel de espejo, enflaquecidos hasta los huesos como raíces. Se detenía la marcha para arrancar la comida que se encontraba en los arbustos, los



árboles y la maleza; cualquier pepa, cualquier tubérculo o fresas silvestres saciaban la ansiedad de los estómagos. Y luego la marcha avanzaba bajo el impulso de quienes querían devorar distancia sin tener las fuerzas suficientes en los dientes. Pero llegaron con los ojos ya viendo por la nuca; llegaron y se abrió para ellos el nuevo y alborozado calor humano que desde muchos días atrás los esperaba en El Davis.

Dejaron de camino el olor de gente enmontada, trashumante, de muda fija vuelto piel sin poros, costra de barro y sudor, piel y driles ya cueros por el uso; dejaron en ese lento trajinar el olor que se lleva a las espaldas en las mochilas, costras mantecosas, harina fermentada, creolina y perfumes baratos, pedazos de carne asada, sebos y bolsas de alcanfor, exhalaciones de prendas de cobre y revestimientos de espermas y ataditos de monedas y billetes bien guardados en los bolsillos; dejaron en ese angustioso transcurrir las emanaciones de hombres con calzoncillos puestos por seis meses y de mujeres con senos amordazados en brasieres sin quitárselos en seis meses, y de los niños con sombreros grasientos por el uso de tres años; dejaron el sudor en la humedad creciente en las caletas que se desploman al poco tiempo en sus cimientos y se revientan en sus enredaderas, ya invadidas por el musgo y la larva, rodeadas por la fetidez de culebras muertas, ratones de monte, sapos y hongos ensombreados y la mierda que abona la tierra en los cagaderos improvisados, invadidos por las moscas verdes y negras; dejaron a las espaldas los fogones dormidos entre la ceniza, los cueros de los micos ya engusanados, los calzones a medio enterrar, las cáscaras de plátano y el plumerío de las aves que se cazaron de camino y las colillas de los cigarrillos y los pueblos de los tabacos y las sábanas rotas a tiros por el tiempo y el pasto quicuyo que sirvió de tendido, ahora refugio de alimañas; “dejamos el olor en la trocha como si fuera una nube estacionada en la tierra”, recuerda Jaime Guaracas a sus trece años y medio. “El olor de uno, el olor de los demás...”.

### **“El Davis, tierras en que se siembra la vida y crece...”**

Con la llegada de la Marcha de San Miguel, con el objeto de reforzar el comando, El Davis se convirtió en un pueblo de cuatro o cinco mil almas, situado sobre la meseta de la antigua finca conocida por su nombre. Parecía un pueblo porque hasta calles bien trazadas tenía: el cálete río entechado en palma seca rodeaba la plaza de armas, donde se hacían las relaciones del comando diariamente y, cerca de la placita estaba la casa grande en que se reunía el frente democrático y, a la par se ubican las caletas que servían de sitio para las reuniones de los *sucres* y el batallón femenino. “Dos ríos abrazaban a El Davis, el uno el Cambrín y el otro llamado Anamichú; dos ríos de fuerza en sus corrientes que nacen en la Cordillera Central y sus largos cuerpos se juntan un poco más arriba de Santiago Pérez y El Ataco, luego las aguas buscan destino en las curvas hasta el plan que duerme acostado. Las tierras de El Davis son tierras de café, de plátanos, de yuca y de caña, de cacao, incluso por las vegas del Saldaña -corre no alebrestado el río Saldaña y mucho más allá se encuentra con los otros dos ríos, el Cambrín y el Anamichú-; se da el arroz más abajo y en las partes altas de El Davis se producen legumbres, maíz, frijol, repollo, remolacha y la zanahoria; tierras en que usted siembra la vida y crece la vida y crece la sombra del hombre; tierras sanas y buenas de mucha fertilidad, lo que siembre crece, menos lo estéril que no levanta cabeza, se enmaleza. El Davis tiene salidas para Rioblanco, para Santiago Pérez y El Ataco,

para Planadas y Herrera, para Bilbao, como salidas para el Valle en dos direcciones: por los lados de Florida y para llegar hasta Pradera y Miranda. Se salía para donde uno quisiera, claro que con sus dificultades, de pronto se encuentra la enlomada del páramo, los riachuelos creciendo, las cordilleras altas, terreno que uno rompe si se lleva una ruta ya trazada o bien imaginada. Buen terreno, favorable y muy visible. El Davis queda en el municipio de Rioblanco...”.

El Davis era una finca y a sus alrededores había otras tantas fincas. Cerca le bajaba una quebrada conocida como La Lindosa. “Muy poblado con muchas fincas cafeteras, con caña y plátanos. Y no fue consecuencia de una colonización de las guerrillas liberales y comunistas. Era zona de asentamiento de antiguos liberales, que vivían allí, desde antes de la violencia y lo levantaron con un ordenado trabajo...”.

En El Davis se construye un cuartel para tropas, una comandancia de guardia; existe un comandante de guardia, un relevante, centinelas y patrullas. Un cuartel con sus respectivas vigilancias, un cuerpo armado de servicios y otro cuerpo armado de hombres disponibles para afrontar cualquier eventualidad... “Para hacerme entender mejor, le diré que era un plan grande, rodeado de trincheras y fortificaciones; el círculo dispone de vigilancia y dispone de servicio las 24 horas; hay un patio de formación en el cual se ejecutan las formaciones diarias y se realizan los entrenamientos rutinarios de orden cerrado -lo que nosotros llamamos patio-, una vida cuartelaria, de lo más estricta...”. En el día el personal está en servicio, nadie puede quedar por fuera de sus reglamentos. Para acostarse, para levantarse, para comer, para los deportes, un reglamento. “Una reglamentación muy bien organizada”.

La organización política, es decir, el comité municipal comunista, orienta la formación de cuadros, organiza escuelas y cursillos, asume su papel de dirección y además, asesora a las otras organizaciones. El Estado Mayor Conjunto -Marulanda y Charro hacen ya parte de este organismo-, se reúne, discute y dispone en relación a la actividad militar; la preparación de entrenamientos, la defensa de la región, la vigilancia de la zona y la defensa del campamento; planifica las acciones militares de tomas de poblaciones y caseríos, los asaltos a regiones conservadoras y, elabora los planes de abastecimiento, en fin, “todas las funciones como si se tratara de un ejército...”. Una estructura jerárquica similar a la del ejército, lo mismo que en lo orgánico, influencia evidente de los reservistas en el grupo alzado. “El Estado Mayor Conjunto -, que éramos veinte o veinticinco-, se encargaba de la planificación y preparación de los otros mandos. Había muchos cabos y muchos sargentos, muchos tenientes, capitanes había como cinco o seis y bastante tropa. Los grados correspondían al crecimiento y a la cantidad de tropa disponible...”.

*“Existía un comité de mujeres con su dirección central y un ejecutivo y nos reuníamos al así como unas 400 mujeres, cada ocho días los sábados. La reunión se hacía para leer materiales, revistas, libros y explicarlos; para discutir cosas relacionadas con las familias, especialmente sobre los niños, y luego se concluía en la organización de las comisiones para lavar y planchar la ropa de los guerrilleros, comisiones para la enfermería, los pioneros, los casinos y el aseo de la caleta que llamaban cuartel. Diez o quince mujeres se dedicaban a cocinar para la tropa en combinación de hombres, conocidos como rancheros, cuarenta o más mujeres conformaban el batallón de lavadoras con su tarea de*

*dos o trescientos vestidos, unas las encargadas de lavarlos, otras de aplancharlos y otras de remendarlos. El responsable recibía la ropa sucia de las tropas, las ropas se marcaban con el nombre del dueño, éste entregaba la ropa a las comisiones y el día sábado mediante un plan, la ropa limpia volvía a vestir el cuerpo de la tropa. Las mujeres salíamos junto a los hombres a buscar bien lejos lo que se encontrara: podía ser sólo caña y se traía, podía ser ahuyama y se traía; platanitos biches, platanitos se traía, lo que se consiguiera en las fincas abandonadas...La mujer militaba en las células del partido, pero no se le permitía su ingreso a la guerrilla. Cuando alguna vez nosotras el equipo de enfermeras dijimos que queríamos salir armadas con los guerrilleros, nos dijeron que no, porque eso desacreditaba a la guerrilla, porque si desgraciadamente mataban a alguna compañera, entonces se diría que la guerrilla era lo que era porque había mujeres en sus filas. Existía una especie de machismo que no permitía que las mujeres salieran a la lucha. Se opinaba, que mientras tuvieran guerrilleros suficientes, no tenía la mujer por qué hacer frente en la lucha...Como también, al comienzo, los problemas de marido y mujer era como tomar v asados de agua salada o de aceite de ricino, porque el compañero salía de comisión a la periferia y muy orondo regresaba acompañado de otra mujer. Las compañeras en réplica de inmediato buscaban el calor de otra compañía de hombre. Luego, por las muchas críticas a la moral eso se fue superando, hasta que apareció la ley del movimiento y la pareja ya se casaba por medio de esa ley y los problemas se fueron achiquitando...”, recuerda Graciela, la hermana menor de Gerardo Loayza, la única de los Loayza que decidió su vida en la guerrilla comunista.*

El batallón *Sucre* o el batallón de los pioneros se componía de niños de seis a trece años, con su comité ejecutivo, sus reuniones semanales en asamblea general y sus dos comandantes: *Carvajal* y *Crucero*. La función de los comandantes consistía en darle instrucción militar a los niños, en el conocimiento del terreno, su aprovechamiento en el combate, en la defensa personal, en la defensa antiaérea, el manejo de las granadas. Luego de un proceso de selección por edades y las habilidades demostradas en las prácticas, los muchachos pasaban a una instrucción más avanzada, hasta integrarse a las filas como estafetas. En lo político se les explicaba quién era el enemigo, contra quién se combatía, por qué causa se combatía, la razón por la cual caían los compañeros en la lucha. Moralmente se les preparaba para resolver cualquier dificultad; se les enseñaba a leer y a escribir en la escuela, “ que por cierto era muy buena, a fin de llamar la atención de los muchachos para que estudiarán, se portaran bien y se formaran dentro de un ambiente ejemplar...”.

Existía un comité de juventudes comunistas y la tarea fundamental “hacer su trabajo en las filas de las guerrillas para conseguir militancia entre los jóvenes, con buenos ejemplos, una educación dirigida utilizando documentos de actualidad política. En ese entonces, se comenzó a conocer la radio, a conocerse los boletines impresos, inclusive en El Davis se imprimía la propaganda en el mimeógrafo, los boletines internos...”.

La otra organización que fue decisoria en muchas cuestiones de la vida interna de El Davis -“lo cual a mí me parecía malo, aunque uno reconoce lo acertado en otras-, era el frente democrático, integrado por hombres, mujeres y tropa. Todos participaban en la dirección, en el ejecutivo: representantes de los jóvenes, del partido, del Estado Mayor, un organismo vivo y contradictorio de esa población agolpada en El Davis...”. El frente democrático con su presidente, su vicepresidente, el tesorero, el ecónomo, y cada cartera o el encargado

ejecutaban sus tareas conforme lo diseñaba la dirección. Asumía en todo sentido, muchas decisiones que se discutían colectivamente. “Se discutía la tumba de una montaña y si había mayoría, se tumbaba la montaña. Si llegaba uno de los encargados de un frente de trabajo y planteaba la necesidad de destinar fuerza de hombres para moler caña, porque el tiempo adecuado para hacerlo había llegado, entonces se dedicaba el esfuerzo en moler caña; si el objetivo era la recolección de maíz y frijol, porque las rozas estaban en su punto, se ordenaba hacerlo, mientras se discutía que en otros frentes no eran necesarias la utilización de otras fuerzas humanas...”.

En El Davis, algunos *vivos* no sentían pasión alguna por el trabajo, ocultos y a cualquier hora, resultaban comiéndose las novillas o la comida de quienes estaban en la producción. El compañero *Martillo*, un tinterillo venido de Chaparral, hacía una minuciosa investigación hasta localizar al culpable con pruebas irrefutables. Informaba de sus pesquisas a la dirección. “El frente democrático discutía la cuestión del robo en asamblea de la población civil, se establecía o se iba inventando el tipo de sanción que recibiría el culpable. En cuestiones de la moral se era muy estricto. Los malos ejemplos había que desterrarlos de raíz y nadie, pero nadie en la discusión escondía la cola. Esos casos dolían mucho, era la verdad...”.

La ramificación de las organizaciones llegó a concebirse en la práctica, como una especie de gobierno, “tenía cara de gobiernito por sus amplias facultades, por el desarrollo comunitario de la acción de la población civil. Un frente de trabajo se establecía con doscientos hombres, los unos sembrando, los otros en la limpia, otros encargados de administrar el cacao, los platanales, el maíz, las legumbres. El trabajo se repartía según las especialidades de cada cual, los expertos en legumbres en su sitio, los expertos en cultivo de caña en su zona; los expertos en el cultivo del cacao con el cacao; los expertos en el conocimiento de panela, en los trapiches y en las moliendas, los expertos en la siembra de maíz y frijol en sus zonas. Cada ramificación de la economía obedecía a un jefe de personal a su respectivo reemplazante. Algo importante en la historia de un movimiento guerrillero, decidido a cogerle, desde un comienzo, los pasos al futuro...”.

A la llegada de la Columna de Marcha a El Davis, la guerrilla se proveía de los productos agrícolas cultivados por los campesinos de La Lindosa, El Cambrín, San José, Los Cauchos, fincas cafeteras, productoras de yuca, arracacha, fincas grandes de veinte a treinta hectáreas, abandonadas anteriormente por la persecución política. La economía se llevaba al economato, un depósito general bajo la responsabilidad de *Gavilán*, quien se encargaba de distribuir por familias en cuanto al personal civil; luego hacia entrega de las raciones al casino general para el personal militar.

En la formación se repartía la ración correspondiente de carne, panela y sal, de acuerdo con las necesidades de cada familia y con la existencia misma de los productos. La carne se conseguía en revanchas en las haciendas de El Polecito, Las Hermosas, La Estrella, en comisiones llamadas ganaderas.

Por el hostigamiento de tropas del ejército, por el creciente conflicto con los liberales de los Loayza, la escasez de El Davis se agudizó por falta de quien trabajara la tierra. La dirección político-militar decidió que las fincas abandonadas a la redonda, y las montañas vecinas,

debían cultivarse y descuajarse. Se creó un organismo especial que proveía al frente de la economía, las comisiones del personal civil que laboraban diariamente en la agricultura, con normas obligatorias en el trabajo colectivo. El personal apto estaba en pie a las cuatro de la mañana, recibía instrucción militar, orden cerrado hasta las cinco, luego el baño y después a las seis, el desayuno. En la planilla o en el orden del día se escribían las necesidades: comidear, conseguida de leña, limpias de las parcelas, y cada comisión de trabajo, no importaba el número, se acompañaba de hombre de fila para su defensa.

Se trabajaba de lunes a sábado durante el día. Existía un control que ejercía el responsable de la comisión, quien entregaba los informes al jefe general de la economía, llamado *Casimiro*. Cuando alguien no trabajaba por pereza, o se encaletaba a soñar, estimulando su ocio improductivo, el responsable lo anotaba en su informe. En la mañana siguiente, en la relación del personal civil, el responsable comunicaba al comandante de personal y a la guardia del destacamento para que localizara al infractor. Se le sancionaba con el trabajo en la derriba de montañas, con la permanencia en la molienda. Pero, por lo general se le castigaba en el patio de formación con un plantó de dos o tres horas o un trote mar de dos o tres horas. En las reuniones del personal civil se le criticaba públicamente y si reincidía, se aumentaban las sanciones, más trabajo en la derriba de montañas y un largo plantón en el patio y el hombre trotaba hasta sudar copiosamente, durante una mañana.

Al prepararse una comisión de orden público que salía en operación hacia la periferia, la dirección militar ordenaba al jefe de la economía para que preparara el *fiambre*, que dependía en su cantidad del tiempo que la comisión gastara en la acción o en razón de que esta pudiera sobrevivir económicamente en zonas amigas. El *fiambre* consistía en panela, arepas, carne asada y harina de maíz tostado. Las mujeres y los hombres tostaban el maíz, entregando la harina al ecónomo, otras comisiones se encargaban de las arepas y de la carne y los muchachos dándole vueltas al molino moliendo maíz. El día previsto salía el grupo armado y la esperanza era mutua entre quienes marchaban y quienes se quedaban en el comando.

En lo interno el ecónomo planificaba la distribución diaria de los abastecimientos. Había riguroso control. A comienzos del año 53, con la llegada de Martín Camargo y Pedro Vásquez, dos hombres enviados por el Central del partido comunista desde Bogotá, se manifestó brutalmente la burocracia administrativa en ese pequeño, cerrado, hostigado y bloqueado conglomerado social que era El Davis. Reorganizaron los organismos dirigentes de la economía; crearon un consejo económico integrado por los responsables de los frentes y este consejo entrabó infinitamente la adquisición de un simple permiso que debía ser escrito y con varias firmas para conseguir en las parcelas una mata de arracacha o un gajo de plátanos. Se consolidó un profundo descontento en la población, porque las necesidades no se cubrían con la rapidez del hambre.

Y funcionaba un casino especial para los suboficiales, otro casino especial para los oficiales, uno más para el Estado Mayor y otro para los jefes políticos. “En cada casino había un tren de personal que se relevaba cada 24 horas para cocinar y mantener la comida durante las 24 horas. La organización era muy buena, quizá con una disciplina exagerada, que puede analizarse en razón del comienzo de una lucha. Cuando inician las cosas no se

sabe cómo serán los resultados. Quizá era todo muy rígido, demasiado control, pero se vivía una situación de cerco en todo sentido...”.

Los permisos para salir fuera del área de El Davis, debían estar firmados por el organismo que había concedido el permiso. “Digamos por ejemplo, cinco mujeres necesitaban un permiso para visitar un familiar; lo consultaban a su organismo, el ejecutivo lo concedía, lo firmaba, pero luego, como se vivía dentro de una vida cuartelaria, podían salir con el visto bueno de la parte militar, es decir, en últimas el permiso lo firmaba el comandante de guardia. Cuestión en exceso reglamentada. El permiso estaba sujeto al tiempo concedido. Si de camino la persona o personas encontraban a una comisión armada, y el plazo se había cumplido, la comisión los recogía y los conducía al comando. Se cumplía la disciplina”.

*“La cruz roja era un grupo de 10 enfermeras, a las cuales previamente nos hicieron un cursillo donde nos enseñaron a inyectar, a hacer curaciones, a prestar los primeros auxilios, recuerda Graciela la hermana menor del viejo Loayza. Existía una caseta dedicada a la enfermería; ahí se prestaba servicio de noche y de día, las diez enfermeras nos turnábamos. En la puerta de la enfermería había una tabla con diez huequitos con los nombres de cada enfermera, entonces cuando había turno, uno iba hasta la puerta y miraba y leía, si la clavija señalaba curaciones ese día tenía que hacer solamente curaciones, si era inyectar, inyectando, si era visitando enfermos, lo mismo, o si era de turno en la caseta permanente, también. Generalmente había una o dos con permiso en descanso. Las enfermedades más comunes, fuera de las heridas de guerra que de pronto se infectaban, fue el tifo y esa enfermedad que hincha a la persona y la convierte en un monstruo, que parece uno metido en una bolsa de agua, se abren los pies por debajo y donde uno se para deja un charco de agua, es decir, hidropesía. También se presentaban enfermedades venéreas, viruelas...”.*

Ocalitos, un arriero, se encargaba de comercializar lo que se producía en El Davis. Tenía las relaciones con Casa de zinc, Gaitania y otros poblados en el Huila. Lo que vendía afuera lo invertía en jabón, ropa, calzado y drogas y lo que traía lo entregaba a la dirección y ésta lo repartía según las necesidades de cada quien en la población. Ya por el proceso mismo de represión y de aislamiento, entre la población no había circulación de dinero. En cambio, el personal armado trajinaba más el dinero, producto de lo que se conseguía en las acciones y algunas veces, porque alguien lo ocultaba para quedarse con él. Era lo excepcional en esos casos. “Y el Disco Rojo los transportadores de cartas, o sea el correo entre El Davis y la periferia, uno llega, sale el otro y cargan un distintivo como el anuncio de sus funciones. Caminadores de inmensas distancias...”

Ah, el Día Rojo, el día lunes, un día a la semana en que todos con su respectivo comandante se hacían presentes en la siembra del maíz, en el desmatone de las sementeras; físicamente El Davis se concentraba a trabajar voluntariamente en un cañadulzal. Ah, la hora sabrosa que se celebra cada ocho días, se recogía el personal en pleno y en el patio central, con cinco músicos que cantaban y tocaban, se olvidaba momentáneamente la guerra que se cernía sobre ellos, dándole la espalda al bloqueo y saliendo como recién despiertos del aislamiento a que estaban sometidos para bailar y bailar de seguido. Una costumbre que se esperaba con la ansiedad entre los dientes para aflojarle el nudo a la tensión de la vida.

Una población que ha cambiado sus formas de vida, que ahora asimila otras experiencias, más duras y más difíciles en cuanto a su rigidez, que inventa otros sistemas para continuar subsistiendo y, sigue con los ojos bien abiertos para captar otros posibles resquicios de experimentación. El Davis era una posible propuesta de una posible sociedad en guerra, impulsada por una fuerza interior que rompe cualquier esquema. Se asume una nueva realidad, impuesta desde afuera por la violencia y se explora esa realidad sin temores, se contradice esa realidad en un proceso no tan simple que de por sí se va enriqueciendo. Se experimenta a veces sin atinar en los errores. Duro aprendizaje que amplía la visión de que cada paso dado se convierte en una posible enseñanza. Pedro Antonio Marín ubica el proceso: “Cada organización busca la formación del personal a su cargo. Nadie permanecía solo encerrado haciendo su oficio. El armero tenía sus asistentes para enseñarles los secretos del arreglo de las armas; el peluquero, el sastre pretendía lo mismo, enseñar, los odontólogos, las enfermeras eran una puerta abierta para decir, esto es lo que sabemos y ustedes lo pueden aprender. La enseñanza era una cadena que nunca se detenía. Y vivíamos en guerra...”.

No había médicos en el campamento, “había lo que nosotros llamamos los teguas, 10 ó 12 a los que, por maldad, les teníamos sus apodos, que por lo regular resultaban muy acertados: el doctor *Gualanday*, el doctor *Leche de Higuierón*, el doctor *Chipaca*, el doctor *Cola de Caballo*. El paciente llegaba a la caleta y adolorido se quejaba, doctor me duelo por aquí, el médico con una sola observación del sujeto, le respondía, usted compañero está inundado por una terrible gusanera, tome esta fórmula y se va sin pérdida de tiempo a buscar un palo de higuierón, le saca la leche con maña y cuidado y se manda un viaje de esos y en dos días usted compañero, es un hombre desparasitado. Se iba de visita a la caleta del otro médico: que me duele el estómago hace ocho días y ya no puedo conciliar el sueño, hombre debe ser el hígado que lo tiene asustado por el dolor. Vaya al maizal y localice unas matas de Chipaca, machaca las hojas y el tallo lentamente, envasa el jugo en una botella y lo bebe por tres días seguidos a la misma hora, y, usted compañero sentirá que la mejoría se va apoderando de su cuerpo, hasta que una noche ya podrá dormir sin pesadillas. Y en la caleta y en la caleta del doctor *Cola de Caballo*, que me duele la cintura, váyase hombre al río y en la orilla encuentra por montones la hierba que se conoce como cola de caballo, si no la encuentra y le ronda la duda, pregúntele a alguien, en especial a uno de mis pacientes; cocine la hierba bien cocinada, la deja asentar y la toma por quince días y el dolor se vuela de su cuerpo. Muchos se alentaron por los efectos de las yerbas. Ya al final de El Davis apareció la penicilina que hizo muchos milagros...”.

Pero los teguas no pudieron detener con su poder curativo, sus gestos persuasivos y la experiencia acumulada en años, el vuelo de las moscas negras que aparecieron tres días después de los bombardeos a El Davis, pegadas en las paredes humeantes de los huecos en los potreros dejados por las explosiones de las bombas y luego inundaron con facilidad pasmosa el cerco de fortificaciones en tierra, la defensa antiaérea que rodeaba al campamento, para salir en vuelo a cielo abierto en una tromba desahogada. Nubes de moscas grandes atontadas, que como enloquecidas perseguían a todos, colándose por cualquier rendija para estrellar sus alas ruidosamente como cucarrones; penetrando a los casinos en las horas de la comida, y caer de su vuelo como empujadas por alguien y flotar hasta ahogarse en la sopa y, otras más inquietas escapando en delgados nubarrones para buscar refugio y empollarse en los ángulos de las caletas, a la espera de la noche para

rondarla con un sonido estridente, apaciguándose un poco al calor de la luz de las espermas, en vuelo circular de abajo hacia arriba dando la sensación de haber pedido el sentido de orientación, y aquietándose en su vuelo al apagarse las espermas y las moscas terminaban por dormir clavadas en los aleros de la palma que servía de entechado. Al despertar el día con su zumbido, señal inequívoca de lo que sería el comienzo de la cacería piernas, y brazos de los niños, para dejar en su piel una picadura que pronto se volvía una roncha que se iba enrojeciendo y, más atontada porque parecían no tener ningún control, en un juego maligno de regreso se metían por los oídos de los niños, entre sus pantalones y sus camisas, por los ojos, por sus poros, para finalizar dentro de sus bocas y ser lanzadas en escupitazos. Ellos asustados viviendo una desconocida y atroz pesadilla sin estar dormidos, atormentados corriendo, echándose agua en el cuerpo para espantarlas, cubriéndose el rostro con toallas, escondiéndose en la cocina al lado del fogón para que se ahuyentaran con el humo o con un tizón encendido o escapando a la carrera para terminar abrazados a las piernas de las mujeres y, las moscas volando, rondándoles la cabeza en un círculo más amplio como si se tratara de la luz de una esperma encendida, persiguiendo la agonía al enredarse para no volver a levantar vuelo, en los cabellos de los infantes. Mueren como piojos. Hombres, mujeres y niños ya repuestos de la sorpresa, organizan la más implacable cacería de moscas: las persiguen en su veloz vuelo y en tierra las aplastan con las manos y los pies, a ramalazos las bajan del aire, incendian sus metederos con tizones prendidos, descubren su mierda empollada y destruyen sus huevos, y el patio de formación se inunda de puntos negros con alas que el viento de la tarde barre con lentitud, como desaparecen a soplos de las manos de los niños. Un día como llegaron se fueron, al levantar un vuelo más alto que el techo de las caletas para escapar y perderse en la noche en las honduras de los canjilones vecinos de El Davis. En las camas, los niños ensabanados y la fiebre subiéndoles como si la caleta fuera un horno colmena por dentro. Las mujeres en su afán de madres, cubren los cuerpos de los niños con cuatro o cinco sábanas para sacarles el calor, exprimiendo el sudor acumulado en la primera, la segunda y la tercera y luego volverlos a cubrir para refrescarlos un poco. Los niños aprisionados en un delirio imposible de apaciguar con los mismos y cantos maternos, por la imagen de una enorme mosca negra que se ha apoderado de sus cerebros y tiene amarrados sus cuerpos con sus descomunales alas, no permitiéndoles bajarse de la cama para seguir corriendo como solían hacerlo. Los *sucres* adoloridos y tristes ven, en la formación de la calle de honor, las espaldas de los hombres que van cargando sobre sus hombros los cajones de madera recién construidos; ven a esos hombres que van llorando arrastrando sus pasos, como si quisieran enterrarse en sus propias huellas. Los *sucres* sacan fuerzas de sus gargantas para cantar canciones revolucionarias, mientras imaginan en los cajones, a los niños ensabanados, yertos de frío durmiendo el sueño definitivo. Los martillos comienzan a golpear la cabeza de los clavos que se introducen por el vilo de la madera, y cada golpe es el tormento de la despedida que se avecina; los *sucres* siguen con sus cantos. Las manos fuertes de los hombres bajan los cajones a las sepulturas y los huecos se invaden por el llanto salvaje de las mujeres, asidas con todas sus fuerzas a los cajones. Los rezos levantan el vuelo de la torcaza; las maldiciones escrutan el más allá del cielo y los *sucres* haciendo un esfuerzo para no desplomarse, esperan la voz de mando para desdibujar la formación. Se dispersa la población. El Davis se abraza en su silencio. Las hierbas curativas de los teguas fueron incapaces para detener el vuelo de las moscas negras.



**“Eso fue prolongado, algo así como más de un año...”**

La discusión franca era un pesado lastre, las argumentaciones verbales insuficientes para detener la contienda absurda entre combatientes, concededores hasta la saciedad del terreno que pisa, en un equilibrio de fuerzas humanas dominio sobre el arte y las tácticas guerrilleras. El Sur del Tolima sería el escenario geográfico de una lucha cruel y dolorosa entre hombres, que un día decidieron que alzarse en armas era lo único que podría preservarlos vivos. Antes morir en la trinchera que doblegarse. La ley. Cada uno defiende sus convicciones, su razón de ser, la implantación de la verdad. No es posible la cuerda floja del frío razonamiento. Los unos son *liberales limpios* sin mezcla de extrañas ideologías, puros y transparentes, decididos a mantener, no importa el costo humano, la tradición de su pensamiento, Los otros, los comunistas, los *comunes*, los acérrimos enemigos de la propiedad privada, enemigos del orden establecido. El crudo individualismo liberal y el excesivo sentimiento de completo igualitarismo de los comunistas. Subestimación comunista de la real fuerza y de la influencia de los Loayza; falta de capacidad de persuasión. Orgullo liberal de caudillos locales que veían amenazados sus dominios. Los unos y los otros se vistieron con ropaje de liberales y comunistas para decidir al cara y sello de la contienda bélica quién era el portavoz de la verdad. “lanzamos la ofensiva contra ellos, ataques violentos. Nosotros dejamos de pelear a la defensiva y entramos a la ofensiva, a ocuparles sus comandos mayores, ataques en los cuales resultaban seis, ocho o diez muertos nuestros, sin saber de los muertos de ellos, que debían ser muchos. No dejamos comando sin atacar: les atacamos La Ocasión, El Agarre, La Palma, por Herrera les atacamos Bilbao, por dondequiera que sabíamos que estaban, por ahí les caía con furia la gente nuestra. O sea en una ofensiva total...”. Comisiones de El Davis de doscientos hombres, comisiones de los liberales en igual número, en una dura contienda, fatal en el lenguaje de la guerra.

*“Se puso la vida muy tremenda. En El Davis, en el propio comando tenían que citar o formar tres veces al día a los guerrilleros para darles órdenes, para que salieran en comisiones. Pero hubo veces que tuvieron que hacerlo en la noche porque en el día ¡pum!, estaban en formación, cuando alguien caía muerto o herido, pues de La Ocasión muy listos disparaban. No se podía salir al patio a tomar aire. Los comandos eran muy visibles: El Davis en un alto y La Ocasión en una baja, pero cercanos”, recuerda Graciela la hermana menor del viejo Gerardo.*

Asedio durante el día, implacable y permanente, sin descanso como si estuvieran jugándose el destino; desde los sitios dominantes los grupos de fusileros liberales, atentos, relevándose para que no se perdiera el calor del cuerpo en la trinchera, no permitían que se moviera el personal en El Davis. Afiebrados, el pulso tenso para no soltar la visibilidad del enemigo. En el comando comunista se construyeron fortificaciones circulares, se cavaron profundas trincheras para soportar el cerco de los liberales como topos en sus madrigueras defendiéndose, comunicándose, moviéndose en los diversos flancos. El tiempo paralizado. En una comisión que venía de El Saldaña, llegaron Charro, Tirofijo y Joselito -recuerda Jaime Guaracas-, y en reunión del mando concluyeron sobre la necesidad de romper el sitio que los *liberales limpios* habían impuesto al comando de El Davis. Había que hacerlo abriendo fuego, peleando. En la madrugada se ubicaron en el camino que conducía a La Verbena, a diez minutos del comando central. Los liberales bien parapetados, dominando el

terreno, calibrando certeramente sus disparos, mediatizados en una paciencia infinita. No tenían afanes. En el filo, *Charro*, *Marulanda* y *Joselito* al estudiar minuciosamente el terreno cogido por los liberales, decidieron que esa noche entrarían al comando para anunciar a la dirección que en la madrugada atacarían el puesto de los liberales. Preguntaron: ¿Quiénes están dispuestos a entrar voluntariamente al comando? Pedro Antonio Marín sin preámbulos dijo que él, lo siguió como sombra acompañante su hermano, y cinco hombres más que andaban con ellos; reptaron pegados a la tierra en intervalos pensados, haciéndole esguinces a las luces que resplandecían en la noche; al llegar se pusieron al habla con *Lister*, acodaron el plan y, en la madrugada sorprendieron a los *liberales limpios* con fuego cerrado y sostenido que los hizo salir de sus cuevas en veloz huída, en una acción combinada desde el comando y desde afuera que rompió el cerco sobre El Davis.

Emboscadas, contraemboscadas, asaltos y contra asaltos; enfrentamientos interminables en lomas descubiertas, por horas que consumían a destajo el tiempo que corre en el día. Insultos de un bando a otro; muertos y heridos en esa batalla sin cuartel. Uno de los asaltos que dejó más pérdidas en hombres, fue la toma el cuartel de la Escuela, en el cual operaba un destacamento de los Loayza. Matando el polvo con el cuerpo para arrastrarse en el silencio, no dando blanco y en semicírculo desplazándose avanzaron los comunistas, comandados por *Arrayanales* y *Joselito*. El cuartel fortificado en contorno, los huecos cubrían a sus defensores hasta el pecho, dejándoles plena libertad para accionar sus armas. A las cuatro de la mañana ya despuntando el día, cesó el silencio al comenzar el combate; los liberales cubiertos posando el mentón sobre la tierra, los dedos engatillados, los ojos crispados; avanzan los comunes, culebras silenciosas y la madrugada dejó la tranquilidad para cubrirse de espanto por la gritería: “Avancen comunes hijueputas”, “Ya vamos limpios mal nacidos”. “Los esperamos para darles por el culo...”, “Eso lo veremos cuando estemos de frente, bocones malparidos...”, los destellos de los disparos, fugaces luces de bengalas; los ojos irradiando el más infecundo de los odios y los fusiles como la continuación del cuerpo de los hombres. Los *comunes* en su avance copan las trincheras y en las trincheras se combate cuerpo a cuerpo, nudos humanos que afanosamente buscan el cuchillo para hundirlo en la carne, que blanden el machete para desgarrar el hombro del contrario, que disparan a quemarropa para abrirle cause a la sangre, a mordiscos para desfigurar los rostros, sin cesar en una intensa búsqueda de la muerte. Al comienzo del combate cayó de muerte el sargento *Camargo*, hermano de *Joselito*, comandante de los comunes, por el fragor de la lucha él no conoció al momento la noticia, al llegarle la infausta razón, en el dolor y en la indignación, sin pensar ni doblegar la calentura de sus impulsos corrió como un potro desbocado, ciego, disparando y en esa estremecedora carrera contra la muerte, *Joselito* que tanto la había esquivado con sabiduría y frialdad, consiguió la suya. La muerte de los dos desencadenó el odio empotrado de los *comunes* y arreciaron con más violencia contra los *liberales limpios*; el que daba blanco era hombre muerto, el que caía en las trincheras se desangraba sin auxilio, al que encontraban agonizando se le remataba. Nada de compasiones. A las dos de la tarde fue copado el cuartel. A dos guerrilleros *comunes* se les despierta el hambre, entran a la cocina del cartel y al encontrar una olla con fríjoles se lo comieron ávidamente, en pocos minutos se retorcían por el veneno. En un terreno plano con pequeños pliegues, quedaron los cuerpos inertes a la intemperie, sopló el viento y el polvo fue cubriendo sus rostros hasta enterrarlos al caer la tarde. Al retirarse la guerrilla

comunista, salió en su seguimiento uno de los hijos del viejo Gerardo Loayza, *Veneno*, y en la furiosa persecución al descubierto, nadie sabe cuántos disparos recibió en su cuerpo.

*“A veces había que cambiar una, dos o tres vidas por una gaja de plátanos o por un ataíto de caña, porque los limpios, la gente de mi hermano Gerardo se mantenía puesteando en las fincas, en los comedaderos, en los alrededores del comando donde sabían que iban a comidear la gente de El Davis y ahí mismo los cogían a bala, caso siempre sucedía lo mismo”, impávida recuerda Graciela.*

La situación estaba por definirse, los liberales ya no oponían resistencia en esa virtual y absurda guerra de desgaste, en la que ellos llevaron la peor parte. El ejército entró a arbitrar, a sacar tajada en una nueva ofensiva general. Las condiciones eran propicias, se supone que así lo pensaron para destruir definitivamente los focos de resistencia guerrillera en el Sur del Tolima. Agazapados alimentaban sus ilusiones. Los bandos sin acuerdos previos, cesaron las acciones dejando por esos días de dispararse. Ahora, su preocupación vital se concentraba en el enfrentamiento a la ofensiva militar, en sus respectivas áreas.

“La tropa no avanzó territorialmente con la facilidad que lo había hecho en anteriores ocasiones, cuando penetraba profundamente en las zonas planeadas. Encuentros, muchos encuentros con las tropas que habían salido de Rioblanco hasta que ocuparon El Davis. Allí en el comando se quedaron por un mes estancados, sin salir, no les dimos respiración, los teníamos rodeados...”.

*“El día que llegaron ya al caserío estaba totalmente desocupado, porque se habían sacado todas las familias para el monte, bien lejos en la montaña. Solamente quedamos en el caserío 4 enfermeras y los camaradas de la dirección. Lister, Baltasar, Fabián, Leobrín y Llanero; la consigna que dieron era clara, no había que dejar un rancho en pie, quemarlos tan pronto tomaran el caserío, meterle candela sin corazón. Eso sirvió mucho. El humo fue pavoroso y a la hora que lanzaron las bombas, pues matarían a su misma gente. Las mujeres recibimos los heridos para darles los primeros auxilios, mientras los hombres se daban candela”, recuerda Graciela la hermana menor del viejo Gerardo.*

Después de un intrincado recorrido por las dificultades de cientos de escaramuzas de camino con pequeños grupos de guerrilleros, la tropa llegó y se acantonó en El Davis. Encontró las huellas de la desolación de la gente que había huido hacia la montaña; el humo aún seguía escapándose por los derruidos techos de las caletas; El Davis se había convertido en una estampa gris, diluyéndose ante los ojos invasores. Se acondicionaron y se dispusieron a hacer del caserío su centro operacional. Se asentaron. Sigilosas guerrillas de cinco a siete hombres, al rodear el comando en sus alrededores selváticos y montañosos, cerraron el broche al cerco: trochas, caminos, deshechos, vigilados. Ninguna posible salida de escape quedó sin que no estuviera taponada por dos o tres hombres, que disciplinadamente se sometieron a una lenta espera. Soldado que sacaba la cabeza por descuido, soldado que recibía un disparo en la cabeza; soldado que salía a mear o cagar, soldado que se hallaba de espaldas a la muerte; cualquier movimiento en el área del comando se respondía con una certera detonación, imposibles las formaciones en el patio, los hombres de pronto doblaban sus cuerpos, muriéndose, sin quejarse; lluvia graneada de disparos sobre los techos reconstruidos de las caletas en las noches, intermitencia

atosigante; en la mañana un proyectil acertaba la vida de un hombre, al metérsele por entre las costillas, en la tarde otro proyectil le volaba la cabeza a un hombre, y así día tras día y noches angustiosas alcanzando el paso a otras noches. El Davis fue poblado de hombres afectados por el miedo, sobresaltados por el desliz de un mínimo ruido, como afectados por el hambre que aguantaron en ese mes terriblemente largo. Desalentados crecieron de barbas metidos en una virtual ratonera. Del cielo, las avionetas en ágiles maniobras lanzaron paracaídas con provisiones, muchas cayeron en el campo de la tropa, otras en el terreno de la guerrilla. Con dificultad acertaban en la mitad del círculo. Al volar bajo las avionetas, los fusiles vomitaban candela. El cansancio físico y psicológico produjo estragos en la tropa. Un día, al completarse el mes, aprovechando la oscuridad de la madrugada, se fueron por un deshecho inundado de precipicios; la guerrilla siguió prendida a sus espaldas como lapa insoportable. Escaparon tan débiles que dejaron por el camino, vidas, armas y pertrechos.

El animal que encontraron aún no padecía las postrimerías de una solitaria agonía. El ejercicio brutal de la contienda entre guerrilleros, había fortalecido en su capacidad a los combatientes y entonces, se hallaron de frente a fieras acorraladas que respondieron desde sus mismas entrañas. Al escapar la tropa, los *liberales limpios* la esperaban en un sitio conocido como La Pala y perdieron armamentos, municiones, y tuvieron muchas bajas entre heridos y muertos.

Aparecieron los *mosquitos*, pequeños mosquitos en el espacio, los helicópteros transportando heridos, cajas de municiones, drogas. Lo nuevo en la guerra. Pero la tropa abandonó el territorio con los nervios crispados. La estrategia de la división, por ahora había sido derrotada. “Ya nos considerábamos guerrilleros por el conocimiento y el dominio del terreno, por la disciplina, sabíamos cómo aprovechar la munición, no desperdiciarla. Sentíamos en nosotros un cambio muy superado, lo mismo muy superado en los liberales en cuanto a la capacidad en el manejo del combate. El ejército perdió armas y tropas. Eso quiere decir que a pesar de que nos cogieron divididos, devastados entre nosotros, en una situación de desventaja, incluso psicológica, hay que decir que obtuvimos grandes éxitos contra el ejército...”.

Siguió la granizada de plomo entre liberales y comunistas, no había descanso, no había cuartel, era una especie de pacto con el destino. “Nosotros nos multiplicamos, nos fortalecimos ya con un inmenso apoyo de la población. Nuestra gente había tomado casi todo el gran territorio del Sur del Tolima. Los liberales cada día más reducidos. Y se produce un lamentable acontecimiento, se presenta un nuevo fenómeno: el golpe miliar de Rojas Pinilla...”.

En los caminos y en las trochas, después de los múltiples combates, se encontraban cartas en que los guerrilleros liberales pedían un posible arreglo con los comunistas. Había cambiado el equilibrio de fuerzas. Los mandos liberales ordenaron a su personal la desbandada por el país, para que se defendieran individualmente. No era posible vencer militarmente a los comunistas.

“Entonces a voces personales y por cartas se les dijo que mataran a sus jefes, incluso comenzaron a eliminarlos para llegar a un arreglo con los comunistas. La situación se puso demasiado dura para ellos...”.

De Bogotá, el central del partido comunista envió a dos de sus cuadros políticos al Sur del Tolima, Martín Camargo responsable de los asuntos campesinos y Pedro Vásquez ligado al trabajo de la juventud comunista, con el objeto de que corrigieran los defectos y los errores en la conducción de la lucha guerrillera. Martín Camargo con un ego elevado al cubo y de grotesca autosuficiencia, formidable orador y hombre persuasivo; había escrito algunos ensayos sobre la cuestión campesina. Pedro Vásquez, un practicista que había pedido insistentemente que quería irse al monte; un paisa audaz, un poco fanfarrón, con una fe inmovible en la lucha armada; deseaba con su presencia impulsar su desarrollo. Los dos llegaron a El Davis a comienzos del año 53, flexibles en sus criterios para aliviar la tensión que comenzaba a agudizarse con los *liberales limpios*. Fueron tan flexibles ante la rigidez, la dureza y el sectarismo de la dirección política de El Davis, que terminaron siendo blandos al dar la razón en su conjunto a los liberales. Desembarcaron con sus ideas en un mar conflictivo que no conocían en su profundidad ni en su complejidad.

En El Davis no calibraron la influencia que ejercería en un próximo futuro, los recientes acontecimientos a raíz del golpe militar de Rojas Pinilla. Noticia que escucharon por la radio, noticia que leyeron en los ejemplares del periódico *El Tiempo*, lanzado desde los aviones, días después de producirse el golpe. Martín Camargo y Pedro Vásquez, el primero más que el segundo, fueron hombres definitivos en el rumbo a seguir, dejaron la huella en sus acciones. Dieron la pauta en la discusión permanente en el Comando Unificado; de ellos surgieron en lo esencial, los cambios en la conducción y en la orientación política. Por lo pronto se ordenó que los comandos de El Cambrín, El Saldaña, el Seúl y El Davis permanecieran quietos, inactivos militarmente; la misma orden llegó a las comisiones que operaban en la periferia. Se analizó el golpe militar del 13 de junio con criterios políticos no muy unitarios. Unos dijeron que había que esperar el desenlace de los hechos para actuar y otros opinaron que era indispensable acogerse a las propuestas de Rojas Pinilla que hablaba en sus discursos de paz y concordia, para no quedarse aislados del devenir social y político. Un criterio afirmaba que eran necesarias las orientaciones del comité central, los otros que debían vincularse con prisa al proceso del general Rojas Pinilla, que para muchos representaba una excelente salida. “Se explicó en las reuniones que el golpe militar se produjo en un momento difícil en la historia del movimiento nuestro, que como coyuntura era negativo, porque lo aprovecharían los enemigos en la zona para fortalecerse y ampliar su influencia. Se dijo terminantemente que no habría entrega de armas, ni entrega de personal, que se esperaría un tiempo prudencial para tratar el problema con los mandos militares y con los políticos que apoyaban al general Rojas Pinilla...”.

En el Comando Unificado, la dirección política plantea que se debe hablar con los liberales para encontrar las premisas de un arreglo pacífico y terminar por fin, el derramamiento de sangre entre los combatientes. “Antes de la ocupación de El Davis por el ejército y cuando se produce el golpe militar, en ese tiempo teníamos acosados y derrotados militarmente a los liberales. No presentaban combate, había ausencia de moral, y desfallecía su valor de fieras. Les entrábamos donde queríamos, peleaban sin rendirse, pero siempre salían derrotados. Donde quiera un encuentro y una derrota...”. La proposición no fue aceptada en el Estado Mayor y el representante político regresó a su organismo para decir el Estado Mayor no aceptaba la propuesta de hablar con los liberales. “Uno pensaba que la idea podía ser justa, pero hay que mirar en que ocasión se propone lo justo y lo adecuado. No siempre

lo justo se abre camino...”. En segunda instancia, la idea se rechazó. “La dirección política con fina astucia tocó la sensibilidad de las organizaciones femeninas. Que por cierto, las mujeres no tenían dominio sobre las cuestiones política, ni sobre las cuestiones militares, no estaban preparadas para asumir decisiones de esa magnitud...”. Las mujeres acogieron la propuesta con un hondo sentimiento maternal. Expresaron que lo mejor era entrar a un arreglo con los liberales, porque así se terminaría la carnicería. ¡Cuántas madres perdieron a sus hijos, cuántas más podrían perderlos en esa sangría! “Ablandaron a las mujeres en sus lágrimas. Las mujeres en El Davis sumaban un número igual a los hombres en tropa. Con el apoyo de las mujeres regresa el planteo al Estado Mayor y en el Estado Mayor la rechazan en tercera instancia...”.

Río discursivo, apremiante la confrontación verbal en todos los niveles, la participación de arriba abajo, de a bajo arriba. Se fue la idea a la formación de la tropa, sin la presencia de los mandos para evitar sutilezas y cualquier influencia desde fuera. Se les informó sobre el sentimiento de las mujeres, se les dijo sobre la opinión de las otras organizaciones. “Tanto el mando superior, los mandos medios y las tropas expresaron su concepto negativo. Dijeron por todos los canales que no importaba cuántos guerrilleros murieran, que el triunfo estaba por alcanzarse, que no cambiarían en sus ideas. No existía ambiente para un arreglo con los liberales...”.

En un angustioso tira y encoge la discusión vuelve al Estado Mayor, luego a la dirección política. Dos actitudes definidas. Se escucha por doquier la voz de los combatientes: la guerra; hay que terminar por vencerlos a tiros y no con las palabras, porque el triunfo es del movimiento; están derrotados, ya se dejan capturar con las manos; entre ellos hay noticias de una desbandada general, ya están matándose entre sí, los jefes atemorizados, temerosos, andan desconfiados. Es el momento para ser más agresivos, darles el golpe final...”.

Cuando interviene el frente democrático. La dirección política sagazmente lo había preparado en un lento y provechoso proceso de persuasión. La discusión comienza a las siete de la mañana, en medio de una atmósfera de apasionada expectativa y termina en la tarde, ya oscureciendo, en una jornada agotadora. Hablan las mujeres con lágrimas en los ojos y relacionan la guerra contra los liberales, con la pérdida de sus hijos; hablan los jóvenes que poseen ya la garra de futuros combatientes y no tiemblan al jugarse la vida; hablan los ancianos y por sus años dan sabios consejos haciendo hincapié en la prudencia que debe acompañar al hombre en sus decisiones; hablan las muchachas con el presentimiento de la muerte cercana en la trocha para sus novios; hablamos nosotros los del Estado Mayor en términos de guerra, de una guerra que no habíamos comenzado por voluntad propia; habla el mando medio en términos que si ahora detenemos la ofensiva, mañana serenos nosotros los derrotados; habla la tropa diciendo que no debemos dejarnos humillar más por los *liberales limpios...*”. La votación crucial, la palabra ha sido suficientemente gastada. “Claro, el fatal vaticinio se cumple. No están todas las tropas presentes, un número grande anda en las comisiones rodadas. En cambio, la población civil está en su conjunto. Hay un número considerable de mujeres, 300 o 400 mujeres; igual número de hombres de trabajo, unos 100 ó 150 y, por supuesto, los miembros de la dirección política. La mayoría presente -civiles-, decide por un margen muy estrecho, un margen de unos 50 votos, a favor del arreglo amistoso con los *liberales limpios* y en contra

de nosotros, que en las últimas, afrontaríamos la guerra. Como quien dice, meterle el dedo a la guerra y salir a la estampida...”.

Nosotros consideramos que el frente democrático no debía decidir el conflicto, era una responsabilidad del Estado Mayor y de la dirección política. Se discutía sobre problemas esencialmente político-militares. La democracia también peca por sus errores y son más dolorosos cuando a vidas humanas se refiere...Les faltó a los dirigentes políticos el olfato afinado para interpretar la situación que nos acosaba. No creo que era el momento preciso. Nosotros hemos creído y siempre seguiremos creyendo que no fue una decisión afortunada la de rehabilitarnos con ellos...”.

Resultó elegido Pedro Antonio Marín como designado para representar a El Davis en las conversaciones con los liberales para terminar la guerra. “Ahí empezó el problema conmigo. Yo dije: no puedo aceptar. Nos hemos equivocado. Tres meses atrás esa propuesta pudo haber sido justa, ahora no porque será fatal. Ellos son unos traidores y no quiero, no pueden obligarme a tener relación con esa gente...”. En la comisión nombraron a Jesús Antonio Marín, hermano de Marulanda. El concurrió a la cita con cincuenta hombres a un sitio intermedio entre El Davis y La Ocasión y en la tarde regresó cabizbajo. Le contó a su hermano, esa gente considera que nosotros estamos doblegados; que la propuesta nuestra de un posible arreglo, es la lastimosa aceptación de que estamos en condiciones de inferioridad. “Me dijo el hermano mío, lo noté muy agresivo y con palabras descompuestas para la comisión liberal. Yo creo que la cosa va a empeorarse, dijo.

...”En el Estado Mayor se analizó con frialdad el resultado de la entrevista y se concluyó que “eso dependía precisamente del papel que nosotros tuviéramos en la claridad con esa gente para buscar una solución definitiva...”. En la siguiente entrevista, los liberales hicieron con aires de fuerza una exhibición de armas. Las recogieron en los comandos para esa demostración.

Marulanda se retiró de las conversaciones, no quiso participar en algo tan doloroso para él y, “dijo el hermano mío que se firmó un documento pequeñito, unas hojitas, en las cuales las dos fuerzas se comprometían a no agredirse en el futuro. Pienso que el tal documento era como una especie de orden del día. Pero en la dirección política nunca se habló de un documento de esa naturaleza. Tampoco en el Estado Mayor se discutieron los acuerdos escritos, en el frente democrático no se hizo. El método que usábamos era distinto. Cualquier novedad en el comando, en las horas de la tarde se comunicaba a la tropa y a la población civil para indagar sobre su opinión. Es decir, pordebajaron la democracia, la dejaron renca...”.

En apariencia se normalizó la situación, daba la impresión de que se había logrado mediar en el conflicto entre las dos facciones. “Nosotros no los volvimos a atacar, ellos no volvieron a atacarnos, no nos volvimos a buscar para darnos tiros...”. Pero se recrudeció la guerra de las diferencias, con el filo del cuchillo que hiere las palabras. La desavenencia verbal para levantar escama en el espíritu de los combatientes y en la población civil. Sembrar la duda. Todo porque en El Davis, por circunstancias específicas de difícil solución, se promulgó un acuerdo conocido como el *Comunismo de Guerra*. La resolución fue expuesta por la dirección política y contó con el apoyo del Estado Mayor. Consistía en

que el propietario de mulas, caballos, lo que guardara a mano como propiedad individual, debía entregarlo al Estado Mayor para que dispusiera como conviniera en beneficio de la población civil y de la tropa guerrillera. “La confiscación, porque, hasta yo caí en la confiscación, al tener mis intereses. Pero bueno, eso a mi no me importaba, no estaba en el movimiento por mulas ni caballos. Cuando me pasaron la nota, les dije, pero no me jodan, déjenme siquiera un caballo para venderlo y comprar una pistola. Bueno, me dijeron, le vamos a dejar el caballo. Claro que pueden ser errores y el enemigo como es natural, hace de ellos su aprovechamiento político...”. Fue grave la situación del comercio. En el comando se vendía pero no se compraba, no había salida comercial para el café, para el ganado por el bloqueo impuesto en los retenes de las tropas del ejército. La población al comienzo conservaba dinero y podía por lo tanto comprar cigarrillos, algo de ropa, las mercancías que quisiera. La confiscación de algunos bienes, la crisis interna del comercio -se acaba el dinero y no se puede producir en la agricultura para recuperar el dinero invertido-, el trabajo de las mujeres en las parcelas, vendría a explosionar la situación en condiciones preocupantes. “Entonces, fue la debacle, comenzaron dos hombres, tres o cuatro llevando en sus voces el homo de la especie, anocheciendo aquí, amaneciendo en otro lugar, como mensajeros diciendo que el comunismo sometió a las mujeres a trabajos forzados, que les quitó los caballos y las mulas a sus dueños, que luego les quitara las fincas, los ahorros, que terminará por quitarles a los hijos y las mujeres y, bueno. Toda una especie anticomunista, pero no en una forma ideológica, sino en la forma más sucia. Una campaña contra los dirigentes de El Davis, a echarles la culpa de las siete plagas que se habían aposentado en las tierras del Sur del Tolima. Una campaña pero en serio, verrión...”.

La población de El Davis en su desesperación terminó comprando lo que necesitaba en los comandos liberales, un kilo de sal, una libra de espermas. “Allá se puso a valer un kilo de sal \$50.00 y valía solo 10 ó 20 centavos, pero se conseguía en los comandos de los *limpios*. Eso creó terribles dificultades. No es que estuviéramos comiendo sin sal, pero existían dificultades para conseguirla. La población rompe montañas para conseguir lo que necesita para vivir, especialmente un terrón de sal...”.

### **“El otro Manuel...”**

“Al otro Manuel nunca lo conocí en sus rastros de hombre vivo, ni siquiera lo conocía con el nombre que identificaba a su persona. Cuando se ha existenciado la respiración por tanto tiempo en la montaña, uno no alcanza a vislumbrar la intensidad de las luces del pueblo y, menos ver a esa distancia a un hombre como el otro Manuel, a quien yo ese día en la escuela de cuadros en El Davis -no lo hice por voluntad propia porque ignoraba su presencia, sino por voluntad de otros-, reemplacé en este mundo de nombre. A él como a cualquier otro hombre hay que conocerlo en la profundidad de la historia que construyó al pisar y dejar sus pasos en la tierra...”. Cuando Pedro Antonio Marín en 1930 apenas tenía once meses de edad, el otro Manuel andaba en los treinta años y fundaba junto a María de los Ángeles Cano, al partido comunista de Medellín. Siempre puntual y asiduo, no perdía reunión que la dulce, tierna y exaltada María Cano -sufría una inquietante transfiguración ante el majestuoso espectáculo de la multitud reunida, psicología del grande orador-, organizaba por esa época en su casa todas las tardes. Un receptáculo de ideas afines. El otro



Manuel con su metro ochenta centímetros de estatura, de sus pies descalzos hasta su cabeza sin sombrero, porque no usaba aún zapatos, escuchaba con inmensa pasión las palabras que con elocuencia brotaban de la boca de María Cano, apuntaladas en su metro cincuenta y ocho centímetros de estatura. Dos formidables estaturas venidas de formación distinta; los dos anduvieron de brazo en la fogosa agitación promovida por el Socialismo Revolucionario en los inicios del año 26. El otro Manuel que era un orador llano y directo, de persuasivos argumentos de clase, poseído de su importancia de hombre de pueblo, había tenido la oportunidad de escuchar doblemente el timbre sonoro -magistralmente manejado por ella en las escalas de su intensidad-, de la voz de María Cano; dulce, angelical y suave en la sala de su casa y fogosa, acusadora cuando esta pequeña y delicada mujer le abría con los dedos de sus palabras los ojos al país y lo hacía temblar, en la formidable cruzada que realizó en la década de los veinte. “Así como nunca lo conocí en vida, nunca por desgracia, tuve en mis manos una fotografía de su persona para decir, después de mirarlo adecuadamente en su pose de quietud fotográfica, he comenzado a desmontar a este hombre por lo menos en el querer de su mirada, porque uno necesita conocer-su mirada me informa mucho-, al hombre a quien uno va a reemplazar de nombre, y naturalmente asumiéndolo con la carga de su pasado...”.

Al primer Manuel lo conocieron muchos de sus compañeros en vida, que apenas sobrepasó el medio siglo. Lo describen de memoria: *Un moreno rosado, con ciertas señales de pecas en la cara, alto. Le faltaban los dientes superiores, es decir, era mueco. Cabello ensortijado. Vestía de dril, muy limpio, descalzo, bien aseado. Daba la impresión que en la casa lo tenían bien organizado. Nunca le faltaba un cigarrillo en la boca, a pesar de que era asmático o precisamente por esto...*. Así era el otro Manuel en los años treinta. *“Negroide, no propiamente negro africano, alto y desgarrado, de bigote ralo, desdentado, muy llano, muy fiel; orador sencillo, enérgico, de agradable figura, un buen expositor...”*. Así era el otro Manuel en los años cuarenta. *“Un tipo de negro antioqueño, resultado del cruce de negros y mineros blancos, delgado y alto, de ojos pequeños y pelo negro; despierto el hombre, muy inteligente; hombre autorizado en lo político, dirigente obrero muy acatado; un buen agitador. No era un hombre culto, pero poseía la sabiduría y la suspicacia popular...”*. Así era el otro Manuel en la mitad de la década del cuarenta. *“Siempre albañil en su manera de hablar, como si estuviera manejando los gestos de la mano con el palustre o estuviera colocando ladrillos encima uno de otro con sus palabras. Alto siempre, delgado, moreno muy paísa, no era negro betún, era negro achocolatado. Un hombre de mucha autoridad, que estaba pronto a resolver los problemas, simples o agudos de los obreros. Práctico como ninguno en buscar las soluciones a cualquier conflicto. De olfato fino sin dejarse enredar en la retahíla de la verborragia. Hombre preocupado de los hombres que lo acompañaban en sus labores. Tenía ciertos conocimientos políticos, manejaba ciertos conocimientos ideológicos. Como albañil se formó en la vida del partido y desde el partido se convirtió en un dirigente obrero muy acatado. En su vida fue un constructor como en su oficio de albañil; construía partido, construía movimiento sindical, construía palabras y muchas ilusiones y le construía nuevos mundos a este mundo...”*. Así era el otro Manuel en los años cincuenta, antes de ser asesinado.

El partido comunista de Medellín realizó su primer acto público, para conmemorar la Masacre de las Bananeras; el otro Manuel, junto a María Cano pronunciaron, afiebrados los dos, sendos discursos antiimperialistas. Después no hubo manifestación partidaria o

protesta obrera en que no apareciera en la tribuna portátil, la figura desgarbada del otro Manuel, fluyendo palabras por su boca desdentada, levantando sus brazos al viento, vigorosas astas. Discursos directos que abrían la puerta de la conciencia a los manifestantes. Encabezó con sus compañeros la Marcha del Hambre en 1932 y, en la Antioquia de tan arraigado atraso de un siglo, no existió un rincón en donde no penetrara con sus ideas. En 1933 sale elegido al Concejo de Medellín, el primer concejal comunista de Colombia, Angel María Carrascal, un antiguo y fogoso conservador, creador entre otros, del grupo de los Leopardos, ahora, por convencimiento, vuelto comunista. El otro Manuel era su suplente. Angel María Carrascal levantó polvareda con sus formidables debates sobre el manejo de la cosa pública. En uno de esos debates fuertes y lacerantes contra el hijo del general Uribe Uribe, a Carrascal le impidieron a la fuerza el ingreso al recinto. Entonces fueron a buscar al otro Manuel que trabajaba en su oficio de albañil, subido en el andamio como siempre; él bajó con su overol de dril, dejó el palustre en el recipiente con cemento, y con el rostro salpicado de pintura y descalzo, llegó al recinto del Concejo de Medellín y con la misma fuerza discursiva de Angel María Carrascal, continuó el agrio debate. Luego, desde entonces, calzaría por el resto de sus años sus pies con zapatos de cuero. En el año 36 dejó la tierra natal, la Ceja, al oriente de Medellín, su pueblo productor de carne porcina; dejó la hermosa imagen de Rufina Vélez de Marulanda, la abuela materna que lo crió desde niño y le dio los apellidos de los abuelos maternos; su abuela, la comadrona de manos maravillosas, que trajo al mundo a infinidad de niños, y el otro Manuel se fue para Bogotá a un llamado del partido comunista. Con su metro ochenta consumió el frío de la capital en un rápido proceso de aclimatación, que transformó un poco el color de la piel de su rostro, de negro achocolatado a negro morado. Fue fundador de la Federación de Trabajadores de Cundinamarca y su presidente hasta su muerte.

Un mes después, el ejército abandona en derrota sus posiciones en El Davis. La población civil que estaba escondida en la montaña, regresa al poblado y lo reconstruye. En apariencia la situación sigue sin agitarse en una absurda y tensa atmósfera a punto de volverse añicos. Se organizan -a pesar de las amenazas de posibles ataques por parte del ejército o de los guerrilleros liberales-, las escuelas políticas dirigidas por Martín Camargo y Pedro Vásquez, a niveles de juventud, comités femeninos y para los hombres. En ese clima de incertidumbre se celebra uno de los cursos y Pedro Antonio Marín pregunta ansioso, ¿de qué se trata el curso? Le responden: de filosofía, de economía, de marxismo. Se entusiasmó ante la posibilidad, y dijo: “Si tengo campo, díganme si puedo hacer parte del curso, porque no me disgustaría hacerlo. Yo he estado mirando por ahí, las obras de filosofía, de economía, de materialismo y esa lectura me induce a nuevas cosas. Se esclarece el mundo. Éramos unos 35 hombres en el curso. Una noche, la noche anterior a la clausura, hizo Martín Camargo una brillante intervención, más bien contando la historia de Manuel Marulanda Vélez, un dirigente obrero. Hasta ese momento yo no conocía nada que dibujara la vida del otro Manuel, tampoco conocía detalles de su muerte. Yo puse atención debida a la historia que estaba escuchando, sin saber que desde esa noche, mi vida llevaría otro nombre...”.

A comienzos de diciembre de 1950, los detectives allanaron el viejo local en que funcionaban las oficinas de la Federación de Trabajadores de Cundinamarca. En una muy organizada operación entre las nueve a. m. y las cinco de la tarde, requisaron las oficinas encontrando propaganda comunista en que se denunciaba el envío de tropas colombianas a

Corea. A pocos meses de posesionarse como Presidente de la república, Laureano Gómez para granjearse la simpatía y el apoyo económico y político de la potencia del norte, había firmado el decreto y convertido a Colombia en el primero y único país de América Latina que enviaba a sus hombres a participar de una guerra que no era la suya. En el allanamiento detuvieron al otro Manuel en compañía de una treintena de sus compañeros, esposado lo condujeron al tenebroso edificio de la calle doce con tercera, anteriormente un convento, ahora reorganizado como oficinas técnicas y calabozos del Servicio de Inteligencia Colombiano. El otro Manuel no fue recibido con señales de inteligencia por los hombres que lo apresaron, el recibimiento fue salvaje. Esposado lo coloraron de espalda a una pared húmeda de color cenizo ya cuarteada. Cinco o seis hombres de músculos de piedra - decididos hombres cuando están en pandilla, bien adiestrados por falangistas españoles-, con cachiporras en las manos lo golpearon inmisericordemente sobre el estómago como si le estuvieran dando a una pared o a un bulto de maíz; lo golpearon porque el otro Manuel les gritaba enardecido que era injusto enviar jóvenes colombianos a Corea; lo golpeaban por turnos y con rabia en ascenso, porque querían escuchar la voz del otro Manuel pidiendo clemencia por su vida; lo golpeaban -ellos se peleaban entre sí por hacerlo-, para que sus palabras fuera un delirio de sangre brotando por su boca desdentada; lo golpeaban uno tras de otro en rigurosa fila para hacerle estallar sus costillas como astillas de un fuerte árbol destrozado por una tempestad de rayos; querían que suplicara de rodillas, querían del otro Manuel una confesión que los condujera a otras capturas; y lo golpeaban tanto que el cuerpo del otro Manuel se deslizaba por la humedad de la pared como una babosa agonizante de un metro ochenta de largo, desgarrándose por los calambres y el intenso dolor que puede llegar a padecer un hombre, hasta que se desplomó inerte y su cabeza quedó sumergida entre sus piernas y, para revivirlo le pusieron sobre la cabeza un fuerte chorro de agua fría que salía de la endemoniada manguera. Arrastraron el cuerpo del otro Manuel y lo metieron al calabozo, un cuarto de tres metros cuadrados, el castillo de las tinieblas, donde nunca el sol había filtrado su luz. Lo mismo el día que la noche, simplemente el día amanecía anochecido y sólo entraba la luz presurosa, cuando se abría la puerta y se escuchaba el nombre completo del otro Manuel o los nombres de sus otros veintisiete compañeros de hacinamiento. Luego, continuaban las sesiones, una o dos horas de frenéticas golpizas con una varilla, para quebrar los huesos de sus piernas largas; y de regreso, volvía la oscuridad a ser atrapada en ese cuarto. La luz la veían en un viaje interminable de la imaginación; alguien hablaba, nadie identificaba al dueño de la voz; nadie podía verse; la implacable oscuridad fue consumiendo de un solo bocado a esos veintiocho hombres. El otro Manuel de pronto sintió que por dentro era un río seco, como si alguien por maldad le hubiera extraído el aire, dejándole su garganta como una piedra pómez, ardiéndole; las ventanas de su nariz y su boca una cueva sin fondo, sus pulmones fuelles cansados, pegados a las costillas; respiraba con una intermitencia angustiosa que comenzaba a ahogarlo. Sus compañeros estrecharon más sus cuerpos, hombro a hombro sentados en quietud abismal para permitirle un espacio mayor al otro Manuel y así él pudiera respirar un poco de aire, de ese aire fétido y oloroso a moho, a polvo húmedo y hacinamiento humano en ese mínimo espacio en que defecaba y orinaban como si fueran niños sin control: hombres, humedad, mierda, orines y la telaraña que cubría ya sus cuerpos con el más fino de los tejidos. El otro Manuel intentaba atrapar el aire con sus manos; el aire denso casi solidificado, quería cogerlo para llevarlo a su boca, venteándolo a manotazos, quería sentirlo por un instante en su garganta. El estaba sentado, en ángulo su cuerpo, la espalda contra la pared que destilaba agua, erguido para soportar el ataque que se

avecinaba, se hacía cosquillas en el cuello para darse un poco de calor; sus pies helados, las manos yertas y los ahogos más fuertes y la piel del otro Manuel de negro rosado fue cambiado a negro amarillento, luego a negro verdoso, y siguió a gris cenizo para terminar en negro blancuzco; y el corazón del otro Manuel fue entonces un fatigado tren que escasamente tiene los alientos en sus calderas para impulsar un poco de humo. El otro Manuel soñaba o intentaba soñar que corría desbocado por las calles solitarias de la ciudad sin que nadie pudiera detenerlo; corría hasta reventar de alegría sus pulmones. Soñaba o quería soñar que un día podría volver a las reuniones cotidianas con sus compañeros de sindicato; soñaba o creía soñar fumando un cigarrillo del tamaño de un tabaco, aspirarlo, olvidando los ataques de asma, nutrirse del humo en su interminable tiempo de regreso para escuchar de nuevo -veinte años que no la escuchaba en la plaza pública- el bello timbre de la voz de María Cano.

El viejo Pérez, un comunista de tres cuartos de siglo, soldado liberal bajo las órdenes del general Benjamín Herrera en Panamá, en la Guerra de los Mil Días, que no aceptó regresar a Colombia amparado en los acuerdos de indulto promulgados por el gobierno central; el soldado Pérez que prefirió emigrar a Costa Rica porque se sentía un liberal derrotado, que luego fue a Guatemala y conoció a su mujer María y se casó con ella y luchó contra la dictadura de Estrada Cabrera y descansó su caminar en México donde fue soldado de una de las facciones revolucionarias y posteriormente fundador del partido comunista de ese país; el soldado Pérez que regresó a Colombia y militó con los comunistas, el soldado Pérez que había sido apresado con el otro Manuel el mismo día y en los calabozos de la doce con tercera le aplicaron la tortura del trote, al obligarlo a cargar durante horas y horas, subiendo y bajando gradas por todos los patios a otro preso de mayor estatura, al salir en libertad lo primero que exclamó ante los compañeros que lo recibieron fue: “Ayer mataron al negro Marulanda. Yo vi cuando lo sacaron muerto en una camilla, después que lo volvieron a golpear brutalmente. Mataron al negro Manuel Marulanda Vélez...”. Con esa noticia fueron al edificio del SIC a reclamar el cadáver de Manuel Marulanda Vélez en su primera muerte. *“Nos entregaron el cuerpo tambaleante, torturado y agonizante. Por eso lo entregaron. No había muerto, pero ya estaba en las cercanías de su muerte. Un hombre destruido físicamente, de mirada de ojos desorbitados...”*.

*“Hasta el último momento de su vida Marulanda fue atendido por el Socorro Rojo. El Socorro Rojo había tomado en sus manos la salvación de la querida vida de Marulanda desde comienzos del mes de diciembre pasado cuando su vida fue quebrantada gravemente, a pesar de los esfuerzos realizados por los médicos y los cuidados que le prodigó esta meritoria organización, Marulanda murió exactamente 52 días después de haber sufrido la lesión mortal que lo llevó a la tumba...”*, dice la información del periódico *Vanguardia del pueblo*, en edición vigilada por los censores oficiales.

En una habitación solitaria donde vivía el otro Manuel, cerca de la plaza de San Victorino, acostado en la cama, lo vio por última vez su compañero de luchas sindicales, Jesús Villegas: *“ Se le veía en un estado de ir como caminando hacia la muerte. El parecía no darse cuenta que estaba próximo a abandonar este mundo que tanto quería cambiar. Hablaba, sin parar, conversaba con la ilusión de seguir viviendo...”*.

En el entierro del otro Manuel que se constituyó en un inmenso acto de protesta contra la dictadura de Laureano Gómez, Julia V. De Gutiérrez, a nombre del sindicato de Obreras Cajetilleras dijo en su discurso de despedida: *“Manuel Marulanda Vélez ha desaparecido, no ha muerto; vive y vivirá siempre en nuestros corazones donde le hemos hecho un altar de gratitud y donde germinará la semilla que tan generosamente sembró. Su recuerdo personal y el de su obra serán como un faro que nos guíe, y su ejemplo, el camino que todos debemos seguir para alcanzar el ideal por el cual luchó...”*.

En El Davis, en la clausura del curso político Martín Camargo y Pedro Vásquez le propusieron a Pedro Antonio Marín: “Hola, por qué vos no te pones el nombre de Manuel Marulanda Vélez y te bautizamos aquí mismo en la escuela de cuadros del partido; la escuela marxista leninista te deja ese nombre como una cuestión de estímulo, para que lleves el nombre del dirigente obrero asesinado y lo lleves bien en alto. ¿Cómo te parece?”. “Les dije: el nombre me parece muy bueno, pero que lo pueda llevar yo, no sé, es demasiada responsabilidad. Pero con tan que me quiten ese apodo de Tirofijo -nadie en absoluto me bajaba de Tirofijo- y en mi interior era mi ánimo el de quitarme ese apodo, por ello estaba dispuesto a aceptar el nombre de Manuel...”. ¡Claro! Lo bautizamos Manuel Marulanda Vélez y el Pedro Antonio Marín pasará al olvido y así quedará en las actas de clausura del curso para el futuro de la revolución y quedarás nombrado desde hoy, nombrado con nuevo nombre, dijeron ellos. “Se pararon los estudiantes y los profesores y me dieron un fuerte abrazo. ¡Felicitaciones Manuel Marulanda Vélez! Así me bautizaron políticamente Manuel Marulanda Vélez. Así me quedé y así continuaré. Aunque en la fe de bautismo y en la cédula sigo siendo Pedro Antonio Marín. Además soy un Marín por familia y por los recuerdos que guardo como si fueran una buena sombra...”.

### **“Se lo tragó el río, a El Davis lo ahogó el río...”**

Los aires de la pacificación en los inicios del gobierno miliar de Rojas Pinilla, conducen al desplome de la experiencia social de El Davis. Un impacto que en definitiva aclara la incertidumbre de una población que había vivido bajo un régimen estricto, sujeto a normas de guerra. La posibilidad de volver a salir a los pueblos, de no sentirse perseguidos, de conseguir con relativa facilidad la sal, espermias, ropa, en fin, una población hastiada por una situación impuesta por la violencia, cambia de pronto de panorama por el espejismo de la pacificación. El Davis comienza su desplome. Lo que no había podido la guerra con sus artefactos bélicos y las tanta incursiones de tropas del ejército con el dominio absoluto de su concepción de tierra arrasada, ahora lo consigue el espectro de una supuesta paz anunciada en canciones con ritmo campesino, que escuchan por radio y en las radiolas de las cantinas de Planadas, Rioblanco, en Santiago Pérez. No existía rincón por apartado que fuera, en el Sur del Tolima, donde no se escuchara esa música, ni oído que dejara de escucharla. No eran las ideas las que convencían a la población de dar el paso a integrarse al nuevo orden. Era simplemente la posibilidad de trabajar en paz la tierra que había sido suya por tanto tiempo, el regreso al sosiego. La vida, aunque no se quiera, está encerrada en un círculo de pocos pasos andados.

Los guerrilleros liberales, como si hubieran sido invitados a una gran fiesta al aire libre, aparecieron en los pueblos, en Gaitania en Planadas, en La Herrera, en Chaparral, en Ataco,

diciendo con su voz altisonante de que no tenemos ningún problema con la justicia, que nuestra situación se arregló, por lo tanto la pelea entre liberales y conservadores ha terminado, y ahora entramos a una nueva etapa donde solamente nos quedan como enemigos, los comunistas. “Esto no lo rebajaban hasta con razón, pues en la confrontación con nosotros, estuvieron heridos de muerte y eso no se olvida con facilidad...”.

Los infundíos pululaban como hormigas arrieras llevando pedazos de hojas secas. Que los comunistas mantienen a su gente encerrada en El Davis, en cambio nosotros vamos de cantina en cantina, libremente tomando el trago que soporta el cuerpo por la alegría. Bailamos en cualquier pueblo y nadie dispara sobre nuestra sombra. Eso se llama libertad, libertad de conseguir mujer en el lugar donde aposenta su calor. “Entonces se alebrestaron en contar sus hazañas de héroes desconocidos, a gritar vivas al partido liberal y vivas al gobierno de Rojas Pinilla, a echar tiros por todo el cielo del Sur del Tolima como queriendo un desplome de lluvias. Los liberales hicieron del 13 de junio algo muy importante a su favor. El comando de El Davis no se desmovilizaba, los planes para responder a la nueva situación estaba en estudio...”.

*Mariachi* o Jesús María Oviedo había sido “un pastor protestante a quien venían persiguiendo y amenazando por los lados de Planadas. Lo perseguían por ser liberal y por ser protestante. En esa época había dos clases de persecución por parte del gobierno: la persecución política y la persecución religiosa, como en la Edad Media. Alcanzaron a detenerlo y encarcelarlo, antes de varios atentados criminales. Hasta que no aguantó más y se escurrió para el monte en busca de la guerrilla de los Loayza. Pero llegó al Destacamento de Bilbao o Sur de Atá, cuando apenas lo estábamos organizando y yo lo asistía temporalmente. Rompiendo montaña, con una guitarra en la mano. El era un gran cantante de música mejicana, por lo cual se le llamaba *Mariachi*. Inicialmente sólo se dedicó a labores domésticas de ranchero o cocinero. No salía a combatir. El decía que su religión le prohibía derramar sangre, así fuese de animal”, cuenta Olimpo que lo conoció de cerca.

Sobre el comando de Bilbao o Sur de Atá se estrechó un cerco de tropas del ejército, y *Mariachi* quería abstenerse de salir a las trincheras en razón de sus principios religiosos. Ante la amenaza de fusilamiento como enemigo, accedió a recibir una escopeta. Desde entonces la sangre dejó de asquearle la conciencia y se convirtió en un excelente guerrillero y, en los tiempos posibles siguió tocando la guitarra, el cuatro, el tiple y la lira, con excepcional virtuosismo.

*Mariachi* y *Arboleda*, miembros del Estado Mayor de El Davis, ubicados en el comando de Seúl, expresaron públicamente después del 13 de junio que desistían de su militancia en el partido comunista; ellos que tenían bajo su mando a 200 hombres, dijeron, desconocemos de hecho la dirección política y el Estado Mayor de El Davis, y en consecuencia, nosotros en el comando de Seúl nos independizamos y buscaremos la unión definitiva con los liberales. Ellos recogieron el evidente descontento que existía contra la dirección de El Davis, en relación con la aplicación de criterios esquemáticos, inflexibles, agudizados aún más por la promulgación del acuerdo del comunismo de guerra. *Mariachi* había sido un acérrimo crítico de la continuidad bélica contra los liberales; no entendía la participación de las mujeres y de los niños en el trabajo voluntario en las parcelas y en algunas actividades

militares, porque pensaba que esto era atentatorio contra la organización familiar estable. Luego diría, años después, que por su actitud crítica, los comunistas habían planeado un complot para asesinarlo. En ese momento, era más importante el ansia de un aciago caudillismo que la unidad del movimiento. Los dos tuvieron un sagaz sentido de la oportunidad política, se percataron de que el camino de más éxito, por las circunstancias difíciles y complejas, sería la alianza inmediata con los liberales. “Oportunistas de bajo calibre. Se fueron por los lados del Valle y echaron rejo a unas 200 reses y las repartieron entre pocos, a su personal le pagaron una especie de salario por acompañarlos. Se enriquecieron rápidamente”. El despojo con fines lucrativos individuales en la guerra produce inmensas ganancias y despierta apetitos que sólo se apagan con los bolsillos llenos y una influencia sobre la población a muchos kilómetros de distancia. “Se voltearon en mala hora contra el comando de El Davis y eso resultó fatal, trajo repercusiones sumamente negativas, muy malas... El *Mariachi* y *el Arboleda* me escribieron insinuándome que hiciera lo mismo que ellos, insistiendo para que volviera al lado de los liberales. Les contesté fraternalmente, que yo no era de esa condición humana, que tenía otra concepción y otra formación desde temprana edad, que pensaba en cosas más avanzadas que ser un traidor y un miserable revanchista. Que no podía ocupar el puesto que me ofrecían en una supuesta revolución liberal, como ellos pretendían ocuparlo, apareciendo ahora ante la opinión pública como héroes y hombres tan sacrificados por una causa, para culminar en el más triste de los papeles que pueda llegar asumir un hombre de tropa, como es el de combatir a sus propios hombres, a sus compañeros de lucha...”.

Por su experiencia acumulada en innumerables avatares, Manuel Marulanda comprendió la imperiosa necesidad de contar siempre bajo su mando con un grupo elite de combatientes que él mismo se había encargado de seleccionar, preparar y vigilar como maestro; un grupo de mutua confianza, unidos en sus virtudes y en sus defectos, con un formidable despliegue físico y un profundo accionar disciplinario, que respondieran a circunstancias críticas y que en un momento dado asumieran sin temor funciones de comandancia. Un sentimiento muy suyo, de raigambre en la visión militar de alguien que piensa y funciona en el quehacer del oficio de guerrero. “Voy a decirle, aunque no soy creyente, se había creado con anterioridad un grupo que se conocía como la fuerza especial, la fuerza móvil, compuesta por comandantes de baja graduación, pero prácticamente comandantes; 25 hombres con la opción de anexarle 20 ó 30 hombres más cuando fuera necesario. Esa fuerza especial la componían *Charro*, mi persona, los Murcia, Jaime Guaracas, Antonio, Jesús Antonio mi hermano, el hermano de *Charro*. Un equipo de hombres, con mentalidad de comandantes que fue decisivo en esa maraña compleja que vivíamos después del golpe de Rojas Pinilla...”

La decisión de *Mariachi* produce un enorme desconcierto en el mando superior, ellos no creen que el enemigo está tramando veladamente una serie de planes; que están ganándose a otros comandantes. La autosuficiencia de quienes se creen infalibles. En El Davis hay poco personal armado; mucho están de comisiones, otros andan con permiso. “Cuando la situación había crecido a ese tamaño, en lo externo con huesos de gigante, en lo interno con ambiciones humanas, Martín Camargo y Pedro Vásquez plantean un proyecto para que lo discutiera el mando, luego la asamblea, sobre la salida definitiva de El Davis. El Plan marcaba rumbos para *Ciro* hacia el Valle, marcaba rumbos para *Richard* que debía dirigirse hacia Villarrica. Abandonar el territorio del Sur del Tolima, continuar la lucha armada,

ampliar la organización política y la influencia de masas, para unificar en el futuro a todas las comisiones sobre un objetivo, dejar a los *liberales limpios* en el medio, dejarlos taponados, cubrirles las salidas, metidos en su círculo y los comunistas por fuera creciendo a varios niveles. Planteamiento supremamente acertado, pero en una situación tardía, el tiempo nos había agarrado del cuello y nos tenía a punto de ahorcamiento. La fuerza especial se mostró de acuerdo. Pero uno ya veía el desaliento brotando por los dientes, ya uno veía el desaliento en los ojos de un mando perezoso; el capitán *llanero*. Los *Arrayanales*, uno los veía con el mundo perdido para sus ánimos, como sin perspectivas, como si todo hubiera desaparecido, como presintiendo que algo va a pasar y ese algo no se intenta detener, se recibe con físico pesimismo. Uno notaba ese ambiente en el mando que había sido tan alegre, tan activo y enérgico en el cumplimiento de las órdenes. Se definieron pautas para un próximo acercamiento en la periferia con los desplazados, se acordaron los contactos por la vía legal, en fin, a El Davis ya se lo estaba tragando el río, las aguas del río llevándose de brazos a El Davis...”.

Un día, a las siete de la mañana, Marulanda había terminado de hacerle limpieza a su arma, cuando recibió una carta firmada por los Loayza que aún estaban vivos, en que le escribían un ultimátum: a tales horas llegarán a El Davis 300 hombres y esperamos que usted no se oponga a la entrada de nuestras tropas. Todos los mandos de El Davis han manifestado su acuerdo con nosotros y las conversaciones se dirigen a unificar en un solo comando, en un solo movimiento liberal sin comunistas, a los hombres en fila que operan en el Sur del Tolima. Esperamos que usted no se oponga a la entrada de nuestras tropas. Los cuatro comunistas que aún permanecen en el comando serán pasados por las armas y finalmente todo quedará resuelto en el Sur. Nada más decía la carta y muchas firmas estampadas. “Yo le pegué tales lecturas a la carta, detenidamente la leí durante la mañana y pensé entre mí: todos estos corrompidos están comprometidos, todos estos tenientes, capitanes esperan la llegada de esos vagabundos que me escriben sin vergüenza una carta, porque saben que me les he enfrentado y me les hubiera enfrentado. ¿Cómo iba a permitir que vinieran así no más a matar a los dirigentes de El Davis? Nunca, esa posibilidad no cabía en la cabeza por su tamaño, ni por el carambas...”.

En vista de la gravedad de lo escrito en la carta, Marulanda buscó a Martín Camargo, a Pedro Vásquez, a *Lister* a *Wilcken*, a *Timochenco*, reunió al personal disponible para la defensa de la zona les dijo: “La situación explotará estos días y a ustedes los van a matar. Aquí no existe una fuerza capaz para detener el asesinato. No es la mejor situación para ustedes, como para mí, aunque de todas maneras me les voy a oponer. Mis fuerzas no son suficientes para rechazar un ataque de 300 hombres y al final todos resultaremos de víctimas. En la tarde nos organizaremos, la salida será cuando oscurezca. Con tal que pasemos a tiempo el río Saldaña y subamos la Cordillera hasta la punta que llaman La Pereza, me comprometo a garantizarles la vida. Les advierto la gravedad de la situación y espero que me avisen a las cuatro de la tarde, si aceptan mi propuesta”.

Marulanda habló con certeza y seguridad a la comisión especial unos 20 hombres, el resto andaba con Charro por los lados de Planadas, les dijo que creía que otros comandantes de El Davis estaban comprometidos en el complot, y agregó: “La única fuerza para resistir es la fuerza especial. Pero no creo que lo más correcto sea la resistencia en el comando...”. A las cuatro de la tarde llegó *Lister* y le dijo a Manuel: “De acuerdo...”. Manuel le respondió: “A las seis y media de la tarde deben estar formados en el patio y cada uno debe salir de su



campamentico y de su caletica, con su señora y con lo que tenga a disposición, porque nos vamos por encima del mando y de quien se oponga. El mando no se atreve a decirme que no me vaya, porque me conocen como una persona respetable y de verdad que me conocen, si tratan de impedir la salida, les voy a dar plomo. Conocen lo que puedo hacer con la gente que tengo. Si es necesario, nos damos plomo, le dije yo a la comisión especial...”.

Equipados, listos para marchar, como para cumplir un simple requisito. Marulanda le dijo al oficial de servicio: “Parte, que nos vamos”. El hombre respondió sorprendido: “Como que se van a ir, si las órdenes del capitán...es que nadie puede salir del comando”. Manuel sin sulfurarse le dijo: “Con visto bueno o sin visto bueno, querido oficial de servicio, gústele a usted o no le guste, gústele o no le guste al Estado Mayor, me voy. Porque va a explotar una contrarrevolución y van a matar a todo el mundo. Ustedes han desperdiciado grandes trechos, grandes espacios políticos, han desperdiciado la formación que recibieron. Lo que tienen en la cabeza es un inmenso viaje de cucarachas ya empollando. Entonces, caballeros adiós, adiós, y cuiden la vida porque la muerte ya está al acecho...”.

Algunos comandantes, entre ellos *Cardenal* le pidieron a Manuel que los llevara con él; se negó rotundamente. En la primera avanzada les dijeron: “no hay salida”. Marulanda les dijo: “Salimos con autorización o sin ella, pero nos vamos...”. Los hombres de la avanzada respondieron: “Nosotros no vamos a pelear con ustedes. Salgan”. Existía el temor que de pronto algunos de los capitanes comprometidos se les pusieran a las espaldas, salieran en bloque a perseguirlos. No sucedió. La segunda avanzada estaba situada sobre el río Saldaña y el peligro era La Hamaca, especie de puente colgante, porque se debía pasarla en la noche. “Sabíamos que se opondrían al paso, era claro. Entonces hice pasar a los guerrilleros que sabían nadar. Luego llame a gritos al responsable de la avanzada desde la orilla opuesta. Los hombres pasaron el río a nado, a volapié rodeando al grupo de avanzada. Les había dicho: ustedes le caen a la avanzada y cuando estén cerca, les hago una señal. Entonces yo llamo de este lado, si no aceptan el paso, entramos en acción. Contestaron de la avanzada: “A estas horas de la noche, no hay paso. Es la orden”. Les dijimos, dan paso o los atacamos. Contestaron: que ataque no, que cómo iba a ser...Los compañeros ya los tenían encañonados. No digamos para dispararles, pero listo por si no daban el cruce. Pasamos...”.

Le cayeron al comando de El Infierno, en el cual estaban acantonados más de cien hombres. Querían sacar a *Cleto*, un dirigente político que había llegado a El Davis en la Columna de Marcha. “Un hombre muy estimado por nosotros. Tenemos que sacar al paisa, porque al paisa lo matan”. En el patio de formación, en un movimiento rápido tomaron posesión de tiradores, atrincherados por si algo sucedía. No hubo intento de nada raro. Localizaron a *Cleto* y le dijeron: “Mire, camarada Cleto, venimos a llevárnoslo, porque existe una situación imposible y usted no tiene escapatoria. Lo van a matar. Alístese”. El hombre contestó entristecido: “No puedo, lo siento mucho. Entiendo que la situación es delicada y corro peligro, pero no puedo marchar solo dejando a la mujer y a los hijos”. Le dijo Manuel: “Camarada, mañana usted estará muerto y los hijos estarán sin usted. Mejor camine, déjelos que después veremos qué hacer por ellos”. Respondió *Cleto* más triste: “No es posible. Imagínese que 30 años viviendo con la mujer y ahora dejarla abandonada. No soy hombre de esos sentimientos. No puedo hacerlo”. Le dijo Manuel: “No se ponga, Cleto,

a arriesgar su vida tan tontamente. Camine hombre hágalo por su vida...”. No lo convencieron. Al día siguiente Cleto estaba muerto, su mujer viuda, sus hijos huérfanos.

En el patio se formó una discusión acalorada: “Por qué van a llevarse a esos comunistas. Ellos deben quedarse en el comando, para matarlos...”. Crecía la amenaza. Cuando llegó Marulanda y habló a la tropa reunida: “A callarse todo el mundo, si no quieren que les demos bala...”. Respondieron en coro: “Bala no...”. Les dijo Manuel: “Bala sí, porque conmigo es así. Ustedes saben que somos la fuerza especial. Saben que peleamos con ustedes o con quien se nos presente. Nos vamos. Salimos...”. Les amaneció en El Alto de la Pereza. Cuando descansaron un poco del trote, Manuel más tranquilo les dijo a los hombres de la dirección política: “Se salvaron ustedes, nos salvamos nosotros. Adelante, si se dan combates ya no tendremos problemas, combatiremos en nuestro terreno”. Avanzaron un tramo y esa noche durmieron con la guardia montada. “Atrás, el río creció y ahogó a El Davis y todas sus ilusiones sembradas. Las aguas se llevaron a El Davis...”.

#### 4

### LA OPERACIÓN MARQUETALIA, LA GUERRA QUE AUN NO HA TERMINADO

#### **Historias de espanto contadas por Manuel**

*Después de la Segunda Conferencia Guerrillera constitutiva de las FARC, realizada en un lugar del Meta, con un comando salimos rumbo al Guayabero. Ya en plena selva, región adentro, al acercarnos al río Papamene, río grande que le caen las aguas del Guayabero, le caen las aguas del Platanillo y del Tigre y lleva sus aguas por los Llanos del Yará para encontrarse un día con las aguas del Guaviare, y como se había producido ya una operación militar contra nosotros, por precaución enviamos la exploración para que fuera a ver qué se veía, a explorar rastros, señales de paso de tropas. Regresaron los muchachos de la exploración ya de tarde y dejamos descansar el cuerpo, al otro día le caeríamos a la vega. Entre perplejo y confuso me quedé dormido, pensando en la información de la exploración. Mi perplejidad se relacionaba con el hallazgo que habían hecho. Ellos estaban asustados y sorprendidos:*

*-Mire, camarada, sólo encontramos los rastros de la Patasola.*

*-¿Cómo así, el rastro de la Patasola, hombre?*

*-Sí, camarada, el rastronón de la Patasola y bien pisado -lo repitieron afirmativos los cuatro.*

*El guayabero es una selva inmensa de cielo verde, en las copas de la arboleda, las manadas de monos traviesos aúllan, saltan y juegan, como si estuvieran haciendo piruetas en la frondosidad de las nubes.*

*-La Patasola no existe, no me vengan a convencer con esos cuentos. Estoy llegando a viejo -tenía más de treinta y pico de años-, y ustedes ahora hablándome de Patasola. Quedó la duda sembrada en los cuatro.*

*A las seis de la mañana del otro día, organizamos la salida, y los muchachos de la exploración en un tono de advertencia, me dijeron:*

*-Queremos repetirle, que nosotros sí encontramos los rastros de la Patasola. En eso no se equivocan los ojos. Pero, como ustedes no creen en la existencia de la Patasola, cuando lleguemos a la vega del río, van a encontrarse con la realidad de sus huellas.*

*-Por favor hombre, ni viendo sus rastros bien dibujados en la tierra, no me van a meter en la cabeza su existencia. Esa historia es una vieja invención de los viejos más antiguos -les dije.*

*Ya cerca de la vega del río, uno de los muchachos me llama y me muestra un rastro de pie limpio, bien marcados sus cinco dedos, como si el dueño de la pisada calzara por lo menos zapatos número 50. Una huella grande y hundida en la tierra con fuerza y muchas ganas. Ellos me insistieron:*

*-Se da cuenta, mire el rastro.*

*-Pero si es el rastro de una persona.*

*-No camarada, no es rastro de una persona. No ve la grandura. Ese es un rastro cinco veces más grande que el rastro de una persona y bien alta. Además, por aquí no viven hombres o mujeres que les falte una pierna. No es región para andar con una sola pierna.*

*-Dejen la fiebre en la imaginación y marchen hacia la vega con cuidado, no sea que la Patasola esté disfrazada de hombres atrincherados, esperándonos en la orilla del río. De pronto la huella sea un señuelo. Los cuatro arrancaron, refunfuñando:*

*-Está bien que ustedes no crean en estas cosas, pero uno tiene el derecho a tener sus propias creencias. La verdad es que vamos a seguir encontrando los rastros de la Patasola.*

*Eso no tiene vuelta de engaño.*

*Cuando de pronto, uno de los muchachos de la exploración se devuelve un poco agitado, en sus ojos una mirada extraña.*

*-Compañero, que localizamos a un tipo. -Yo me reí para mis adentros; ellos de verdad muy serios.*

*-Ah, por ahí va a estar la Patasola. -Nos desplegamos por unas piedras y por unos barrancos, evitando dar blanco, en disposición de responder al fuego. Luego del ajetreo, dijeron los muchachos en comunicación:*

*-El hombre nos vio y se escondió.*

*Ordené que saliera un guerrillero, hiciera una señal con las manos, evitando que le fueran a acertar un tiro. El hombre comenzó a hacer lo mismo: sacaba la cabeza, la escondía, salía por la izquierda de la piedra, aparecía por la derecha de unos arbustos, como indagando, como queriendo comunicarse, para acabar por fin con la duda de su existencia. El guerrillero y el hombre siguieron el intercambio de señales, que duró un largo rato, y el hombre resolvió salir de su escondite y venir hacia donde estaba el grupo, sin ademanes ofensivos con armas de fuego. Era Morales, un guerrillero que andaba en comisión por el Huila; Morales más conocido como el “aparecido”, porque una tarde al intentar cruzar el Guayabero embravecido en sus aguas, en una balsa llena de armas, una de las sogas con que jalaban la balsa otros guerrilleros, desde una de las orillas, se rompió y, Morales se envió sin quererlo al vaivén de las corrientes y duró hasta la madrugada viendo crecer el agua que salpicaba espumas, cuando dos grandes piedras como fuertes brazos aprisionaron a la balsa. Morales siguió impávido en la mitad del río sin saber qué hacer, porque no sabía nadar, ya a la espera de su destino; subieron las aguas en sus corrientes, cubriendo sus piernas, Morales adormilado por el cansancio, como hipnotizado por esa fuerza natural, que lo envolvía y parecía llamarlo por su nombre y las aguas en un arranque de compasión le golpearon la espalda y lo lanzaron ileso, a las riberas del río. Morales duró cerca de quince días para volver a la zona, y cuando apareció, por su amarillez de muerto -sobrevivió comiendo frutas salvajes, tubérculos y raíces-, por su ropa raída, por el desgonce de su cuerpo, por el ansia que demostró al comer la sopa caliente, y por la misma noticia que ya había corrido de que Morales había muerto ahogado, se comenzó a decir que Morales se había “aparecido” estrenando piel de nueva vida. Nos saludamos con Morales. Entonces, le pregunté a Morales:*

*-¿Quién subió hasta aquel sitio donde está la piedra grande?*

*-Yo fui a hacer un reconocimiento de terreno y subí hasta donde usted dice.*

*-¿ustedes dónde encontraron los rastros? -le pregunté a los muchachos.*

*-En la parte alta, donde está la piedra grande, cerca del barranco que sobresale, y seguimos sus rastros hasta aquí, ya cerca de las playas del río.*

*-Ese rastro era yo -dijo Morales. Resulta que me fui sin zapatos, porque iba en un reconocimiento. Entonces para no dejar rastros en la arena que me fueran a delatar, hice saltos largos, tan largos que solamente alcanzaba a encaramar un pie en el aire y dejaba caer el otro sobre las piedras o sobre la arena, y con el impulso de la caída, la huella se iba agrandando. Yo quería marcar una sola huella para despistar al enemigo.*

*Los compañeros con su brava conversa, ya habían convencido a otros guerrilleros de la existencia de la Patasola. Ente ellos se habían comunicado sus temores secretos. Los vi*

*luego, desilusionados, creo que para ellos hubiera sido importante encontrar la veracidad de las huellas de la Patasola. En la cabeza existen historias que en verdad, a uno le gustaría un día verlas en la realidad.*

**“Tenemos que cruzar tres cordilleras como aquella...”**

*Charro Negro* con su imponencia de indígena curtido, su pelo erizado de hombre que el tiempo no deja sombras en la piel, pleno de vigor y su increíble facilidad de palabra, reunió en el tercer día al personal armado -en los días anteriores él y Manuel Marulanda habían discutido y acordado los planes pertinentes con los miembros de la dirección política de El Davis, que ahora tendrían que seguir huyendo hasta llegar a Villarrica- y, les dijo a los hombres en la formación: “Ustedes han visto a los aviones aflojando propaganda como si estuvieran poniendo huevos, en la que dicen que la dictadura conservadora cayó y lo reemplazó un militar llamado Rojas Pinilla, que anda ofreciendo acabar con la violencia para que la sangre, según él, pueda seguir su río normal en las venas de los hombres. Dice la tal hoja de propaganda, que el general está haciendo llamamientos a los guerrilleros para que se desmovilicen, cesen en la lucha y entreguen las armas y participen como civiles en la llamada pacificación; les ofrece paz, tranquilidad para que regresen a sus tierras y les garantiza que sus vidas no tendrán un tiro afinado en la espalda”. Con su sombrero alón en la cabeza, firme, las piernas en ángulo, las manos entrelazadas en la espalda, dijo *Charro Negro* a sus hombres: “Ahora nos toca esforzarnos más, porque muchos campesinos han caído en las redes de la ilusión de esa paz que les están ofreciendo. Es una ilusión que ha encontrado buenos oídos y ha puesto a latir el corazón de muchos por la emoción. Hay cansancio en la población con toda razón. Nadie quiere seguir viviendo como fiera acorralada, nadie quiere ver crecer a los hijos con el azote de la muerte en los ojos y, un respiro de paz, pues es apenas natural que muchos quieran aprovecharlo. El Davis se desplomó y se despobló, las familias salieron para sus fincas a buscar rehacer sus vidas y sus patrimonios perdidos. Nosotros en la dirección tenemos otros planes diferentes a entregarnos, porque nuestro destino está trazado y, esos planes vamos a cumplirlos. Sabemos que el gobierno de Rojas Pinilla no es el gobierno que necesitamos los colombianos, el gobierno por el cual hemos trajinado rompiendo montaña, viendo crecer otra montaña de muertos. Es un gobierno militar que hoy o quizá, la otra semana, nos estará persiguiendo como animales de monte. Sus promesas son como una trampa mortal y nosotros no somos tan inocentes para caer, así, tontamente en esa trampa...”. Y *Charro Negro* gesticulando con las manos, dijo ese tercer día a sus hombres: “Hemos oído en los corrillos, que muchos de ustedes quieren dejar la guerrilla, salir a buscar trabajo en los pueblos, juntarse con sus familiares...Razón poderosa ese sentimiento y nadie puede sacar esos sentimientos de sus cabezas. Pero, queremos hacerles claridad, es nuestro deber, de que lo único seguro en estos tiempos de tormenta, es el fusil, cualquier otra ilusión es meterle tembladera al cuerpo del hombre. Eso nos enseña la vida, y esta paz no tendrá mucho tiempo de existencia. Vendrán, estoy seguro, nuevos tiempos de persecución. No vamos a entregar las armas que tanta sangre tiene acumulada en sus gatillos. La sangre nuestra, la sangre de tantos que no pudieron huir a tiempo para salvarse. No vamos a entregarnos empujados por esas promesas escritas en papeles, que siguen volando y seguirán volando sobre estas montañas como pájaros engañosos...Si quieren tocarnos la piel, que se acerquen y nos ericen, pero nos van a encontrar armados. Sabemos por la

información que vino caminando, que los Loayza, el *Peligro*, el *Mariachi* y el tal *Arboleda* se entregaron de pies y de conciencia al gobierno militar, ilusionados por la dirección nacional liberal. Ellos son hombres con otro destino. Veremos en qué terminan como hombres, ya no van a cambiar de pensamiento. Pero, nosotros no nos entregaremos, ya nos tapamos los oídos para no escuchar esas promesas que levantan de pies a la desconfianza...”. *Charro Negro* y Manuel Marulanda nunca pudieron leer el compromiso firmado entre Gerardo Loayza, Leopoldo García, *Peligro*, *Mariachi* y *Santander* y los delegados del gobierno militar, para formalizar la rendición, en documento que resumieron en cinco puntos y en uno de esos puntos, en el 5- se hacía una clara referencia a ellos: “*Estamos tan confiados en los nobles propósitos de las fuerzas armadas, representadas por el egregio militar Rojas Pinilla, que no solamente nos entregamos gustosos, sino que estamos dispuestos si así nos lo exige el gobierno a colaborar con él para extirpar a los verdaderos maleantes que no atienden al patriótico llamamiento del gobierno*”. Y *Charro Negro* en su voz de tono bajo, como hablándoles personalmente a cada uno de sus hombres, les dijo: “Queremos decirles en esta formación: Los que quieran marchar con la guerrilla pueden hacerlo voluntariamente. Esta no es lucha de hombres obligados a la fuerza. Los que no, pueden irse ahora mismo. Pero no olviden la advertencia: la paz dura poco con esos gobiernos, en cambio la guerrilla tiene una vida larga. La única condición para salir, es que nadie saldrá armado, porque las armas pertenecen al movimiento, es una vieja norma que ustedes conocen. Con estas claridades, dos pasos adelante ¡los que quieran seguir siendo guerrilleros!”. *Charro* espera rociando con su mirada a los hombres que van a dar los dos pasos adelante para quedarse; mentalmente los va numerando. El resto saldría en busca de posibles ilusiones y de encontrar la manera de ayudar a sus familiares. Al numerarse la fila de adelante, “sólo quedamos ocho muchachos con *Charro* y Marulanda, puros muchachos. *Tula*, hermano de Isaías Pardo, *Coronita* otro hermano de Isaías que andaba en junta de *Charro*, Gustavo y otros que no recuerdo el nombre. Quedamos ocho muchachos cuidando la sal. Muchos salieron con permiso, los que volvieron demoraron quince días. Pero no regresaron muchos de los ochenta que éramos”, precisa Jaime Guaracas. Sus hermanos Marco Antonio y Jesús se fueron de nuevo para El Davis, volvieron en dos ocasiones por él, pero Jaime Guaracas ya había decidido lo que haría con su vida. El pensó: soy un hombre de monte, delante de mí, la montaña espesa y tupida, la selva clara y las laderas semidescubiertas, los cafetales y los planes en línea hasta el horizonte, los rastrojos cara a cara de frente a los pastales verdes. Ese, mi paisaje. Escuchó la voz de *Charro*: “¡Con ustedes! -taconearon los hombres de la primera formación-, pueden retirarse y preparar *gato*, porque salimos esta noche” *Charro* dirigiéndose a la segunda formación: “Les dijimos que a nadie llevaremos a la fuerza. Pero no olviden el camino de la guerrilla, si de nuevo se sienten hombres perseguidos. ¡Pueden retirarse!”

Veintiséis guerrilleros marcharon con Marulanda y *Charro Negro* hacia el Cauca, ruta a Riochiquito. Los dos al mando, Alberto López, teniente *Baena*; Juan Antonio Rodríguez, teniente Antonio; Gregorio López, sargento *Cacique*, los guerrilleros Jesús Marín, hermano de Marulanda; Isaías Pardo, su hermano *Tula*, un hermano de *Charro* conocido como *Virgen Santa*; Carmelo Perdomo, o sea Gilberto López; *Coronita*, *Nerón*, Gustavo, Agustín Cifuentes, David Molano, Jaime Guaracas, Rogelio Díaz, Ruperto, *Faenza*, *Idilio*, *Pomponio*, Pedro Pablo Marín, padre de Manuel Marulanda, su hermana Rosa y Domitila, su mujer; Lucero y Luz Dary. “Decidimos llevarnos a las mujeres, sin importar las dificultades. Es que la guerra produce una inquieta nostalgia por la ausencia del calor de la

compañera y el cuerpo pide afanosamente el regreso que encuentra el mismo fuerte abrazo, el abrazo que uno no quiere desamarrar, el abrazo de la despedida, el abrazo de una noche cualquiera. Pero ahora, no siempre se puede andar junto al calor de la compañera, junto de oídos para escuchar sus palabras... En el Sur del Tolima no podían quedarse siendo compañeras nuestras. Nosotros sabíamos, no existía error en la apreciación, que muchos años no volveríamos a pisar estos territorios...”, pensó Marulanda al comenzar la marcha.

Julio y agosto, dos meses merodeando por los alrededores de Planadas, presionados con insistencia por el enemigo aliado con los *liberales limpios* y “algunos de nuestros antiguos compañeros de El Davis, que nos obligaron a retirarnos hacia los lados de Gaitania”. Un mes en el despiste, borrando trillo, haciendo los cruces cuidadosamente, no durmiendo en casas, durmiendo a la intemperie en rastros cubiertos, deambulando, escurriéndose en jornadas planificadas; un mes en que aprovechan para adquirir municiones compradas a intermediarios del ejército. Siguen huyendo a través del territorio del Huila; en la huída descubren que la población está constantemente amenazada por los *liberales limpios*, la masa al contrario de darles apoyo en información, en comida y en baquianos, los denuncian por el temor a perder la vida si colaboran con ellos; la pacificación de Rojas Pinilla influye poderosamente en la mente y en las actitudes de la gente. Ellos son los “maleantes” que no atendieron la mano de la pacificación, los enemigos del gobierno militar; son como un lastre social, hombres con quienes no se debe entablar diálogo alguno, rehuirlos, mantenerlos a una prudente distancia, porque se han convertido en una terrible enfermedad contagiosa. Nadie quiere verlos, los ven y les dan la espalda y tres o cuatro horas después, tienen a los talones, tropas combinadas con civiles armados. Enemigos entre los amigos, absolutamente desconocidos entre los conocidos el cansancio no podía dormitarse en los viejos y establecidos *encaletaderos*. “Uno sólo podía guarecerse de la lluvia cobijado en su propio olor, lo único que acompañaba al hombre toda su vida, uno sólo confiaba en las pisadas de sus propios hombres; se fue cerrando el cerco inclemente que nos acosaba, como si sólo existiera para los hombre el más crudo de los inviernos. Pero teníamos que romper si queríamos sobrevivir, la coyunda de nuestra piel y la respiración que ya comenzaba a producirnos un criminal ahogo...”. La rotunda necesidad de volver a entablar “la conversa con la población. Era lo vital...”.

Entre las dos y las seis de la tarde, estaba Jaime Guaracas de guardia vigilando la ruta por seguir esa noche, viendo como alelado la lejanía de los picos de una Cordillera, un barco anclado entre las nubes -luego se enteraría que eran los picos de las Cordilleras de Bolívar-, pensando que el grupo se disponía a atacar esa región; imaginaba que la acción se haría en dos o tres días. Fue a visitarlo, como es normal que sucedan el puesto de guardia, el teniente Antonio, un viejo combatiente de El Davis, cargado como ninguno de bondad, y Jaime inquieto sin esperar el saludo, le preguntó al teniente Antonio: “Compañero ¿qué sitio vamos a atacar...?”. Antonio respondió, como viendo por los ojos de aquel muchacho la curiosidad por la lejanía de aquella Cordillera: “Despreocúpese, que por ahora no pensamos en ataque alguno, si eso está pensando. Ahora, sólo tenemos los pies listos par la huida. El plan es y será de tiempo largo, cruzar tres Cordilleras más como aquella que está miando”. Jaime deseaba salir de la maraña de sus pensamientos. El teniente Antonio quería acabar con sus dudas, dándole palmadas cariñosas sobre el hombro izquierdo; le dijo: “Si está pensando en volver a El Davis, póngalo en entredicho. Ese no es el pensar, nuestra actual preocupación. La preocupación real, es que no sabemos cuál será la situación que

encontremos en la travesía de las tres Cordilleras. Ahora, seguiremos en el galope del repliegue, hasta encontrar otra suerte que nos mejore un poco el semblante...”. Jaime seguía embelesado descorriendo el velo de nubes vaporosas que ocultaban la larga travesía de las tres Cordilleras. Esa noche, comenzaban a subir lentamente la primera.

Ya con un poco de apoyo en la población, debían cruzar clandestinamente, la región de Santa María, zona conservadora, armada como si estuviera sembrada de espinas, fusiles y escopetas. “Gilberto como baquiano nos indica la casa de un liberal, firme en sus ideas, que seguramente nos ayudaría con una remesa que necesitábamos, y al llegar a la puerta de la casa, la puerta se abrió y tuvimos como recibimiento una terrible nidada de *pájaros*, que abrieron fuego contra nosotros, hiriendo al teniente Antonio; nos replegamos a tiempo, fue un intenso combate de tres horas y los *pájaros* cayeron desplumados, muertos y sin armas...”. Al descubrirse el grupo a la luz del día, cien hombres los persiguieron, se tirotearon, y durante cuatro días, vivieron internados en la selva, racionando la comida, hasta salir ilesos, amarillentos de hambre y barbados, a un sitio conocido como La Armenia. De camino vieron ruinas de casas de liberales, cayéndose por las paredes a consecuencia de los incendios, por la inclemencia del invierno, por el abandono de sus habitantes. Al atravesar la Cordillera a paso lento de mula cansada, llegaron a un sitio conocido como Bolívar, Marulanda dio la orden de alistarse y preparar comida; instaló personalmente la vigilancia en la entrada del camino, los hombres se quitaron los equipos como despojándose de una inmensa carga, tomaron la sopa desabrida y trataron de dormir un poco. Los conservadores estaban alerta y quisieron darles un golpe sorpresivo a las cinco de la mañana, “se les devolvió el golpe, dejaron en el sitio a muchos muertos y lastimosamente, en un gran esfuerzo, arrastrados sacaron a sus heridos”. Siguieron por un camino abandonado, cubierto de rastrojo alto, señal de que nadie lo había pisado en mucho tiempo, rumbo hacia Petilia, inspección de Iquira, todavía en los límites del Huila; planificaron una acción a una vereda, La Bodega. “Charro salió en comisión de búsqueda de otros contactos, yo me quedé con el resto de hombres a su espera y, tuvimos noticias lamentables de que fue asaltado por tropas del ejército, cayó su hermano y en el susto, los hombres dejaron sus equipos. En nuestra acción en La Bodega, 25 conservadores perdieron la vida, les cogimos algunas armas por cierto malitas y nos proveíamos de muchos artículos de utilidad...”. Dos días después, Manuel y Charro se dieron de nuevo un abrazo fraterno, al encontrarse de camino; al descansar, aprovecharon para tomar como ruta a río Negro, límite entre el Cauca y el Huila. Conocieron el terreno, hablaron con muchos campesinos y siguieron las curvas interminables de las márgenes del río Negro, imposible río de pasar en invierno; cruzaron el municipio de Belalcázar, y en ese recorrido sin incidencias peligrosas, escucharon en la voz de los sobrevivientes, la voz que perdura en la memoria del hombre, sentados en rueda escucharon la historia de esa población perseguida por los conservadores latifundistas, por la policía y Monseñor Vallejo, pobladores raizales calificados de *veintiocheros*, porque un día el pueblo se levantó contra los atropellos interminables del señor alcalde, que ordenaba y mataba a quien quería, y el pueblo decidió cobrar venganza en forma directa, asaltó sorpresivamente a Belalcázar, fusilando en pocos minutos a los policías, colocados de espaldas a una pared de barro, pintada de blanco; fusilando con rabia acantonada a muchos *pájaros*, al ordenarles hacer la última fila de sus vidas, y en la euforia, después que muchos hombres vieron sangrar su lenta muerte, por una equivocada conducción del levantamiento, la población se dio al trago para celebrar la victoria, que culminó en una tremenda borrachera colectiva que los hizo caer a tierra, inconscientes y,



cuando llegó el ejército se aprovechó de la alegría masificada en el alcohol y comenzó con fina puntería sobre blancos inmóviles la masacre de hombres que no daban razón de sus hechos y los que pudieron escapar fueron perseguidos hasta que los iban eliminando en el sitio que los encontraban y, esa noche, Manuel, *Charro* y sus hombres, sentados en ruedo, escucharon de la memoria de los sobrevivientes, la voz que les refirió la historia de los *veintiocheros*, porque los sucesos habían acontecido un 28 de noviembre de 1950.

“Nos distribuimos en tres comisiones, una a cargo de *Charro*, a otra a cargo de Antonio, la tercera a cargo mío, y nos dimos dos meses, tiempo prudente para contarnos cómo había sido la experiencia del acercamiento con la población. La conclusión fue clara, debíamos quedarnos en la zona para continuar la organización y preparar algunas acciones de tipo militar. La población quería que nos apropiáramos de su venganza mordida en tantos años de atropellos sufridos por la persecución. Comenzamos a recoger la información sobre los movimientos de la tropa y de la policía...”. Al regresar al campamento las dos comisiones, el gobierno ya tenía noticias de la existencia del grupo. El campamento se había abierto a los ojos de la población y también a los peligrosos ojos del enemigo. Instalaron un puesto de ejército en la hacienda de río Negro, con el fin de ubicarlos y no tardó una semana en efectuar el asalto, en el cual murieron dos guerrilleros. “Ante las acciones continuas de las tropas, respondimos con éxito, no éramos presa fácil de coger como a tórtolos con las manos, a pesar que no teníamos un gran dominio del terreno. Nos acreditamos como guerrilla que peleaba, ante la población perseguida, que aún dudaba con cierta razón de nuestra capacidad de combate. Dos nuevas acciones en el corregimiento de La Bodega y luego, por una decisión de la dirección, elegimos a Riochiquito, en la parte alta, por las características geográficas para establecer el comando. Ya finalizábamos el año 53 y por lo menos, dejamos un poco de trasegar tanta montaña y selva, y ya podíamos conversar de largo con alguien distinto, a los compañeros que nos acompañaban...”.

Los brujos de Riochiquito, hombres de edad desconocida en almanaques, mirada laberíntica de estrecha cueva, cabellos largos, ensortijados sin peinar y manos húmedas de piel de sapo, exorcizaron los caminos para impedir la entrada de la influencia de Marulanda, *Charro* y los guerrilleros. Hicieron reuniones tuteladas por el espectro de la luz de la luna; sus rezos parecían el llanto ululando al viento, signos baboseados por sus labios muecos; fumaban sus tabacos, invocando los espíritus de sus antepasados que habitaban en sus cerebros, en una lectura que desdoblaba las figuras volátiles dibujadas por el humo en el aire, figuras de hombres extraños, armados, metidos en la bruma de niebla huyendo, difusas figuras que ellos intentaban controlar por medio de los efectos de un canto en susurros que se desvanecía en las honduras de la selva y volvía amasado a sus labios. “No era extraño que por cualquier camino, atravesando un potrero, cruzando un riachuelo, encontráramos estacas en cruz clavada en la tierra, totumas con coca mascada, ya hormiguero fosilizado, puchos de tabacos, lianas colgadas recientemente en las ramas de los árboles, en nudos de horca, y un olor que mezclaba sudores de hombres y animales y exhumaciones de hojas machacadas y la mierda de murciélagos, un olor que uno no espantaba del cuerpo ni porque se bañara cien veces al día, porque con su brujería quería impedir que la población conociera la influencia de nosotros hombres de monte”, recuerda Jaime Guaracas. Ellos eran hombres de influencia, curanderos de enfermedades del cuerpo y del espíritu; dueños, así lo creían, de los pensamientos de los habitantes de esas tierras, influidos ellos por los latifundistas y monseñor Vallejo, no querían la competencia de la influencia de otros

hombres extraños. “Pero halando y repicando con el aceite que produce la palabra, nos les fuimos metiendo a sus pensamientos, hasta ganar, por cuestión de preservar la vida, la competencia por nuestra influencia”, recuerda Marulanda.

Es un riachuelo al que llaman Riochiquito, por eso la región se llama Riochiquito. Ahí, encontraron a un paisa de nombre Miguel Madrid, de ojos diminutos de mono maicero, solitario sin mujer de asiento en el rancho, un hombre querido por todos; él fue la persona que los ayudó desde el comienzo, a penetrar su influencia de guerrilleros. Fue el primer contacto que hizo las conexiones, apoyándose en indígenas perseguidos y de confianza, para realizar más adelante, las exploraciones hacia el río Símbola, arriba de Belalcázar, ruta que los llevaría al nevado del Huila. Fue un hombre que les cortó muchas distancias.

Crece el reclutamiento de nuevo personal; ya son 30 hombres, todos indígenas, pobladores de Riochiquito, que después de muchas peripecias llegaron hasta la guerrilla que andaba enmontada. “Con ellos comienza el entrenamiento; en lo político *Charro*, en lo militar mi persona. Un trabajo duro para enseñarles, aprendiendo uno su lengua, ellos aprendiendo el español, en la tarea de adiestrarlos en la lucha, politizarlos y motivarlos; desde las cuatro de la mañana en el patio de formación, trotando, haciendo gimnasia, ejercitándolos en el conocimiento y manejo de armas; orden abierto, orden cerrado, jornadas en marchas diurnas y nocturnas. Antonio e Isaías eran los reclutadores; las pérdidas humanas las íbamos reemplazando con otros hombres. Un día, el enemigo nos localiza por errores de los reclutadores. Se despidió a los nuevos combatientes en sus zonas con grandes fiestas, los nuestros por la emoción quemaron sus tiros al aire, además tuvieron sus lances amorosos con algunas mujeres. Entonces aplicaron las medidas disciplinarias..., pero, también nos defendimos del enemigo...”.

El ejército lanza una operación con 1.500 hombres sobre Tierradentro, utilizando tres rutas para su penetración. Pacarní, río Negro y Belalcázar; realizando un gran despliegue de fuerza para encontrarse en Riochiquito. Pasaron por El Palmar, El Raicero, Nátaga, San Luis, Itaibe y Petunia, para combatir “con nosotros casi durante un mes sin descanso para uno y otro bando, les preparamos una cadena de sorpresas que resultaron para ellos en embocadas; no les permitimos el sueño, les golpeábamos para volver a huir y, en los montes, en los rastrojos los esperábamos para hostigarlos, los seguíamos en su respiración y en sus triillos, a los cansados los alcanzábamos por la espalda, hasta eliminarlos; vivíamos pegados a su zozobra, nos habíamos convertido en su propia sombra, que al menor descuido, les disparaba”. Lo planeado no les salió al pie de la letra, pero finalmente cumplieron con el operativo. Sólo que ocuparon con toda su hambre, las sementeras que vieron en su recorrido, feroz peste de dientes agudos y desaforados, estómagos hambrientos con una inmensa boca abierta; le hicieron daño a la población y, al terminar los bombardeos de mortero y aviación, se reencontraron en Riochiquito para retirarse dejando instalados retenes en la zona, en río Negro, en Pacarní, en Itaibe, en Querendó, San Luis. “Pelemos con la tropa de los retenes hasta cuatro veces al día, en minutos un combate, en una hora tres escaramuzas, en la mañana un *tastaseo*, al caer la tarde un tiroteo, en la noche uno que otro disparo para que no pudieran dormir tranquilos la pesadilla. Soldados nerviosos, soldados vigilantes viendo supuestos hombres moviéndose en su imaginación, soldados nerviosos viendo espantos que resultaban ser hombres, el ruido producido por un animal de monte, era objeto de un estruendoso tiroteo y, como pan de cada día, tiroteos nuestros

diciéndoles por aquí andamos, aún estamos vivos. Era la táctica de hostigamiento, no la táctica de ocupar posiciones...”.

El control estricto de los retenes les causa reveses económicos, porque en su mayoría el personal no era apto para el combate; era inevitable el peso de las familias. La población civil sólo tenía cabida en los comandos guerrilleros para conservar la vida, no existía otra posible alternativa. La guerrilla no podía permanecer impasible ante este fenómeno, y aunque la aglomeración de masas perjudicara su propia movilidad, debía recogerla, darle toda la ayuda, defenderla; guerrilla y población eran como los mismos ojos, los mismos sentimientos, unidos en su suerte. “Nos quedamos sin masas en la periferia, los pobladores huyeron; la población que está con nosotros en los comandos no produce por los permanentes movimientos; no se puede comerciar con los pueblos por los controles del ejército, nuevamente el bloqueo es una montaña que se nos vino encima y el mundo es un círculo de árboles rodeado de malezas y rastrojos como si fueran un cerco de espinas; nada existe que no conozcan los ojos, el mismo olor que se lleva en la ropa que se ha vuelto como una segunda piel, la misma distancia de siempre, el paisaje metido dentro de una botella, las palabras diciendo lo mismo”. Organizan entonces, el frente de trabajo con el personal no apto para las filas, una solución a largo plazo: el maíz a siete meses, la caña al año, lo mismo que la yuca y los platanales. “La crisis nos obliga a realizar las primeras revanchas de ganado y como es lógico, escogemos las regiones conservadoras, la base social de apoyo al régimen. Claro que, las revanchas de ganado tienen sus complicaciones: se debe contar con un personal seleccionado, determinar con cierta lucidez la hacienda en la que se va a realizar la expropiación, definir los planes sin olvidar detalles para cuidar de camino el ganado, y alistarse para aguantar la persecución de la aviación, que desde el cielo enfoca la manada que corre con desdén y parsimonia y, hay que apresurarse en la marcha dándole mucho fuste al ganado y, detrás, el grupo de retaguardia vigilando los movimientos del enemigo que vienen en la persecución: la tropa y los dueños de la hacienda en compañía de policías y civiles armados... Pero, había que alimentar el hambre de la población, aunque para saciarla tuvieran que sonar muchos disparos. Y como no había herramientas para desarrollar los planes de agricultura en los comandos, como no había dinero para comprarlas en los pueblos y como nadie podía salir legalmente a cumplir esos encargos, entonces cualquier región que ocupábamos las barríamos de herramientas y dinero...”.

El teniente Antonio, el hombre bondadoso que hacía un año le había hablado a Jaime Guaracas sobre las tres Cordilleras, salió por la vía legal con la tarea de buscar el contacto partidario, no importaban el tiempo que gastara, con tal de que regresara con buenas noticias. “Conocíamos a Antonio, confiamos en que llegaría un día de nuevo hasta nosotros. Es que hasta marzo de 1954, habíamos perdido cuatro intentos para conseguir los contactos con el partido. Nada sabíamos de *Lister* ni del resto de la dirección política de El Davis... Estaban perdidos, como estábamos perdidos nosotros. Casi dos años habían pasado sin poder hablar de política con ellos. Y esto significaba para nosotros, vivir en la más completa desorientación sobre la problemática del país, estábamos como metidos en la cueva de los pensamientos. Un año largo en que se nos fueron las luces de lo que sucedía por fuera de estas montañas”. En el comando de Riochiquito ya existen 10 células de partido, pero no tienen materiales de estudio; sólo cuentan con un ejemplar de los estatutos, un folleto, *La nueva democracia*, un pequeño libro de filosofía. Cerca de Belalcázar, localizan a un antiguo dirigente de El Davis, *Cacha de Palo*, que no tiene noticias del

partido, que vive ilegal por su gusto, pues es hombre de cédula que puede salir libremente a los pueblos. Nadie lo conoce en sus antecedentes. Con él consiguen algunos libros, que por cierto los tenía escondidos en el zarzo de su rancho, envueltos en papel periódico, al abrirlos para leerlos, comenzaron a deshojarse por la humedad, desprendiéndose las letras de las páginas. “Antonio se perdió con sus noticias. Supimos que su vida había caído en manos del enemigo; hombre valiente, cumplidor de las determinaciones de la dirección; hombre tranquilo y sosegado en el combate...”. Marulanda sale en viaje de sondeo en ruta hacia el Tolima, consigue dinero y lo invierte en municiones y por informaciones de la población, se entera que para los *liberales limpios* todo el mundo tiene el rostro de temible comunista. “El comunismo se les había convertido en el alma de su lucha, en un fantasma que los escalofriaba, no los dejaba en paz...”.

Realizan otra revancha de ganado y la tropa le sale al paso a la guerrilla en un cruce del río Negro, ellos dan de baja a tres soldados. Un miércoles a las once de la mañana, fue el día escogido para esperar a una patrulla del ejército que incursionaba por el camino de La Palma; emboscados utilizaron algunas bombas que no habían explotado en los bombardeos, y ellos las acondicionaron de nuevo. Muchos soldados muertos y por la inexperiencia no coparon la totalidad del armamento. Atacaron el puesto de El Raicero, con ochenta hombres, en una acción que comenzó a las 9 de la mañana y se prolongó hasta la siete de la noche, y les faltó iniciativa para tomar el puesto, por fallas en la acción final. Hubo 30 muertos entre los soldados, obligando a la tropa a tener que retirar posteriormente el puesto.

“Salen comisiones armadas para el Tolima y Huila, y a mi me correspondió la vía Marquetalia-Gaitania; me acompañaban mi hermano y quince unidades, para restablecer los contactos perdidos y vender un saldo de mulas para la compra de municiones. En el Tolima la venta de las mulas fue como quien vende oro por debajo del precio y la compra de municiones como quien compra pan en una tienda. Las mulas y las municiones eran artículos de mucho consumo. Los amigos del movimiento habían adelantado los tratos con los traficantes de municiones y de mulas. Ahora los amigos estaban más animados, el anticomunismo liberal daba una tregua, los liberales ya se enfrentaban contra el gobierno militar, ya sentían otra vez en carne propia la persecución oficial. Habían tenido que olvidarnos un poco por la fuerza de los acontecimientos. Al terminar la gira, envié al Cauca una parte del personal que me acompañaba con una remesa de municiones y algo de dinero, y comencé pacientemente la reconstrucción del trabajo político perdido en El Davis. Ahora, las masas liberales miraban ilusionadas hacia nosotros, no nos quitaban los ojos de encima. La pacificación comenzaba a caerse en su razón del árbol que la sostenía, por el empuje de su inoperancia; el gobierno militar ya no hablaba de paz, su lenguaje era de guerra, quería soluciones bélicas, sus promesas se habían desplomado como derrumbe de tierra agrietada. Reuniones en San Jorge, cerca de Gaitania, en La Floresta, en Río Claro, en El Socorro, entre Planadas y Gaitania, ampliando en circunstancias favorables la influencia del movimiento en los tres departamentos. La historia reciente nos daba la razón, había sido acertada nuestra actitud de no desmovilizarnos, de no entregar los hombres y las armas, de no desmovilizarnos en nuestras ideas...”. Marulanda recibió noticias que indicaban un acercamiento de otros sectores con la guerrilla comunista; se informó sobre los movimientos de las tropas, aclaró un poco más sobre las actividades y situación de los *liberales limpios*. “Nosotros defendíamos el criterio de la necesidad de un frente amplio que luchara contra la dictadura militar, así como necesitábamos recolectar fondos suficientes y

desarrollar los contactos con los comerciantes en los pueblos. Los comerciantes eran hombres indispensables. El comercio se alimentaba con el tráfico de ganado y animales de carga. Crecieron otra vez los frentes democráticos: en La Suiza con 35 personas, en San Jorge unas 45 personas, en El Salado con gentes de El Socorro, participaban unas 100 personas. Así comenzaba a resurgir el partido en el Sur del Tolima, después de un año de ausencia nuestra. Era volver a reconstruir lo que había sido nuestro; territorios que nunca olvidamos...”.

Marulanda y sus hombres se dirigen hacia el Huila y realizan nuevas reuniones en Santa Rosa, en Chapinero, Laureles y Aipecito y, concluyeron que debían contactar a nuevos sectores que estuvieran en confrontación con la dictadura, incrementar la vigilancia en sus áreas para evitar los robos, abusos y desmanes propiciados por los *liberales limpios*; iniciar la eliminación de *sapos y pájaros* en las regiones afectadas por sus actividades delictivas; impulsar el reclutamiento de muchachos para que ingresaran a la guerrilla; mantener comunicación con las organizaciones de masas a través de un camarada; crear enlaces clandestinos de información entre la población y la guerrilla, sobre los movimientos del ejército; reunión de los frentes democráticos cada quince días o cada mes.

A Marulanda le llega correo del Cauca y se sorprende al leer la correspondencia: le urgen su regreso al Cauca, le informan que el comando de Riochiquito está sometido a una intensa presión de una operación militar en el municipio de Belalcázar; que la moral de la población desfallece por las dificultades del cerco económico; le hablan de muchos guerrilleros muertos, entre ellos, dos comandantes. Es una operación por aire y tierra, con tropa combinada con *pájaros* conservadores. Marulanda organiza el regreso y en el camino se encuentra con otra sorpresa que lo llena de satisfacción: Charro y Gilberto, acompañados de quince unidades. Ellos le cuentan que son 10 los muertos entre hombres y mujeres que murieron a causa de los bombardeos; le dicen que la dirección está en grandes dificultades, pero que la situación comenzaba a calmarse con la llegada de Ciro Trujillo, Antonio y Patas desde Villarrica, quienes habían logrado realizar una peligrosa travesía por territorios dominados por conservadores y *liberales limpios*. “Había vuelto Antonio, al hombre que habíamos enterrado con tanto dolor en el recuerdo”. El contó que logró conseguir los contactos con el partido en Villarrica, que luego organizaron el regreso con Patas y fueron detenidos en Neiva y de inmediato trasladados al campo de concentración de Cunday. Un año presos. En libertad, junto con Ciro decidieron la venida a Riochiquito. “Ya en el Cauca, con Charro acordamos vincular a Ciro y Antonio a la dirección...”.

La guerrilla aumentó sus filas y defendió sus ideas en Belalcázar Tálaga, Caetano, Mozoco; los indígenas se volvieron guerrilleros de fila. En condiciones de descanso, ya sin los agobiantes problemas económicos, planearon algunos golpes de mayor significación militar. “Estábamos en el año 55, y la crisis por el aislamiento del partido había pasado; en total teníamos 130 hombres, de los cuales la mitad eran disponibles para salir a comisionar. El primer objetivo, Mozoco: copamos el pueblito, le quitamos a la policía tres fusiles, 2 revólveres, conseguimos algo de ropa, perdimos tres compañeros.

Como era un sector organizado, la represión no se hizo esperar. Dijo la reacción, allá voy y el golpe fue dirigido a los mejores cuadros; los compañeros a pesar de lo muertos, resistieron, otros se desbandaron. Pero comprendimos que no se podía mantener una

organización de masas, cruzada por la presión de una fuerte violencia...”. En otra acción, cerca de Itaibe, los sesenta guerrilleros se encontraron de sopetón con la policía que los estaba puesteando de camino, ambos bandos abrieron fuego rociado y “la sorpresa de ellos, fue sorprendida por nuestra sorpresa, y les dimos una buena derrota; nos quedamos con las ganas de llegarle al caserío. De regreso, revanchamos un lote de 70 reses en una región conservadora; un capitán se nos cruzó y en cuatro días de combates, perdió tres soldados, les fue mal, y se nos escaparon aprovechando una oscuridad de ciegos, dejando en la huída municiones, mulas y mensajes”. *Charro* alista equipo para salir hacia Villarrica, con el objetivo de organizar los contactos con la dirección del partido y traerse consigo a varios de los antiguos guerrilleros de El Davis. Lo acompañan *Patás* y veinte hombres. Salieron de madrugada. “Mientras tanto, dimos una media tregua en lo militar para facilitar la organización de masas en los tres departamentos, lo que nos abrió posibilidades de abastecimiento. Se resuelven los problemas y surgen otros más, con cabeza y cuerpo deseoso de volverse corpulento, entre ellos el anticomunismo de los liberales en el Sur del Tolima. Ellos, con la ilusión y la pretensión de atajar nuestra influencia en el Tolima y Huila. Nos dijimos en frío razonar: tenemos que fortalecernos, aún somos débiles en comparación a su fuerza, en armamento, en personal. Pero, debemos convivir con la paciencia y esperar con calma fraguada, evitar cualquier choque innecesario; atacarlos con nuestra visión en lo político, desalojarlos paulatinamente de sus zonas, introduciéndoles como cuñas algunas ideas. Entonces, casamos la pelea en el terreno de la influencia hablada, al sacar a la luz la argumentación ejercitada en tres años de confrontación con ellos...”. Se notaba un desmesurado cansancio en la población liberal por el constante revanchismo de los *limpios*, que también afectaba a sus zonas. Cada contradicción en su posición era aprovechada por los comunistas. Por cada grieta que habrían al actuar con torpeza, por esa grieta penetraba la influencia de los comunistas. “Al crecer en influencia, por cierto ganada en un complejo proceso de desmontar la realidad, les exigimos respeto por nuestra gente y por nuestra guerrilla. Les mandamos a decir, sin aires de prepotencia, es mejor que no transiten por nuestras zonas, si quieren evitar problemas de calibre más hondo...”. Los liberales andaban tan enfrascados en sus conflictos internos, que no se atrevieron a contestar con la insolencia que los caracterizaba. “Dijeron -razón ajena que uno masculla con lentitud-, que no estaban interesados en chocar con nosotros. ¡Mentiras! Uno que conoce la armadura de su piel, uno que conoce el paso sucio de sus pisadas. No quieren aislarse. Ellos se justifican, diciendo que quieren a costa de cualquier sacrificio humano, purificar sus filas de ideas extrañas. Dan la impresión de que anduvieran rociándose a toda hora agua bendita en sus cabezas para espantar los fantasmas que nosotros personificamos...”. Los planes se cumplen en los tres departamentos. Marulanda piensa, que “nos encontramos en un buen momento, después del fracaso de El Davis...”.

*Charro*, después de quitarse el equipo de la espalda, pedir una taza de agua de panela, sentarse sobre un tronco y estirar las piernas, le contó a Marulanda, que en su recorrido había dejado una red de contactos con el partido en Ibagué, por intermedio de gente organizada en Natagaima; le dijo que por acuerdo, el grupo guerrillero dirigido por los dos, quedaría bajo la dirección del comité regional de Natagaima - “A los dos nos eligieron en esa dirección”, pero que, podrían actuar con libertad, como lo venían haciendo en los tres departamentos. “Entonces decidimos convocar una reunión con los grupos de los tres departamentos; escribimos la convocatoria y el reglamento y pedimos la participación del comité regional. Fue una conferencia en pleno auge del movimiento guerrillero en su

segunda fase; el partido estaba en la clandestinidad en las ciudades, muchas personalidades perseguidas por la dictadura rojista. Del central no llegó delegado por la distancia; en cambio vino un delegado por el regional y cada célula, en total 23, envió sus representantes, más los miembros del regional que éramos tres en la zona. Reunión animada por un espíritu crítico, sin contemplación alguna por los errores. Descabezamos los errores para clarificar el por qué los habíamos cometido. Nos volvió la nostalgia de lo perdido en El Davis; el olvido que no se olvida, el olvido que no se entierra. Pero, descubrimos una verdad, una verdad fogueada en tres años: habíamos perdido una montaña, El Davis rodeado por los ríos Anamichú y el Cambrín, como también habíamos ganados dos montañas más, Riochiquito y Marquetalia, enclavadas en tres departamentos. Fue la primera reunión después de la salida a la berrionda de El Davis, ya consolidados como guerrilla y una influencia de masas respetable; 170 hombres, armados, un plan de acciones militares en las áreas de operación y, tremendamente esperanzados en grandes y posibles perspectivas. Se concluyó que Riochiquito sería el comando superior y tendríamos dos comandos más: Marquetalia y El Símbola. A la dirección se le dio el nombre de subcomité regional del Sur del Tolima...”. La dirección se conformó con *Charro*, Manuel Marulanda, Ciro Trujillo, Jairo, Antonio Saavedra, Laurentino Perdomo, Isaías Pardo, Jesús Antonio Marín, Darío y otros. Se acordó ampliar la labor proselitista en los tres departamentos; realizar dos cursillos especializados para la preparación de guerrilleros con tendencias a comandantes; realizar un trabajo a conciencia dentro de los comandos y sacar de la clandestinidad al partido de las propias filas guerrilleras; fomentar la agricultura, conseguir municiones, ampliar la organización en el área de comités femeninos y juveniles, y comenzar futuras acciones militares con una debida y meticulosa preparación. De Marquetalia se responsabilizó a *Charro Negro*; él había cambiado el nombre de esa región conocida como El Tamaro, y pensando en Marquetalia de Caldas, le puso Marquetalia; para el Símbola fue nombrado Laurentino Perdomo, por su ascendencia entre los indígenas; en Riochiquito, quedaron de responsables, Marulanda, Ciro Trujillo, Saavedra y Jairo. De inmediato se convocó una conferencia guerrillera, que duró quince días y se resolvió el problema de los ascensos: *Charro*, teniente efectivo; Manuel Marulanda, subteniente; Ciro, subteniente; Jairo, sargento primero; Saavedra, sargento segundo; Jesús María, sargento primero; Isaías Pardo, sargento segundo; Darío, cabo primero; *Tula*, cabo primero; Rafico, cabo segundo.

Por los informes alentadores de las regiones indígenas, se creó un comando en Moras, región donde existían 20 organizaciones de masas de frentes democráticos, un grupo de autodefensa, comités femeninos, juveniles y de pioneros. Se nombraron a Saavedra y Antonio como sus dirigentes y ellos hirviendo de optimismo, presionados por el calor de la población que los apoyaba, sin pensar ni medir las consecuencias, se lanzaron sin preocupaciones, a una alocada carrera de acciones militares. La tropa oficial aprovechó tanta espontaneidad y destruyó el movimiento en una forma lenta y premeditada, las masas reprimidas violentamente, muchos los muertos, las mujeres violadas, incendiadas las casas; los dirigentes campesinos terminaron convertidos en telarañas en las cárceles, las sembradoras arrasadas por el paso de hombres embriagados en la sed de la victoria. Saavedra y Antonio, con la mística y fortaleza de 35 hombres de fila, resistieron con valentía durante 10 meses que duró la arremetida, peleando también con las dificultades de un clima inhumano, la carencia absoluta de artículos necesarios, y la escasez económica; un sector amplio de la población, terminó por renegarse del movimiento al no soportar la magnitud de la arremetida. “Fue dura y costosa experiencia humana en el Páramo de Moras... No fue

la inteligencia ni la capacidad de maniobra ni las tretas del enemigo, lo que causaron el inmenso daño. Fueron los errores cometidos, el pensar que se puede jugar a la guerra y no sufrir las consecuencias, lo que enterró bajo tierra, el trabajo que tan laboriosamente habíamos logrado levantar en el Páramo de Moras... La precipitud termina por engarzar la camisa del hombre, en la rama del primer árbol que se tope de camino...”

Y los *liberales limpios* continuaban reprimiendo a las masas independientes que apoyaban a la guerrilla comunista, robándoles vacas y mulas y, de vez en cuando, en una tarde asesinando a un campesino. Así, ellos abrigaban la esperanza de acabar para siempre con el comunismo en las tierras del Sur del Tolima; “política que bautizamos como la guerra de las vacas y de las mulas, apoyada claro está, por sectores gobiernistas. Es que no aguantaban el acoso del pálpito por la emoción, al ver una vaca suelta, pastando tranquilamente, o divisar el correteo de una mula libre de carga para arrastrar en una sola andanada con mulas y vacas. Alertamos a la población, denunciando los desmanes de los liberales, asumimos medidas de seguridad para que se respetaran nuestras organizaciones guerrilleras. En un segundo llamado público en hoja volante, les exigimos perentoriamente que no pisaran determinadas áreas. Al leer la hoja, con espaviento hicieron mofa de su lectura, manifestando deseos de pelear con los comunistas; dijeron que de un solo jalón acabarían con nosotros así como lo lograron en El Davis...”. Resultó como era de esperarse, un enfrentamiento armado el municipio de Aipe, cuando los liberales realizaban una revancha de reses, robadas a campesinos organizados. “Ganamos apoyo de la población con esa acción. Eran superiores en armas y en personal de fila, pero menos disciplinados, sin criterios definidos para orientar la actividad político-militar; espontáneos a morir. La acción los puso inquietos y nos trataron de godos. Habíamos logrado hacerles una honda cicatriz en su orgullo. Un combate se gana doblemente, cuando se libra en lo político y en lo militar. La confrontación continúa con el ejército y los pájaros y, por cada combate adquiriríamos mayor simpatía de las masas en los tres departamentos...”.

A mediados del año 56 se reunió la conferencia guerrillera en Marquetalia, que examinó cuidadosamente la situación creada por los *liberales limpios*, la represión del gobierno militar y, el acuciante problema económico que se vivía en los comandos y, en el análisis se consolidó una línea político-militar que previó el desarrollo del movimiento armado. Se eligió un nuevo Estado Mayor compuesto por 13 miembros: *Charro*, Marulanda, Ciro Trujillo, Gilberto, Saavedra, Laurentino Perdomo, Jesús Marín, Rogelio Días, Isaías Pardo, *Tula*, *Coltejer* y otros. A los 13 del Estado Mayor en cuanto a ascensos se les corrió el nudo a un grado más, del que recibieron en la asamblea de Riochiquito. Quedó *Charro Negro*, como jefe político; jefe militar, Marulanda; financiero Gilberto; responsable de propaganda, Ciro; ecónomo *Coltejer*; jefe de armas, Jairo; responsable del taller de armería, Jesús Marín; palafrenero, Isaías Pardo; jefe de salud, Laurentino. Se habló de incrementar la lucha armada en los tres departamentos; ganar a los comerciantes de los pueblos, especialmente de Planadas, Gaitania, Praga, Aipe, Neiva; mantenerse vigilantes contra las provocaciones de los *liberales limpios*, aislarlos de las zonas amigas. “Eso no significaba que íbamos a dejarnos matar maní cruzados, ni más faltaba. La idea era responderles, pero en el momento oportuno. Insistimos en el reclutamiento de muchachos en el área; se habló de la propaganda, uno de los temas más importantes; se habló del incremento en la agricultura, pero ya en condiciones diferentes a las que imperaban en El Davis; en lo esencial, entregándoles la tierra a los campesinos, para que produjeran y ayudaran al



movimiento. Se acordó la recogida de firmas en las zonas de influencia, en defensa de la paz mundial; se insistió en el impulso de la organización de comités femeninos y de juventudes, se dijo que había que ampliar la lucha de las masas contra la dictadura rojista...”.

Atacaron a los conservadores de Casaverde; atacaron a los conservadores de Santa María, revanchándoles 150 reses, ocasionándoles muchas bajas, como una respuesta a las acciones punitivas de los conservadores contra los liberales de El Cedro. Incrementaron las acciones militares en los alrededores de Gaitania, Planadas y Praga, quitándoles cuatro fusiles M-1 al ejército, con un saldo de varios soldados muertos. En La Julia coparon tres fusiles, con buen saldo de muertos del enemigo; en Aipecito nueva acción con saldo favorable de tres fusiles cogidos; en Gaitania “cuatro soldados se pasaron a nuestras filas con armas y equipos; la lucha se generalizaba en el Sur del Tolima. El gobierno recibía rotundos golpes”. La población dejó de pagar impuestos y esos impuestos terminaban en manos de la guerrilla. Acciones armadas permanentes; no había familia que no tuviera un hijo en la guerrilla, enmontado con los comunistas, enguerrillado con los liberales.

Fue un septiembre negro, el año 56 para la política revanchista de los liberales. A ellos no les importaba hacerles daño a sus propios colaboradores; los comandantes se apoderaban sin ninguna contemplación de lo conseguido por sus hombres en las acciones; a los combatientes los despachaban con insignificancias, con las sobras del botín de guerra; se derrumbaba la guerra de las vacas y de las mulas. El cuatrерismo se había convertido en una expresión genuina de la guerrilla liberal, se había desbocado en la ambición personal de sus mandos; el que más cogiera, el que más acaparara, el que más metiera terror en sus dominios, el que bujara con más estridencia y, lógico, esa situación afectaba fundamentalmente a los campesinos. A pesar de la persecución que ejercía el gobierno sobre ellos, “continuaban en el más fino furor de su anticomunismo, no sólo contra nosotros, sino contra quienes tuvieran la valentía de criticar sus actitudes”. Quien osara no estar de acuerdo con el robo y la extorsión, era de por sí, tildado de comunista, había que eliminarlo sin darle vuelta de duda en el pensamiento. Era la ley de una práctica que comenzaba a descomponer en su origen, a las antiguas guerrillas liberales. La justa defensa de ideales, ahora reflejaba solamente la ansiedad por el enriquecimiento y el lucro personal. Se deformaba, se envilecía ese origen y se orientaba en la nueva fase hacia otros tortuosos resultados. “ Al darse cuenta, que la lucha contra nosotros ya no era tan fácil, como coger la presa y llevarla a la boca, resuelven agredir a las organizaciones de autodefensa del partido de Natagaima y otras regiones lejanas a los comandos nuestros. Es el comienzo de masacres de comunistas en zonas como Coyaima, Natagaima y Ataco. Quieren exterminar al partido y a sus organizaciones de masas. Les mandamos apoyo logístico y hombres, fuimos respondiendo a sus acciones con acciones nuestras; la guerra, la otra guerra entre guerrilleros y ellos, perdieron más de 40 hombres, los desterramos y el partido volvió a consolidarse. El grupo de liberales que huye está dirigido por un tal Silvestre Bermúdez, conocido como *Media Vida*, el cual sería denunciado públicamente por *Mariachi*, su antiguo compañero, y asesinado por un sargento de la policía, en un oscuro lance, en el año 60...”.

A la conferencia del partido asistieron delegados de los frentes guerrilleros que actuaban en los tres departamentos, asistieron delegados de las células y de las organizaciones de masas

del área y de la periferia, asistieron invitados especiales de los comités femeninos y juveniles, como también llegó un miembro del comité central. Fue una conferencia masiva; la discusión de los informes y de las conclusiones se hizo en un ambiente de la más amplia democracia. El partido había salido de la clandestinidad en los mismos comandos. Se habló de seguir ampliando la lucha contra la política de sangre y fuego del gobierno; de luchar por libertades democráticas y el levantamiento del estado de sitio; de luchar por las reivindicaciones de los campesinos, especialmente por el derecho a la tierra; de luchar por la nacionalización de las riquezas nacionales en manos de compañías extranjeras. Se habló de la organización del pueblo, el crecimiento partidario, la realización de cursillos educativos para los miembros de la dirección, para los militantes de base y los hombres de fila; se habló de hacer una propaganda más audaz y directa que llegara a la mente de la población y, la comandancia dio un salto en sus grados militares, que debían ser aprobados por mayoría de los guerrilleros y leídos como norma en el orden del día en los comandos. *Charro negro* fue ascendido a coronel de guerrillas; Manuel Marulanda y Ciro Trujillo a mayores; Jairo a Capitán; Gilberto a teniente efectivo; Rogelio, Laurentino, arboleda, Saavedra a subtenientes; *Tula*, Darío y *Maiquita* a sargentos primeros. Discutieron los problemas relacionados con la agricultura; se dijo que se debían mejorar las condiciones de explotación en las zonas de los comandos; “se abrió un nuevo compás con los liberales, todo dependía de ellos, claro que no podría ser un proceso rápido, por el acentuado resentimiento que sentían ellos por los comunistas. Un proceso de espera sin doblar las espaldas para que nos eliminaran. Concluimos en la necesidad de formar un Frente Democrático de Liberación Nacional, haciendo un llamamiento a las capas sociales que tuvieron contradicciones con el sistema, aunque en algunos aspectos disintieran de los comunistas...”.

Por días y días sin desfallecer, comunicados permanentemente, rodeamos el puesto de Gaitania y no dejamos salir ni entrar nada, absolutamente nada para la tropa, en una organizada cadena de tiradores emboscados que sostuvimos desde Planadas hacia arriba, en un terreno propicio por lo abrupto y cerrado para los ojos curiosos. El mando superior no les enviaba refuerzos; parecía por su actitud, haberlos abandonado a su suerte. La cadena de tiradores no aflojaba, no teníamos afán devolver a andar las piernas; la cadena de tiradores contaba con economía suficiente como reserva, en caso de seguir emboscados por un tiempo indefinido. Un día de tantos alargados en el tiempo, nos llegó a una de las emboscadas, la noticia de que unos civiles querían hablar con nosotros; temerosos, pálidos comunicaron la propuesta. Dijeron que un teniente y un sargento del puesto, querían establecer un acuerdo: que no atacáramos a sus tropas que ellos se comprometían a no atacarnos a nosotros. Los citamos para tratar el asunto, en un sitio rodeado de precauciones, aceptaron venir muy confiados, no sé si en apariencia, un teniente jovial, muy preocupado por el pestañeo de sus ojos y un sargento de oficio, cuajado y barbado y, ya en presencia, dijeron que ésta era una idea de los dos, sin el visto bueno de sus superiores. Sin desconfianza hablamos mucho, nos dijeron muchas cosas, los dos asincerados. Acordamos, un acuerdo lubricado en la palabra de hombres de guerra, que cuando ellos tuvieran conocimiento de la presencia nuestra, de inmediato saldrían con sus hombres hasta determinado lugar, nosotros no atacaríamos sus tropas bajo su mando y, ellos simularían estar cumpliendo a cabalidad, las órdenes superiores. Acordamos que si nosotros un día pasábamos cerca de ellos, llevando una revancha de ganado, ellos dispararían ráfagas de ametralladoras sin perseguirnos, y cuando por cualquier motivo les tocara salir a

comisionar, ellos se esconderían para evitar un fugaz encuentro con nosotros. Fue la clase de negocios que hicimos con los dos, en forma por demás cordial y caballerosa. Al día siguiente levantamos la cadena de tiradores...”.

Cerca de Aipecito, Huila, asaltaron una patrulla, recuperando cuatro fusiles punto 30, llevándose las mulas en que transportaban la carga; en el camino quedaron muchos heridos y muertos, “de parte nuestra perdimos un compañero y quedó otro herido de gravedad; en La Julia un nuevo asalto a una patrulla y cogimos tres fusiles punto 30; de el puesto de La Julia, dos soldados desertaron con armas y equipos y llegaron hasta nosotros; en Gaitania, algunos oficiales comerciaban con nosotros la munición que necesitábamos...”. En respuesta a las acciones criminales de los conservadores de Casaverde, coparon un pueblito llamado Chirilos; los conservadores de Ataco en compañía de la policía desataron la más terrible violencia en Monte Frío y Patá, Cauca y, en una de esas acciones dejaron un saldo de más de 50 liberales muertos, cinco niños y siete mujeres, quemaron sus casas y robaron 300 reses. La guerrilla que andaba cerca de los acontecimientos, le salió al paso, cuando llegaban cerca de la población de Ataco; se libró el más feroz de los combates y los conservadores perdieron 15 hombres. Más tarde, por petición de los campesinos liberales, atacamos a San Pedro y Casaverde, sede de los más bravos conservadores del Sur del Tolima; ellos perdieron a muchos hombres, y una considerable cantidad de armas...”. En Aipe, Palermo y cerca de Neiva, nuevas comisiones de guerrilla incursionaron en busca de *sapos* que servían de apoyo a los pájaros y al ejército. La guerrilla comunista se había convertido en un elemento de presencia decisiva, especialmente en las zonas liberales. “Comenzamos a tener autoridad en caso de los problemas de la región”. Para ellos no existía otra autoridad que la autoridad de la guerrilla, para resolver los problemas cotidianos de sus vidas. Los liberales también combaten con el ejército y los pájaros de Casaverde. El Sur del Tolima se había vuelto a incendiar “El gobierno desató una gran ofensiva militar contra los liberales en Rioblanco, Chaparral, El Limón y Rovira y, por el acoso que estaban soportando, pensábamos que no tendrían alientos para combatir con nosotros. Lo lastimoso, era un imposible, el acercamiento a ellos, a pesar de nuestros esfuerzos. Una lástima que hería cualquier sentimiento político...”.

La guerrilla comunista de *Charro* y Marulanda había mejorado ostensiblemente en su armamento, cogido en combate, comprado a los traficantes civiles en armas; una guerrilla que se había vuelto más ofensiva en sus lineamientos operacionales, al recorrer grandes distancias para golpear al enemigo; una guerrilla que tenía un apoyo leal de la población en sus desplazamientos; una guerrilla que también había perdido movilidad, al darle albergue en sus campamentos a un número considerable de familias que venían huyendo. Guerrilla y población civil no se diferenciaban en los campamentos, compartían los sufrimientos, se acompañaban en las dificultades, se nutrían en las esperanzas.

Ellos, *Charro* indígena de piel curtida, Manuel Marulanda, nieto de colono, habían atravesado con éxito, las tres Cordilleras que un día, le señalara el teniente Antonio a un joven guerrillero, Jaime Guaracas. Marulanda mirando a la distancia cubierta de nubes estacionadas en los picos de la Cordillera, quería jugar con los años vueltos recuerdos, al colocarlos sobre sus manos y racionalizarlos en experiencias. Su costumbre de hombre frío y calculador. El valor de los acontecimientos sociales los mide en importancia, cuando los puede racionalizar en experiencias no sólo asumidas, sino en experiencias aplicables a la

realidad que está viviendo. “Cuatro años, que si bien no reconstruimos lo perdido en El Davis, en los límites de su territorio, lo volvimos a construir, a pesar de las grandes dificultades, en tierras extrañas para nosotros. La lucha no puede ser la disputa por un pequeño territorio. En el Cauca nos animaba y nos ilusionaba que la lucha contra la dictadura no sólo arreciaba en el Sur del Tolima, ya era un país prendido en las llamas de su descontento. Por las noticias de radio, uno veía venir como lluvia al amanecer, los últimos días de Rojas Pinilla en el gobierno. Nos sentíamos hombres de profundas raíces en la tierra...”.

**“Los hombres en la guerra, aprenden a conocerse  
en el sacrificio...”**

“Al toro hay que agarrarlo de los cachos, bajarle la testa al suelo, para que resople la furia y así, conocerlo en su fuerza y dominarlo. Eso pensamos, eso discutimos cuando nos llegó la noticia de la pacificación del Frente Nacional; al pensar en los cuatro años soportando la crueldad del aislamiento en lo más adentro de la selva, cuatro años a pulso, queriendo comunicar la voz del movimiento con la voz de las masas. Pero nos hicimos escuchar no sólo en el Sur del Tolima, también nos escucharon en el Cauca y en el Huila. Ahora - *Charro* suelta tamaña carcajada de filo a filo, al decir, que nadie sabe para quién hace la guerra-, debemos regresar los pasos que impusimos en la guerra, para volver por los caminos de una, quizá, estrecha pacificación, ¿será, esta una pacificación parecida a la pacificación que vivimos con Rojas Pinilla? Pero lo construido -se lo soplo al oído de *Charro* después que descansa de su atronadora carcajada-, no terminará ahogándose en las aguas del mismo río, que ahogaron a El Davis...”. Discutieron intensamente en Marquetalia la perspectiva con peso de realidad, que por el momento tendrían que desmontar sus elementos de lucha, su concepción, para hacer en un sentido profundo, una labor política. Se elaboró un documento, que posteriormente ampliarían a otros tópicos, en que se contemplaban una serie de reivindicaciones de tipo político, social y económico, los cuales cobijarían intereses de la población civil en general y las aspiraciones de los guerrilleros, como premisa y como condición para cesar la lucha armada: levantamiento del estado de sitio, libertades democráticas para el ejercicio de todos los partidos, incluyendo el partido comunista, que continuaba prácticamente en la clandestinidad; libertad para los presos políticos y amnistía general para todos los combatientes; retirada inmediata de los puestos militares en las zonas afectadas por la violencia y el regreso de las topas a sus cuarteles; libre organización para los campesinos en ligas, sindicatos u otras organizaciones de masas; construcción de escuelas en las zonas candentes de violencia y el envío de maestros suficientes; legalización del partido comunista y el derecho de sus militantes a elegir y ser elegidos; aprobación de partidas suficientes para la construcción de carreteras y puentes en las zonas de guerra, así como en todo el país; aprobación de partidas para la reconstrucción económica de las zonas afectadas y devastadas por la violencia; devolución a sus dueños legítimos de las tierras expropiadas por los *pájaros* y expropiadas en muchos casos, por altos oficiales del ejército que se habían enriquecido con el negocio de la violencia; construcción de locales para instalar puestos de salud, nombramiento de médicos y enfermeras; aprobación de becas para los hijos de los campesinos, con el fin de que estudiaran agronomía y otras carreras; cedula de los combatientes, ya que el papel de amnistía no servía para identificarse.

Las primeras conversaciones de la guerrilla comunista con representantes oficiales se realizaron en el municipio de Aipe. *Charro* asistió a nombre del movimiento. “Los oficialistas en el colmo del descaro, le manifestaron a *Charro* su interés en continuar las conversaciones, pero de antemano, excluyendo a los comunistas, sin tener en cuenta, que los dirigentes de esas guerrillas eran comunistas. Ese día sirvió para que acordaran una nueva entrevista en otro lugar para seguir discutiendo. Al regresar *Charro* al campamento, dijo un poco preocupado: “Muy jodida la cosa, con tantas espinas como un puercoespín, pero no nos vamos a dejar amilanar. Nosotros tenemos razones poderosas para exponer...”. La dirección ultimó los detalles para esa reunión con los representantes del gobierno del Tolima y el Huila. El sitio se mantendría en reserva y sería comunicado en su momento oportuno por nosotros...”.

El encuentro se logró en septiembre de 1958. En día anterior, los representantes del gobierno se habían reunido con los guerrilleros liberales en un sitio denominado Maquencal, a una hora de distancia de Planadas. “Nosotros nos enteramos de lo tratado en esa reunión. Los liberales hicieron una demostración de fuerza, con no menos de seiscientos hombres armados de fusiles, en una especie de amenazante ejercicio militar. No era casual esa demostración bélica, querían sacar el máximo provecho de las conversaciones. Se mezclaron tácitamente entre la población. Dijeron que la paz en el Sur del Tolima no se haría ni con los comunistas ni con los godos, que lucharían con éstos hasta que fueran eliminados definitivamente”. Los delegados del gobierno, imperturbables pusieron oídos sordos, como si la cosa no fuera con ellos. Hablaron Leopoldo García, *Peligro*, ascendido a Brigadier General, en la reunión organizacional del Movimiento Liberal Revolucionario del Sur del Tolima y nombrado Comandante en Jefe del Movimiento Guerrillero Liberal del Sur del Tolima; campesino semianalfabeto, que apenas firmaba, astuto y ladino, de recia contextura, que había comenzado su vida de monte a los 23 años, al enrolarse en la guerrilla de Aristóbulo Gómez y luego se unió al grupo del viejo Gerardo Loayza, a quien sucedería en el mando guerrillero en el año 53, antes había sido ascendido a capitán, “*después de pelear más con los comunes que con los chulavitas*”, -lo confesaría en una entrevista-, y Jesús María Oviedo, *Mariachi*, también ascendido a general; “los dos hablaron borrachos desde una tarima, acompañados por el tiroteo de sus hombres, que ejercitaban su puntería sobre un blanco imaginario situado en el aire. Antes habían llegado en una tumultuosa cabalgata, haciendo cabriolas en demostración de jinetes avezados, montados en vistosos caballos de paso, gritando vivas al partido liberal y abajo a los comunistas y a los godos, en un feroz desplome de gritería...”. La entrevista con los comunistas se hizo con pocos hombres, evitando inútiles simulacros de armas, sólo que quienes hablaron, lo hicieron uniformados y previendo cualquier problema, emboscaron a su personal en los alrededores del sitio, sin que fuera detectada su presencia. “Participaron por las fuerzas armadas, el coronel Arce Herrera, comandante del Batallón Tenerife; como políticos estaban entre otros, Parga Cortés, Severiano Ortiz y Felio Andrade Manrique; a ellos le fueron entregadas copias de nuestro documento, antes había sido leído en público. Antes de darle lectura al documento, hablaron por el movimiento, *Charro*, Domínguez, Gilberto y Guillermo. Muchos vivas, no hubo abajos para nadie. De la parte oficial, hablaron los políticos mencionados. Luego nos reunimos con la población civil para escuchar y tomar nota de sus planteamientos. De pronto, de improviso, aparecieron los guerrilleros liberales, pero a provocar, creando una situación de hecho, que conjuramos, al vernos obligados a sacarlos a la fuerza...”.

A los jefes locales de los dos partidos, les dio por aparecer como los promotores y luchadores de la pacificación, al mostrar su insistencia y su interés en que el gobierno cumpliera con sus compromisos. Pero también fue notoria, “su permanente actitud anticomunista, al sugerir sin ningún rubor, que nos pusiéramos bajo las órdenes de *Mariachi* y *Peligro*, según ellos, dos auténticos generales guerrilleros, los más genuinos voceros de la resistencia liberal. Estaban equivocados con semejantes planteamientos. No necesitábamos de sus consejos para saber y decidir el camino a seguir...”. La tropa se retiró pacíficamente de los caseríos, cumpliendo uno de los compromisos acordados verbalmente con las autoridades. La guerrilla comunista tenía instrucciones precisas, que al producirse la retirada de las tropas, se instalaran de inmediato en algunos caseríos. Comenzaba a crearse con la pacificación, un fenómeno nuevo, la repartición territorial de las influencias políticas, aquellas influencias ganadas en el transcurrir de la guerra. Mantener el dominio político en las antiguas áreas operacionales, crear fuertes bases sociales. Se debía por lo tanto, estar alerta, no dejarse ganar de mano del otro bando, tomar la iniciativa, no quedar rezagado. Así se cumplió, se veía venir, el desmembramiento político-territorial del Sur del Tolima. “Porque sabíamos, no fallaban las informaciones, que los *liberales limpios* ocuparían con sus huestes a Planadas, Herrera, Ataco y Rioblanco, que impedirían nuestra entrada a esos territorios y, desde tales territorios, ellos bien apertrechados, comenzarían a cumplir su misión de hostigarnos, así como también hostigar a las zonas conservadoras. Según descubrimos, era un plan de la dirección nacional liberal...”. Trataban de hacerse fuertes territorialmente, que les dieran la administración pública, algunas alcaldías, las inspecciones de policía, incluso, la organización policial, para comerciar a sus anchas, cobrar impuestos en esas áreas; gobernar sin autoridad, crear una vasta zona de influencias, con retenes propios, tener un control absoluto. Nosotros nos posesionamos de Gaitania, Chapinero, La Julia, Sur de Atá, El Carmen y otros lugares; lo hicimos a conciencia para no quedar aislados montaña adentro, en Marquetalia. Teníamos que hacerlo así, aprovechar la pacificación para ampliarnos territorialmente, porque actuar de otra manera, hubiera implicado una derrota, al quedarnos reducidos en condiciones desfavorables para combatir contra ellos, en caso que en un futuro, esa situación pudiera presentarse. La experiencia levanta escamas como hongos en la piel. No es puro fatalismo a cuestas, es realismo sobre las espaldas; simplemente es sentarse a sumar los acontecimientos pasados y sacar las conclusiones. Nada más. Esas masas que habían sido nuestras no podían quedar bajo la influencia liberal. Los guerrilleros ya posesionados estaban a la espera de las orientaciones de la dirección, y nosotros en la dirección seguíamos a la espera del cumplimiento de otros compromisos por parte de los agentes del gobierno. Se había cumplido algo de lo pactado...”.

Los emisarios del gobierno exigieron desalojar los caseríos, porque según su opinión, la violencia había terminado y el control de los caseríos correspondía al gobierno, representado en autoridades legítimas, nombradas por ley y, no a la guerrilla que estaba ejerciendo ese control a la fuerza. “Dijeron por diversos conductos, que nosotros solamente debíamos estar preocupados por trabajar, volver a la vida pacífica, sin inmiscuirnos en otra cuestiones. Esas exigencias nos obligaron a analizar el problema con los liberales y, asumir una actitud frontal frente a algunas bandas de *pájaros*, que continuaban asesinando a mucha gente y cometiendo todo tipo de desmanes. El gobierno nos quería engañar, le faltaba cumplir muchos de los acuerdos. En cambio, a los liberales les daban toda clase de

garantías, aunque ellos incumplieran con los compromisos. No cesaban de robar, eran incansables cobrándoles impuestos a los campesinos, incluso, se desplazaban libremente por los pueblos y le quitaban los fusiles a la policía, y eso, los señores del gobierno se lo comían tranquilos, no les preocupaba. La intención del gobierno, su escondido deseo, era poner a todo el mundo en el Sur del Tolima, bajo las órdenes de *Mariachi* y *Peligro*. El comunismo asustaba a sus pobres almas, tan pobremente armadas...”.

Una comisión del movimiento, *encabezada* por Charro y Marulanda, discuten con otra comisión oficial sobre préstamos de dinero para los campesinos de la región y los guerrilleros, para construir viviendas y comprar algún ganado; discuten sobre la necesidad de construir escuelas, como la creación de un centro de experimentación de cultivos en Planadas; discuten sobre el control policivo que debe ejercerse a las bandas de *pájaros* de Palermo, Santa María, Casaverde, lo mismo sobre los guerrilleros liberales que continúan con provocaciones peligrosas que atentan contra la paz en algunas zonas del Sur; discuten sobre la libertad para los presos políticos que aún permanecían en las cárceles. Le dieron libertad a los presos políticos; instalaron sucursales de entidades bancarias en muchos pueblos, para resolver problemas de sus habitantes; la comisión oficial pidió nombres para nombrar a los inspectores de policía con sus respectivos secretarios; al comienzo de sus gestiones pidieron colaboración de los guerrilleros, especialmente para combatir a los ladrones y a los cuatrerros. “Mucho de lo acordado se cumplió de parte y parte, pero la situación con los *liberales limpios* empeoraba. Mientras a ellos les daban préstamos para la compra de ganado, mulas, vivienda y herramientas; se les instalaba sucursales de entidades bancarias, se les acondicionaban locales para la compra de café por conducto de la Federación de Cafeteros, se les construían pistas de aterrizaje para aviones, con el fin de movilizar carga y pasajeros, por ejemplo en Planadas; les enviaban médicos y enfermeras, les mejoraban los caminos y les construían casas con pagos a largo plazo; persona que perteneciera a sus grupos y caía preso, al día siguiente le daban la libertad; altas y representativas comisiones llegaban semanalmente a Planadas, “En cambio para nosotros conseguir una simple reunión con una de las comisiones, era como enlazar de una vez a cien reses desbocadas. Ya husmeábamos el peligro, era simplemente largar la mirada con un poco de suspicacia. Por el trato que recibíamos, daba la impresión que nos consideraban ciudadanos de tercera fila, que no habíamos aportado un mínimo de sangre en la resistencia armada contra las dictaduras...”.

Los programas de rehabilitación promulgados por el Frente Nacional, alcanzaron sólo, hasta el grado de ciertos comandantes guerrilleros; una región que por fatalidad tuviera como representación a combatientes con grados menores a capitán, le resolvían sus peticiones con insignificantes aportes; y, para los de abajo, los hombres de fila de pies descalzos, la pacificación fue como el regreso al camino de la miseria. Las regiones influidas por los generales del Sur del Tolima, eran más que atendidas, la pacificación les sirvió una mesa con platos apetitosos, para que incrementaran el buen apetito que se les había abierto: prerrogativas en préstamos en dinero, poder decisivo en el nombramiento de alcaldes, inspectores de policía, candidatos a miembros de la policía. Fue una situación propicia que hizo que el revanchismo promovido por ellos, creciera como maleza en el territorio del Sur del Tolima, en el Valle, Caldas, Huila. Fue nuevamente la guerra del pillaje indiscriminado, a pobres, a medios pobres, a ricos, a liberales, a conservadores, a comunistas. La guerra de las vacas, la ansiedad por el ganado vacuno, el gozo por robar

grandes caballadas para aumentar el pecunio personal. Bajo la sombra protectora de la policía -policía propia en muchos casos-, se dedicaron a montar un fecundo negocio: cobrar impuestos por entrada y salida de cargas de café sacadas por pequeños propietarios. Habían montado una red o una telaraña que servían de vigilancia, así como les servían para fomentar el pillaje. Ese grotesco e incontrolable pillaje, se convirtió en una célebre competencia para ver en la práctica, quién era el más sobresaliente de los comandantes, en esa guerra de las vacas y de las mulas. “Gente que había abandonado para siempre su razón y su conciencia, de por qué un día tuvieron que enmontarse. Ahora, su poder y su influencia conseguidos en la contienda bélica, lo utilizaban para acrecentar sus apetitos desbordados. Cambiaron su antigua visión de lucha; muchos de los generales del Sur del Tolima se enriquecieron, otros se elevaron en importancia sobre la tierra en la pura imaginación, pero siguieron siendo como siempre, pobres infelices. Los que pusieron el pecho a las balas, los combatientes rasos, arrepentidos, ahora protestaban, porque habían ascendido a jefes a quienes en la pacificación, se aprovechaban de sus esfuerzos en la guerra. Olvidaron las necesidades de sus combatientes, le dieron la espalda a sus regiones. “Las muertes por venganza continuaron a granel, las muertes por la ambición del poder local, continuaron a diario”. “Eso agravaba, incluso, sus problemas internos. Claro, que ellos arreglaban o finiquitaban sus problemas a tiros, de frente o por la espalda”. No existía otro lenguaje distinto en esa terrible lucha por la implantación de las influencias absolutas. Los comandantes guerrilleros liberales mandan a matar, sin contemplación o mediación de diálogo, a sus inferiores. Los principales jefes agrupan a sus hombres con el pretexto de cumplir con los compromisos con el gobierno y comienza una despiadada ofensiva contra sus antiguos compañeros de armas, los más débiles, los que piensan distinto, los que plantean en el transcurso del año 58, un arreglo con los comunistas, como *Vencedor*, *Chispas*, los Rubiano, jefes de poca monta, exigua influencia. Se recrudece, se acerca la definición del mando entre los dos principales jefes guerrilleros, el general Leopoldo García, *Peligro* y el general Jesús María Oviedo, *Mariachi*, los dos gobiernistas, los dos ambiciosos hasta morir de sed. “*Peligro* se vuelve implacable persiguiendo a sus hombres, los acusa de delitos contra la ley, si no existen, él los inventa. Situación que aumenta el malestar en sus filas. Porque corre el rumor, por cierto verdadero, que en Marquetalia no se entrega a nadie, se le castiga si ha cometido un delito, aplicándole las normas establecidas por el movimiento. *Peligro*, al entregar a sus hombres, quería eludir sus responsabilidades ante las autoridades. En simulacros quieren demostrar sus ingentes esfuerzos en defensa de la pacificación; ellos mismos planean acciones de pequeños grupos, luego se reparten el botín, después, organizan la persecución o el asalto en los caminos a los hombres que anteriormente habían usado en la acción. Comienza el boleteo contra los campesinos, para sustraerles mediante la amenaza y la extorsión, dineros y bienes. Sus cartas anunciadoras de la muerte llegan como palomas mensajeras de mal agüero a los caseríos. Por físico cansancio, escondiendo el miedo entre las cobijas, los campesinos terminan por quitarles apoyo...”.

Ante lo complejo de la situación, se debía abocar sin mediaciones, la discusión seria y profunda para asumir decisiones perentorias. En Marquetalia se reúne la conferencia guerrillera, con la asistencia de un miembro del central del partido comunista, la participación de las organizaciones internas y la representación de las zonas de la periferia, con el fin “de sentar una política que respondiera a los retos planteados por la aplicación de la pacificación. Se hizo la conferencia, después de la debida consulta en todos los niveles



de la organización, se quería discutir y a la vez, informar sobre los acuerdos a que se había llegado con el gobierno, sus resultados, sus complicaciones, el conflicto ya agudizado con los liberales. Se determinó por mayoría absoluta, la desmovilización del cuerpo armado en los tres departamentos, y su rápida conversión en grupos de autodefensa, conformados por campesinos de las regiones y con los excombatientes que decidieran y quisieran trabajar en paz, colonizando la selva. Política que obedecía a orientaciones directas del partido, en lo esencial, porque las condiciones políticas mejoraban en las zonas donde habían desaparecido los ataques directos del ejército y las bandas de *pájaros*. Se acordó licenciar al personal armado que había pedido regresar a los sitios donde habitaban sus familiares, para radicarse como campesinos, trabajar la tierra; se aceptó a condición de que observaran buena conducta en la vida civil, para evitar así, que los fueran a juzgar como delincuentes comunes”. “Se abrieron las puertas de Marquetalia para quienes querían radicarse como campesinos colonos, para desarrollar con ellos, el núcleo de autodefensa que estaría atento y vigilante ante el desarrollo de cualquier situación de peligro. Fue un compromiso establecido con los combatientes licenciados. Se distribuyeron los bienes del movimiento entre los combatientes, dejando una reserva para la dirección, la cual cambiaría su razón de ser un Estado Mayor guerrillero, para convertirse en una dirección de un movimiento agrario; se abolieron los grados militares otorgados por asambleas y conferencias durante la guerra; cada cual en adelante, se identificaría por su verdadero nombre, olvidando los apodos o los seudónimos; se entregó la tierra a los combatientes que habían decidido quedarse a trabajar en el área de Marquetalia, así como se les hizo entrega de las mejoras abandonadas, al igual que los descumbres en la montaña, abiertos con anterioridad, por los mismos combatientes”. “La asamblea nombró un encargado de repartir la tierra, lo recuerda Jaime Guaracas, y como era una región de baldíos, se les entregaba por lotes, por hectáreas. El que decía, yo me quedo, necesito tierra, entonces le entregaban el lote. En los lotes donde había trabajo de los indígenas, por ejemplo, una matica de pasto, un abierto, el esfuerzo humano, el compañero se encargaba de pagar ese trabajo cuando apareciera el indígena a reclamar lo que había laborado...Unas doscientas personas se quedaron en la zona, el resto se fue. Con los bienes del movimiento se organizó una gran rifa, se hizo un corral parecido a los corrales de las ferias, ahí se metió el ganado, se nombró como una especie de juez que vigilara los resultados de la rifa, en una bolsa estaban las boletas numeradas, una boleta equivalía a un animal y el animal le correspondería a dos compañeros, los ganadores. El responsable sacaba la boleta, en voz alta leía el número y así se fueron distribuyendo los bienes del movimiento con el entusiasmo y ahí mismo, se presentaron los negocios y después de la rifa, la fiesta de despedida...”.

Ningún combatiente licenciado podía llevarse las armas, estas se devolvieron a la dirección, respetando un acuerdo que existía, que el armamento era de propiedad exclusiva del movimiento. Se acodó solicitar a las entidades crediticias de la rehabilitación, préstamos a largo plazo para el personal de excombatientes, como para los dueños de las fincas y campesinos pobres que vivían a la redonda de la zona. Esa gestión ya se había adelantado con representantes del gobierno. Se pidió la instalación de delegados de la Registraduría en determinados caseríos, para facilitar la documentación de quienes ya tuvieran edad y así, pudieran negociar directamente con las entidades bancarias. Se tramitaron solicitudes de dinero para ayudar a las mujeres que habían perdido a sus esposos y a sus hijos en la guerra; lo mismo que se solicitaron créditos a 20 años para la construcción de viviendas y

préstamos ordinarios tramitados 12 años, con 4 años muertos para comenzar a pagar la primera cuota.

“En la guerra, los hombres aprenden a quererse, a conocerse íntimamente en los caracteres, en los defectos y en las cosas positivas, todos son como un solo hombre, aunque sean muchos en las filas. Defienden una vida, defienden todas las vidas, se hermanan en las ideas, ven por esas ideas. La despedida, fue una gran fiesta. Muchos lloraron porque se iban, otros lloraron porque se quedaban. Los hombres en la guerra aprenden a conocerse en el sacrificio. Las despedidas son también un sacrificio para los hombres que han vivido la guerra. Cuando los que se fueron llegaron a sus masas, ninguno de ellos había sido un simple combatiente raso, todos habían sido comandantes, y comenzaron a contar sus grandes hazañas. La imaginación crece en los tiempos de guerra y la imaginación se suelta en los tiempos de paz, cuando es posible contar recientes hazañas, en las que uno ha sido el principal protagonista”.

Muchos marcharon con sus papeles de identidad, un pequeño papel que decía que el portador había sido un guerrillero, se aclaraba de qué frente provenía. Muchos de ellos volvieron a la región. Otros se engancharon en alguna fechoría y violaron las normas disciplinarias. Otros dijeron que volverían y se perdieron en la bruma del olvido. “Después supimos que muchos murieron, que otros estaban en las cárceles. El movimiento investigó las causas y estableció que estaban presos por delitos comunes. Algunos degeneraron en bandoleros. Ellos no supieron afrontar la nueva vida en la legalidad. Experiencia notable en los movimientos armados, cuando el personal queda en licencia por una circunstancia tan especial como lo fue la pacificación del Frente Nacional, y no logra entender la libertad en una situación de paz. El gobierno sagaz los fue aniquilando en forma aislada, para evitar que en un futuro se convirtieran en un nuevo problema político...Pero, en fin, las despedidas siguen siendo dolorosas para los hombres de guerra...”.

### **“El cuerpo de Charro creció tendido en la plaza de Gaitania...”**

*El General Mariachi*, con indumentaria de civil, ropa de paño y sombrero, asumiendo aires de dirigente político, hizo declaraciones explosivas para *El Tiempo*, en Bogotá, el día 3 de enero de 1960. Lo que dijo, cambiaría de hecho, cierto equilibrio existente en las influencias políticas de los grupos de ex guerrilleros, en el Sur del Tolima, en época de la pacificación del Frente Nacional. El *General Mariachi* sabía perfectamente las repercusiones que tendrían sus declaraciones, porque era consciente en su deseo de convertirse en una figura política nacional, expresada en una ambición definida, conseguir la jefatura única de los ex guerrilleros liberales. La figura de su concomitante, y su émulo el general *Peligro*, opacaba el brillo y su gestión, en las alturas políticas de su partido. El general *Mariachi* le contó al periodista, detalles del plan subversivo que se venía gestando, según él, a espaldas del país. “*Como usted sabe, cuando cesó la ‘guerra’ o la violencia como la llaman en Bogotá, yo y mis compañeros de guerrillas liberales depositamos las armas y nos entregamos al trabajo. Por convenio, el Sur del Tolima quedó repartido, para el mantenimiento de la paz, en zonas en cada una de las cuales actuaría como comandante un antiguo jefe guerrillero. Así, el ‘General Peligro’ se hizo cargo de la zona de Herrera;*

*'Vencedor' de la zona de La Profunda; 'Arboleda', en Chaparral, y yo en la región de Ataco, que comprende parte del territorio huilense. Mi sede es desde entonces Planadas".*

El ex gobernador del Tolima, Rafael Parga Cortés, jefe liberal por mucho tiempo, quien conoció de cerca la personalidad de los dos *Generales* guerrilleros, los describe: *Mariachi*, un vagabundo. Pésimamente rodeado por un montón de asesinos. El segundo era un asesino, un tal Belalcázar; *él mató a muchos jefes liberales; tenía 4 guardaespaldas, los dos Pérez y los dos González Pérez; hermanos los Pérez y hermanos los González Pérez y primos entre sí; muchachos de buena presencia, pero eran puros asesinitos... Mariachi mismo no era tan malo, pero muy ambicioso, él quería ser jefe único. "Peligro" sí tenía don de mando, él era el gran jefe y el hombre de confianza que yo tenía. Fue mi gran confidente...".*

El *General Mariachi* le hace confidencias al periodista: *"Los jefes de las antiguas guerrillas impusimos un nuevo orden. Según nuestro código, el robo, el asesinato, el cuatrерismo y cualquier forma de delincuencia serían castigados. Incluso decidimos imponer la ley seca. Estrictamente se cumplió nuestra ley y como consecuencia el Sur del Tolima quedó totalmente pacificado como les consta a los mismos conservadores. De eso ya hace varios años".* *Mariachi* había firmado un pacto de no agresión con Marcos Olivera, jefe guerrillero conservador de Casaverde, el 3 de septiembre de 1958.

*Mariachi* refiere que le ofreció refugio a Teófilo Rojas, *Chispas*, en Planadas -*Chispas* consideraba a *Mariachi* como a su jefe superior-, *"para que se rehabilitara y asumí prácticamente su defensa. Ante las autoridades me apersoné de su caso y me lo llevé para Planadas con todos sus hombres, esperando que volviera al trabajo honrado y a la paz. Pero Chispas traicionó mis esperanzas. Mientras yo estaba en Ibagué, Chispas y sus hombres se dedicaron a robar, a tomar aguardiente, a irrespetar a los vecinos. Chispas sería expulsado de Planadas. En efecto, lo fue y entonces el traidor se fue para Monteloro en donde seguramente lo esperaban los autores intelectuales del plan que desde entonces se estaba tramando.*

*"Ahora Chispas y sus compañeros quieren sembrar el terror. Su propósito es revivir la violencia mediante una jefatura única, según lo convenido en La Profunda recientemente en reunión promovida por 'Vencedor', quien se ha convertido en el Mecenaz de los bandoleros. Allí fueron descalificados muchos ex comandantes de guerrilla y 'Vencedor' se adjudicó la jefatura única. En La Profunda quedó acordado el plan de violencia...En el plan subversivo están también los siguientes bandidos: 'Mayor Mediavida' (Silvestre Bermúdez), quien ha querido capitalizar el movimiento guerrillero del Sur del Tolima, para trasladarlo al oriente; 'General Santander' (Aristóbulo Gómez) e Ignacio Parra, ex consejero del 'General Peligro'.*

*De modo que los bandoleros de que he hablado quieren turbar de nuevo la paz e el Sur del Tolima. Deseo prevenir a los liberales para que no se dejen engañar. Sé que detrás de este plan subversivo hay personajes de la capital de la república y dirigentes comunistas y de un sector disidente del partido liberal. Liberales disidentes y comunistas se identifican en los propósitos y en los métodos...En cuanto a mí quiero declarar que respaldo el orden y el trabajo y la justicia que entraña el Frente Nacional, porque los más destacados jefes del*

*partido liberal son los autores de dicho sistema político y no creo que todos - simultáneamente- puedan estar equivocados*". En agosto de 1957, a la reunión organizacional del Movimiento Revolucionario del Sur del Tolima, el entonces coronel *Mariaqchi* envió un memorando que leído fue aprobado por unanimidad, advirtiendo "desde ahora que no se autorice ningún contacto político con representantes del comunismo, esto es, ninguna persona queda autorizada". En el año 60 existían dos grandes obstáculos para que el *General Mariachi* -además de su émulo, el *General Peligro*-pudiera ampliar sus influencias territoriales: sus antiguos compañeros de armas, *Vencedor*, *Chispas*, *Mediavida*, Ignacio Parra, y la región de Marquetalia, controlada políticamente por Jacobo Prías Alape, *Charro Negro*. La guerra entre guerrilleros que se había generado en los años 51-53 en El Davis, aún no se había definido. Sagazmente, *Mariachi*, desde Bogotá, en su reportaje apuntaba febrilmente contra los enemigos de sus ambiciones. Quince días después de sus declaraciones, morirían asesinados *Mediavida* y *Charro Negro*.

Marquetalia antes se conocía como El Támara, una finca de propiedad de un señor Bonilla, que por la violencia la abandonó en los años cincuenta, una hacienda profunda, metida en la montaña, con fincas vecinas, lejos unas de otras. Después de fundados los comandos de Riochiquito y el Símbola en el Cauca, en reunión de la dirección de la guerrilla, se acordó crear un nuevo comando en la zona de Marquetalia. El nombre de Marquetalia lo puso *Charro Negro*, él fue quien recogió los primeros hombres, reclutó nuevos combatientes, se instaló con familias en la región de El Támara, en el año 55. "Ahí *Charro* crea el comando para operar en áreas del Tolima y Huila, zona cercana a los dos departamentos, estratégica desde el punto de vista militar, porque el enemigo difícilmente podría meterse por la espalda, si quería hacerlo, debía irrumpir de frente. Marquetalia era un solo camino preñado de dificultades en sus pasos, para salir hasta Gaitania. Fincas a las márgenes del río Atá, especialmente en las partes altas, terreno sólido con defensas naturales...".

Con la pacificación del Frente Nacional, al desmovilizarse el personal armado, Marquetalia se organiza con las mismas ramificaciones estructurales en lo político y social que El Davis. No cambia en lo esencial, se mantiene la propuesta, un poco más avanzada, de una pequeña sociedad cerrada, por el hostigamiento desde afuera y, por lo tanto, para preservarse, se autogobierna. Cambia en la participación activa de las mujeres en el trabajo, cambia en la concepción y en la influencia que debía tener el frente democrático, cambia en lo que se refiere al comercio con las regiones vecinas, ahora comercia sus productos directamente; cambia en que la dirección no sigue funcionando como dos entidades separadas: la política y la militar, se crea una dirección de conjunto, dándole prioridad, por la circunstancia de la pacificación, a la conducción política. En Marquetalia por la configuración del terreno, una explanada, rodeada de nudos de cordillera, adyacente a la selva, desde el comienzo, se construyen cordones de fortificaciones y refugios contra los bombardeos, lógica precaución por el albur de un asalto por sorpresa.

Los excombatientes que decidieron quedarse después de la desmovilización, son propiamente los fundadores, al derribar la montaña y la selva con hacha y motosierra para crear sus fundos. Descumbraron para sembrar pasto, café y caña, construyeron sus casas y amasaron una pequeña riqueza con el esfuerzo de sus manos. Los ex guerrilleros fueron los colonizadores, con cierta ayuda económica que recibieron por concepto de la rehabilitación. "La gente se dedico a trabajar desde el comienzo, un trabajo lento, porque nadie tenía

herramientas para trabajar, hasta que resolvieron salir a encontrarse con sus familiares y los familiares les regalaron machetes, hachas, serruchos y así levantaron sus patrimonios. También se utilizó mucho la *minga*, se agrupaban 8 o 10 hombres a trabajar un día donde un compañero, al otro día donde otro y así, hasta que se fue abriendo la montaña. Se cultivó primero el maíz y el frijol; el frijol tenía una excelente venta por esa época, rendía el dinero al venderse, permitiendo a los compañeros comprar lo que necesitaban. Así comenzó todo, hasta que se fue consolidando la región, cada uno con su parcelita...”, recuerda Jaime Guaracas. “Marquetalia es propiedad del movimiento, propiedad del Estado Mayor, de los guerrilleros, no es propiedad de nadie más. Porque esa finca la compramos nosotros, se la pagamos a la viuda del dueño. Ella nos dijo un día: bueno, ustedes me ocuparon la propiedad y, yo no puedo volver por aquí por cuestiones de lejanía y por razones de violencia y, por la falta de fuerzas, cosas de edad, págúenme la finquita. Se le pagó la finquita, se le agregó un ganado, unas mulas, se le pagó \$50.000, que en ese entonces, era muchísima plata...En eso quiero resumir a Marquetalia...”, negocio que nunca olvida Manuel Marulanda.

En Marquetalia se aplicaba la justicia, según las normas establecidas en las reuniones que fueron discutidas. “Cuando un mando cometía una indisciplina grave, o violaba una orden o contravenía las disposiciones de la lucha guerrillera, a ese mando se le sancionaba, especialmente degradándolo. No podía hacer uso de su grado para ejercer mando alguno; se le suspendía de sus funciones dirigentes y no podía salir a comisionar, no podía tener contacto alguno con las masas, no podía salir a la periferia y participar en las acciones militares, por un largo tiempo, digamos 6 meses o un año, según la gravedad de la falta. A los guerrilleros se les aplicaba sanciones de tipo disciplinario, por ejemplo todos los días, por una semana, debía darle 30, 50 ó 100 vueltas alrededor del comando, por una hora o más tiempo. Eso se hacía en los tiempos de la guerra...”.

“La dirección, recuerda Jaime Guaracas, no perdió el prestigio que había adquirido durante la lucha guerrillera. Siguió siendo la dirección política que acataban las masas, sobre las cuales influía desde Marquetalia. Cuando se presentaban problemas internos entre vecinos por cuestiones legales de linderos, por daño ocasionados en las sementeras por descuidar a los animales, acudían a la dirección para que arreglara el conflicto. Se escuchaba a las partes, por ejemplo, una aclaración para definir la legitimidad de los linderos; uno siempre acudía a los documentos y se basaba en su letra para dar el veredicto. Si alguien se había cogido un poquito el lindero del vecino, al estudiar el documento, se clarificaba en realidad, desde cuando existía el lindero señalado legalmente. La conclusión dada por la dirección se respetaba, como decisión y como orientación. También se aplicaban castigos para los ladrones. Se les ponía a trabajar, pero el trabajo no era para el beneficio de una persona. Al ladrón que venía a la zona, enviado desde la periferia, trabajaba como sanción y finalmente se le pagaba por lo que había laborado. Era un castigo con el ánimo de que si robaba por pereza a trabajar, el hombre comenzara por adquirir costumbres sanas para su espíritu...Eran, por lo general, ladrones del área, de la jurisdicción que influía la dirección de Marquetalia, desde Planadas, el municipio de Palermo, el municipio de Aipe, territorios sumamente grandes. Imagínese que Aipe está situado sobre la carretera central de Neiva al Espinal, y desde allí, iban las quejas para que alguien de la dirección viniera a resolver los problemas...”.

Y cuando una pareja quería casarse, lo planteaba al organismo correspondiente; una muchacha se quería con un compañero, si pertenecía al comité femenino, lo informaba en su organización y el compañero lo planteaba en las filas o en la juventud comunista. Intervenían las dos organizaciones, se concretaba finalmente un acuerdo, en todo sentido benéfico para los dos, se exigían responsabilidades, se les pedía el consentimiento a los padres, se llevaba al comando y éste autorizaba. Antes, una comisión de los organismos hablaba con los padres de la pareja, luego la pareja se comprometía a cumplir con lo acordado en un pequeño documento, y el comando legalizaba la unión con una firma. El encargado de los matrimonios se llamaba Guillermo, se le conocía también como *Coltejer*. El acuerdo firmado testimoniaba el firme deseo de la pareja de responder ante la organización, por la unión. Con la firma se oficializaba el matrimonio, venía la fiesta, porque no se podía salir para ir a la Iglesia, pocos emisarios religiosos entraban en la zona. No por control de la dirección, más bien por negligencia de los religiosos.

A Marquetalia, después de los acuerdos con el gobierno, cuando deja de ser una zona de guerrillas y se convierte en una región pacífica de trabajadores, entran los compradores de ganado, los temporeros, los vendedores de mercancías. “Cuántas veces nosotros, recuerda Jaime Guaracas, pedimos la visita del Fondo Ganadero, pedimos la visita de la Caja Agraria, porque no había dinero para comprar el ganado. Se estaban abriendo pastos y resulta que no había ganado para meterles a esos potreros. Pedíamos que vinieran, pero nunca llegaron. Nunca. El cura, una vez llegó casi hasta el mismo Marquetalia, ofició unas misas y luego dio la espalda ensotado. El inspector de policía de Gaitania no subía, porque no tenía oficio, la dirección había cumplido con sus funciones de autoridad...”. Los ex guerrilleros salían a Gaitania, visitaban Planadas, iban a Neiva, a San Luis, a Palermo, transitaban por cualquier lugar y no había problemas con las autoridades. “Todo el mundo entraba y salía a la hora que deseaba y quería. Es cierto, había un control interno para evitar situaciones que obligaran a las autoridades a entrar a buscar a una persona y llevársela detenía. En verdad, es física verdad, en la zona no era necesaria la presencia de la autoridad. Manteníamos excelentes relaciones con las autoridades vecinas, con los inspectores de policía...”.

Ante la delicada situación que vislumbraba ya un próximo enfrentamiento armado con los liberales -*Mariachi* andaba formando una banda que se especializaría en dar muerte a los jefes guerrilleros revolucionarios, especialmente los cuadros de Marquetalia-, la dirección decidió nombrar a Manuel Marulanda Vélez como intermediario para buscar una salida al inminente conflicto. Visitó a políticos de ciertas regiones “para hacerles llegar nuestras inquietudes”. Esa política de acercamiento fue calando en algunos comandantes y en muchos combatientes liberales, que ya querían por lo menos, hablar con los comunistas. “*Mariachi*, vivo como ninguno, malicioso, sagaz y ladino, creyendo que entre nosotros existían problemas internos, me propuso que me pasar a sus filas y preparara con él, un golpe contra *Charro* y *Lister*, que hacía un año estaba en la región. Las conversaciones solo sirvieron para atenuar un poco la explosión que más adelante estallaría. Yo mantenía informada a la dirección de todas mis conversaciones, les hacía llegar mis razonamientos y conclusiones. Les decía que se requerían medidas de seguridad, especialmente con la autodefensa de Marquetalia...”. Marulanda viajó hasta Ibagué, no para resolver el conflicto, que parecía insoluble, lo hizo para ganar opinión entre la población. Habló con el gobernador Darío Echandía, con los coordinadores departamentales de la rehabilitación,

con oficiales del ejército. Ellos le respondieron que el problema era estrictamente con Jacobo Prías Alape, *Charro Negro*, que Mariachi sólo estaba respondiendo por los ataques que él organizaba contra su gente, que *Mariachi* tenía razón en defenderse. Le dijeron a Marulanda, que le enviarían una carta a *Mariachi* para que atemperara sus acciones agresivas. “¿Qué tal?”. Demostración de enlace que existía entre *Mariachi* y el gobierno departamental, de *Mariachi* y los gestores de la rehabilitación. La pacificación del Sur del Tolima se dirigía desde Planadas y no desde Ibagué. Detrás de la pacificación, sonriente, satisfecho por su influencia estaba el *Mariachi*, rodeado de sus policías rurales. Alertamos al partido, el conflicto podría agravarse...”.

Manuel Marulanda se había convertido en el representante directo del movimiento, “para evitar posibles choques armados con los liberales, posibles choques armados con los conservadores, para hacer denuncias de carácter político ante las autoridades. Pero, al mismo tiempo, se aprovechó para colocarme a trabajar en una parte más cómoda, como inspector de carreteras y, eso siempre me dificultaba mucho, porque tenía que pedir permiso para realzar las gestiones políticas. La carretera era la de Palermo -Palmira, haciendo la circunvalación entre Neiva-Ataco-Planadas, para conectarse a la carretera nacional, pero el trayecto era -o sigue siendo- salir directo a Palmira; una troncal muy buena, bien planificada, bien hecha. En ese trabajo que duró más de un año, no sentí ninguna impresión, no sentía cosas extrañas, me pareció una situación normal, porque uno, siempre que va viajando, lleva la mente ocupada en una tarea, va en función de esa tarea, sin echar de menos otras cosas. Claro, que la ausencia de la vida legal, la ambición de los negocios, el deseo de una finca en crecimiento, las fiestas con buen tiempo de duración, el sonido del violín, tantas veces trajinando la tristeza, tantas veces abriéndole los ojos a la alegría, el violín que tanto me enternecía el alma tuve que cambiarlo por la música de un fusil, en fin, la ausencia de la vida legal que fueron más de diez años bien pensados, pero yo no me sentía incómodo cumpliendo las tareas...”.

Su trabajo en obras públicas como inspector de carreteras, “era una tarea clandestina, sin que ellos pensarán que yo seguía siendo un comunista, para que me confiaran muchos de sus planes...”. Para los políticos, para los militares, el objetivo era no dejar que el comunismo avanzara en el Sur del Tolima; se hacía necesario desaparecer a muchos de los antiguos jefes guerrilleros. “Ellos confiaban que me habían ganado para sus planes, depositaron su confianza en mí. Un juego de simulación de lealtades, supuestas lealtades, y cada uno escondiendo el cuchillo de su política, el arma de sus intenciones. Pero llega el momento en que uno no soporta ese juego de maldades, la rudeza de lo falso. Uno siempre quisiera tener el corazón abierto a la sinceridad. Les dije entonces, a los camaradas de la dirección de Marquetalia que no podía seguir trabajando como inspector de carreteras, sino hasta marzo de 1960, porque consideraba que se habían agotado las fuentes de información. Era todo muy claro, iban a utilizar en sus planes, a los antiguos guerrilleros liberales y el gobierno, los partidos políticos, el ejército no aparecerían ante la opinión pública, como los responsables de la nueva situación. Como quien dice, que se maten los de abajo, son tantos y pululan por el mundo, que tienen suficiente sangre para derramar...”.

Manuel Marulanda Vélez continuaba como el representante legal del movimiento, que gestionaba la solución de muchos problemas ante las instituciones de gobierno; en comisiones relacionadas con el magisterio, gestiones para conseguir maestros; insistiendo

ante los representantes oficiales de la rehabilitación, para el cumplimiento de los acuerdos y de los planes, porque mucha gente se había quedado sin que le resolvieran sus peticiones; impulsando las obras públicas, la construcción de carreteras, caminos, puentes indispensables para desembotellar las regiones; llevando peticiones ante la central eléctrica, en la secretaría departamental, buscando la instalación del fluido eléctrico para muchos de los caseríos. “Lo mismo que me tocó representar a cerca de 300 muchachos campesinos que querían estudiar en los centros de agronomía, con becas que habíamos conseguido en los centros de experimentación. Yo era práctico en manejar el personal civil en esas circunstancias...”.

Marulanda era el hombre que desmontaba con tremenda facilidad, una situación tensa, de posibles choques con los *liberales limpios*, o choques con los conservadores, lo mismo que hacía las denuncias políticas ante las autoridades competentes, por su capacidad de escuchar, por su calma para mediar la agresividad de la contraparte.

Y Manuel Marulanda Vélez piensa, aprisiona el recuerdo; *Charro* que había participado en el congreso del partido comunista realizado en Bogotá, llegó a la zona el 5 de enero de 1960 y me hizo saber que había convocado una reunión en Gaitania, para informarnos sobre los resultados del Congreso y para que estudiáramos la situación de la región. Se veía un hombre contento, porque traía con él muchas experiencias adquiridas en la capital. Yo le informé que *Mariachi* había destinado un grupo de hombres para puestiarlo y darle de baja. Como siempre me escuchó, pero siguió despreocupado por su vida. Así era el *Charro*. Llegamos al acuerdo que esto lo discutiríamos el 10 de enero en el pueblo. Pero concluimos que él no bajaría más al pueblo, que evitaría seguir haciendo giras y se dedicaría a alistar maletas para su viaje a Moscú. Me había contado que viajaría a realizar un curso político. Se le veía tan contento.

Y Jaime Guaracas visualizaba la situación, la policía de *Mariachi* se uniformaba de carabinero, con sueldo y apoyo logístico del gobierno, llegaba a Gaitania, se ponía a tomar trago, amenazaba a la gente, la insultaba desafiante. Una situación a diario, impuesta por los rurales de *Mariachi*. Ellos se habían ganado a un sector de la población de El Socorro, un sector que habitaba frente a Gaitania, gente del mismo pueblo, ya convertida en informadores, gente dañada en sus sentimientos. El año 59, fue un año de muchas provocaciones. A *Charro* lo habían intentado matar, no sé cuántas veces. Era un hombre despreocupado, que dondequiera que podía organizar una fiesta, la organizaba para bailar y tomarse unos tragos. Un hombre muy alegre, muy extrovertido. Pero con una gran desventaja, amaba y defendía la vida de los demás como si fuera su propia vida. Era así su naturaleza. Si veía a dos hombres peleando, así fuera el lance de machete o de cuchillo, ahí estaba él en medio de la furia de los dos hombres que querían sacarle sangre a sus cuerpos. Esa información la manejaban los provocadores. Y esos hombres, muy en sigilo, un día organizaron un reinado de belleza, con un baile para toda la noche, con un fin de crueldad, darle muerte a *Charro*, *Charro* que amaba tanto la vida. Los hombres bebieron hasta poner en rojo sus ojos. Era un plan más que simple: dos hombres simulaban una pelea a peñilla y esperaban que *Charro* saltara despreocupado al ruedo y con sus maneras, intentara separar a los dos hombres y, en ese instante, en la confusión de la algarabía, otro hombre le asestaba un machetazo a *Charro*. Se dio comienzo al desarrollo del plan: lo iban a ejecutar uno de los Corona y el otro, conocido como el *Cabezón*, simulaban levantar la voz en palabras de



insulto dañino al sentimiento, sacaron a relucir el machete y el aire se volvió picadillo. Un simulacro bien ejecutado. *Charro* como de costumbre, le puso resortes a sus piernas y quiso separar a los hombres. La compañera, candidata al reinado, compañera del momento, hija de compañeros con quien estaba bailando, lo agarró por la cintura, no lo dejó meterse en el asunto. *Charro* protestó, él quería separar a los hombres que daban muerte a sus vidas. Protestó. Otras compañeras lo convencieron que no lo hiciera, lo calmaron, al pasar sus manos suavemente por su cabello de indígena *Charro* calmó por pocos minutos sus ímpetus de justicia y se aquietó. El *Corona* y el *Cabezón* metidos a conciencia en el simulacro, haciéndose lances y quites que parecían de verdad, tan peligrosos que hicieron más real el combate. Ya no era un juego, dejó de ser simulacro, el sudor corría en sus cuerpos, enlagnándose en las espaldas, empapando las camisas. Un hermano de *Corona*, con sus ojos vidriosos y rojos por el aguardiente, miraba y no entendía la situación, vio que el *Cabezón* le tiraba a su hermano, se levantó de la mesa en que estaba libando, se le mandó de una vez directo, sin contenerse, en la derecha empuñando el machete, lo apretaba tanto, como queriendo que no se le zafara nunca de sus dedos y le pegó un tremendo machetazo al *Cabezón* sobre el hombro izquierdo y le abrió una herida como para meter las dos manos, y el *Cabezón* viéndose herido no encontró otra defensa que su revólver y decidió coger a los dos *Coronas* a tiros, descargó el tambor de su revólver y los mató...*Charro* era demasiado confiado, no pensaba que tenía enemigos, porque la masa lo quería demasiado. En la dirección se le exigía que tuviera cuidado con su vida. Pero era hombre que no temía al peligro. Existen hombres que no le tienen miedo al peligro, porque son hombres que juegan mucho con su vida...

Manuel Marulanda Vélez disocia las posibilidades de la muerte en la guerra, porque uno bien lo sabe que en la guerra, la muerte puede ser o muchas veces lo es, un accidente. Pero uno aprende a jugar con ese accidente, le hace esguinces, inventa una trocha equivocada para equivocar la muerte. Un eterno juego de la guerra. El cuerpo del hombre de fila acomodado en la trinchera, como siempre tensionado, su arma la continuación de su cuerpo. En la otra trinchera, la muerte disfrazada en el deseo obligado del hombre que ambiciona nuestra muerte. Afinan la puntería el uno y el otro, como queriéndose sacar los dos de sus escondites, no se imaginan los rasgos mínimos de sus fisonomías, no se interesan por sus referencias familiares, no tienen un conteo exacto de sus edades; los hombres apropiados de las defensas naturales, avanzan pegados, reptando entre los pliegues del terreno, camuflados en sus escondrijos, pareciéndose un arbusto, un tronco asimilándose a la broza, su piel color de barro, color tierra, su pigmento hojas verdes, hojas amarillas, montones de hojas secas; los ojos del hombre ven de cerca los ojos del otro hombre, la ansiedad brilla en las pupilas de los dos, miradas inyectadas de odio adoctrinado, para matarse deben odiarse, no es posible otra dimensión humana; se perciben en movimientos similares, se detectan en sus olores a esa distancia, incluso, los diferencian un poco; aprietan el gatillo y por las boquillas se disparan los proyectiles como el más natural de los susurros, no se aciertan, una piedra se disemina en esquirlas, un árbol brota astillas al desflorar, se acercan como si la tierra se encogiera, como si la tierra fuera un cuadrado de metros. Entonces, aparece el olvido por la muerte, un olvido parecido a la soledad del desierto, como si el hombre se metiera enroscado dentro de la concha de un caracol para escuchar la lejanía del mar que huye, no existe el tiempo para la añoranza, no se precisan frágiles imágenes, es la concentración absoluta en el combate lo que impera; se ha esfumado el miedo. Ahora es la seguridad y la agilidad para disparar, la adecuada

puntería para resolver en últimas, cuál de los dos moriría para enterrar el olvido hacia la muerte. Uno caerá en fracciones de segundo y su cuerpo será un orificio de sangre caliente, el cuerpo del hombre ya convertido en un riachuelo de sangre, por la casualidad de los disparos o por la puntería del sobreviviente. En fin, la tierra abre la sepultura para el hombre que cae en la guerra, llevándose consigo la terrible incógnita de no saber quién disparó contra su vida. La guerra, sus misterios, sus pasiones. “Pero *Charro* murió por la espalda. Se había acostumbrado a ser hombre de paz, que para un hombre como él tenía sus dificultades. *Charro* estaba construyendo otro mundo, en una situación de paz en que uno pensaba que las armas eran innecesarias. *Charro* pensaba que solo le bastaban las palabras y descuidó su preciosa vida. Su muerte fue doblemente dolorosa, por su definitiva ausencia de hombre que tanto nos sigue doliendo y porque fue una muerte indefensa, ¿me entiende?”.

Es que *Charro*, recuerda Jaime Guaracas, surgió como jefe desde que surgieron las guerrillas, tenía la facilidad de ser un jefe natural, un hombre que nadie había cargado de responsabilidades, pero terminaban por consultarle todo, él daba orientaciones, daba consejos. Eso para mí es tener el don de jefe natural.

Alguien que todos tienen que ver con él, la gente lo rodeaba y *Charro* con su sana costumbre de resolverlo todo, rodeaba la gente. Es que fue un líder militar, se convirtió en un político, que había asimilado las orientaciones del programa del partido. Al morir era miembro del central. Pero al fin y al cabo el 11 de enero de 1960, muy a las cinco de la mañana llegó la policía de *Mariachi* a Gaitania. En sus mentes se había cuajado un plan. A las seis de la mañana *Charro* se levanta de la cama; en Gaitania estaba durmiendo. En la pacificación en un claro ambiente de trabajo, pues con el impulso de crear un patrimonio, todos salimos a trabajar. La guerra seguía siendo un recuerdo muy fresco, sudor pegado a las espaldas. *Charro* había comprado un proyector de cine y viajaba de pueblo en pueblo del Huila y del Tolima, proyectando películas mexicanas. Era feliz viendo cómo la gente quería meterse a tiros con las imágenes cinematográficas. Negociaba, compraba ganado, vendía y compraba mulas y negociaba en esas condiciones. En la cuestión política organizaba a la población, concientizándola, escuchando, ampliaba sus amistades y en su mirada uno veía que el movimiento crecía en influencia. El le llevó la luz eléctrica a Gaitania, él luchó por la ampliación de sus caminos de entrada, él organizaba cualquier evento cívico, incluso los reinados para conseguir los fondos que se necesitaban. Digamos que era un hombre que vivía para toda esa región. Claro que hubo descuido, que descuidó su vida. No había, dijéramos, una autodefensa regular que respondiera ante una situación de tal magnitud en Gaitania. Pocos guerrilleros quedaron en Gaitania, los demás estábamos arriba en Marquetalia, trabajando... Para ese día había una reunión de la dirección. Pero resulta que los *Mariachis* llegaron y rodearon los cafetales del pueblo. Cuando *Charro* se levanta y sale a la calle, los vio. Y muy a las seis de la mañana se dirigieron a él y le hablaron, le preguntaron por unas mulas robadas. El respondió que nada sabía, que acababa de regresar de Ibagué. *Charro* les preguntó por qué andaban armados. Le contestaron, “eso que le importa a usted. Con estas armas podemos entrar donde queramos”. Lo amenazaron, “si quiere bala, le echamos bala”. *Charro* respondió, “la época de la bala pasó...”. En el pueblo, estaban el compañero Marulanda, Rogelio Díaz, *Lister*, dispuesto ya para asistir a la reunión.

Marulanda recuerda que había llegado a Gaitania en las horas de la tarde y lo primero que fue a buscar a *Charro* y los dos acordaron que “yo debía hacerme cargo de algunos intereses del partido. A *Charro* lo vi muy tranquilo, él andaba en las vueltas para organizar su salida para Bogotá. El 10 de enero no pudimos reunirnos por un retardo en la llegada de *Lister* y con el mismo *Charro* aplazamos la reunión para el 11 de enero. Ese día, a las cinco de la mañana llega de Planadas la policía de *Mariachi*. Nadie sospechó que el plan era la eliminación física de *Charro*, nadie sospechó que se iba a cumplir ese plan fatal de los dirigentes políticos de los tres departamentos, que querían asestar un duro golpe, el más doloroso, el más certero contra el movimiento como lo hicieron en El Davis. 250 hombres de la policía ya estaban escondidos en los cafetales. Nadie sospechó cuáles eran sus intenciones.

En esas llegó *Charro* y se encontró con *Lister* y le dijo:

-Compañero, por ahí están los *limpios*. Parece que vienen bravos y con ganas de joder, porque uno de ellos me invitó a que peleáramos y yo le dije que la pelea era para los perros, que yo ahora no peleaba. Que estábamos en paz y que los problemas se habían acabado, que se había acabado la guerra.

Yo no le oculté a *Charro*, recuerda *Lister*, la gravedad de la situación y por eso le dije que tuviéramos cuidado y que se hacía indispensable mandar a llamar gente de la nuestra. El no estuvo de acuerdo porque no veía la situación tan grave como la veía yo. Sin embargo, le aconsejé que no saliera más a la plaza, hasta averiguar qué era lo que los *limpios* querían. Tomaron tinto en una tienda esquinera de la plaza; *Charro* se levantó del asiento, sin prestarle atención a lo que le había dicho *Lister*. Tranquilo, dio la vuelta a la plaza y al entrar a una droguería vio a tres hombres que lo seguían pegados a sus pasos. *Charro* entró por una puerta y salió por la otra, antes alcanzó a intercambiar palabras con Sánchez, el dueño del establecimiento, amigo suyo. Cuando *Charro* salió a la calle, los otros hombres se habían metido por la otra puerta y lo acribillaron a bala por la espalda. Cuando oí los tiros me levanté con una corazonada y corrí: “¡Maldita sea, seguro que lo han matado!, exclamé para mis adentros con un fatal presentimiento”.

Jaime Guaracas debía llegar a Gaitania ese día, 11 de enero, para asistir a la reunión convocada por la dirección. *Charro*, después de sostener la primera conversación con los *limpios*, encabezados por *Belalcázar*, lugarteniente de *Mariachi*, se dirigió hacia la casa donde le preparaban la alimentación, la casa de la compañera Candelaria. Tranquilo, se toma un tinto que la compañera le ofrece, hace un poco de tiempo, y al levantarse para salir, cogiéndolo del brazo le dice la anciana Candelaria: *Charro*, no se vaya, espérese aquí, deje el afán, *Charro* con su mirada le dijo que no se preocupara, se fue hacia la plaza, volteó la esquina, caminó por la calle como tantas veces lo había hecho, buscó la calle principal del pueblo, frente a la droguería de Joaquín Sánchez. Ahí le dispararon por la espalda. *Charro* no tuvo tiempo de meter la mano a la pretina para buscar el revólver, lo remataron con tres tiros, se desplomó el cuerpo de *Charro*. Un compañero de la autodefensa tan pronto escuchó el tiroteo, salió con un fusil y al romper lo mataron. Otro compañero se enfrentó con ellos en la esquina de la plaza, le dispararon y al sentirse herido, retrocedió y murió más adelante, desangrado. Los *mariachis* se habían apoderado del pueblo.

Como si él hubiera recibido los cuatro disparos en su cuerpo, como si él hubiera padecido esa corta agonía, como si hubiera derramado su sangre, Marulanda recuerda que a las seis de la mañana le dispararon a *Charro* por la espalda, fue una muerte inmediata, en que no hay “tiempo para decir una palabra, la mente se esfuma para perderse en un camino sin fin. Charro no tuvo tiempo para defenderse, él siendo un felino para replicar por su vida, él que acosaba tanto al enemigo en los combates para defender la vida de sus hombres, no encontró un segundo para defender la suya”. Ese día hubo tres muertos. *Charro*, Misael Calderón y Natanael Vera. Quince minutos después, organicé la resistencia y comenzó un duro intercambio de tiros en los alrededores del pueblo. Con los miembros de la dirección, *Lister*, Rogelio Días, Jaime, acordamos darle parte a las autoridades, no por incapacidad nuestra de responder a los *mariachistas*, sino para que más tarde, lo más importante contar con el apoyo de la población, para nuestras futuras actividades. Se acordó que yo saliera para informar al gobierno departamental del Huila sobre la oscura situación. Pensamos que era la mejor manera de prolongar un poco más la tregua, mientras se organizaban los asuntos del movimiento...”

El general *Mariachi*, al día siguiente, desde su cuartel en Planadas, diría a la prensa: “*como no podíamos responsabilizarnos de hechos de los cuales no hemos sido responsables, en la mañana de hoy viajaron unos comisionados a hablar con “Charro Negro” para invitarlo a que recapacitara y volviera a los senderos del buen vivir. Yo confiaba en que podíamos lograr esta recuperación en el excombatiente desaparecido. Seguramente hubo un cambio de conceptos, discusiones, y por los datos que he oído, los visitantes tuvieron que defenderse, y a consecuencia de ello se produjo alguna refriega en la cual murieron Fermín Charry, “Charro Negro” y dos de sus hombres...*”. 17 años después, en el mes de septiembre de 1977, el general *Mariachi*, vestido de civil, olvidado, repudiado y perseguido por sus copartidarios políticos, se sorprendió cuando vio entrar a su negocio en Santiago Pérez, a tres hombres jóvenes, la sospecha hizo temblar su cuerpo, apesadumbrado sólo atinó a decirles: “Yo soy un hombre viejo, por favor no me maten...” y al tiempo que recibió de frente, cuatro disparos de muerte en su cuerpo, le dijeron: “Es el cobro de cuentas por el asesinato de *Charro*...”.

“El cuerpo de *Charro* creció tendido en la plaza de Gaitania, como si la plaza del pueblo fuera a servirle de sepultura. Cuando muere un hombre como *Charro*, la tristeza se pone cabizbaja, la tristeza no tiene ojos para ver el horizonte que se levanta en la tarde...”. Murió siendo coronel de guerrillas, murió con tres nombres: el de *Charro Negro*, el de Jacobo Prías Alape y el de *Fermín Charry*, tres nombres para un solo cadáver. La puerta verde de madera de la entrada de la droguería, sigue conservando los orificios de los disparos que ocasionaron su muerte.

### **La despedida de hombres que construyen sueños**

Era simplemente prolongar la despedida, cogerla en el tiempo para hacerla más perdurable en el recuerdo; por eso querían, el deseos oculto, recóndito, continuar la despedida en Girardot. En el fondo, el viaje de los dos compañeros, tenía como profunda significación que todos se sentían involucrados en la decisión, nadie quería soslayar su responsabilidad, nadie se sentía ajeno con lo que podría sucederles en un futuro impredecible, nadie quería

escapar a ese influjo. Un sentimiento hermanado en la sangre, no como cicatriz, que sella un compromiso, era el sentimiento que nace de un ideal, y más cuando en el tiempo ese ideal configura una lealtad inalterable. Se percibía sinceridad en la atmósfera, porque Jacobo y Hernando eran portadores de una emoción solidaria, construida en la ciudad con el sonido agigantado de miles de voces. Pero nadie quiso hablar -quizá el solo insinuarlo hubiera expresado el signo de una flaqueza indebida, criticable-, de la posibilidad de que esa decisión podría costarles la vida. Nadie piensa en la muerte, cuando la vida es un torrente de alegría, como lo dijera Hernando la noche de su despedida. Menos cuando ellos veían la revolución como un rostro cercano, la compañera en la cama, compañera de sueños, el abrazo afiebrado de todos los días. Eran hombres que estaban construyendo sus propios sueños, por lo tanto para ellos, no existían premoniciones fatales. Todo giraba alrededor de una vida que anhelaban, podían llegar a sumar la edad de siete o más décadas. El valor y la confianza colectiva al tomar la decisión, había sido el imperativo; los imponderables y el azar eran apenas artilugios inexistentes.

Los cuatro subieron al bus y guardaron sus equipajes en el maletero; Hernando se sentó junto a Jaime y Jacobo al lado de Carlos Alberto, el carro arrancó con la parsimonia preconcebida del conductor, que seguramente pararía en cada cuadra o cada kilómetro para recoger nuevos pasajeros, aprovechando el flagelo del tedio que se padece a la salida de Bogotá, por las calles congestionadas de vehículos y peatones. Atrás, quedó la ciudad maniatada al frío ambiente y, ellos ya acomodados en sus asientos, se sumergieron en un silencio reconcentrado, explicable por la preocupación, de que lo importante era que llegaran ilesos a Girardot, para esa misma noche volver a despedir a Jacobo y Hernando, y en la mañana, los dos desaparecieran por una carretera destapada que los conduciría sin inconvenientes a la montaña. Pero, un viaje de esa naturaleza es también -imposible negarlo-, un regreso a la añoranza atrapada en precisas imágenes. En apariencia, los revolucionarios son dado a expresar la falsa actitud de querer cubrir con el polvo de un insoportable olvido, los efectos que han alegrado la vida, porque piensan en la debilidad de que podrían sucumbir a la desesperanza de mirar hacia atrás, y volver los ojos hacia la lejanía propia del hombre Hoy se está viviendo con intensidad una encrucijada apasionante, mañana bienvenida la muerte, parece ser el precepto. Se encierran en cuatro paredes, sin la posibilidad de abrir las puertas a los nexos existentes, el puente entre los efectos, los recuerdos y la decisión que se ha tomado. Abrir ese resquicio, es ni más ni menos que permitir una rabiosa explosión de sensiblería. Lujos que no pueden darse muchos revolucionarios, según se piensa equivocadamente, en una situación similar el viaje de los dos hombres. El silencio acumulado era precisamente lo contrario. La semana anterior había sido decisiva en los acuerdos que ahora los involucraba. Jacobo de mirada incisiva, rostro de gitano andaluz, bigotes bien acicalados, polemista locuaz y convincente, el veterano de los cuatro, cargado de tantas experiencias, político, dirigente sindical en su juventud en Barranca, dirigente guerrillero, organizador agrario, recordaba al contarle a Carlos Alberto: “El comité ejecutivo del partido tenía la información precisa de que el 14 de mayo de 1964, comenzaría la operación militar contra la región de Marquetalia, información fidedigna, filtrada y comunicada por alguien cercano al Estado Mayor del ejército, información que aclaraba con datos minuciosos que en la operación participarían cerca de 14.000 hombres, con el fin de liquidar -era el plan para un mes-, a los hombres de *Tirofijo*, en una acción que devolvería la soberanía nacional a ese territorio calificado de “República Independiente”. En la reunión del ejecutivo, recordaba Jacobo, nos pusimos a

estudiar cuál era el cuadro político más adecuado, para que viajara a la zona a ayudar a los campesinos que serían agredidos militarmente. Al pasar revista a toda la gente de la dirección, el único que reunía ciertas condiciones para afrontar ese tipo de lucha, era yo. La orientación que se me dio, fue la de hacer más difícil el operativo, que se prolongara el mayor tiempo posible, que se intensificara la resistencia; había que hacer una propaganda copiosa, había que dirigirse en busca de solidaridad donde fuera posible, haciendo la denuncia de la inminencia del ataque...”. Carlos Alberto recordaba los detalles con exactitud, de la reunión del comité ejecutivo de la juventud comunista, una semana atrás y le contó a Jacobo. Manuel, el experimentado secretario general, informó que la dirección del partido pedía un dirigente juvenil para que viajara junto al compañero del partido a Marquetalia. No dijo que ya había sido elegido Jacobo. No amplió las explicaciones para llegar a esa decisión, el resto de compañeros del ejecutivo de la juventud lo daban ya como un hecho consumado. Manuel abrió la votación para escoger al hombre y la elección duró pocos minutos, por la ansiedad que vibraba en todos; al final resultaron siete candidatos, cada uno había votado por su propio nombre, no querían eludir la honrosa responsabilidad, es decir, se ambicionaba con fervor ser escogido. Marquetalia era un símbolo que habitaba en sus cerebros; Marquetalia era la visión de un profundo temblor social; Marquetalia era el clamor del otro país, desgajado en voces que sumaban el conjunto de miles de voces solidarias, que se escuchaban en las proclamas sindicales y estudiantiles; en las denuncias de organizaciones agrarias y de barrios, en documentos firmados por personalidades de la política y de la cultura, en los letreros que gritaban en las paredes de las ciudades. Nunca antes, se había producido un fenómeno de tal naturaleza. Claro está, que las llamadas fuerzas vivas de la nación, las que habitan en las alturas de los altos estratos sociales, y los que manejan los poderosos gremios económicos, estaban de acuerdo y apoyaban la operación militar, acontecimiento que virtualmente cambiaría los cauces de la historia política contemporánea. Para los miembros del comité ejecutivo de la juventud comunista, la lucha se situaba en el monte, la ciudad era apenas un peldaño para cruzar el puente y llegar lo más pronto posible a la región campesina que sería agredida militarmente. La ilusión por la guerrilla, anulaba esa inmensa montaña que siempre se había interpuesto entre el campo y la ciudad. El idealismo infiltrado en los huesos, el idealismo una pasión desbordada. Manuel, el secretario general, en un tono solemne y circunspecto -su manera de ser, un poeta ganado por la política-, expresó razones convincentes, al decir, con argumentos sólidos y sustentados, que el hombre apropiado para cumplir con esa tarea, era Hernando González Acosta. Hernando en la reunión parecía un toro sentado, con su chaquetón verde que no dejaba nunca, sonriente, de indeclinable fuerza espiritual, seguro de su elección. Se volvió a repetir la votación, Hernando resultó elegido por tres votos, el suyo, el de Manuel, y otro compañero. En verdad que Manuel tenía razón, Hernando González era la más genuina expresión del hombre del pueblo, convencido de sus principios sin caer en falsos dogmatismos, un idealista que todo lo compartía y lo asimilaba; como estudiante de la Universidad Libre se había convertido en un profesional revolucionario que no permitía escapar un segundo de su vida para pensar, actuar y amar en función de la lucha. Un hombre íntegro, insobornable. Fue uno de los más creadores de la pelea callejera en la ciudad, que luego adquiriría otras formas de expresión, hasta llegar a convertirse en la guerrilla urbana. En los comienzos de los años sesenta, Bogotá fue invadida por contrarrevolucionarios cubanos, que querían aposentar sus huestes en la ciudad y se dedicaron a realizar manifestaciones públicas, en busca de apoyo para sus actividades. Entonces la defensa de la Revolución Cubana fue a cadenas. Hernando

hombre sonriente, porque nunca dejó de sonreír ni siquiera en las más difíciles situaciones, encabezó con un grupo de compañeros, la lucha callejera. Andaba al igual que ellos con una cadena amarrada a la cintura y cuando era necesario, la hacía girar al aire para golpear a los contrarrevolucionarios cubanos que vociferaban contra la naciente revolución. Un día, Hernando, Jaime Bateman y sus compañeros saltaron las vallas del estadio El Camping, y al correr por la gramilla, ondearon una inmensa pancarta, irradiados por la vocinglería del público que los apoyaba, en la que denunciaban a un funesto personaje del Departamento de Estado norteamericano, que recorría el continente pidiendo apoyo para la agresión militar a Cuba. Otra tarde, recordaba Carlos Alberto, un flaco más flaco que el *flaco* Bateman, de palidez de esperma y esmirriados bigotes, recordaba la plaza de Bolívar dividida entre una tumultuosa manifestación estudiantil y la policía montada en briosos, amaestrados y hermosos caballos, y en la mitad de la plaza, solitaria, la estatua de Bolívar impasible con su gran peso histórico. La policía se alineaba en estricta formación militar, y al darse la orden, la caballería arrancó en despliegue sacándole chispas al baldosín, en una diestra maniobra embellecida por el porte y la agilidad de los jinetes y el galopar preciso de los caballos. Los estudiantes en un juego maligno de niños traviesos, un juego premeditado y planeado, soltaron a rodar centenares de bolas de cristal de diferentes colores, se esfumaron los pequeños soles y en su loca carrera multicolor, terminaron por meterse por entre los cascos de los animales, jinetes y caballos sufrieron el más grande resbalón; los cuerpos de los hombres se abrazaron a los sudorosos y corpulentos cuerpos de los animales en una infinita caída; por sus belfos, los caballos soltaron una profusa respiración de niebla, que parecía el humo de incipientes calderas en erupción. Hernando sonreía como siempre, al ver el espectáculo, el combate callejero le servía como el más formidable acicate para su vida; no le temía a nada, su presencia era el hilo invisible que unía tantos sentimientos en ebullición. Los estudiantes corrieron hacia el sur, dirigiéndose por la séptima hacia el Palacio de Gobierno; la policía en persecución con sus rostros cubiertos por una máscara antipiedras de plástico, hombres de verde, de lejana mirada. Carlos Alberto vio a Hernando enfrentado solo con su fuerza a una pared ahuecada y en un acto de locura quería derribarla, como si se tratara de una simple pared de cartón. Tomaba alientos para impulsarse, sus manos contra la pared y sonreía, volvía a impulsarse y la pared inmovible, Hernando jugueteaba, sonreía, sin dársele nada. La fuerza se hizo común, al unírsele a Hernando cientos de estudiantes, la pared no resistió y se desplomó en ladrillos sueltos, que sirvieron como mortíferas armas contra los rostros de plástico. La policía retrocedió y para que cundiera el pánico, disparó al aire en busca de una nube furtiva. La fuerza de Hernando había realizado el milagro, su actitud había sido un imán; el sudor deshogaba su pasión por la lucha callejera. Hernando era así, un hombre de decisiones inusitadas, sabía de su fuerza descomunal que brotaba con naturalidad de su cuerpo macizo y cuadrado, pero sabía utilizarla en el momento que creía oportuno. El día de su escogencia para marchar a Marquetalia, solo dijo: “Bueno, ya que ustedes me escogieron, pues trataré de cumplir con la tarea asignada lo mejor que pueda...”. Comenzó a sonreírse.

La noche anterior al viaje a Girardot, en la sala de su modesta casa, una habitación adornada con fotografías familiares y vitelas enmarcadas, en el barrio 20 de Julio, al sur de la ciudad, se había organizado la fiesta de despedida para él y Jacobo. Estaban los miembros del ejecutivo de la juventud, la compañera de Jacobo, la madre y los hermanos de Hernando, Jaime Bateman, su amigo entrañable, responsable de la juventud comunista de Bogotá. Hernando era un roble frente a la altura y delgadez del *flaco* Bateman, con su

nariz de corcho y su pierna huesuda con los injertos de la carne de sus nalgas. Los dos humanamente eran parecidos, aunque oriundos de distancias geográficas distintas, Jaime, de la costa, Hernando, de Bogotá. Ambos sonreían siempre ante el peligro, eran de la misma fibra, se jugaban la vida sin el rigor premeditado de algunos revolucionarios. Hernando esa noche corrió el velo de su intimidad para que se conociera otra faceta de su personalidad. No era la fuerza bruta en sí, la fortaleza de alguien dispuesto a arrasar cualquier obstáculo. Esa noche lo dijo a sus compañeros, no en palabras sino en gestos, que también era un hombre sensible. Los revolucionarios se enmascaran a veces, en una rudeza inoperante, como si la manifestación de los principios tuviera que expresarla con el ceño fruncido, para darse una supuesta autoridad. Esa noche, Hernando se volvió un niño grande, apacible, que guardó su fuerza en los músculos descansados, cuando sentado en un viejo sillón, lo único que hizo fue acariciar con ternura, a su pequeño cachorro de tigrillo, que él había traído en uno de sus viajes a los Llanos Orientales. Hombre y tigrillo miraron a todos con ojos juguetones, ojos de mar en lejanía, desinteresados ojos descubriendo la naturaleza humana. Quizá Hernando se estaba despidiendo para siempre de su cachorro, el tigrillo dormía en sus piernas. Hernando era carne de ternura. Hernando decía, que la revolución implicaba una profunda responsabilidad, pero que la vida del hombre seguía siendo un torrente de alegría, como si el hombre brotara por sus poros, una lluvia de carcajadas. La vida no siempre tiene la largura deseada. ¿Por qué, se preguntaba, el hombre debe amarrarse a su amargura como pose, la amargura muchas veces ficticia como desdén...?

Por la conversación en el bus, conversación radiante y expresiva en pequeñas historias de profundas connotaciones, ya en carretera abierta, cuando el calor atosigante los obligó a quitarse la ropa para espantar el frío, Carlos Alberto imaginaba que Jacobo Arenas siempre había sido un hombre que toda su vida había tenido a su disposición una alacena virtualmente abarrotada de clavos de distintos tamaños y distintos usos, clavos de acero para las paredes de cemento, normales para la madera, tachuelas y carramplones para las suelas de los zapatos, chinches para papeles, clavos de herradura para los caballos y, estrictamente colocados y organizados en cajas de madera o de cartón, como tenía, también un angustioso control en la cantidad, para evitar susceptibles pérdidas de tiempo, al necesitarlos. Además, por precaución, lo imaginaba con clavos en las manos, en la boca, entre las orejas, en los bolsillos del pantalón y de la camisa, incluso en la relojera y, como es lógico suponer, un martillo empuñado para clavar los clavos en el sitio o en el orificio destinado. Esa pasión endemoniada por los clavos -veleidad no precisamente de coleccionista ni de agiotista angustiado por crear pánicos artificiales por la escasez en el mercado-, se refiere esencialmente al uso, porque para Jacobo un clavo se puede calificar como un clavo, cuando su cabeza está a ras de superficie en que lo ha clavado, y puede él pasar sin temor los dedos de las manos suavemente sobre la madera o el cemento, sin sentir ningún rasguño. Esa pasión por los clavos le viene de su tío Juan, “un hombre que se ocupaba de las cosas elementales de la vida, que persistía sin que fuera un ebanista o un carpintero, que persistía por días y meses hasta lograr hacer una mesa o una cama, tal como lo hacían los ebanistas o los carpinteros. Un hombre obsesionado por hacer objetos con sus manos...”. Conseguía donde fuera, un tronco con raíces y tallaba figuras, que él probablemente había diseñado con anterioridad en su cerebro: un hombre sentado, fumando pipa apaciblemente; un caballo galopando; un boga remando canoa. No era propiamente un artista, era un artesano con grandes dotes. “Mi tío era así, mientras vivió con nosotros; yo lo conocí durante quince años viviendo con nosotros...”. Del padre y de la madre fue



modelando el ejemplo a seguir, el eterno ejemplo paterno, guía insustituible. “Mi padre se llamaba Basilio Humberto Morantes Oviedo, un hombre descomplicado pero serio, católico practicante; yo lo veía siempre leyendo la Biblia, recitaba trozos completos de pasajes bíblicos, se la pasaba citando en forma de parábola, las historias de los personajes de la Biblia, muy ocupado en los problemas de sus negocios como comisionista en cuestiones de finca raíz, era un oyente reposado y meditabundo de los sermones en Semana Santa, particularmente, el Sermón de las Siete Palabras, que recibía como bálsamo espiritual. Pero, también se daba ciertas libertades, sin ser un libertino empedernido, con su ancestro un poco español, por lo de Oviedo. Mi madre, Ana Rosa Jaimes Zabala, su propio nombre. Me parezco enormemente a ella. Era una mujer sumamente seria, sumamente bondadosa, con ella no se podía jugar. Decía una cosa y había que hacerla, si no se hacía, se disgustaba con la persona. Fue una mujer mártir, porque tenía problemas con la comida. Ese ha sido mi gran problema. A ella no le gustaba la comida que hacían los demás, tenía que hacerla ella misma, prepararla bajo su cuidado. Y cuando cocinaba me daba de su comida, no a todos, me prefería a mí. No soportaba ver a una persona con las uñas sucias, eso era un horror. Con esas manos sucias para hacer la comida y uno tener que comerse el mugre de otra persona, no. Era una mártir porque no podía comer gallina, no comía huevos porque eran huevos de gallina sucia, no comía carne de cerdo, porque el cerdo es sucio. Comía carne de res, pero no la carne de res en su conjunto, tenía que ser un corte de carne especial, que a ella le pareciera lindo, con lindo olor. Se alimentaba con carne de cordero, carne de oveja. Pero, en lo esencial, comía pan y chocolate, por eso yo como tanto pan negro; mi madre comía mucho pan negro...Por línea materna, yo salí así, por eso soy también un mártir con la comida. Era una mujer de maravilla, se disgustaba con alguien, pero no se ponía irascible, no reaccionaba brutalmente como suele hacerlo la gente. Una mujer apacible...”.

Se reía con canas Jacobo, como queriendo que su risa adelantara la velocidad del bus, que irrumpía en la carretera como un toro en libertad. Reía con risa nerviosa al tallar con su imaginación, en un tronco de árbol joven, multiplicado en sus raíces, los memorables momentos de su niñez. El embrujo de volver a ser un niño, por el encanto mágico de las palabras. “Pero el carácter mío viene de una influencia directa del tío Juan, un hombre más o menos de mediana estatura, sumamente fuerte, musculado, de ojos grandes sin ser saltones; no usaba sombrero, pero tenía un mechón que le caía sobre la ceja derecha, las mujeres lo perseguían por su porte agradable...”. Un maestro en muchas cosas, proyectaba con facilidad una canoa para navegar en ella; proyectaba con exactitud un camino, hablaba y más que hablar escuchaba a la gente. “Por eso yo hago cosas con las manos, así fui creciendo hasta llegar a hombre. Mi tío Juan fue mi gran amigo, y con él andaba por donde iba, yo era como una sombrita para él, haciendo caucheras, matando pájaros, descubriendo nidos, disecando pájaros; todos los días acompañaba a mi tío Juan, porque cada día con él tenía la posibilidad de descubrir algo nuevo, abriendo los ojos espontáneamente al asombro, en un pueblo grande llamado Bucaramanga, un pueblo que no tenía carreteras, que no tenía aeropuerto, que no tenía ferrocarril, un pueblo grande que todo le llegaba por carga. Yo vi la cultura andando en carga. Las primeras pianolas, los primeros pianos llamados de cola, las mercancías, las sedas, los paños, que venían en carga desde Puerto Wilches, sobre el río Magdalena y sobre el Puerto Santo en el río Suárez, río que desembocaba en el Magdalena”. En Bucaramanga, en ese tiempo, no había caminos ni industrias, era simplemente un pueblo campesino; el comercio dependía del transporte en mulas, grandes arreos en recuas de mulas, que iban a recibir la carga a Puerto Wilches. “Mi tío Juan mi

gran amigo desde niño. Un solterón porque todavía andaba mozo y no tenía ilusiones de matrimonio. Andaba con nosotros ayudándonos a fabricar las cometas; su fuerza nos acompañaba cuando elevábamos la cometa tambor, la cometa de cinco costados, con su cola inmensamente grande, nubes de trapos añadidos, y los brazos que le caían en su inmensa cola, en los cuales de poníamos cuchillas de afeitarse para cortar la piola a las otras cometas, en esa feroz e incansable competencia que se libraba en los aires. También el tío Juan andaba con nosotros de muchachos, en los tiempos de salida a tierra firme cuando se alborotaban las hormigas Reinas, la hormiga culona, enseñándonos cómo se cogían las hormigas y se les quitaban las tenazas para que no nos mordieran, cómo se les quitaban las alas y las patas para echarlas al recipiente...”.

La aprehensión en la memoria, roca frágil de la ensoñación infantil que lo influyó para siempre cuando corría junto al tío Juan por las orillas de los ríos, porque Bucaramanga, su ciudad, estaba situada en una especie de taburete que se formaba en las estribaciones de la Cordillera; por su izquierda, el río Oro, por la derecha, el río Sulatá que pasaba cerca del sitio conocido como el café Madrid, y Jacobo con su tío Juan buscaban las aguas frías del río Sulatá para bañarse, aguas de páramo, y Jacobo con su tío se iban a divertir a las aguas tibias del río Oro, que venían desde tierra caliente, de la vereda de Girón.

Jacobo recordaba que permanecía más tiempo en la casa materna que en los salones de la escuela. De niño era un peleador de miedo. “A cada rato me expulsaban de la escuela, pero a los niños les gustaba andar conmigo, les encantaba que inventara toda clase de maldades...”. Recuerda la escuela, situada en un sitio conocido como la Puerta del Sol, en las Ceibas, una casa acondicionada para su funcionamiento; recuerda que la profesora se llamaba Carolina Alonso, una mujer que combinaba en su carácter, comprensión y temple. La recuerda, porque una tarde le llegó la visita de su familia, y al día siguiente cuando llegaron los niños a clase, ellas les dijo: “Bueno, niños tienen que regresar a sus casas y repasar sus tareas, porque hoy no hay clase”. Les contó de la visita de sus familiares. “Yo salí de primero, acelerado, los niños se fueron agrupando en torno mío, en una actitud de abierta complicidad, a la espera de mis maldades. Yo les dije: no nos regresamos para la casa...Yo conozco un sitio donde hay muchos árboles de mangos, están cargados de una cosecha de mangos, de maravilla. Los niños que quieran irse conmigo, caminen...”. Se fueron todos los niños detrás de Jacobo. Jacobo trotó adelante, los niños y niñas a su paso, serían las 9 de la mañana, y los árboles de mangos estaban siempre lejos, por lo menos una hora larga, bien caminada. “Yo me subo al primer árbol y comienzo a sacudirlo, a tirar mangos para comer y los niños a recogerlos y coma mangos y, yo desde arriba gritando, cada uno haga su montón. Los niños felices, el tiempo se fue pasando, los niños tienen una noción distinta del tiempo que los adultos; por la felicidad no nos enteramos que la tarde se estaba encapotando. A las dos de la tarde se desencadenó una tempestad eléctrica de madre, caían rayos, tronaba por todas partes, el agua comenzó a correr en un fuerte turbión, y los niños más pequeños atemorizados gritaban, y yo los orienté a que se metieran debajo de los árboles frondosos para que se guarecieran; la tempestad alcanzó hasta las cuatro de la tarde. Cuando decidimos volver a casa, no nos dejaron pasar los riachuelos ya convertidos en ríos; con los muchachos más grandes, hicimos puentes improvisados con palos y en todo el agite, se fue haciendo de noche. Los arroyos bajaron sus aguas, hicimos los pasos lentamente y nos aproximamos a las primeras calles de la ciudad, ya oscureciendo...”. Jacobo reunió a los niños y les dijo: “Ustedes tienen que decir que a la profesora le llegó

una visita familiar, que sin darnos órdenes, se entró a la casa, y seguramente por la emoción se olvidó soltarnos para que nos fuéramos para la casa. En la tarde cayó la tempestad y nos tocó a nosotros sacar el agua de los salones. A Jacobo se le olvidó decirles a los niños, inventar en qué sitio habían almorzado. Los niños en sus casas apaciguaron la preocupación de sus padres, por una situación que ya aparecía como tragedia. Los padres habían ido a la escuela. La profesora estaba aterrada sin poder dar explicación lógica. “A la mañana siguiente, yo me curé en salud, no fui al colegio; mis hermanas me contaron la historia: un niño llamado Pablo, contó lo sucedido. “Es que el niño Jacobo, cuando usted nos soltó, profesora...”. Lo dijo todo. La profesora dirigiéndose a los padres: Lo que dijo el niño Pablo, aclara quién fue el culpable...El niño Jacobo es un bandido, el tramó el enredo...Le dijo a mi padre: Se fija usted, que su niño es un niño malo...Antes, gracias a Dios, no se ahogaron los niños...”.

Jacobo se escapó hacia las afueras de la ciudad, metiéndose a un monte donde había muchos piñales y árboles de frutas, esa noche durmió en el monte, por el susto, olvidó el frío. En la mañana sintió que alguien estaba silbando, al ponerse al descubierto vio a su madre que le llevaba el desayuno, envuelto en un trapito blanco. Después de desayunar, su madre le dijo: “Quédate por aquí, porque tu padre está furioso, tremendamente furioso. Todos los padres te están echando la culpa por lo sucedido. El dice que ha quedado muy mal ante ellos, por tus fechorías. Que su hijo no tiene ninguna educación, eso están diciendo...”. Su madre muy acongojada trataba de apaciguar al padre; esa noche le dijo, buscándole la bondad que siempre lo había acompañado en su espíritu cristiano: “Usted no puede pegarle al muchacho. El anda escondido en el monte, arrepentido y no hace sino llorar. Nadie sabe qué pasará con él...” El padre preguntó: ¿Por qué no ha venido a casa? “Hoy vino a llevarse la ropa, dijo que se metería a la selva...”. El padre se reblandeció y le dijo: “Dile que venga, que no le voy a hacer nada...”. Jacobo, muy orondo, alegre regresó a la casa.

“Yo vine a aprender a leer y a escribir y a entender bien las cosas, fue cuando estuve en el ejército, lo hice prácticamente adulto, a los 16 años. Yo le había dicho a mi padre, voy a cambiar, dejaré las maldades, no volveré a pelear, pero, para cambiar no puedo regresar a la escuela. Mi rebeldía era contra la escuela, no aguantaba la disciplina de tener que escuchar a alguien dando lecciones. El dijo, entonces no vuelvas. Después cuando pasaba por la escuela, la profesora Carolina Alonso, muy tierna, de buenas maneras, me llamaba, me insistía acosada por su espíritu pedagógico: “Venga niño Jacobo, ¿por qué no vuelve a la escuela, cómo se encuentra...? Ese día le respondí, no vuelvo a la escuela, porque usted es la responsable de todas mis tragedias, usted no me comprende, y no vuelvo más a su escuela, adiós profesora...Se quedó paralizada de estupor por mi respuesta, incluso dejó caer el cuaderno que tenía en las manos. Eso fue trágico, porque en cualquier escuela ocurrían las desgracias, no dominaba mis desgracias, me perseguían, tenía que hacer algo que fuera contra las normas disciplinarias, como un impulso demoníaco. No podía aguantarme, salía la maldad de mi interior, la actitud desobligante. Estaba en una escuela un mes, en otra mes y medio, en otra dos meses y así, se fue pasando mi edad de estar en la escuela...”.

“Yo pagué mi servicio militar cuando tenía 16 años, le dijo Jacobo a Carlos Alberto; se veía emocionado al contar las remembranzas de su vida en el cuartel. Lo cogieron en una

redada, decentemente le preguntaron: “¿Usted quiere pagar el servicio militar? “Si yo hubiera dicho que no, me hubieran soltado, además si hubiera explicado que yo era el hijo mayor, con mayor razón me sueltan. Yo dije que quería pagar el servicio militar. No querían aceptarme, porque me dijeron: “Usted está muy muchacho, ¿cuántos años tiene? Les dije, agregando, yo quiero ir...”. “Es que si quiere, entonces vámonos...”. Estuve en el batallón Ricaurte de Bucaramanga, pagando mis primeros meses. A los cuatro meses fui seleccionado para terminar de pagar el servicio militar en la guardia presidencial. Es cuando conozco a Bogotá por primera vez, que me abrumó por su grandeza; con el tiempo convencí a mi familia para que vinieran a vivir todos a la capital. En el ejército por lo menos aprendí a leer y escribir, a dominar un poquito las matemáticas, porque asistí a lo que se llamaba la instrucción civil, que recibía desde las tres a las cinco de la tarde y, me tocó por suerte, un sargento de apellido Caballero, sargento mayor, que posiblemente había sido maestro, se le veía que era un hombre que dominaba ciertos elementos pedagógicos. Todos aprendimos con el sargento Caballero. Comencé a interesarme por los libros, por la lectura. Yo tenía acceso en el ejército a la literatura castrense, porque me correspondió la tarea de ser estafeta en el ministerio de guerra para la guardia presidencial; el comandante era el coronel Sáenz, un coronel dueño del teatro Sáenz, un salón de cine. El sentía mucho aprecio por mí, le habían asignado en el guardia presidencial oficina y dormitorio. Yo era su estafeta y tenía que llevarle a la oficina lo que viniera del ministerio de guerra, información, cartas, citaciones; yo entraba libremente porque guardaba las llaves del dormitorio y de la oficina. El coronel en confianza me decía: Mira Jacobo, cuando quieras estudiar, leer algo, ahí tienes la biblioteca. Era una buena biblioteca, yo la pasaba sacándole libros y leyendo, aunque no entendía mucho, me ganaba el interés, porque veía que el coronel Sáenz leía siempre, aprendí de él, su hábito por la lectura...”. Jacobo quería parecerse al coronel Sáenz, porque admiraba la sencillez de su manera de ser, su sensibilidad al comunicarse con él, un subalterno. Jacobo no sólo curioseaba los libros de la biblioteca, curioseaba también en el armario donde el militar guardaba su ropa. Le atraía poderosamente la idea de vestirse un día, con la ropa del coronel. Lo pensó muchas veces al abrir el armario y ver los vestidos colgados en los ganchos. Una tarde venció el temor y lo hizo, se vistió de coronel a los 17 años, se paseó y calzó sus zapatos de soldado raso, desfiló por el cuarto con ciertos aires marciales y resolvió mirarse al espejo de una de las puertas del armario, perplejo se miraba de arriba abajo, sus dedos seguían la línea de los pliegues del pantalón; la emoción se le subió a la cabeza al pensar que sería un recuerdo inolvidable posar para una fotografía, que guardaría con celo en su álbum familiar; pensó salir a la calle, caminar por la séptima, regresar a la guardia presidencial y, al entrar, escuchar de pronto a alguien llamarlo por el nombre del dueño del vestido: “¡Coronel Sáenz!”. Jacobo quedó como hipnotizado frente al espejo, clavado al piso de una sola pieza, no tuvo reflejos para reaccionar al darse cuenta que el coronel Sáenz había abierto la puerta del cuarto. El coronel no pareció sorprenderse al verlo vestido con su ropa, no lo recriminó, tampoco Jacobo dio explicaciones, la lengua se le había trabado. El coronel le retuvo por un instante frente al espejo, al agarrarlo por los hombros, suavemente. Luego el adulto coronel miró al joven coronel a través del espejo, recorriéndolo en detalles de pies a cabeza. Se produjo un silencio incierto entre los dos hombres. Quizá el coronel volvía a su juventud, al sentirse vestido en el cuerpo de Jacobo. Al rato, Jacobo anonadado escuchó la voz del coronel Sáenz, decirle: “Jacobo, cámbiate de ropa, vamos a mi casa. Quiero que conozcas a mi familia...”.

Esther la muchacha de Hernando, muy joven, de 15 ó 16 años, parecía estar metida dentro de un retrato al natural, enmarcada en la ventana de su habitación que daba al interior de un amplio corredor, en la casa de sus padres en Girardot. Su padre, el viejo Morón, un hombre de increíble transparencia humana en sus afectos; su madre, una maravillosa mujer que hacía de su casa, la casa de todos. Esther sostenía el rostro con las manos, los codos los tenía apoyados sobre el marco de madera. Era una mujer alta, esbelta, de ojos pequeños, labios pequeños, sensuales, trigueña, ella se entretenía mirando el grupo de los cuatro compañeros, que estaban sentados alrededor de una mesa, en la mitad del amplio corredor. Hernando pleno de alegría, bonachón de rostro campesino, cruzaba subrepticias miradas con Esther. Los cuatro bebían y comían y no hacían sino reír, al contarse recientes historias en que los protagonistas habían sido ellos o cualquier otro compañero. El *flaco* Bateman era un hombre de condiciones histriónicas naturales, y más cuando le daba por imitar a uno de los compañeros, era toda una explosión teatral. La sala o el patio de una casa, gracias a su espontáneo histrionismo, se convertía en un escenario, era una de las formas de expresar el humor que cargaba en su cuerpo. Por esos días en Bogotá se presentó una película polaca que refería una historia de la resistencia, en los tiempos de la ocupación alemana a Varsovia. Un grupo de jóvenes intentaban pasar un retén de los alemanes, venían montados en bicicletas, a la espalda, colgadas llevaban unas mochilas. La policía alemana los conmina a bajarse de las bicicletas, los miran desconfiados, los encañonan, les preguntan: “¿Qué llevan en los talegos...?. Una hermosa muchacha, insinuante, mira al duro alemán que la interrogaba, con cierta ingenuidad le deja ver las piernas, al subirse como no queriendo la falta, saliva sus labios lascivamente y sonriendo responde “¡Bombas! Riéndose los alemanes celebran la respuesta, les dan paso, los despiden amablemente, y se quedan mirando al grupo de muchachos que cruzan el retén, montados en sus bicicletas. El *Flaco* Bateman camina contoneándose como la joven polaca y le dice a Carlos Alberto, casi que metiéndole uno de los dedos a los ojos: “Pero, Alejandro no era tan hermoso como la hermosa polaca”. “Carretilla, Alejandro tiene su hermosura en la calva, que ya quiere llegarle a la nuca”, dice Hernando con su voz gutural. “Hermoso tiene el bigote”, dice Jacobo que siempre había sentido el más grande orgullo que pueda tener un hombre por su bigote. Todos soltaron una estruendosa carcajada. Alejandro había viajado a Cartagena enviado por Carlos Alberto, con la tarea de localizar a un buzo, porque se quería hacer estallar un buque norteamericano que estaba en aguas territoriales colombianas, en ejercicios militares, cerca de las playas de Tolú...Se pensaba como protesta antiimperialista. Alejandro no logra conseguir el contacto para encontrar al buzo -de pronto estaría buscando tesoros en el fondo del mar- cabizbajo regresa a Barranquilla, no se percata que lo viene siguiendo un hombre de los servicios de inteligencia del gobierno, al bajarse del bus, en el terminal de la ruta, el detective lo intercepta, decidido lo encañona y le pregunta: “¿Qué lleva en el maletín...?”. El *flaco* Bateman imaginariamente sube al bus, hace ademanes de arreglarse la blusa, saca de su pecho, dos tiernos y puntiagudos senos, se sienta en el último puesto, después de pasar muchos trabajos para acomodar sus larguísimas piernas, en sus piernas hace que lleva un maletín que acaricia con risa burlona, al parar el vehículo se levanta, mira por todas las ventanillas al sacar su inmensa nariz, no descubre nada sospechoso, al bajar el último escalón de la escalera del bus, un hombre lo intercepta y le pregunta “¿Qué lleva en el maletín?”. El *flaco* Bateman dice que Alejandro pensó en la imagen de la película polaca, el *flaco* muerde sus labios, los chupa y saliva, sonrío al hombre, se agacha y sube la bota de su pantalón y le muestra las piernas desveladas, cruzadas de injertos de la carne de sus nalgas y como imitando la dulce voz de la hermosa

polaca, responde al detective que está encañonando al compañero Alejandro: “Bombas”. El hombre del servicio de inteligencia del gobierno, quizá más suspicaz que los soldados alemanes, no se deja sorprender por la respuesta y le ordenó al *flaco* abrir el maletín, y el *flaco* Bateman cuenta lentamente que a Alejandro le encontraron una docena de bombas...Esther seguía mirando desde el marco de la ventana; Hernando no podía evitar sus furtivas miradas, se ruborizaba si alguno de sus compañeros lo descubría. Era un hombre tímido. La risa había invadido el amplio corredor, como brisa pasajera. Esther parece salir del marco de la ventana y camina descalza por el piso de mosaicos del corredor; Hernando la sigue con su mirada de tierno cachorro de tigrillo. Al día siguiente, Jacobo y Hernando siguen el rumbo de sus destinos. Esther regresa al marco de la ventana. Carlos Alberto muchas veces haría remembranza de aquella despedida, resumiéndolas en las miradas de cada uno, Jacobo, su mirada preguntando, casi polemizando; Hernando, su mirada de tristeza, su ojos en abandono; el *flaco* Bateman, penetrante mirada, explayada en sentimientos, pidiendo lealtades; Esther, descubriendo su futuro en los años que vendrían vagando sobre la niebla de la gran ciudad. El cachorro de tigrillo fue creciendo, no quería dormir en el sillón de centro, en la sala, de la casa de Hernando; los familiares de Hernando se vieron en la necesidad de regresar al cachorro de tigrillo al inmenso río disfrazado de llanuras, y dicen que ahora vaga pleno de libertad.

**“...Si he coleccionado algunas cabezas  
de bandoleros para...”**

Abril es el comienzo de las conjeturas. Se había creado un ambiente psicológico para aclimatar la idea; se pretendía darle una dimensión de reconquista nacional, encubriéndola con supuestas soluciones -¿por fin lo harían?- a problemas ya envejecidos, ya centenarios. Al senador Álvaro Gómez Hurtado se le debe la incitación verbal, vehemente, de apuntar la fuerza bélica contra esas zonas campesinas. Siguiendo impulsos de sangre, heredados de su padre, Laureano Gómez, maestro en convertir mentiras en verdades, como lo hizo con su conocida campaña del millón setecientas mil cédulas falsas, campaña que condujo al país a una abierta guerra civil, su hijo, el senador Álvaro Gómez Hurtado, desde octubre 25 de 1961, en sesión del Senado inició la incitación. Acusó al presidente Alberto Lleras Camargo de ser el fundador de cinco “repúblicas independientes”, porque se había quebrantado según él, la soberanía nacional en aquellas lejanas regiones; incitó al ejército a que dejara la miserable acción de mantenerse en los puestos de guarda, en donde la rutina termina por liquidar la disciplina militar, para que asumiera su real papel de guardián del orden público, en la llamada guerra interna. Al senador Álvaro Gómez Hurtado se le debe abonar su terquedad y su capacidad de haber logrado persuadir a las altas esferas del gobierno y a los altos mandos del ejército para que gestaran y realizaran los planes militares de la operación. Se escoge a Marquetalia, según, años después lo analizaría el general Matallana, porque *“era la zona más fuerte, porque era la que estaba más cercana a sitios de importancia económica, geográfica y política y protegida por las características del terreno. Marquetalia está rodeada de pueblos que ya tienen importancia, el gobierno estaba haciendo en 1963 una acción importantísima, que consistía en conectar por carretera el Huila con el Tolima, mediante la carretera Gaitania-Planadas. Planadas es*

*una población importante. En Planadas había una fuerza grande, desmovilizada, de ex guerrilleros liberales que también estaban en peligro por enfrentamiento ideológico con la guerrilla ya de tendencia marxista situada en Marquetalia, sus antiguos compañeros. Además de lo anterior, Marquetalia estaba bajo el dominio del guerrillero más antiguo y capaz, Manuel Marulanda (Pedro Antonio Marín), conocido como Tirofijo, que era el que tenía mejor asesoría, mayor mística, la mayor experiencia de combate y también de adoctrinamiento político, de organización de masas campesinas y de mayor organización militar para la lucha, para hacer frente a cualquier ataque militar de las Fuerzas Armadas. El de mayor capacidad para mantener una zona militar, muy bien escogida por cierto, porque el cañón del río Atá es una de las áreas geográficas más difíciles del país”.*

El despliegue inusitado de los medios de comunicación volvieron a Marquetalia una noticia nacional. Ahora seguían los rastros del personaje principal. Según revelaciones hechas por un campesino de Planadas, “dignas de todo crédito”, según el corresponsal de *El Tiempo*, confirmadas y suministradas por algunas autoridades civiles, se supo “*que Pedro Antonio Marín, alias Tirofijo o Marulanda, quien viene actuando desde hace largo tiempo en el Sur del Tolima, trata de salir del país mediante la cooperación de algunos elementos de la extrema comunista y valiéndose de un pasaporte falso. Se tiene entendido que el antisocial viajará a Cuba, desde donde algunos elementos tratan de prestarle ayuda”.*

*“Todo parece indicar que Marulanda ha tomado la determinación en vista de la posibilidad que existe de que el ejército inicie una activa campaña para lograr el control de la llamada ‘república independiente de Marquetalia’”. La información agrega, que el gobierno nacional ha buscado por todos los medios la captura de Tirofijo, ofreciendo la suma de \$50.000 a quien dé alguna información sobre su refugio”. A Manuel Marulanda Vélez se le acusa de “el asalto de Gaitania, ocurrida el 2 de mayo de 1960; su golpe en Ataco, el 12 de septiembre del mismo año, cuando dio de baja a un dragoneante de la policía; el 21 de enero de 1962 el ataque en el sitio de El Puerto, cuando dio muerte a tres soldados y a un oficial del ejército; el asalto en el lugar denominado Vega del Muerto, el día 23 del mismo mes, cuando dio de baja a varios campesinos; el asalto en el camino de la Florida, en donde 70 bandoleros encabezados por este individuo dieron muerte a cuatro soldados e hirieron algunos de ellos, destruyendo los vehículos militares. Ataque en el sitio de las Granjas en la carretera la Lindosa, en el corregimiento del Carmen, cuando fueron asaltados tres vehículos militares y resultaron muertos cinco soldados y heridos gravemente otros”.*

*“Finalmente, el asalto al helicóptero de la Fuerza Aérea Colombiana que se disponía a recuperar el cadáver del piloto de una avioneta de aerotaxi (capitán Reyes); fue además muerto un oficial del ejército (el capitán Hernando López Uribe) y secuestrado el piloto de Avianca (el capitán Tulio Giraldo), por cuyo rescate se cobró la suma de doscientos mil pesos”.*

Seis días después del supuesto viaje de Marulanda a Cuba, el coronel Currea Cubides, explica en comunicado de la VI Brigada, las razones y procedimientos que seguirá el ejército en la campaña de Marquetalia. Es una respuesta, según el coronel, a los avisos murales “*escritos en rojo y sangre que anuncian muerte y desolación*”, aparecidos profusamente en las paredes de poblaciones del Tolima y del Huila como protesta por los

anuncios de la agresión militar a Marquetalia. Ya no es una conjetura. Es la amenaza para quienes han querido desconocer -expresión del coronel Currea Cubides- a las instituciones de la patria y a las autoridades, los cuales “*deben ser sometidos y sobre ellos recaer el peso de la ley. No habrá feroz ofensiva: será una acción adecuada para la integración racional de ideas donde no hay autoridades. Las fuerzas armadas llevarán estandarte de paz que representa los intereses nacionales. Habrá voces de sosiego y de apaciguamiento de odios y temores injustificados. Nuestra espada será la justicia, nuestro escudo la constitución nacional*”.

*“Quienes defienden, organizan y sostienen las agrupaciones de autodefensa, están defendiendo y sosteniendo organizaciones contra el progreso, la paz, las autoridades legítimas y el orden constitucional. Quienes así proceden quieren agigantar un problema regional comprometiendo áreas distantes en las cuales hay hoy cierta tranquilidad y concordia. Con cierta perversión y refinada maldad quieren y buscan la solidaridad de las gentes, habitantes de regiones donde sus problemas socio-económicos están en estudio, y seguramente serán resueltos dentro de un marco de orden, de justicia, respeto y acatamiento a las leyes y a las autoridades”.*

La cuestión de Marquetalia ha polarizado la controversia pública en los círculos políticos, en los centros universitarios, en los sectores gremiales y sindicales; ha sacado a flote la existencia de regiones campesinas que respondieron con las armas a un proceso de violencia oficial, y fueron creando formas particulares de organización social. Ahora se han convertido para el gobierno en focos de conflictos políticos y militares. Un grupo de sacerdotes, catedráticos y políticos liberales, plantea en carta pública al ministro de Guerra, general Ruiz Novoa, la necesidad imperiosa de abrir el diálogo directo con los campesinos, antes que emprender ningún tipo de acción represiva en las zonas correspondientes. Plantean, además, que la comisión integrada por ellos, con permiso del gobierno, tendría tres objetivos:

1. *Reconocimiento de las áreas que la comisión juzgue indispensables, a fin de entablar un diálogo con los campesinos y conocer su situación real y sus necesidades;*
2. *Informar a los campesinos sobre los propósitos del gobierno en relación con el desarrollo económico y social de esas comunidades, y*
3. *Presentar un informe con las conclusiones de las observaciones realizadas.*

*Por lo que hace a los tres sacerdotes que participan en esta comisión, se considera conducente que el señor ministro de Guerra se dirija directamente al Excelentísimo señor Cardenal, a fin de que ellos cuenten con la correspondiente autorización jerárquica. La comisión deja muy en claro que su intervención es totalmente ajena a cualquier interés partidista y que sólo operará con criterio científico y de servicio social.*

*Entendemos, señor Ministro, que mientras se adelanta el estudio propuesto, no se realizará ningún tipo de acción represiva en las zonas correspondientes”.*

Dicen los apartes de la carta dirigida al ministro de Guerra, por la comisión integrada por el Pbro. Gustavo Pérez Ramírez, Gerardo Molina, Pbro. Camilo Torres Restrepo, Monseñor



Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda, Hernando Garavito Muñoz, Eduardo Umaña Luna.

El 1 de Mayo, día internacional del trabajo, aparece la noticia que su Eminencia el Cardenal, Arzobispo de Bogotá, Monseñor Luis Concha Córdoba, negó *“El permiso solicitado por los sacerdotes Germán Guzmán, Camilo Torres y Gustavo Pérez, para formar parte de la comisión socio-económica que proyecta viajar a las regiones del sur del departamento del Tolima, muy especialmente a Marquetalia, con el fin de buscar un entendimiento con los campesinos para los albores de pacificación que actualmente adelanta el gobierno nacional”*. Negativa oficial de la iglesia que influyó decisivamente en la posterior determinación de Camilo Torres, de separarse de la iglesia, como sacerdote.

Los restantes miembros de la comisión, doctores Gerardo Molina, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna desistieron de su posible viaje a Marquetalia, al considerar que la ausencia de los sacerdotes privaría a la comisión de su razón de ser. En declaración pública dieron:

*Pueda ser que no reanude el holocausto de vidas y bienes que acompañan la violencia. Violencia cuyas causas no residen fundamentalmente en factores como la propaganda de ideología alguna, sino en la miseria y el desamparo en que se ha mantenido a gran parte de la población colombiana. Cualquier tipo de acción que se proponga para la reincorporación de estas áreas a la vida normal del país, lejos de ser represiva, debe partir de la elemental defensa de los Derechos Humanos, dando prelación al plan que vaya a la raíz económica y social del fenómeno”*.

En esta semana de mayo se avasalló a la opinión pública con un torrente de pronunciamientos oficiales. El ministro de Guerra, general Ruiz Novoa, dijo que el gobierno recuperaría el control de Marquetalia y repondría allí el imperio de la ley. El presidente de la república, Guillermo León Valencia, en alocución, empeñó su palabra de Jefe de Estado, en el sentido de que mucho antes que terminara su gobierno, el país estaría totalmente pacificado. Dijo, es una decisión que no vamos a quebrantar. El comandante del ejército, general Fajardo Pinzón, señaló con énfasis:

*“Que no solo la acción armada es importante en este momento, sino que también lo es en alto grado la acción cívico-militar dirigida a ayudar a quienes no quieren vivir en medios hostiles”*.

El ministro de Guerra, general Ruiz Novoa, en extenso reportaje publicado en *El Tiempo*, da la versión que tiene el ejército colombiano de lo que es Marquetalia:

*“Una región de unos 5.000 kilómetros cuadrados, sin vías de comunicación, en donde se refugiaron en una época millares de campesinos desplazados por la violencia. Sobre estas gentes ejerce influencia el bandolero “Tirofijo”. La ha ejercido durante 10 años. Esas gentes campesinas buenas por naturaleza, dedicadas al cultivo de la tierra, han tenido que llenar el vacío de la autoridad con una autoridad forzosa, la de los forajidos. Existe una especie de gobierno que cobra impuestos, impone sanciones y los obliga a decir que pertenecen a determinada tendencia política. “Tirofijo” es el árbitro, constituye un*

*gobierno impuesto por el terror y por la fuerza. Últimamente este bandido se hace pasar por comunista, a juzgar por las frases escritas en papeles que aparecen sobre cadáveres de los soldados. Según estas frases, los asaltos y ataques a las autoridades legítimas a la fuerza pública, son reacción contra la acción comunal, la Alianza para el Progreso, etcétera. “Tirofijo encaña al pueblo y notifica a las Fuerzas Armadas en el sentido de que las tropas deben abandonar “su territorio”.*

*-¿Y las Fuerzas Armadas van a ocupar a Marquetalia?*

*-El gobierno está en capacidad de ocupar esa región para atenderla, proporcionarle todas esas cosas que no han podido darle, como escuelas, puestos de salud, carreteras, pero principalmente para restablecer la autoridad legítima. Garantizará la posesión de las tierras y designará comisiones tituladoras.*

*Ahora bien, la ocupación de Marquetalia no tiene ningún objetivo político. Se respetarán las ideologías, los credos. Las gentes podrán ejercer los derechos de que está gozando el resto del pueblo colombiano.*

*-¿Pero el principal objeto de la ocupación es capturar a “Tirofijo”?*

*-No. No es el principal objetivo. Lo importante es restablecer la autoridad legítima.*

Las voces civiles del gobierno se hicieron escuchar. Marquetalia tendría también su operación civil, iniciada con calificados grupos de los ministerios de obras públicas, agricultura, gobierno y salud pública. El ministro de Gobierno, Aurelio Camacho Rueda, reveló ante la prensa escrita -por cierto reflejaba en su rostro una honda emoción patriótica- que en toda el área de la llamada “República Independiente de Marquetalia” había empezado una gigantesca operación combinada. El ministro de Gobierno aseguró: “*El INA, está comprando los artículos a precio de sustentación; el Ministerio de Salud está localizando los sitios para los nuevos puestos de salud; los buldózer del Ministerio de Obras Públicas están construyendo carreteras y caminos de penetración e igualmente en el norte del Huila y límites con el Meta, se está adelantando una labor conjunta de grandes proporciones*”.

A causa de Marquetalia, se veía -por lo menos en las palabras oficiales-, que se estaba llegando al más grande clímax de transformación socio-económica del país. Seguramente, Marulanda no se había dado cuenta de la formidable influencia que ejercía en los altos estratos del gobierno.

Al instalar el Congreso Nacional de la Asociación de Periodistas, en el salón elíptico, el Presidente Valencia volvió por sus fueros de elocuencia y grandes dotes de orador de estirpe, revivió en su oratoria su antigua facilidad de polemista parlamentario, al expresar ante su asombrado auditorio, que había iniciado su gobierno cuando prácticamente los bandoleros estaban en las gradas del Capitolio, hasta el punto que se le advirtió en secreto, -no aclaró quién se lo dijo-, que le darían un golpe al salir de prestar el juramento de rigor al tomar posesión del poder. Y desde aquel momento hasta ahora, dijo el Presidente Valencia, los bandoleros están bastante distantes de las gradas del Capitolio y a punto de ser derrotados. Se dolió porque en esta batalla ha existido, por desgracia, malas interpretaciones de algunos ciudadanos. Habló de la famosa “caza de hombres” cuando sus críticos en el furor de la polémica pública, hicieron desobligantes referencias a su afición cinegética. Dijo: “*Yo nunca he sido partidario de la caza de hombres, aun cuando en esta vez creo que más bien es caza de fieras que caza de hombres. Y tenido el valor de declararlo ante ustedes, que si he coleccionado algunas cabezas de bandoleros para el*

*estudio científico a fin de saber qué ha podido producir tanto morbo, a ver si hay manera de liberrar a la humanidad futura de esos flagelos, ha habido gentes que con menos afición a la caza que yo, han venido tranquila y sigilosamente coleccionando en sus libros los nombres de más de cincuenta mil colombianos inocentes e inermes sacrificados por ese bandolerismo.*

Un cable de la U.P. originado en Washington ha creado un hondo malestar en los altos mandos del ejército colombiano. El cable revela que *“el ejército de los Estados Unidos ha adiestrado a oficiales colombianos en táctica antiguerrilleras que culminaron en la liquidación de cabecillas de pintorescos apodos como “Tarzán”, “Sangrenegra”, “Venganza” y “Aguila Negra”. La campaña contra el bandolerismo fue iniciada por el presidente Lleras y proseguida por el actual mandatario Guillermo León Valencia. Semanas después de la toma de posesión de éste en 1962, un grupo de asesores de tácticas especiales del ejército estadounidense, se trasladó a Colombia a solicitud del gobierno de Bogotá a fin de instruir a soldados y policías colombianos en técnicas antiguerrilleras. Más tarde oficiales colombianos siguieron cursos en las escuelas de tácticas bélicas especiales de Estados Unidos en Fort Bragg, Carolina del Norte, y tuvieron entrenamiento adicional en la zona del Canal de Panamá. Las lecciones surtieron efecto y los cabecillas fueron cayendo uno tras otro. Uno de los aspectos de la táctica antiguerrillera consistió en una “guerra psicológica” entre los campesinos, encaminada a obtener de ellos informes sobre los escondites de las bandas”.*

Según noticias aparecidas en *El Tiempo*, el día de ayer, 22 de mayo, por *“Chaparral avanzaba maquinaria de obras públicas, puestos móviles de salud y cargamentos de medicinas, alimentos y ropas. Por San Luis y Órganos en el Huila, grupos médicos, maquinaria de obras públicas y comisiones del INA. Simultáneamente, en helicópteros de las Fuerzas Armadas los grupos de civiles estaban tomando posiciones para construir escuelas y puestos de salud, y para preparar el clima psicológico para el implantamiento de la campaña. Se calcula que entre 1.500 y 2.000 soldados están ya en la zona, como precaución para los grupos de civiles, pero de hecho la acción puramente militar no ha comenzado”.*

El general Ruiz Novoa se mostró satisfecho de los primeros resultados de la operación, pero se abstuvo de hacer comentarios. Un vocero del comando general de las operaciones indicó que *“se había iniciado la construcción de vías de comunicación, que permitan el desembotellamiento de esta zona, de halagadoras perspectivas agrícolas. Demandó sin embargo, una mayor colaboración de los ministros de salud, educación y obras públicas a fin de agilizar los planes de rehabilitación previstos para la zona de Marquetalia”.*

*“EL MINISTERIO DE GUERRA, en atención a la publicación aparecida el jueves 21 de los corrientes en la prensa de Bogotá y relativa a la posible contribución del ejército norteamericano a la eliminación de la violencia.*

**INFORMA:**

- 1. Que ha conocido con profunda extrañeza la publicación en referencia cuyo contenido presenta una imagen inexacta de las relaciones entre las Fuerzas Militares de Colombia y de los Estados Unidos.*

2. *Que dentro de los compromisos de la defensa del hemisferio existe una conveniente colaboración entre las fuerzas militares de Colombia y de los Estados Unidos que no es o ha sido unilateral.*
3. *Las funciones de los miembros de las misiones militares de los Estados Unidos en Colombia no necesariamente de asesoramiento en los ramos de instrucción y logística, con preponderancia de este último.*
4. *En ninguna época unidades organizadas o individuos aislados pertenecientes a las fuerzas militares de los Estados Unidos de América o de cualquier otro país han actuado en el planteamiento o en la ejecución de las operaciones militares que se han llevado a cabo en busca de la eliminación de la violencia. Los planes y las operaciones en todas sus fases han estado siempre a cargo de personal militar colombiano y ningún extranjero ha combatido al lado de las tropas nacionales.*
5. *El ejército norteamericano ha solicitado periódicamente que oficiales y suboficiales colombianos sirvan como instructores en las Escuelas Militares de la Zona del Canal o como conferencistas invitados especialmente en las materias correspondientes a la guerra de guerrillas. Igualmente personal colombiano concurre a establecimientos norteamericanos.*
6. *La ayuda militar norteamericana, siendo apreciable, no ha sido suficiente en relación con los requerimientos necesarios. El ejército y la Fuerza Aérea deben hacer esfuerzos enormes para superar las deficiencias existentes en armamento y material de vuelo.*

Según datos suministrados por fuentes directas del ejército, el imperioso y trascendental compromiso de liberar la “República Independiente” de la nefasta influencia de *Tirofijo*, “*le costará a Colombia más de 300 millones de pesos, pero la nación podrá gozar de total paz y autoridad legítima en cada municipio y corregimiento, en un tiempo más corto del previsto*”.

“*La preocupante y compleja tarea de reconstrucción, demorará por falta de una partida oportuna, que se emprendió en su fase inicial, y estaba en pleno apogeo entre el miércoles y el jueves*”.

El ejército reveló exactamente en qué consiste el plan cívico-militar que “*también prevé una enérgica ofensiva a la ignorancia, uno de los peores problemas que han permitido una prolongación innecesaria de la violencia que en el Tolima y en algunos departamentos vecinos, deja la más horrorosa historia*”.

Restablecida totalmente “*la autoridad en las llamadas ‘repúblicas independientes’, nido de comunistas que un día soñaron con la abolición del régimen constitucional del país, amparado por forajidos comunes, se abrirán otros frentes de trabajo con el INCORA, la Caja Agraria y una comisión civil para acelerar la reconstrucción. Se previó que si todo sale bien, en la rica zona productora del Tolima, hoy objetivo del gobierno nacional, estará surgiendo en pocos meses mercados nacionales y aportando café de la mejor calidad para su exportación*”.

El batallón Colombia, según noticias aparecidas en la prensa, comandado por el coronel José Joaquín Matallana, *“operaría en Marquetalia, donde el ejército ha iniciado una acción tendiente a liberar la región del imperio comunista de ‘Tirofijo’”*.

La información no pudo ser confirmada en fuentes oficiales, ya que los mandos militares viajaron ayer a Neiva para inspeccionar los planes y acordar los últimos detalles de la operación.

*“Como se recuerda, el batallón Colombia ha sido destacado, después de la guerra de Corea en aquellos lugares del país donde el problema de orden público ha adquirido caracteres alarmantes”*.

El comandante de la Sexta Brigada, coronel Hernando Currea Cubides, en declaraciones públicas, informó ayer que la tropa regular que avanza sobre Marquetalia, *“venía estableciendo contactos armados desde hacía dos días con los antisociales que comanda en esa zona de influencia del antisocial ‘Tirofijo’*.

*El alto oficial indicó asimismo que las tropas regulares continúan penetrando en dicha ‘zona de influencia’, teniéndose de la misma prácticamente controlada en un 75 por ciento de su territorio, cuya extensión total se calcula en 3.500 kilómetros”*.

En comunicado, el coronel Hernando Currea Cubides amplía las informaciones:

*“El bandolero ‘Tirofijo’, ante el éxito de la operación y el avance pacífico de las unidades ha reagrupado sus efectivos armados para oponer resistencia a la ley y a las fuerzas del orden; ha organizado peligrosas emboscadas; ha preparado extensos campos minados...”*.

El 6 de junio, el comandante del ejército, general Fajardo Pinzón afirma:

*El comando del ejército informa que son falsas las versiones que vienen circulando en relación con el empleo de la Fuerza Aérea para bombardeo en la zona de Marquetalia. Como tales versiones causan una alarma natural en las regiones afectadas, se aclara que ellas no tienen fundamento y que por consiguiente no hay razón para que la población campesina se preocupe por tales rumores”*.

*“El comando del ejército aprovecha la oportunidad para solicitar de la prensa hablada y escrita el abstenerse de difundir informaciones que no sean dadas por los canales oficiales, al mismo tiempo que les pide su colaboración para que rumores de esa índole no sean dados a la publicidad sin previa comprobación con las agencias autorizadas.*

*También ha circulado la versión de que las tropas efectuarán operaciones militares en las regiones de Pato, Guayabero y Riochiquito las que a su turno carecen de veracidad, con lo cual sólo se ha causado una alarma en la población civil de dichas áreas, con el consiguiente resultado de la alteración del orden público en ellas, obstaculizándose la labor pacificadora de las tropas, que solo buscan mediante la acción cívica, llevar el progreso y el bienestar a tales regiones”*.

“Si son catorce mil, mejor, más blanco dan...”.

Después del duro golpe que significó el asesinato de Jacobo Prías Alape, *Charro Negro* -lo que sería el preludio de cuatro años de continuas provocaciones y permanentes hostigamientos, además del más implacable cerco económico-, en Marquetalia se organizó para su defensa, un aparato militar conocido como La Móvil, integrado por excombatientes y muchachos sin obligaciones familiares. Se nombró a Manuel Marulanda como el instructor militar. La Móvil fue dotada con el mejor armamento que existía en la zona, se le dio autonomía para transitar por regiones donde los ataques del enemigo fueran inminentes y en esa función se determinó que estaría respaldada por los grupos de autodefensa del área y de las direcciones políticas intermedias. La Móvil disponía de 30 unidades, se dividió en grupos de 10 hombres, y la dirección general fue creando en ellos, mediante un dedicado y profundo trabajo político-militar, la mentalidad de profesionales de la revolución, para que comprendieran a cabalidad la dimensión de su actividad, “en momentos críticos, porque a nuestro entender, la agresión militar contra la zona no tardaría en producirse. Que asimularan esa idea, fue lo esencial en la preparación de la Móvil, en los seis meses intensos que duró el curso, la Móvil se convirtió en un elemento decisivo en la cuestión militar, en medio de tanta zozobra en que vivíamos...”. La Móvil comenzó por ganarse la confianza de la población, en las zonas por las cuales se desplazaba, zonas en que la autodefensa había desaparecido por física inercia, situación que las hacía vulnerables para los ataques de los *pájaros* conservadores y los *liberales limpios*.

“Se apreciaba una nueva concepción militar en los altos mandos del ejército, en la conducción de la lucha guerrillera. Concepción que ejercitaron en el proceso por cierto rápido, de liquidación física de muchos grupos de bandoleros. Fue una excelente experiencia militar para los altos mandos. La Móvil en esas difíciles circunstancias -que no era un núcleo tradicional de autodefensa-, desarrolló nuevos elementos de combates, configuró un decisivo aprendizaje que continuaban las enseñanzas adquiridas en el Sur del Tolima, era un núcleo que podía enfrentar en cualquier condición un ataque del enemigo, sin que ello fuera a provocar la agresión militar a la zona. En su accionar en la periferia hacia donde se desplazaba, causó enormes pérdidas al enemigo que con dolor tenía que contabilizarlas, a pesar de sus éxitos frente a los grupos bandoleriles. Desde el punto de vista militar, en su concepción operativa, en los lineamientos claros en su misión, en la cierta movilidad que fue adquiriendo la Móvil, fue lo fundamental que hicimos en Marquetalia, por una simple razón: fue el núcleo de donde salió la guerrilla. Para nosotros era volver a escarmentar la experiencia pasada...”.

En Marquetalia, recordaba Marulanda, se esperó un tiempo prudencial para que el gobierno aplicara la justicia, al capturar o dar de baja a los asesinos de *Charro*, “pero era como esperar una lluvia de billetes. El movimiento, entonces hizo su propia justicia, dio de baja a muchos de los comprometidos en el asesinato del compañero *Charro*. Fue un trabajo paciente de localización uno por uno, realizada por la Móvil. Cuestión que no gustó, era lo lógico, a los altos mandos del ejército. Los militares aposentados en la desidia se limitaban a decir, estamos haciendo justicia. La población se preguntaba, ¿Cuál justicia, la justicia de

perseguir a los comunistas? Mientras tanto, dejaban libres a los criminales... Una justicia de conveniencia política...”.

Muchos hombres de *Mariachi*, ex comandantes y ex guerrilleros sintieron como horqueta en la nuca, la traición de quienes los habían utilizado para perseguir a los hombres de su propio movimiento. El *General Mariachi*, otrora prohombre del liberalismo, acorralado, asediado, desesperado patrocinó diversas acciones contra las tropas del ejército. Los mandos militares no chistaron, no aumentaron la vigilancia en las zonas de peligro. “En cambio, cuando nosotros hacíamos presencia en alguna región, la cacería era a cualquier precio, como si estuvieran persiguiendo a la muerte. Por eso decidimos golpearlos en el corazón, con el resultado de cinco choques armados entre los límites del Huila y Tolima. Los *liberales limpios* instrumentos ligeros para apretar el gatillo, ahora daban la espalda para huir y esperar también a las tropas del ejército. Nosotros sin serlo, en las noticias de la radio aparecíamos como los iniciadores de la violencia. La verdad es que necesitaba la paciencia de árbol muy viejo para aguantar tantas provocaciones. Eso sucedía a comienzos del año 62. La dirección de Marquetalia columbró la situación que ya venía vestida de tempestad y reestructuró la Móvil. En un desplazamiento por los lados de La Esperanza, cerca de Planadas, en la Móvil nos enteramos que el gobierno había concentrado tropas con fines desconocidos, atacó la Móvil, respondimos, luego racionalizamos la experiencia y sacamos como conclusión de que los altos mandos querían experimentar un nuevo tipo de guerra. En menos de 24 horas nos rodearon en un despliegue de 3.000 hombres, combatimos muy duro hasta romper el cerco y salir ilesos del encierro. Las tropas no duraron en la zona, evacuaron pronto. Comenzaron los patrullajes permanentes, las emboscadas en los sitios menos pensados...”.

En una conferencia conjunta de los movimientos de Marquetalia y Riochiquito, se decidió, por la situación de amenazas reales, que se debía comenzar mucho más en serio la preparación militar del personal; buscar los medios de abastecimiento de municiones; pasar a la ofensiva en las denuncias públicas; crear servicios de contra espionaje especiales en las zonas de influencia; cerrar definitivamente la entrada de personal desconocido en Marquetalia, para evitar la infiltración de los aparatos de inteligencia del enemigo; se decidió que sólo entrarían personas relacionadas con la tramitación de cuestiones de comercio; se seguiría castigando a los provocadores.

En 1962, de la noche a la mañana, el gobierno lanzó una ofensiva militar contra Marquetalia, en la que participaron 5.000 hombres. “La Móvil que había desarrollado su capacidad operativa, con la ayuda de las autodefensas, enfrentó la operación con grandes éxitos. No solo nos defendimos, sino que los atacamos por varios flancos, y nos permitimos utilizar la misma operación para realizar una magnífica labor de limpieza de muchos antisociales, se nos dio una excelente coyuntura para hacerlo. El enemigo perdió hombres y muchas armas...”. En el país se realizó una efectiva campaña de solidaridad. Las tropas retrocedieron sin lograr los objetivos de ocupación. Fue una respuesta que nunca imaginaron, una respuesta que no tenía antecedentes en las luchas de la guerrilla del Sur del Tolima.

El ejército decidió crear y estimular una banda de *pájaros* bien pagados, equipados y armados y asesorados por oficiales, con el objeto de que fueran eliminando individualmente a los dirigentes de Marquetalia. Todos con abultados antecedentes criminales, todos

residentes en Gaitania, muchos de ellos ex guerrilleros. “Nos causaron ingentes problemas, mataron a gente inocente, gente de la población civil. Existía para el ejército una razón poderosa que justificaba su acción: nos habíamos convertido en un vasto movimiento de masas, influíamos en una amplia área de poblaciones circunvecinas...”.

Las tropas comenzaron las prácticas de contraguerrilla, aparecían en las horas de la tarde, desaparecían en las horas de la noche y al día siguiente, estaban emboscadas al borde de los caminos. Se metieron por Gaitania, Planadas, La Estrella, Vilbao, Herrera, Ataco, Casa de Cinz, San Luis, El Carmen, Praga, Aipe, en simulacros de guerra, simultáneos en todo los puestos y retenes. “Nosotros permanecemos quietos. Pero nos dimos cuenta, que esas prácticas no eran de preparación en balde. El ejército había asesinado a 27 compañeros de la autodefensa en Natagaima y Ortega, de una sola embestida lo hicieron al cogerlos desprevenidos. Los Compañeros imitaron nuestra experiencia con la Móvil, les dimos ayuda en hombres y armas, y en solidaridad con ellos, emboscamos al ejército en un sitio intermedio entre Planadas y Gaitania. Perdieron hombres, perdieron 20 mulas cargadas...”.

A finales del año 63, nadie podía estar tranquilo trabajando en su parcela, por la asechanza, por el peligro de muerte en un ataque sorpresivo de los *pájaros*. Eran ya una calamidad su existencia. “Nosotros los teníamos en mira de pronto cazarlos para su aniquilamiento, nos atacaron y después de varias horas de combate, terminamos con ellos. El ejército no vino en su ayuda, los abandonaron en su rápida muerte. Esto desalentó los ánimos enardecidos de muchos oficiales que estaban en los puestos de Gaitania y Planadas...”. El movimiento revolucionario liberal, MRL, influye en algunos de los comandantes guerrilleros liberales, a muchos de ellos los tildan de comunistas, los persiguen como a ratas, quieren aplastarlos, los perseguidos “desean conectarse con nosotros para defenderse un poco del asedio, nosotros buscamos ganar sus masas...”. Los bandos fuertes, que influyen y deciden en las filas de ex guerrilleros liberales, siguen siendo los hombres de *Mariachi* y *Peligro*; el *Mariachi* es perseguido por el gobierno, calificado de indeseable personaje, nefasto antisocial, hombre peligroso al que deben dar de baja; *Mariachi* y *Peligro* se mandan a matar utilizando las más sucias tretas, el odio mutuo ha brotado en sus ojos como esperma que se derrite, cada uno imagina al otro, rociado su cuerpo de balas de todos los calibres. *Mariachi* ordena matar a Héctor Osorio para robarle el dinero que porta de la Federación de Cafeteros, el ejército aprovecha la circunstancia favorable para promover un amplio movimiento de opinión contra el antiguo General guerrillero, éste con sagacidad elude las encerronas. La Federación de Cafeteros se retira de Planadas, Santiago Pérez, Rioblanco, El Limón, mientras no sea eliminado *Mariachi*. Ahora quien persigue a *Mariachi* es su compañero de generalato, el General *Peligro*, con ayuda logística del gobierno, ya convertido en un insaciable profesional contraguerrillero, acompañado de suficientes hombres en armas. A *Mariachi* le sudan los pies, al sentir el frío de la muerte disparada por quienes habían sido sus compañeros en el Sur del Tolima y ahora actúan bajo las órdenes de *Peligro* para perseguirlo. “La guerra de los peces, el más grande comiéndose al más pequeño y, *Mariachi* es ya un pececito lamiendo las sobras de lamas en las piedras, en el fondo de los ríos. *Mariachi* es derrotado y solitario, abrumado por el desconsuelo le toca poner sus pies en huida definitiva...”. Muchos de los comandantes guerrilleros que libraron ardorosas luchas contra las dictaduras, aflojaron la cuerda de su pasión partidista y por conveniencia, terminaron con la indumentaria de la contraguerrilla. Se perdieron más de mil fusiles en esa fatal contienda entre liberales, unos murieron, otros se entregaron. En



cuatro meses el gobierno había logrado su eliminación o su captación, con el apoyo irrestricto de la población civil. El gobierno en forma inteligente ilusionó a muchos con promesas que cumpliría en pocos días y logró que la población les diera la espalda, en la más despiadada acción de exterminio de los ex guerrilleros liberales. Era la feria de la delación, el olvido de pasadas lealtades, el momento del señalamiento supremo, el solaz descanso por la muerte de alguien que había sido compañero de monte, el aplauso frenético en los entierros. “Es que los *mariachis* y los *peligros* se hicieron gamonales en el poder que ejercían en sus áreas, degeneraron la lucha guerrillera en vandalismo, se enfrentaron a los intereses de sus propias masas; el gobierno muy hábil, después de eliminar a los grupos principales, introdujo cuñas divisionistas en los grupos de apoyo. Finalmente, organizó a pequeños grupos de pistoleros entre los sobrevivientes, para que como carroñas humanas alimentadas con dinero oficial, se desplazaran y dieran muerte a quienes se mantenían independientes en sus posiciones. Estos hombres bebieron en su propia trampa, de mandaderos culminaron con el cuchillo al cuello. Se aprovecharon de su furioso anticomunismo que les carcomía las entrañas. Todo, una verdad de puño cerrado, todo orquestado por la dirección nacional liberal. Es la historia que comienza en El Davis y culmina en esa guerra de los cuatro meses entre los *mariachistas* y las gentes de *Peligro*. Se convirtieron en mulas muertas en el proceso de la revolución, aunque muchos de ellos habían sido hombres consecuentes en los años anteriores. Muchos guerrilleros que lograron sobrevivir a la matazón, supimos que querían ingresar al movimiento, a muchos les dimos la mano. Cuatro años de confrontación con las más diversas experiencias, para llegar al año 64, con el anuncio de la operación Marquetalia. Teníamos que volver sin querer, a ponernos las botas...”.

Jacobo Arenas y Hernando González en su viaje pasaron de largo por la ciudad de Neiva, entraron a la región por un sitio conocido como La Cinta, siguieron hasta la finca del compañero *Mundo Viejo*, esa noche durmieron en su casa. A la madrugada, con guías que los estaban esperando, continuaron el camino hasta encontrarse con un grupo armado que había enviado Manuel Marulanda Vélez, para recibirlos. Ricaurte, un guerrillero y sus compañeros “cargaron nuestras mochilas, los equipos que habíamos traído de la ciudad”. Avanzaron un día, lentamente, enceguecidos por la lluvia torrencial que no les permitía ver nada, pasaron por la parte alta de Gaitania, camino hacia Marquetalia y de “pronto nos encontramos con el grupo de Manuel que estaba escondido entre la lluvia, ya dispuesto a responder al operativo militar...”.

Jacobo y Hernando hablaban sin la angustiada incertidumbre del tiempo que tendrían que estar en Marquetalia, Jacobo dijo, de pronto un mes, de pronto dos meses. A veces sucede, dijo Hernando, que el azar cambia el rumbo de los acontecimientos y quizá no se produzca el operativo. Pero, dijo Jacobo, éste no es un acontecimiento sujeto al azar. No existe duda con relación a la veracidad de la información. Es perfectamente creíble que se desencadenará el operativo. Bueno, dijo Hernando, habrá que romperle la cabeza al azar, descubrir las incógnitas del operativo.

Por entre la lluvia, como si estuviera macheteando para abrir una trocha, vieron que venía Manuel Marulanda Vélez, cubriéndose con un plástico verde, estampado con flores y frutas, plástico que se utiliza para manteles. Jacobo y Hernando aceleraron el paso para acortar la premura por el ansiado encuentro; habían salido de Girardot en la madrugada del

11 de abril y “seis días después nos confundíamos en abrazo fraternal con Manuel”. Manuel y Jacobo no se conocían personalmente, al abrazarse -el abrazo de Manuel tímido, cauteloso, el abrazo de Jacobo desprevenido, fuerte- se midieron al mirarse, Manuel miró a Jacobo, -recordó a su tío José de Jesús, cuando decía, al hombre hay que mirarlo como se mira a la montaña, de cuerpo entero- y así midió a Jacobo con su mirada; Jacobo miró a Manuel directamente a los ojos, para encontrar en su mirada la leyenda del hombre que tenía al frente; de inmediato surgió en ellos, lo que sería una amistad fogueada en la lucha por un ideal, fue un encuentro de hombres que llegarían a complementarse mutuamente como si fueran dos grandes ríos que un día se unen en sus aguas para conversar: Jacobo por su sagacidad política, la audacia e inventiva para resolver cualquier situación, por su carisma de hombre discursivo y convincente y, Manuel por su sabiduría acumulada en la observación de hombres en reposo y en la observación de hombres en acción, por el dominio adquirido en el arte de hacer la guerra; dos cerebros fluyendo experiencias. Marulanda les dijo a Jacobo y Hernando: “Con la compañía de ustedes no debe ser tan dura la guerra”.

Y Manuel Marulanda Vélez comenzó a conocer la historia que traía a cuestras en su morral Jacobo Arenas; supo Manuel que Jacobo en su juventud había sido un ferviente partidario de López Pumarejo, que recorrió muchos pueblos de Santander diciendo discursos, hablándole a la gente de lo que significaba para el país la Revolución en Marcha; supo que Jacobo se había iniciado en las lides políticas, en las juventudes liberales lopistas y que había llegado a convertirse en el presidente de la federación de juventudes liberales de Santander, que tuvo cierto papel preponderante en apoyo a las campañas antifascistas que se desarrollaron en el transcurso de la segunda guerra mundial; supo que Jacobo conoció a los primeros comunistas en Bucaramanga, en las oficinas de Bandera Roja, ahí conoció a Rozo Osorio, Manuel Ortiz, Juan Vargas, vestidos de blanco, todos con corbatas rojas, un día que le ayudaron a sacar en máquina de escribir, un memorial en que los jóvenes liberales apoyaban una candidata popular, para presentarla en los carnavales que se hacían en Bucaramanga, Jacobo en poco tiempo se convertiría en un profesional revolucionario; Manuel escuchó que Jacobo muy joven vivió de cerca la división del partido comunista, división que planteaba que la lucha debía ser dirigida fundamentalmente, por los obreros revolucionarios y no por los intelectuales pequeño burgueses, “yo me quedé con el grupo Durán, porque era un obrero, me sentía un obrero... Después del Quinto Congreso del partido, celebrado en Bucaramanga, salimos a fundar con Durán, el partido comunista obrero...”; escuchó Manuel que Jacobo sintió el terrible desconcierto del pueblo, durante los acontecimientos del 9 de abril en Bucaramanga, desaliento y frustración por tantos muertos, por la derrota del levantamiento popular y el futuro huyendo entre la niebla; Jacobo se trasladó a Barranca, la ciudad que se había insurreccionado durante 22 días, al conocerse la noticia del asesinato de Gaitán y desde esa “época tengo vinculaciones con el movimiento obrero petrolero, me afilié al partido socialista revolucionario, nombre del partido comunista, y como funcionario sindical, me acerqué a los trabajadores del Magdalena, braceros y lancheros; en Barranca conocí lo que fue el inicio de la violencia en los años 48, con el terrible asesinato del dirigente comunista, Aurelio Rodríguez, asesinato que me puso a temblar el corazón de dolor; de Barranca fui llamado a Bogotá por el central, ahí transcurre gran parte de mi vida política...”.

La primera vinculación de Jacobo Arenas al movimiento guerrillero, había sido “un poco esporádica, yo era enviado por el central a muchos lugares donde existían focos armados, que no tenían una clara orientación, que no tenían claro lo que debían hacer...”. Por esos tiempos, le cuenta Jacobo a Manuel, se avecinaba la agresión militar a Villarrica, durante el gobierno militar de Rojas Pinilla. “Ahí comenzó la pelea de Villarrica, la confrontación armada tan tremenda, que entre otras cosas fue masiva, porque los campesinos se alzaron a la lucha armada, acompañados por un sector de campesinos provenientes del Sur del Tolima, que venían de El Davis, al mando de Alfonso Castañeda, es decir, *Richard*, hombres que venían del profundo sur. Ellos en el primer año de la pacificación de Rojas Pinilla, aprovecharon esa situación para guardar las armas y vincularse a la producción cafetera. En esa época ya tronaba en el parlamento la campaña contra las llamadas “repúblicas independientes”, y como Rojas Pinilla probablemente estaba enterado que no sólo existía en Villarrica un movimiento agrario, sino que había una guerrilla proveniente del Sur del Tolima, por eso comenzó el operativo. El núcleo guerrillero se volvió como el nervio central de los alzados, porque en Villarrica se alzó toda la población, la gente de la autodefensa, la gente del movimiento agrario, era un gran movimiento de masas, eso era muchísima gente, masas, guerrilla, población, enormemente grande. El ejército no tenía aún una concepción de la guerra irregular, sino que entraban batallones y para adelante, en lo que se llamaba la confrontación o la guerra de cortina: una formación, en una especie de cortina, una línea definida de combate que se prolongaba a lo largo del municipio y la tropa avanzaba como enloquecida a romper aquella cortina humana que se defendía, atrincherada en toda una larga red de fortificaciones en tierra. Los combatientes habían organizado su propia defensa de cortina, hombres, mujeres y niños se turnaban en el día y en la noche, al acecho de la llegada del enemigo; el ejército repetía la cuestión, hacía su propia cortina para ir avanzando, para ir acosando en furiosas oleadas humanas a los alzados en armas, para arrinconarlos, sacarlos de los cafetales, desencuevarlos de las trincheras, meterlos a la montaña, empujarlos a la selva inhóspita donde no había economía para resistir”. Una descomunal lucha metro por metro la tierra, piedra por piedra, camino por camino, ríos por ríos, quebradas por quebradas, cafetales por cafetales, respiración por respiración, ojos por ojos, la lucha por un espacio mínimo para atrincherarse esa noche y volver a combatir con más fiereza al día siguiente. Era todo un municipio alzado en armas, la zona montañosa, el casco urbano... “En Guanacas, una vereda, Guanacas también es una quebrada, ahí el combate fue espantoso, porque el ejército se lanzó en una monumental masa, una montaña de hombres sudorosos y armados, y la población se defendió en física masa, carne de pueblo, piel de pueblo, palpitante de ansiedad defendiendo su vida, los hijos, la finca y la sangre fue un arroyo que corrió por la quebrada, porque fueron muchos los muertos de parte y parte, cuerpos apeñuscados entrelazados en nudos de piernas y brazos y las cabezas quedaron diseminadas como hongos con cabellos desordenados. Eso era terrible”. En Cuindiblanco hubo otra pelea grande, palmo a palmo la tierra, como si se hubiera estado peleando a mordiscos. Masas de alzados contra masas de ejército, tres o cinco peleas al día, semanas en que nada sucedía, semanas en que se recrudecía la confrontación y los tiros abrían paso en 20 sitios distintos. Al mando de la tropa revolucionaria estaba *Richard*, un hombre extraordinario, un verdadero guerrero, la gente le tenía muchísima confianza, le tenía fe, inmovible fe, donde estaba *Richard*, la gente decía: “aquí ganamos la pelea. Era un hombre que combatía y dejaba en la trinchera un hálito que parecía humo, el humo de la victoria. Habían depositado en él, una confianza absoluta. Un hombre sumamente bravo para la pelea. El problema era el de las armas, había muy pocos combatientes

armados de fusiles, el resto se defendía con escopetas y revólveres. Las armas automáticas estaban en manos de los antiguos combatientes provenientes del hondo sur del Tolima. Nosotros hicimos un día, un balance y había por lo menos 900 combatientes y no había armas para ellos... Yo estaba en la dirección, se había creado una especie de estado mayor con otros compañeros, *Richard*, Eusebio Prada, tratábamos de aclarar las cosas, de contribuir en algo en la conducción del movimiento, en la escritura de la propaganda, las hojas volantes, haciendo intervenciones ante la población para aclarar el carácter de la confrontación...”. La población va cediendo terreno, era imposible mantener la defensa abierta de toda la región, no habían condiciones después de cuatro meses, se fue agotando la economía para la resistencia, aumentaba el temor en la población civil que estaba en la retaguardia ante la inminencia de la arremetida final del ejército, aunque su valor era inconmensurable al apoyar a los combatientes con la comida diaria se fue agotando la economía por el más terrible de los bloqueos. Fue cuando la dirección o el Estado Mayor ordenó cesar el fuego y recogerse en las selvas de Galilea para tomar algunas determinaciones. La guerra se había generalizado por el oriente del Tolima, en Dolores, en Prado, en Purificación, y en medio de la guerra, de la huida en masa, la población comenzó a construir pueblos en plena selva y construían un pueblo por un día o una semana, para descansar un poco de la huida, hasta que llegaba la arremetida por aire y tierra y el pueblo desaparecía por el encanto de la tropa. Viene la guerra por aplacar el hambre que acosaba a todos los estómagos, buscar la provisión, los plátanos, la yuca, un pedazo de sal servía para meterlo un segundo en las ollas que hervían el agua, un pedazo de panela se comía en un santiamén por cientos de bocas de los niños y comienza la marcha, cientos de hombres, mujeres y niños con el barro aprisionando sus cinturas, cada paso de esa masa era como si se hundiera la tierra en metros de profundidad, cada paso de la recua de mulas era como si se metieran en arenas movedizas. Es cuando la dirección toma la determinación de crear la comisión de marcha que saldría hacia Guayabero y El Pato, una comisión de hombres armados, acompañados de pocas familias. La población civil se dispersa por el oriente del Tolima y donde llega es rechazada, apedreada, nadie le brinda reposo, nadie le brinda comida, los denuncian por ser los supuestos causantes de una nueva violencia y sigue esa masa deambulando por el páramo de Sumapaz, comiendo frío, cubriéndose el cuerpo con frailejón, el páramo abre todos sus caminos a esa masa perseguida... “Yo ya no estaba en Villarrica, porque había salido para Bogotá, y es cuando tomé rumbo hacia los Llanos Orientales, con una pequeña guerrilla de 25 hombres, bajé a los llanos San Juan de Arama, crucé por Granada, San Martín, regiones donde se había iniciado un movimiento agrario, gestado por los problemas de los colonos, los ocupantes de los territorios nacionales, problemas de vías de comunicación, falta de puentes, problemas que estaban padeciendo los hombres que entraron a descuajar la selva. Ese movimiento apenas comenzaba. Para decir verdad, yo soy el fundador de ese movimiento agrario, lo que se llama hoy, Medellín del Ariari y regiones circunvecinas...”.

Jacobo y Hernando informaron en detalle sobre la inminencia del operativo; Marulanda no conocía la fecha precisa, pero la región bajo su mando estaba preparada para la resistencia. Marulanda le informó a los compañeros de la ciudad, por datos recogidos por una organizada inteligencia entre la población, de cómo se venía realizando la operación, “sabíamos de antemano de qué armamento disponía el ejército, de la cantidad de vehículos de transporte, de las recuas de mulas. Teníamos información completa de cómo se desarrollaría el operativo, su finalidad, el cerco planeado y en qué condiciones se haría...”.

Marulanda sabía que las tropas en sus movimientos tomarían tres vías para concentrarse en Gaitania: Ibagué-Planadas-Gaitania, Aipe, Gaitania y Neiva-Florida-Gaitania, que los medios logísticos se transportarían en vehículos hasta Planadas y Florida y desde allí, hasta Gaitania, después en mulas y el resto en helicópteros. “Por lo anterior, pensaba Marulanda, se podía ver que se trataba de un plan militarmente bien elaborado, acompañado con una bien montada campaña propagandística...”. Hacía meses que había comenzado el bloqueo económico, impidiendo la movilización de la población civil y el tránsito de comerciantes. Situaron tropas para efectuar un riguroso control de entrada y salida, control sustentado en un amplio censo de población que ya habían realizado. Se inició la Acción Cívico Militar, acción que calificaron de cruzada por la paz, acción que se hizo con el fin de ganar la voluntad y la mente de las masas, mediante la ayuda de médicos, odontólogos, donación de enlatados, servicios sanitarios y muchas promesas, infinidad de promesas. Promeseros disfrazados de civiles. “Acudieron a toda clase de descrédito contra nosotros, y el gobierno hizo gala de una desconocida voluntad de querer solucionar los problemas de la región, voluntad que nunca antes había demostrado. Bueno, por lo menos en la guerra, el gobierno sacaba de los archivos de su memoria, la existencia de Marquetalia...”.

En gran escala comenzaron los reconocimientos aéreos, para estudiar los sitios donde podrían desembarcar sus tropas, luego lanzaron miles de hojas volantes justificando la operación, a tiempo que pedían la colaboración de la población. En la propaganda se señalaba, que la persecución sería únicamente contra los dirigentes del movimiento. Realizaron un cuidadoso censo, para detectar los movimientos de la población adyacente a la región, población que no había sido censada; lanzaron un salvoconducto, con el cual cualquier persona podría presentarse en los puestos militares, el salvoconducto se acompañaba con la amenaza de que era preferible pagar algunos años de cárcel y no perder la vida. Dieron cierta tregua para esperar los resultados de la campaña psicológica, mientras tanto le propusieron a muchos combatientes que se convirtieran en traidores, al decirles que los dejarían libres si mataban a sus dirigentes.

En la reunión, hubo una discusión animada en torno a muchos problemas importantes de la táctica revolucionaria armada, se discute la información en su conjunto, se evalúa y se llega a diversos acuerdos. Se dijo que en caso de realizarse el operativo, la dirección de inmediato asumiría el rol de un Estado Mayor militar, en el que estarían Manuel, Isaías Pardo, Tula Pardo, Darío Lozano, Jaime Guaracas, *Joselo*, Eduardo Lozada, Chucho Nazareno, Rogelio Díaz. Se acordó constituir un grupo armado que tendría el carácter de guerrilla. “En ese momento nos trazamos como concepción miliar, la guerra de guerrillas, la concepción de la guerrilla móvil. Hoy está aquí, mañana no está. Mañana está a diez kilómetros, golpea, desaparece, vuelve a golpear y desaparece, vuelve y aparece, golpea en el Huila, aparece en el Tolima, desaparece y golpea en el Valle, aparece en Caldas, desaparece y aparece en Cundinamarca. Esa fue la concepción táctica y estratégica que nos dimos inicialmente con el pequeño núcleo de los 42 hombres, para evitar precisamente ser destruidos, porque el gobierno y los altos mandos militares estaban en capacidad de aniquilar a cualquier organización que no utilizara la táctica de la guerrilla móvil. Sería un violento aprendizaje y su aplicación no fue cosa de un día...”, recuerda Marulanda. Se constituyó por primera vez en el movimiento, escuadras de 10 hombres, 9 hombres de base y un comandante. Esas escuadras que más tarde serían guerrillas móviles, se constituyeron con cinco hombres armados y cinco desarmados, las armas eran cortas y largas, unos fusiles

viejos, unas escopetas, unos revólveres, unas pistolas, recuerda Jacobo. Los 5 armados debían conquistar las armas para los desarmados.

“Elaboramos, otra conclusión, recuerda Jacobo, una lista inmensa de nombres de personas y de instituciones, para dirigir proclamas, cartas abiertas, incluyendo a las Naciones Unidas, a los intelectuales europeos, al proletariado colombiano, a las asambleas departamentales, a los concejos municipales, a los campesinos, a las capas medias de la población, es decir, nos dirigimos a todo el mundo, tocamos en todas las puertas, al gobierno, a sus ministros, denunciado la agresión del ejército contra una región agraria, que hasta ese momento, la verdad histórica, era defendida por un grupo de autodefensa... Señor Presidente -le escribimos al Presidente Guillermo León Valencia- *sabe que nuestro “delito” para ganarnos las iras de la oligarquía y de los altos mandos militares que la locura de vuestra excelencia estimula, reside en nuestra oposición al sistema bipartidista paritario del “frente nacional” oligárquico, que consideramos antidemocrático y antinacional*”. No dejarse aislar, que la voz escrita llegara a cualquier confín, que no quedara ninguna organización donde no se leyera la correspondencia. Se quería mediante la denuncia pública, comunicarse con las gentes susceptibles de interesarse en parar semejante acontecimiento, que era ya un hecho real. “Un ejército armado hasta los dientes, con todos los recursos humanos y técnicos organizando una guerra, la guerra en todo sentido, contra un grupo de hombres sumamente reducidos, acusados por el delito de pensar distinto al establecimiento. Haciendo un análisis sin contemplaciones ni idealismos pueriles, se llegó a la conclusión que en realidad había 42 ó 44 hombres al mando de Marulanda que estaban dispuestos a enfrentar ese tipo de lucha. Lo demás era gente de la autodefensa, gente del movimiento agrario, en general gente que pertenecía a la población civil... pensaba Jacobo. “Yo creo que, pensándolo bien, quienes conozcan a Marquetalia o han oído hablar de Marquetalia, creerán que se trataba seguramente de una fortaleza, en realidad era una fortaleza de 42 ó 44 hombres. No todos tienen armas, hay que decir eso. Entonces a uno se le ocurre pensar que el gobierno andaba mal, muy mal en materia de inteligencia militar, que hubiera podido encontrar otras soluciones sin tener que llegar a la ocupación física, sin tener que recurrir a la guerra...”, pensaba Marulanda. Es que la gente piensa que Marquetalia es una región extensa, por el contrario, es una región pequeña; se puede decir con exactitud, Jacobo ahora la estaba conociendo, que Marquetalia es una vereda, que fue abriéndose paso con su influencia -labor de Jacobo Prías Alape, Marulanda, Lister y otros dirigentes- en un área sumamente extensa, que viene desde la Cinta, ya sobre la carretera nacional, la carretera que va desde Neiva hasta La Plata y se prolonga hasta Popayán. Marquetalia no era un pueblo, era un caserío de doce o quince casas, la casa de Marulanda, la casa de Lister, la casa de Isaías Pardo, la casa de los González, la antigua vivienda de Jacobo Prías Alape. Lo esencial en esa reunión, fue la determinación de que el grupo debía convertirse en guerrilla, para que operara en forma distinta a la resistencia de los grupos armados en las décadas de los cincuenta; el terreno era sumamente favorable para ese tipo de lucha. El ejército aún no operaba como fuerza contraguerrillera. Las dos formas organizativas militarmente en su concepción, la guerrilla y la contraguerrilla, se darían en el transcurrir de la confrontación. Pero el operativo no se había diseñado bajo esa concepción. “Seguramente, los altos mandos, estaban analizando las experiencias de otros países. Ese fue un aspecto positivo y favorable, piensa Jacobo, que tuvimos al comienzo. Sólo se conocía el anuncio de una fecha determinada, exactamente el 14 de mayo, porque era la información que traíamos de Bogotá, de que ese día comenzaría la operación militar contra

Marquetalia. Fue una reunión apremiante, de decisiones definitivas. Hablamos cuatro días seguidos, sin descanso. Nada quedó sin analizarse...”.

En segunda reunión se convoca a los campesinos de las diversas veredas, para comunicarles que se iba a producir la operación. Se tenían informaciones de los desplazamientos de tropas, se notaba de manera desusada los vuelos de aviones y de helicópteros, a toda hora, en las mañanas y en las tardes; vuelos de observación que indicaban que estaban ultimando los detalles de la operación. “Nosotros lo llamamos la inteligencia del aire”, recuerda Jacobo. Ante la noticia, la escuchamos por radio a medio día del 18 de mayo, que había comenzado la “operación Marquetalia”, recuerda Jacobo, se dijo que la evacuación debía comenzar en 24 horas, la población con esa carga de experiencia de las guerras anteriores, pensó que la situación podría complicarse y decidió evacuar pronto a las familias más numerosas. “Ahí, recuerda Jaime, salen a relucir cosas. La mujer celosa aprovecha la oportunidad para decir que debe irse a la región a la fuerza, no toman el asunto como es y comienzan a decir: ¡Ah! ahora sí se van a quedar solos, en compañía de la moza, ahora van a quedar libres con su nueva calentura. Claro que nosotras seguimos con la responsabilidad de la familia, nos toca sacar a los hijos...”. Lo duro de la despedida de las parejas y matrimonios que se estimaban y querían, que sentían inmenso cariño. No era extraño ver a compañeros, hombres que posteriormente demostraron su valentía, verlos llorando, el cuerpo invadido de lágrimas, y mucha tristeza, al despedirse de sus hijos, de sus esposas, quizá, en la última despedida, por eso les dolía tanto. Nadie era adivino para adivinar el tiempo de duración de la operación. Volver por la despedida de siempre, la despedida que tanto nos ha acompañado. Con muchos de los compañeros, no volvimos a encontrarnos, muchos de ellos murieron en el combate... “Así sucedió el dolor y el recuerdo de las familias que perdieron a sus hombres...”. Evacuaron unas 1.200 personas, se quedó un núcleo de civiles que había tomado la determinación de seguir en la guerrilla sucediera lo que sucediera. Salió en la evacuación la parte fundamental de la población civil de Marquetalia y de las veredas circunvecinas. En la salida a muchos detuvieron y encarcelaron, por el control que el ejército había establecido mediante el censo de la población, era gente que no había sido censada.

La población de la zona se preparaba para la recogida de la cosecha del fríjol y maíz, y conservaba almacenados sal, granos, dulce, azúcar, jabón, como era su costumbre, guardaba el mercado para los meses venideros. Preguntaron a la dirección del movimiento ¿qué hacemos con lo almacenado? La dirección contestó: nos lo dejan y vamos a ver de donde se consigue algo de plata y se les paga. Se consiguieron algunos pesos, se compró parte de lo almacenado y el resto, lo donaron los campesinos para la resistencia. Ellos no podían cargar con los hijos y la remesa al hombro. “Fueron los primeros almacenamientos que situamos en la profundidad de la selva, en caletas que ya estaban construidas”, recuerda Jacobo. Se decidió que había que recoger lo que hubiera de maíz, de fríjol, de café, lo que se producía en Marquetalia, para ampliar los almacenamientos de economía. De algo se estaba seguro, la resistencia sería prolongada. No precisamente un mes, como lo venía anunciando el gobierno. “Necesitábamos abastecimientos que fuimos situando en el centro de la selva. Luego pusimos a traquetear una vieja máquina, en compañía de Hernando González, comenzamos el trabajo propagandístico, a dirigirnos a todo el mundo. La “rotativa” del Movimiento -como cariñosamente bautizamos al viejo mimeógrafo-reprodujo por miles nuestros mensajes para las masas. Fusil terciado y fornituras pendientes

como antiguos escapularios, las manos embadurnadas de tinta, el oído atento, un centinela en la orilla de una mata de monte, éramos el equipo de propaganda que bien podía imprimir o pelear en caso de un asalto enemigo. Así pasamos los primeros días. No nos quedaríamos callados. Salieron cartas y proclamas por doquier, las hojas en blanco se llenaron de denuncias, hicimos una cosa grande. Marquetalia se había vuelto como una explosión de la palabra escrita, le dimos rienda suelta a la imaginación política. Nosotros ya habíamos comenzado a hablar de la teoría de la seguridad, de la encarnación de aquella teoría en una nueva concepción fascista del Estado. La operación Marquetalia señalaba ese comienzo. También hicimos con Hernando un trabajo político para galvanizar la conciencia de los combatientes, para que esos 42 hombres estuvieran perfectamente claros, su conciencia hecha carne, las ideas morando en sus cerebros, de por qué iban a luchar y qué tipo de guerra tendrían que afrontar, manteniendo siempre muy en alto la moral, porque la resistencia daría para un tiempo largo...”, recordaba Jacobo.

El núcleo de combatientes Marquetalianos se componía de colonos y propietarios de fincas y parcelas. No había uno solo que no fuera propietario de algo. Dueños de ganados, de bestias, otros dueños de aserríos de maderas, todos tenían su modo de vivir. No existía gente que por problemas económicos hubiera tenido obligatoriamente que unirse a la organización armada. Esa población se vinculó por el inmenso prestigio y el conocimiento de cerca que tenía de un combatiente como era Marulanda; se vinculaba para defender con las armas, no solo sus ideas, sino sus intereses, su forma de pensar, por su finca, por su ganado, es decir por sus bienes; se vinculaba individualmente para defender a su familia, su mujer y sus hijos.

No eran hombres pobres, olvidados por ciertas comodidades. Eran hombres que habían construido su pequeña riqueza. Nadie de afuera había venido en su ayuda para descubrir las riquezas de la montaña y la selva. Había sido un esfuerzo suyo, apoyado por un movimiento. Esa era la razón de su lucha. Marulanda tenía su finca y su economía en Marquetalia, era propietario de una casa en Gaitania, dueño de una hermosísima finca, nadie se la había regalado, no había sido producto de la explotación de otros hombres. *Lister* tenía también su finca, lo mismo que Isaías Pardo. Eran campesinos acomodados, recuerda Jacobo.

Se tenía noticias de que el ejército iba a emplear 14.000 hombres en el operativo. “Nos pusimos a analizar que 14.000 hombres no cabrían juntos, apeñuscados, hombro a hombro en Marquetalia. Luego hicimos otras cuentas, probablemente se trataría de un bloqueo general en toda el área, para evitar dejarnos salidas de escape. Un bloqueo desde Neiva hasta el Cauca. En realidad fue así. Sobre la zona, es decir sobre Marquetalia operaron cuatro o cinco mil hombres. Marulanda, en una de esas reuniones dijo con mucha sabiduría y con un gran sentido militar: si son catorce mil, mejor que vengan a visitarnos, porque entre más tropa nos visite, más blanco dan...”, recordaba Jacobo. Un tiempo después, Marulanda diría: “Viéndolo bien, con aquellos quinientos millones de pesos que en ese entonces invirtieron en la Operación Marquetalia -nosotros lo planteamos-, si de esos quinientos millones, nos hubieran dado a nosotros siquiera cinco o seis para invertir en la región y mejorar nuestras fincas, hoy el gobierno no se estaría lamentando semejantes millonadas que ha tenido que invertir en el curso de estos veinte años para combatirnos... Le faltó cerebro al gobierno del Valencia...”.



Llegan noticias a través de la voz de la población, la “inteligencia de la tierra”, que la tropa viene por tal sitio, que está acantonada en tal monte, que están cerca de Gaitania, seguramente ellos quieren complementar la información recogida por “la inteligencia del aire”, la “inteligencia aéreo-fotografiada”. Y paramos todo tipo de actividad, porque presentíamos que el 14 de mayo comenzaría el operativo. El 14 de mayo, al despertar de un sueño acosado por muchos presentimientos, a las cuatro de la mañana, escuchamos por radio Santa Fe: “Hoy comienza la Operación Marquetalia...”, recuerda Jacobo.

El 14 de mayo no hubo choque, sobre la región una atmósfera cargada de plomo; el 15, el silencio se ha aposentado sobre los pliegues de la cordillera; el 16, el cielo descubierta en un profuso azul de quietud; el 17, el cielo con señales de atormentarse; el 18, la respiración cortada de hombres confundidos en los sitios de espera; el 25, los dedos sudorosos sobre los gatillos de viejos fusiles; el 27 se produjo el primer combate, en un sitio llamado La Suiza, a mano derecha de Gaitania, un poco más abajo del filo conocido como el filo de los Socorreños, sobre la margen que seguía el camino de los indígenas y al otro lado, estaban los colonos de Marquetalia. “Ese combate me tocó dirigirlo a mí. Yo estaba con David González y Darío Lozano. En ese combate el ejército se desplegó aplicando nuevas técnicas para tomar el filo arriba de La Suiza, filo de donde dirigieron cuidadosamente el avance. En ese combate se recogieron los tres primeros fusiles...”, recuerda Jaime Guaracas. Se había distribuido la tropa en pequeños grupos. En el sitio no había sino quince hombres. “No estaba claro aún la concepción de la guerrilla móvil. Dominaba en ese sentido, al comienzo de la operación, la concepción de las avanzadas compuestas por 5 ó 7 hombres. Esas avanzadas fueron adquiriendo un carácter distinto en el propio proceso de confrontación”, precisa Jacobo Arenas. Es la antigua experiencia que venía del Sur del Tolima, recurrente en la táctica de la emboscada. Un grupo espera, entra la tropa y viene el combate. La característica determinante, es decir, el movimiento no tiene un carácter ofensivo que va en busca del enemigo, que ubica a sus hombres, que asalta la tropa.

En un sitio llamado El Infierno, la guerrilla se había distribuido en una especie de cortina, 4 o cinco guerrilleros se comunicaban sin dificultad, metidos en la emboscada. La tropa aprovecha la tarde de neblina densa para colocarse en la mitad del sitio emboscado por la guerrilla. Jaime Guaracas estaba orinando, al regresar a la trinchera vio por debajo de la neblina algo parecido al humo. Le informó a Isaías Pardo, el comandante del grupo y le preguntó si había ordenado prender fuego en esa parte del monte. Isaías dijo que no. Envío a *Pajarito* a investigar de qué se trataba y *Pajarito* volvió con la noticia de que el ejército estaba en la mitad del grupo. La niebla corría como a empujones por lo densa. Isaías Pardo ordenó retirarse para que transcurriera la noche y no fueran localizados. El mismo Isaías aprovechó que la niebla no había escapado y a las seis de la mañana, se fue con cinco guerrilleros y le dieron una sorpresa mayúscula a la tropa. Isaías Pardo lanzó granadas y los guerrilleros abrieron fuego abierto.

Arriba de La Suiza, por la margen izquierda del río Atá, se intensifican los combates. El 3 de junio por la radio escucharon la noticia de un oficial muerto y varios soldados heridos. El 5 de junio, por indisciplina de un guerrillero, empujado quizá por el miedo, dio una contraorden y tuvieron el primer contratiempo. Por su culpa, la guerrilla hizo un desplazamiento equivocado, lo que permitió que Luis Salgado, un guerrillero, diera blanco

a una emboscada tendida por el ejército. Salgado se batió hasta que una bomba “piña” le despedazó la cabeza. Ese día, vieron varios aviones en vuelos de observación. Una emisora, anunció la inminencia de bombardeos y el desembarco de paracaidistas sobre la región.

El 6 de junio, a las nueve de la mañana, se sorprendieron al escuchar un vozarrón que salía entre las nubes. Localizaron la voz cuando descubrieron a lo lejos, un helicóptero que llevaba suspendido un potente altoparlante y la voz hacía llamamientos a la población civil, semejantes a los contenidos en las miles de hojas volantes que habían lanzado sobre la región; la voz que volaba entre las nubes, anunciaba la proximidad de la caída de los dirigentes y de los efectivos del movimiento armado. El domingo 7 de junio se produjeron varias escaramuzas, cañón arriba del río Atá. “Dos aviones de observación realizaron cinco vuelos para efectos de aerofotografía y filmación. El 13 fue un día intenso en la observación y el reconocimiento aéreo. El sábado 14 de junio, a las 8:05 de la mañana, los filos colindantes del altiplano de Marquetalia, sobre puntos analizados por la observación aérea, fueron bombardeados con proyectiles cohetes. Cada filo fue objetivo de 30 proyectiles de alto poder; 8 proyectiles cayeron en el pequeño altiplano, muy cerca del poblado, y 15 sobre un pequeño terraplén donde era visible un portón de madera. El bombardeo iba acompañado de fuego aéreo de ametralladoras punto 50. Diez minutos después, seis helicópteros dieron comienzo al desembarco de tropas. Once aparatos sobrevolaban la región en apoyo del desembarco. Ochocientos hombres ocuparon los dos filos en 55 minutos e iniciaron el dominio del altiplano enlazándose con las tropas que avanzaban por tierra y consolidaban posiciones cañón arriba del Atá”, recuerda Jacobo Arenas. El ejército había cumplido la fase de la ocupación del poblado de Marquetalia. Apenas comenzaba la resistencia.

En el grupo de dirección, Marulanda, Jacobo y Hernando analizan las características del avance del ejército por la margen derecha del río Atá, que sube en dirección a Marquetalia. Piensan, que se debe concentrar el núcleo guerrillero en el Alto de Trilleras, “que considerábamos como un lugar estratégico en el desarrollo del operativo. Un alto a tres kilómetros del altiplano de Marquetalia, con potreros muy lindos, planos, que podrían prestarse para realizar una gran concentración de tropa grande. Además, porque el acceso al sitio por aire era sumamente fácil. El Alto Trilleras era considerado por el mando de la operación oficial como una fortaleza guerrillera...”, recuerda Jacobo. La tropa había subido salvando un trepadero de dos mil metros sobre la margen izquierda del río Atá y se había colocado en posición de combate. “Esa noche en el Alto de Trilleras, hubo algo muy especial, desde allí divisábamos toda la región, de Marquetalia hasta abajo de San Miguel. Veíamos luces de bengala que alumbraban zigzagueantes como culebras encendidas; veíamos las ráfagas de ametralladoras, escuchábamos el estallido de granadas que lanzaban en busca de un supuesto enemigo, por ahí agazapado. Marquetalia había sido copada, no quedaba sino el Alto de Trilleras y una que otra finca, donde no había llegado la tropa oficial. Con miles de preocupaciones personales, el recuerdo de los hijos y de la mujer, cubriendo la mirada, de presagios que podrían suceder esa noche o el día de mañana, sentados en un potrero descansábamos, esperando que los rancheros terminaran de hacer la comida. Entonces, Marulanda se puso a contar cuentos de espantos y a echar chistes de calibre fuerte y desgranamos carcajadas, en medio de esa tensa situación. Volvió a aposentarse la calma entre nosotros, como paloma arrullándose. Amanecimos, Marulanda

dio la orden de emboscarnos. Éramos 18 hombres, pero en la emboscada cubríamos y teníamos dominio sobre el potrero. El combate estaba diseñado por Marulanda de tal manera, que si las cosas salían bien, nosotros los 18 hombres, coparíamos lo que entrara de tropa al potrero, en el plan de la casa. Sólo esperábamos que el ejército comenzar a acampar, que estuviera bien amontonado, como puercos en horqueta...”, recuerda Jaime Guaracas.

Según informaciones, la tropa venía por Ucrania, La Paloma y San Miguel, hacia el objetivo, el Alto de Trilleras. Marulanda situó su tropa en la orilla del monte, dominando la parte alta y descubierta; él había planeado hacer resistencia todo el día y ya entrada la tarde, dar la sensación de huída, meterle confianza en el cuerpo al enemigo, que comiera en la mano. A las 9 de la mañana, relojes sincronizados, apareció la tropa en dos direcciones hacia el Alto de Trilleras, afloraron los hombres en el potrero, en posición de combate y por el extremo cuidado en sus movimientos, daba la impresión de que ellos se habían percatado de la existencia de guerrilleros en el lugar. Como si estuvieran oliendo el viento, como si estuvieran descifrando la presencia humana en el potrero. Se hizo un grupito en el plan a tiro de fusil.

“Un compañero, no supimos por qué, si por nervioso o por un hecho pensado, disparó su arma antes de tiempo. Entonces, cuando el ejército se posesionó del plan, no había más que hacer sino entrar en fuego. Así fue que rompimos el fuego, cuando había entrado toda la tropa que necesitábamos que entrara...”. Jaime recordaba que Isaías Pardo les había dicho, como solía decirles estas palabras a los hombres de fila: “Cuando yo considere necesario, rompo el fuego. Cuando esté ese plan rucio de tropa, rompemos el fuego...Aquí será una pelea de horas y no de segundos...”. Comenzó a las 9 y media de la mañana y fue una pelea de todo el día, “a las 6 y media nos retiramos los últimos, porque ya se oscurecía, ya casi no nos veíamos nosotros mismos...”, recordaba Jaime. La tropa avanzaba pegada a la tierra, ganando cualquier incidencia del terreno, haciendo todo tipo de maniobras militares ya en orden propiamente operativo, movimientos que se conocen como “fuego y movimiento”, disparando, avanzando, haciéndose fuertes en el mismo terreno, avanzando, mientras la guerrilla seguía encuevada en el borde del terreno, con un dominio absoluto sobre el plan. “Nosotros estábamos presenciando el combate y daba la sensación de que había muchos muertos. Nosotros, Manuel, Hernando y yo -recordaba Jacobo-, acordamos retirarnos a un filito colindante, a unos 500 metros del sitio, con los binóculos estábamos observando los movimientos de la tropa. Los tres viendo por los binóculos. Entre otras cosas, ahí sin más perecemos, al comienzo de la guerra, lo que hubiera sido un gran dolor en términos de eternidad. De pronto los aviones que también volaban sobre la región, volando en vuelo rasante, ametrallando, lanzando bombas, quizá, nos descubrieron encaramados sobre unos troncos secos y como un viento endiablado, uno de los aviones se nos vino en picado y lanzó una ráfaga de ametralladora. A mí me pasó una bala cerca del oído derecho y me quedó silbando el oído como una semana.

Fuimos a otro filo, nos pusimos un poco más a cubierto para seguir observando el curso del combate, observándolo para ver cómo operaba la tropa. Veíamos que retiraban los heridos a los muertos. Un par de hombres, fornidos, seguramente especializados en esa labor, avanzaban con una soga que se la amarraban con un gancho a la cintura, en la parte de atrás y avanzaban muy pegados a la tierra, hasta llegar al sitio donde estaba el muerto o el

herido, se zafaban el gancho y lo colocaban en el cinturón del caído y gritaban muy fuerte, para que los que estaban a cubierto halaran al herido o al muerto. Era doloroso. Arrastraban al hombre, le daban botes y terminaban su acción en el puesto donde seguramente había un puesto de primeros auxilios...Todo el día lo pasamos observando el combate...”.

Isaías Pardo duró con sus hombres hasta las 2 de la tarde, él portaba una San Cristóbal y llegó el momento que le tocó botarla al suelo y soplarla con la gorra, porque se le recalentó muchísimo. “Yo creo, que esa San Cristóbal alcanzó a disparar unos 150 tiros seguidos...” Recordaba Joselo. Isaías Pardo había dejado en la caleta de ranchería, a unos compañeros que no estaban bañados por el sudor sino por el miedo, cuatro muchachos, los músicos del grupo. Comenzó el combate y le gritaban a Isaías, “¿ya nos podemos ir? Isaías contestaba: Quédense ahí, hasta nueva orden...”. Fue una larga petición que terminó por amansarles el miedo. Isaías decía que el mejor tratamiento para un hombre que estuviera padeciendo de miedo, era dejarlo en un sitio de candela a 50 metros del enemigo, para que el sudor humedeciera su ropa y al secarse el rostro, el miedo enlagunara el pañuelo. Cuando ya el combate del Alto de Trilleras se definía a pocos metros de distancia, Isaías les gritó: “Bueno muchachos, volteen las ollas”, y los muchachos voltearon las ollas del almuerzo y salieron corriendo, llevándose el menaje, llevándose la guitarra, el tiple y las maracas, corriendo sin miedo en el cuerpo, y a los tres días hubo una fiesta y ahí, sin miedo los cuatro muchachos estaban tocando y bailando.

“Nosotros estábamos a una distancia de 300 metros, el uno del otro, la composición del terreno era propicia, que nos permitía a esa distancia disparar, cómodamente. Los cercados no disparaban con certeza sobre nosotros. Disparaba otra columna que estaba situada al otro lado del río, disparaban bazuca y mortero, dirigidos a través de un aparato de radio por un oficial. Las órdenes del oficial fallaban en la dirección de la puntería, y por radio pidieron a la aviación, aviones cazabombarderos, que ametrallaron el sector con ametralladoras calibre punto 50, y no pudieron sacarnos del sitio...”, recordaba Jaime Guaracas. A las 2 de la tarde, le llegó a Isaías una orden para que se trasladara al sitio donde estaban Manuel, Jacobo y Hernando, querían preparar la otra emboscada, la emboscada donde explotaría “doña Anastacia”, Manuel estaba al pie del diseño general de las acciones de la guerrilla, ordenaba, indicaba qué se debía hacer, escogía los sitios adecuados para las emboscadas, exploraba el terreno personalmente, después seleccionaba al personal, conociéndolo como lo conocía, para que ocupara su puesto en la acción a realizarse. “Isaías me dejó la orden para que resistiéramos hasta nueva orden. Ahí quedamos con Lozano al mando del personal. A eso de las 6 de la tarde, llegó el estafeta de Isaías Pardo con la orden de que a las 6 y media teníamos que abandonar el puesto. Abandonamos el lugar, anduvimos quince minutos y nos encontramos que ya estaba organizado el sitio para cada uno, en la nueva emboscada, con mina y todo...”, recordaba Jaime.

A las seis de la tarde seguía crudo el combate, la neblina aún no se había escapado, una densa y estable capa vaporosa se había apoderado de la Cordillera. De pronto, los guerrilleros suspenden fuego -era la orden que les había dado Marulanda-, y como consecuencia la tropa también suspende fuego, avanza en un movimiento rápido, toma el Alto Trilleras. Quince minutos después, avanza hasta la boca de monte y allí estaciona sus fuerzas. La tropa queda sin enemigos entre las manos, sus ojos no aciertan otras vidas; la

tropa respira un momento de paz. Los guerrilleros dan una sensación de huída y en la huída dejan una sensación de vacío que estremece los nervios de los soldados. Huyen para que la tropa enemiga se confíe y al otro día marche confiada por un camino de herradura y se encuentre con “doña Anastasia”, una bomba grande, una mina de 14 arrobas que se había trasladado al sitio en una mula gigante, fuerte y resabiada, con la ayuda de dos hombres a lado y lado, trancando con su fuerza el paso para que el animal no se fuera a caer en cualquier desvío del terreno. La mina era una bola inmensa, un recipiente para hacer guarapo, que cuando se torcía para un lado, tumbaba con facilidad al animal; el recipiente se había llenado con 20 libras de dinamita, se le habían acuñado unos trapiches viejos y se le había adaptado un dispositivo, conectado a los cables que debían juntarse en el momento en que la tropa entrara al sitio donde estaba enterrada. “Anastasia era originalmente una muchacha de la región que tenía unas caderas desproporcionadas, era una mujer muy hermosa, muy bien elaborada por la naturaleza, así como lo fue la bomba...Los guerrilleros la bautizaron con su nombre, con el presagio de que su espíritu alegre los acompañaría en la mitad de la mañana del día siguiente...”, recordaba Jacobo.

En el sitio de la emboscada cabían solamente 5 hombres, el terreno no permitía más, porque no tenía visibilidad, era un camino de travesía que salía a un filo y terminaba en un plancito y seguía entre rastrojos y a cada lado, había helechales grandes y, en el filo esperaba “doña Anastasia”, bien aprisionada en la tierra. El resto de los hombres estaban diseminados por el camino, en sus puestos, alertas a la explosión. Isaías Pardo se había encargado de la mina, con la consigna de que él, personalmente, accionaría el disparador para que explotara; él debía decidir el instante para hacerlo. “Isaías se quedó en el filo con su guardaespaldas, Lozano Guaracas y yo, estábamos detrás suyo”, recordaba Joselo; “yo dispararía al segundo hombre...”, era la orden que tenía Jaime Guaracas. Isaías había ordenado que cuando ellos abrieran fuego para avanzar, él reventaría la bomba y eso fue exacto.

Eran las 3 ó 4 de la tarde, el centinela disfrazado de maleza, comunicó casi con los labios pegados: “Vienen los chulos...a diez metros de distancia...” A Isaías le brillaron los ojos de alegría, la calentura por la proximidad del combate se le subió por el cuerpo como una enredadera y exclamó contento: “Muchachos, va a comenzar la fiesta. Alístense y silencio”. Amordazaron el silencio, lo retuvieron minutos en la garganta y lo lanzaron al aire como un fuerte escupitajo. La tropa entró al sitio en reconocimiento paulatino; entró un lote grande, más o menos 60 hombres que se disgregaron machiros, precavidos, queriendo encontrar secretos de hombres disfrazados de maleza, levantando con la boquilla del fusil la hojarasca seca, levantando pequeños arbustos, piedras en el camino; sus ojos giraban como estrellas fugaces, brillantes de sospecha, precavidos. Sucedió entonces, una coincidencia de las que ocurren a diario en las guerras; el grupo de vanguardia de la tropa hizo un alto en el sitio donde se había enterrado a “doña Anastasia”, y en el mismo sitio instalan una ametralladora. La cargaba un hombre muy valiente, un sargento que avanzaba a saltos de canguro con la ametralladora, un hombre arriesgado de por lo menos un metro ochenta de estatura, delgado, de fuertes facciones en su rostro; con él se juntaron confiados, unos 25 hombres más. Un disparo vuelve añicos el silencio, el silencio vuela por los aires en estampida, como niebla que anda con afán. “Yo tumbé el primero, luego el segundo, un solo quejido, el hombre aquel suelta la ametralladora M-3 que traía y quedó a dos metros del sitio nuestro...”, recuerda Lozano, como si hablara por sus pequeños y vivos ojos

zarcos. La sorpresa los cubre de confusión, vibran los resortes animales en los hombres, buscan refugio para sus cuerpos y sus armas, caen a tierra, toman posición. Isaías Pardo accionó la mina y se produce semejante catástrofe, y sobre los hombres cae la lluvia de tierra, acompañada de terrones y de piedras; el mundo se mueve al ritmo de un pequeño sismo, el silencio apareció de nuevo vestido de humo, en siluetas fantasmales. “Una vez se hacía la descarga, estallaba la bomba. Cuando lo hicimos, Isaías nos ordenó la avanzada. Vi un hoyo grandísimo, y en el hoyo, la ametralladora cubierta con tierra, apenas se veía el cañón, parecía una raíz de alambre...”, recuerda Joselo. Sintió una terrible ansiedad por cogerla. “Entonces, yo la jalé y la saqué, parecía una pesa romana con unos ganchos al aire; donde va la canana, desapareció el caucho a causa de la explosión. Pero la ametralladora sí quedó buena”. Reptando, dos guerrilleros tomaron cuatro fusiles M-1, una ametralladora semipesada punto 30 y una pieza automática calibre 45. Cuatro armas se perdieron porque la onda explosiva las lanzó lejos. La explosión quedó en la memoria como recuerdo prisionero. La voz humana hizo palabras, se escucharon voces que ordenaban avanzar, los soldados se negaban a hacerlo, hasta cuando comenzaron a insultarlos, les nombraban la madre para que avanzaran; comienza un fuerte alegato entre soldados y suboficiales, nadie quería avanzar. Se aleja la voz humana, regresa el silencio con sus huellas y los soldados se van amontonando y enloquecidos disparan contra el camino, disparan apretando el alma entre sus dedos. La tarde se fue oscureciendo, cubierta por una densa niebla que todo lo cubre y sobre el filo se asentó con tranquilidad de nuevo el silencio, las espaldas de los hombres sudaban un frío espeso.

Isaías Pardo había hecho una promesa a sus hombres: “Si se manejan como es debido en el combate, entonces los llevaré al campamento donde están don Manuel y los compañeros Jacobo y Hernando. Por un par de días los llevaré para que descansen un poco”. Jaime Guaracas recordaba: “Desde el comienzo de la operación militar, no habíamos tenido la oportunidad de quitarnos los zapatos un minuto siquiera; teníamos que dormir en el camino, sentados, el uno pagando guardia y el otro esperando el turno. Llevábamos varios días sin poder ir a la quebrada a buscar agua y lavarnos la cara y afeitarnos un poco, la barba fue creciendo en medio de tanta ansiedad; no podíamos dormir bajo techo, debíamos hacerlo por disciplina, a la intemperie para evitar una visita desagradable con ropaje de muerte. Entonces ese día Isaías nos llevó al campamento de los compañeros de la dirección...”.

Esa noche apacible de llamarada prendida alrededor del fogón, 18 de junio, volvió a configurarse la voz humana en historias contadas por los guerrilleros sobre detalles del combate; alguien contó que se había subido a un árbol que estaba a unos 500 metros de distancia de la explosión, y en un gajo del árbol como si lo hubieran colocado allí, vio un fusil intacto y lo descolgó. Los músicos ya sin el acoso del miedo entre las piernas, rasgaron sus guitarras y cantaron viejas canciones, los guerrilleros comenzaron a bailar entre ellos, con sus armas al hombro. Ese mismo día, 18 de junio, los altos mandos de la Operación, hicieron entrega al gobierno, con presencia de varios ministros del despacho, después de muchos discursos y una misa oficiada por un sacerdote castrense, de “Marquetalia” libre de bandoleros, devuelta a la jurisdicción nacional, gracias a la acción de los militares”, según escuchamos por radio, recuerda Jacobo. La ceremonia se había desarrollado en la Cordillera y debía continuarse en Bogotá, donde los ministros, a la vez, le harían entrega al Presidente Valencia, en un acto simbólico, de “Marquetalia

independiente, libre, definitivamente de las execrables ideas foráneas...”. El segundo acto se ahogó en la sorpresa entre la niebla, cuando esa tarde de ese mismo día, “doña Anastasia” lanzó el más agudo grito de su corta existencia. Ante esas noticias ya nadie se sentía agobiado. Porque si el enemigo recibe semejante golpe desde el comienzo mismo del operativo, con tan pocos hombres que lo habían realizado, esos hombres se crecen en la confianza de sus propias capacidades. “La confrontación, el hacer la guerra como algo cotidiano, decante el temor, se vive para el combate, se está en tensión para el combate. Las fuerzas internas que mueven la psicología del hombre, se unen para esperar, digamos que con mayor anhelo, la nueva acción”, reflexionaba Jacobo Arenas.

La fuerza guerrillera se dirige hacia el cañón de Dalvania, una quebrada con ese nombre. Se instalan nuevas emboscadas. El ejército decide romper selva, romper montaña, se olvidó por precaución, andar por los caminos, no volvió a transitar por el monte travieso. Marulanda organiza otras emboscadas y la tropa no pisó los terrenos de las emboscadas. “Momento complicado, porque no todos tenemos la misma concepción que a veces hay que esperar un día o tres u ocho días, inclusive a nosotros nos ha tocado esperar hasta quince días emboscados cuando no aparecen, uno comienza a tejerse muchas ideas: será que no va a pasar por aquí, ¿será que alguien nos ha visto y nos ha delatado?; ¿saldrán por otro sitio?; ¿nos estarán organizando la contraemboscada?; ¿Qué pasará?, alguien que se dejó ver, entonces retrocedieron... La resistencia humana del emboscado, depende muchas veces de la orientación, del grado de preparación que haya recibido, para que pueda jugar su papel. De su preparación en lo militar como en lo político, está la seguridad y la efectividad del combatiente. Se necesita gente bien disciplinada, si lo está, no habrá problemas, el mundo estará bien, al cumplir estrictamente las normas y las ordenes recibidas. Uno sueña cogiendo el arma, sueña acertando un tiro, sueña relatando el combate, sueña emboscado. Pero, la espera tiene sus inconvenientes, especialmente en la guerra... Nadie puede olvidar su papel en la emboscada, el terreno que le corresponde, la pulgada de tierra que debe cubrir con el agua y su vida, cada hombre con su misión, su sector de fuego, como también los hombres dedicados a la observación a larga distancia, con medios de comunicación, que al comienzo eran muy rudimentarios. Uno está confiado, porque todos están confiados en uno, todos cumplimos una misma misión, somos un cuerpo, todo absolutamente debe estar controlado, no se le debe dar alas a los imprevistos, lo imprevisto sale mal...y, eso en la guerra cuesta muchos muertos...”, pensaba Jaime Guaracas. En la dirección se discutió la demora de la tropa y se concluyó que el ejército había tomado precauciones para no caer en ese tipo de terreno minado. “Estábamos pensando, sin suficientes datos, que al enemigo no le era fácil llegar al sitio donde nos encontrábamos. Un día la tropa se aproximó a nosotros, en los caleteríos de contacto. No había gente. Yo estaba con Jaime, Manuel se encontraba en la parte alta de la región, organizando nuevas emboscadas. Estábamos en una especie de comando, un pequeño cuartel; teníamos un taller de sastrería, un cuartel de operaciones. Cuando en cualquier momento fue asaltado el cálete río. El ejército llegó rafagueando y nosotros oíamos el tableteo de las ametralladoras y evacuamos. Como quien dice, el ejército rompió la selva, rompió montaña, burló las emboscadas instaladas en las trochas, en los caminos y salió dando fuego más arriba, nos dio una tremenda sorpresa. Se les comunicó a los compañeros que seguían más arriba, emboscados, hacía por lo menos una semana, se les dijo que debían levantarlas. No aparecía el fantasma de nadie. Se pensó en otras posibilidades de otro tipo de combates...”, recuerda Jacobo. Tuvieron que cargar con lo almacenado en provisiones bien adentro de la selva, cargarlo y voltear el filo de la

Cordillera y ocupar un sitio conocido como la Hacienda, un aserrío de propiedad de Gabriel Gualteros y de su socio, el *Cabezón*, ellos tenían vivienda y trabajadores. La pequeña tropa ocupó el cañón del río San Miguel, especialmente en los lugares de abastecimiento de la economía, y en esos solitarios parajes se libran unos catorce pequeños combates. Se buscaba la comida, las legumbres, la yuca, las arracachas, el maíz, el frijón, y el personal se desplazaba en la noche para llegar y tomar posiciones defensivas en torno a las rozas, en los cultivos de maíz. Desde el amanecer, los unos recogiendo el maíz, mientras los otros combatían con la tropa, para que no alcanzaran a copar el sitio de las *rozas*. Recoger el maíz, llevarlo al monte, desgranarlo, echarlo en costales y avanzar sobre las trochas que se dirigían a la selva. La guerra por la economía. La única que hacía posible organizar la resistencia por más tiempo en la zona.

Parte de la población civil no salió de la región cuando se le dio la orden de evacuar, porque muchos creyeron que la guerra no se alargaría en el tiempo, creyeron que sería una operación de menos de tres semanas. La población civil estaba acompañando al grupo armado y comenzó a trasladar el acopio de la economía; cargaba y cargaba a la espalda hacia el centro de la selva, en busca del cañón del río San Miguel, para llegar mucho más arriba de la montaña, hasta los nuevos almacenamientos. Se combatía mientras se cogía el maíz, se retiraban los hombres cargando, se combatía, descansaban los hombres que avanzaban cargando la economía, en la retaguardia se seguía combatiendo, los hombres que cargaban dormían cualquier noche, en la retaguardia se seguía combatiendo, se levantaban los hombres para seguir cargando la economía al lomo de sus espaldas, y la pequeña tropa con su esfuerzo de fuego mantenía su posición, y los hombres que cargaban continuaban su camino, llevando al hombro cientos de bultos de maíz, y la pequeña tropa agazapada esperando esa noche con las armas desaseguradas, esperando la madrugada para que la tropa no avanzara. Transcurridos veinte días más o menos defendiendo los comederos y el traslado de los acopios a sus sitios de almacenamiento. “Luego nos retiramos porque había que defender la economía que estaba situada selva adentro”, recuerda Jacobo. Se tomaron nuevas medidas. Ya el ejército avanzaba con cuidado en sus movimientos, en disposición de desplegarse ante cualquier ataque nuestro. Nosotros tratábamos de defender simplemente la recogida del maíz. Ocurren siete nuevos combates en ese trasegar de la defensa de la economía”.

Cerca de sesenta familias hicieron sus caletas bien adentro de la montaña, como un refugio seguro para sus vidas. Lo hicieron porque querían preservar su existencia, ante cualquier avance de las tropas; se metieron a una hora y media del sitio de La Hacienda, en las cabeceras del Río San Miguel. “Nosotros nos quedamos en nuestro pequeño cuartel en La Hacienda...”, recuerda Jacobo. Un día recibieron la visita de familiares de los combatientes, ansiosos por conocer de su situación; les llevaron cigarrillos, dulces, tabacos, pilas. Fue una noche de reconstrucción de muchas historias, fue una noche en que se pensó en el futuro de todos, una noche en que se trató de descubrir las nuevas incógnitas al día siguiente. Transcurrieron las horas ese día y al caer el sol de la tarde, marcharon. “En el grupo entró seguramente un agente de información del ejército, piensa Jacobo, porque luego unió cabos de muchos datos, y ese informe dio la ubicación exacta del sitio donde estábamos...”. Tres días después aparecieron los aviones en el cielo, hicieron arabescos y en línea, uno tras otro, empicados como con furia, ametrallaron La Hacienda en un ataque tremendo,



lanzaron por lo menos unas sesenta bombas gigantescas de 5 toneladas, bombas con 5 compartimientos exclusivos y un compartimiento en el centro que contiene gasolina aceitosa, compuesta, según parece de acetatos de madera y lanzaron su ataque sobre el depósito de maíz. Había un almacenamiento de por lo menos, unas trescientas cargas de maíz, las reservas para continuar la resistencia...”. “En La Hacienda estábamos, más o menos bien ubicados, tal vez no era posible que nos vieran, ni aún de noche, ni creíamos que era posible que nos localizaran por un simple desplazamiento, porque estábamos en medio de dos cerros, hacia la parte más profunda y para tener un dominio de visibilidad había que subir a esos cerros. El ejército estaba al otro lado de los cerros; de ahí nuestra tranquilidad, en la reunión que discutíamos el movimiento del grano, la movilización de la economía, hacia un sitio más abajo en el mismo cañón. Además, estábamos construyendo unas caletas para el montaje de los casinos; en el mismo lugar había un casino que sostenía la alimentación de varias avanzadas, y al mismo tiempo allí se sostenía la vigilancia sobre el río, en la margen del río que se vuelve una curva. Estábamos tranquilos cuando sentimos el ruido de un helicóptero, que pasó un poco distante como divisando la zona. Nosotros seguimos en la reunión un poco tranquilos, porque no nos creaba dificultades o problemas para seguir discutiendo, el ruidaje del aparato. Seguramente los pilotos nos vieron y dieron la información. En 15 minutos o en 20 minutos -serían las ocho o nueve de la mañana-, hicieron presencia dos bombarderos, 2 cazas - es posible que hubieran sido tres, vuelan tan rápido que de pronto uno olvida la cantidad-, y nos sorprendieron, nos cogieron prácticamente al descubierto; creo que nos alcanzamos a cubrir un poco de la vista lejana de los pilotos, no obstante que vuelan tan veloces, dado que son a reacción. Pero, en el lugar había un casino que a esa hora estaba en plena actividad, el humero que levantaba se confundía con el humero de las nubes, se había prendido toda la candela posible, llamaradas pequeñas que presagiaban que pronto estaría el almuerzo. Bien. Los aviones dieron una vuelta realmente bien atinada en el aire, curvaron el vuelo y de una vez se lanzaron las primeras ráfagas sobre la zona. Bueno, ya en vista de los sucesos, comenzamos a desplegar un poco y tomamos posiciones, mientras los aviones daban otra curva en el cielo, se confundían con las nubes para salir a un abierto más claro y volver sobre nosotros, y darnos una nueva muenda de ráfagas de ametralladora, creo que bastante grande, y al paso dirigirse contra los techos de los casinos. En el sitio donde estábamos nosotros, lanzaron una mano de bombas, pero unas cayeron en el río, otras cayeron en el plan donde pastaban unas pobres mulas, otras cayeron un poco más arriba; bueno, de todas maneras si no apuntaron sobre nuestras cabezas, puede decirse, sin lugar a penetrar en una insolente mentira, porque no fueron muy acertadas en los objetivos, pero, las explosiones se sintieron muy violentas, tanto que temblaba la tierra, como si fuera un temblor de tierra verdadero. Bueno, ahí cumplieron con el primer bombardeo, dieron otras vueltas en la trocha ya conocida en el cielo y volvieron sobre nuestras cabezas, en las otras vueltas lanzaron otras bombas, pero las bombas con sus explosiones cayeron mucho más lejos de donde estaban nuestras cabezas. Se fueron los aviones, metiéndose nuevamente entre las nubes para salir en espedida. Yo llamé a los mandos para que hiciéramos un estudio de los efectos producidos por el ametrallamiento y bombardeo. Llegamos a la conclusión de que, con base en ese bombardeo y sus efectos, no podía haber agrupaciones de más de seis o siete personas juntas, que debían estar un poco distantes, porque los efectos destructivos eran violentos a la redonda...”, recuerda Marulanda. Después que el cielo volvió por la calma, Jacobo, Hernando y Chucho Nazareno, fueron a medir con una cabuya, uno de los cráteres abiertos por las explosiones en el plan cerca del río. “Dejamos caer la cabuya en la

profundidad del hueco, antes habíamos espantado un poco el humo que aún salía y resultó midiendo seis metros de profundidad, luego le dimos la vuelta a la boca del cráter, hasta que medimos 52 metros de circunferencia”, ahora se reía Jacobo al recordarlo. Si la bomba cae sobre un edificio, dijo Hernando, mi hermano querido, no queda de seguro, señales de los cimientos. La onda explosiva trasladó un gigantesco árbol por entre la selva, y lo dejó al otro lado del río con sus raíces, sus ramajes, a más de cien metros de distancia. Una de las mulas que pastaba tranquilamente en el plan, voló intacta por el aire y cuando la vieron ya en tierra, seguía igual por fuera, pero reventada por dentro. Una de las bombas cayó sobre el pequeño río San Miguel -una bomba de media tonelada-, “cayó en el sitio donde había ropa extendida, y yo me puse a ver el espectáculo y la explosión secó el río por lo menos durante cinco minutos, dejando un hueco espantoso; de pronto, mis castos ojos vieron que el río se había perdido, vi un río de piedras, luego volví a ver que la fuerza del agua unía de nuevo sus corrientes y salieron brincando los pescaditos en el aire...”, seguía riéndose Jacobo al regresar por su memoria.

Manuel hablaba con Isaías Pardo, un poco más arriba de donde estaba situado el casino, y *Joselo* como siempre estaba en el casino, enruanado con su fusil debajo de la ruana, con sus cartucheras y todo. El hombre se había sentado al pie de un palo que sostenía la vara horizontal del casino. “Llegó el *Joselo* y se recostó sobre la vara, cuando vuelven a hacer presencia los dichos aviones y como ya habíamos dado la orientación de replegarnos en grupos pequeños, porque donde cayera una bomba -ya habíamos hecho un cálculo-, si una de esas bombas caía en un sitio donde estuvieran agrupados 100 hombres, creo que podía destruir fácilmente, sin mayor esfuerzo, un 80% de los hombres y dejar vivos, un 20%. Vino el bombardeo, *Joselo* arranca a correr, la ruana se le enreda en el garabato, *Joselo* sale por un filo arriba y la ruana quedó engarzada en el garabato, pareciéndose a un espantapájaros asustado. Las bombas cayeron en la montaña y esas bombas hicieron los mismos daños en la tierra y en cuanto a su capacidad de abrirle bocas amplias al terreno, se sobrepasaron. Caía la bomba y formaba una boca de 100 metros y si caía otra a poca distancia, entonces ese par de bombas cubrían con su destrucción un amplio tramo de por lo menos 500 metros a la redonda. Según cálculos que hicimos, dos bombas de esa ambición destructiva, tumbaban una hectárea de monte, pero, como estábamos en época de guerra y no de abrir el monte en forma por demás pacífica y de trabajo, nos dijimos, que el segundo bombardeo había sido muy violento. Ya le estábamos cogiendo miedo a esos mensajes del cielo, porque si no lo mataba a uno el bombardeo, lo mataba el derrumbe de la montaña, o si uno andaba con la muerte montada encima, podía obtener también sin mayor esfuerzo, una doble muerte, por bombardeo y por sepultada de montaña; además el pobre prójimo si sobreviviera podía recibir adicionalmente sobre su cuerpo, una terrible mano de madera derribada por la onda explosiva, incluyendo el huracán acompañado de tierra, piedras y palos que se iban derribando unos sobre otros, se iban tumbando. Fue una mala pasada que nos jugaron los altos mandos del ejército, porque nos cogió de sorpresa. Si nosotros hubiéramos estado en trincheras y desplegados, pasa como algo normal y corriente, había sucedido como un ametrallamiento y un simple bombardeo...”, pensaba Manuel Marulanda.

Se ordenó después que pasaron los bombardeos, retirar lo que se había salvado de las provisiones. A la mayoría de los bultos de maíz no les sucedió nada. Murió la compañera

Georgina Ortiz, una mujer joven y hermosa, de tierna mirada, dulce de palabra, la llamaban la “reina”. Ella no alcanzó a cubrirse en la carrera, guarecerse tras los árboles gruesos, tras los árboles más corpulentos. No logró salvar su vida, una bala punto 50 le entró un poco más abajo de la nuca, y como estaba agachada, la bala le salió por el estómago y le atravesó el muslo de la pierna izquierda y le partió el hueso de la otra pierna y le quitó finalmente de un tajo, el dedo gordo del pie derecho.

Manuel dijo: “van a tomarse los caleteríos, hay que mandar un grupo de hombres para su defensa”. Afortunadamente, el ejército no había detectado el grupo de familias. Se le comunicó a Isaías que levantara las emboscadas, que no era necesario pensar en las emboscadas ya en los sitios de los comideaderos. Se habían convertido en amplios y verdaderos caminos por el tránsito de la gente cargando las provisiones. Ahora las emboscadas debían colocarse más arriba de La Hacienda.

De camino, haciendo un paso por el mismo río San Miguel, salieron cuatro guerrilleros que llevaban cargada a Georgina Ortiz, herida de muerte, la llevaban colgada de una vara como transportando un animal, amarrada de pies y de manos, y como no había médicos, ni enfermeras, al ver a Jacobo le dijeron: “Mire camarada, qué hace con la compañera, si la puede salvar...”. La dejaron en el suelo. Ella intentó hablar con Jacobo: “Compañero Jacobo, no me deje morir, yo quiero vivir...”. En su agonía, acezando esperaba la respuesta de Jacobo. El la vio, le dijo a los compañeros: “No hay nada que hacer, no hay nada que hacer”. Ella había intentado salvarse de los ametrallamientos, pero no encontró un refugio adecuado; junto a su marido Luis trató de ocultarse detrás de un tronco, pero el tronco estaba podrido, y la bala lo atravesó. En tres minutos murió la “reina”, Georgina.

La tropa avanzó con rapidez creyendo que los guerrilleros se habían atemorizado por la destrucción causada en los bombardeos y los ametrallamientos y avanzó, cuando Isaías Pardo subía por uno de los caminos a tomar la posición ordenada por Marulanda, se produjo un combate, la tropa dio un paso atrás y la guerrilla volvió a insistir en tomar la posición, un poco más debajo de La Hacienda y durante 10 días se combatió de seguido en ese tramo del cañón de San Miguel. “Nosotros nos fuimos trasladando y quedamos ubicados entre la población civil, levantamos un campamento en la selva bien adentro y dividimos la tropa en cuatro grupos, ya la tropa guerrillera bien armada, ya sobraban las armas. Se seleccionó entre la población civil a los muchachos y a los adultos para que se integraran en la guerrilla. Creció el grupo, hubo ese día por lo menos unas veinte nuevas incorporaciones...”, recordaba Jacobo.

“Nosotros no nos volvimos a ver nunca más con Isaías Pardo, nos despedimos de él, entre otras cosas para siempre...”, recordaba Jacobo Arenas. La tristeza comenzaba a sembrarlo en la tierra, al conocer la terrible noticia. Manuel estaba junto a Jacobo y no sabía qué hacer con las manos, apretaba con fuerza la boquilla de su carabina M-1, la soltaba con docilidad, se cruzaba de manos, metía las manos en los bolsillos de los pantalones como buscando cualquier cosa y finalmente, se quitó el chacó de la cabeza, lo estrujó fuertemente entre sus manos y se quedó mirando con su mirada fija y penetrante a la montaña que tenía al frente, como queriendo encontrar en su frondosidad de árboles pequeños y grandes, en sus copos de hojarasca y sus endiabladas redes de enredaderas, en sus profundas raíces y en sus diversos caminos que son como cicatrices en sus lomos, en sus musgos y en los tantos

olores que abriga, como si hubiesen sido las primeras, quería encontrar las últimas huellas dejadas por Isaías Pardo. No quería hablar Manuel, es que no podía hablar Marulanda. Al cerrar los ojos, desgranó dos grandes lágrimas suficientes como para bañar todo su rostro, y, entonces pudo decir: “Su muerte es única, porque Isaías Pardo era un hombre único, por eso su muerte es única sobre esa cantidad de muertes que hemos padecido...”. Recordaba Jacobo, que cuando en el Estado Mayor deciden que Isaías Pardo y otros comandantes se quedaran en la zona de Marquetalia con 35 hombres, peleando, con provisiones que se calculaban para 30 días, se debió esencialmente a que se estaban agotando las provisiones. “Preguntamos a los ecónomos, ¿qué hay?, que tenemos tantos kilos de maíz, que se acabó el café, existen en reserva tantos kilos de fríjol, que tenemos poca sal, que la panela está muy escasa, y un grupo grande de población civil sigue a nuestro cargo, que además el grupo de combatientes ha crecido. En los campamentos había por lo menos sesenta familias con nosotros, muchachos jóvenes, mujeres y adultos, que no eran precisamente guerrilleros. Nos preguntamos, ¿qué hacer en estas circunstancias? Lo importante, había que prolongar la resistencia porque el terreno era propicio para hacer la guerra. El problema determinante, no eran los hombres, los combatientes. Nos sentamos sobre un viejo tronco, hicimos cuentas, para saber cuánto tiempo nos durarían las provisiones que teníamos almacenadas. Calculamos que entre el gasto diario de la población civil y de los combatientes, la provisión alcanzaría unos cuarenta días más...”. Se hizo una división de las provisiones, una parte se la entregaron a Isaías y a sus hombres, el resto se dejaría para la población civil y la gente que quedaría bajo el mando de Manuel, Jacobo y Hernando. “Nosotros, Manuel, Hernando y yo, tomamos rumbo hacia Riochiquito. Llegamos al acuerdo con Isaías Pardo, que nosotros iríamos a buscar solidaridad a Riochiquito y movilizaríamos gente cargando provisiones para prolongar la resistencia. Teníamos que enviar por lo menos cincuenta hombres cargando al hombro las provisiones por la trocha, durante seis días hasta llegar al sitio donde estaban los combatientes al mando de Isaías Pardo. El se había quedado, acompañado de *Joselo*, Lozano, Jaime Guaracas, su hermano Tula, con los jefes de la guerrilla más conocidos, los hombres fogueados, comandantes de escuadras o comandantes de grupo o comandantes de misiones. Isaías se trasladó con su tropa a un lugar abierto y selvático, próximo a Marquetalia, el terreno le garantizaba por lo menos, tres o más peleas semanales. Isaías era un hombre sumamente osado, un hombre que decía que para ser un verdadero guerrillero, había que hacer el aprendizaje en la guerra con la tropa enemiga muy próxima, a ocho metros de distancia, tener el enemigo a la vista, casi hombre a hombres...”, recordaba Jacobo.

“Hay dos personas que vimos por última vez la vida en los ojos de Isaías Pardo: Darío Lozano y mi persona...”, recuerda Jaime Guaracas. “A Isaías no se le puede recordar en la muerte, hay que recordarlo en la vida, verlo con su cabello aindiado, de pómulos salidos, muy fraternal, muy cariñoso con los niños, muy respetuoso de los ancianos... Un hombre que prendió el arte militar en la vida práctica, porque a él como a mí, la violencia nos cogió muy pequeños... Era un hombre muy divertido, muy contento; yo no sé si me extralimite al decir que Isaías nunca conoció el miedo, porque fueron muchas las veces que estuve junto a él en la acción y nunca lo vi miedoso; al contrario, cuando él veía que se iniciaba el combate, quería avanzar sobre el enemigo, lo gritaba, lo insultaba, lo trataba mal, para que se enfureciera más y dejara que su vida fuera un blanco perfecto... Vivía intensamente el combate. Le parecía que el combate era un juego, nunca le gustaba dispararle al enemigo a larga distancia, él decía que al enemigo había que dispararle a corta distancia, para cuando

el impacto de la bala nuestra pegara en su cuerpo, se le viera mover la camisa de temblor de muerte. Era su teoría. Siempre disparaba al enemigo cerquita, a ocho o diez metros de distancia. Se atrincheraba y se atrincheraba detrás de una ramita y ahí se quedaba quietecito a esperar al enemigo. En cualquier parte, el se atrincheraba y quedaba bien atrincherado, era como si el terreno, el rastrojo, la maleza, el tronco se amoldara a su cuerpo...”.

Al quedarse Isaías Pardo y sus hombres, en la selva de Marquetalia, recordaba Jacobo, aconteció un extraño combate, cuando tropas del ejército y guerrilla se encuentran en un antiguo abierto de cultivos, cubierto por la maleza y una especie de enredadera de bejucos cubriendo la tierra. “Yo estaba de quinto en la emboscada, yo me salí y recogí unas armas y faltaba una por echarle mano, entonces Isaías, dijo: ‘Ahí está’, me hizo señas al indicarme el sitio donde estaba el arma, y me ordenó que la recogiera. Yo voltié la mirada y así, a la vuelta del cuello, estaba el militar apuntándome, yo brinqué y me le monté encima, pero el tipo seguía sanito en su respiración... Yo le caí encima, le martillé tres veces la metralleta y no me cargó, tenía muy poquito parque, no cargaba...”. *Joselo* salta el camino y cae en los brazos del soldado, y “el tipo de una vez me aprisionó el cuello, yo tuve que hacer lo mismo”, era un hombre grande y fuerte, “y como yo le había oído la orden a Jacobo Arenas de que había que capturar vivo a un soldado, para hacerle alguna inteligencia, para hacerle algunas preguntas, teniendo en cuenta esa consigna, me afiancé en el poder de mi fuerza, yo no tenía ni peinilla, ni nada...”, el hombre le agarró las piernas a *Joselo*, “para levantarme en alto y yo no me dejé levantar...”, *Joselo* le tomó la bandolera, el hombre mordió con furia la quijada de *Joselo*, “yo lo agarré por sus brazos para quitarme sus dientes de mi quijada, y seguimos abrazados, en abrazo de oso, dando vueltas por un cantón abajo, por entre un bejucal...”, la metralleta se le enredó a *Joselo* en el raicero, *Joselo* le pedía al hombre que se entregara, que ya estaba fuera de combate, el hombre como respuesta se levanta y le lanza una patada a *Joselo* a los testículos, *Joselo* agarra sus bostas en el aire, “el hombre le contestaba mal, trató de meterle los dedos en los ojos, volvió a agarrarme el cuello, me rompió la camisa...” y siguieron dando vueltas como cincuenta metros más, cuesta abajo, “y no cesaba en sus intenciones de *meterme máquina* en la lucha cuerpo a cuerpo, a cogermme de las guevas, a buscarme el dolor en el cuerpo para que lo dejara libre, pero”, *Joselo* le respondió con algunos lances de defensa personal, “yo no me dejé, y seguíamos dando vueltas, nos chocamos contra un palo grueso, yo quedé encima del hombre que resultó ser un oficial del ejército, él quedó atolondrado, y en ese momento, “*Joselo* recuerda que llevaba un revólver al cinto”, aquí en la correa y ahí mismo, cuando tuve tiempo de pararme, lo quemé, le pegué un tiro en la cabeza..., y el hombre se murió, porque qué más podía hacer, se lo pegué en la sien, de una vez...”.

Tal vez el talón de Aquiles de Isaías Pardo es que no sentía miedo, él no le tenía miedo al miedo, no era un hombre que se dejara cubrir el rostro por el miedo. En el combate se volvía un hombre efusivo, cierto, pensaba Jacobo, la guerra era su medio natural, a corta distancia. Su valor no sólo tenía límites con la muerte, le gustaba verla de cerca. No está suficientemente claro cómo sucedieron las cosas, cómo murió Isaías en el combate, piensa Jacobo. De todas maneras Isaías apareció muerto, los compañeros no pudieron recuperar su vida, no pudieron recuperar su cuerpo para enterrarlo. La historia que se cuenta de ese momento de su agonía, es que los soldados querían aproximarse a él, pero desistieron, porque tenía suficientes granadas, suficiente parque, él no permitía que se le acercaran. Se

sabe que le dieron un fuerte ataque de granadas y lo mataron; una granada cayó cerca de su cabeza, y como él estaba inmóvil, porque había recibido una ráfaga de ametralladora en el pecho y en el estómago, la gente dice que saltó maíz y fríjol del equipo que llevaba a las espaldas. La balacera lo atravesó, lo perforó y él seguía lanzando granadas, combatía ya muriéndose y la tropa no podía llegarle para capturarlo vivo o medio vivo, o quizá más muerto que vivo. Una granada le desintegró la cabeza y se la voló...”

“Sólo hay dos personas que vimos por última vez a Isaías Pardo vivo, que son Darío Lozano y yo...”, recuerda cabizbajo Jaime Guaracas. El propio Guaracas le había dicho a *Isaías* que sacara la gente de un camino trillado por el ejército, posiblemente la tropa estaba emboscada. Isaías acepta la observación, y llama a Tula su hermano, llama a *Joselo* y les indica por dónde deben salir, qué dirección deben tomar, en dónde se encontrarían de nuevo. Señala un punto de referencia. A la vez ordena a Jaime Guaracas y a Lozano seguir el camino, para buscar el trillo y descubrir dónde está el enemigo para quemarle el culo. “A esa orden seguimos. Cuando le digo yo a Lozano, póngase mosca porque de pronto nos van a chamuscar. Lozano montó su M-3, montó la San Cristóbal y avanzamos; Isaías detrás, detrás hasta que llegamos a un sitio en el cual localicé la emboscada del ejército, porque los escuché hablar en voz muy baja, se oía el susurro humano, pero a la vez se escuchaba, el ruido de la marcha de los compañeros a campo traviesa... De pronto, sentí yo que alguien se paró en el plan, un poco delante de donde nosotros estábamos agachados, alguien que lanzaba una piedra... Yo le dije a Lozano: una bomba, y claro, cayó más abajo y estalló. Luego las ráfagas de ametralladoras... No nos habían localizado, pero daba la impresión de que nos hubiéramos metido en la boca abierta por una emboscada enemiga; nosotros íbamos casi por encima de una piedra... Fue una ráfaga contra los compañeros que iban a media cuesta, en el plan se levanta una montonera de tropa y se viene por el camino como a encontrarse con nosotros, pero no nos habían sentido. Descargamos nuestras armas, cada uno una ráfaga seguida, cuando volteamos a mirar a Isaías, él nos hacía señas que nos retirarnos; él se retiró un poco adelante, él nos llevaba una ventaja como de unos 8 a 10 metros... Cuando yo vi que cayó... Eso era un *trabadillo* de plomo en el monte, uno no sabía de dónde salía tanta bala, pegaba en las varas bajiticas y las hacía temblar por el sonido, chispeaban, olía a cacho quemado y nosotros pasándonos por ahí. Cuando yo veo que cae Isaías, yo voy llegando a él y cuando me le voy acercando él alza la cara y me mira y como yo tenía tantos años de andar junto a él, le conocía muchas cosas, le conocía sus gestos, le conocía de lejos y de cerca la intensidad de su mirada, yo le entendí que me preguntaba dos cosas: una, de dónde disparan, y la otra que lo auxiliara. Cojo la carabina en la mano izquierda, me agaché para tirarme debajo de él y lograrle meter el brazo y arrastrarlo para el monte. Eso pensé. Cuando me dan un tiro en el brazo y la mano se inmoviliza, la carabina cae al suelo, la recojo con la derecha, brinco por encima de Isaías y fui a disparar y el brazo no tuvo fuerzas para sostenerla, busqué un árbol grueso y pegué la carabina contra el tronco y disparé... Lozano venía detrás, yo me levanto un poco con gran esfuerzo para esperarlo, para hablar con él sobre el rescate de Isaías... Cuando vi que venía Lozano sentado, avanzando de nalgas. Me pregunta por Isaías, le digo: ahí está caído. Le digo, por qué no lo trae, y él me dice, no, porque a mi me partieron una pierna. Lo que pensé tan pronto me sentí herido fue coger la manga de la chaqueta, torcerla un poco y apretar, con el ánimo de que la sangre quedara embalsada, que no quedaran rastros de sangre. Pero, cuando Lozano me dice eso, si me preocupó más y le dije: otro jodido. Métase para abajo, vamos saliendo y se metió y no pudo. Yo me metí abrirle camino por entre el monte y él de arrastre, hasta

que llegamos a donde había un árbol y le digo: cójase de esta vara y parece, cuando él se coge de la vara y le digo: Suéltese de la vara, le dije, para examinar si en verdad le habían partido la pierna, y como vi que no se dobló, le dije: No le han partido nada, mire, solamente lo han herido, pero no le han partido la pierna, saque ánimos porque estamos en una situación difícil, y lo importante era buscar pronto el contacto con los compañeros, rápido para sacar a Isaías. Seguimos buscando el trillo de los compañeros, hasta que dimos con el trillo y localizamos al primero; entonces yo le digo: Mire, es urgente, comuníqueme a Tula que tuvimos un fracaso, y le dije: mire nos encuentra en esta dirección, porque Lozano ya podía andar. Cuando subimos a un filito con Lozano, Isaías todavía estaba peleando, se escuchaban los tiros del fusil de Isaías; tiro a tiro, pero tiros que uno sentía como propios, hasta que el ejército le avanzó, cerraron fuego sobre Isaías y le lanzaron como 7 granadas, lo remataron finalmente con una granada...Cuando llegaron los muchachos, muchos de ellos llorando, decían: Vamos a rescatarlo, vamos, si nos matan que nos maten pero lo sacamos...Pero era imposible, ya el ejército se había apoderado del sitio...Solo Lozano y yo fuimos los últimos que vimos vida en los ojos de Isaías Pardo...”.

Isaías Pardo, era todavía un hombre bastante joven, una hermana de Manuel era la mujer de Isaías Pardo, familiares los dos, como fueron cuñados Manuel y Jacobo Prías Alape. Jacobo Arenas recuerda a Isaías Pardo: siempre estaba vestido de tigre, uniforme de traje de fatiga. Yo digo que es uno de los hombres más excepcionales que he conocido en este tipo de lucha. Nunca se le notaba el cansancio, parecía un roble su cuerpo en el día y en la noche. Un hombre lleno de entusiasmo, de decisión, de juventud, porque él no tenía tiempo sino para pensar en la lucha, desde que se inició en ella. Cómo hacer esa lucha de la mejor manera, cómo obtener todos los días nuevas victorias, cómo hacer que sus hombres fueran de la misma calidad que él, siendo su jefe: valientes arrojados, que no pensarán sino únicamente en la lucha. El decía: no vayan a creer que porque somos un pequeño grupo no tenemos poder, nosotros tenemos mucho poder, porque nosotros nos confundimos con esta tierra, porque nosotros nos confundimos con la selva, nosotros somos como el agua, nosotros somos parte integrante de la naturaleza. Decía Isaías Pardo que no era un hombre culto, que no era un hombre ilustrado. Pero era un hombre capaz de captar muchas cosas. Seguramente no había cursado toda la primaria, seguramente se había quedado en el primer año de sus estudios. Pero él, muy acucioso, cargaba una libreta y unos papeles, y hacía ya rayas, dibujaba algunas letras, tal vez escribía algo. El no leía, porque recuerdo que él le pedía a alguien que le leyera un libro para oír, entre otras cosas le hacía críticas al libro. Decía Isaías Pardo, el que ha escrito el libro está equivocado, por esta cuestión, en fin, acertaba.

Isaías Pardo se puede definir como un guerrero. El nunca -puede ser que tuviera errores en sus concepciones militares, porque entre otras cosas, de dónde él iba a sacar esas concepciones-, pero en toda su magnitud se le puede definir como un guerrero nato, había nacido para eso. La guerra era su interés básico, todo lo que tuviera relación con la guerra, lo apasionaba. Lo primero eran sus hombres -seguramente no sabía analizar el estado anímico de sus hombres-, pero estaba alerta a considerar cualquier problema que tuviera alguno de ellos. Cuando mandaba a formar el personal y alguno de sus hombres ponía cara de aburrimiento, Isaías se le dirigía, y bueno a usted que le pasó, “¿es que ta aculillado?... ¿está cagado por el hijueputa miedo, o qué es? Vamos que ahoritica vienen los hermanos

cachuchas. Allá vienen los hermanos cachuchas. Ahora, más adelante le pasa el aburrimiento y...vamos. Usted tiene que estar adelante, para que le pase el hijueputa miedo. “Claro como lo veían que él siempre estaba adelante, peleando, dando ejemplo, entonces su gente se animaba. Cualquiera otro le decía, “es que yo amanecí sumamente fregado, no tengo carpa, me falta la cobija”, “bueno, vamos a ver. ¿Será que tiene fiebre?, le ponía el termómetro era la mano que le colocaba en la frente para ver si tenía fiebre. Usted no tiene fiebre, usted lo que tiene es culillo. Pero también se daba cuenta que si alguien estaba muy amargado, porque conocía como a ninguno a sus hombres, decía: “Este lo que está es muy molido y necesita un día de descanso”. Lo dejaba descansando y él se iba con la tropa, en la punta de vanguardia, en la exploración, en el reconocimiento del terreno señalaba las posiciones adecuadas para la emboscada y dirigía el combate, luego sacaba a su gente ilesa, victoriosa. Cuando llegaban al cuartelito donde estaba la comida, llegaban a las cinco de la tarde y bueno, decía Isaías Pardo, que falta la leña y era el primero que echaba el hacha, aquí está el hacha y vamos a ver cómo es la cosa. Que flojera. Hay que traer agua. Esa comida está muy poca, hay que montar más ollas, hay que traer leña y él mismo se iba a traer los troncos al hombro. La gente lo veía metido en el torrente de todo. Absolutamente en todo. Y cuando veía a un compañero con la camisa por fuera. Entonces su voz fuerte: “Es que se aguevó. Cómo es eso, arréglese, póngase como un militar, aquí somos militares y muy completos...”. Un chorro humano, dando órdenes, moliendo, saltando.

Isaías Pardo era un hombre muy alto, bien hecho, físicamente bien conformado; cariflaco, con los pómulos salientes. Un hombre delgado, pero no demasiado flaco, de una energía que nadie sabía de dónde la sacaba, de una fuerza extraordinaria. Había sido un campesino trabajador; indígena, tenía una risa hermosa, unos dientes blancos muy bonitos y reía con muchas ganas. El parecía que quedaba cómodo en cualquier parte, si tenía que sentarse sobre una piedra, ahí quedaba cómodo y sacaba un cigarrillo y lo fumaba, y en broma comenzaba a burlarse de la gente, mira ese perdió la fuerza. Un día venía un compañero con un tronco y tropezó y cayó. Claro, dijo Isaías Pardo, “ese ya perdió la fuerza pa’ la guerra. Se fija cómo se cae con un tronco, como será con una patrulla militar encima, ¿no te parece? Míralo bien, míralo y de pronto soltaba la carcajada...

Pero cuando mandaba a formar a las tropas, cuando ordenaba una marcha o cuando entraba en combate, ya no era Isaías querés un pedazo de carne, eran órdenes, porque las órdenes que daba Isaías no eran cualquier cosa, tenían que cumplirse y su personal las cumplía con satisfacción. Con Isaías hice un poco el aprendizaje, para luego escribir el folleto “el don de mando”, inspirado en Isaías Pardo. El don de mando se da en dos fuentes: la fuente constitucional, es decir, la que es propia del individuo y la fuente del propio aprendizaje en el proceso de la guerra. El don de mando lo vi, lo vi en la vida de Isaías Pardo.

Yo digo, que Isaías Pardo es el más grande capitán de guerrillas que produjo la guerra. Es decir un poco diciendo lo que después leí del Che. El Che habla de Camilo Cienfuegos como el más grande capitán de guerrillas que produjo la guerra en Cuba. Porque yo le veía, porque no había que inventar nada, era eso, Isaías Pardo.

Conversando con él, era un hombre sumamente jovial, sumamente alegre, comprensivo de todas las cosas. No era un hombre común y corriente desde el punto de vista de la alegría de la juventud, ¿cierto? Su gran transformación era cuando había combate, cuando se



preparaba un combate, se transformaba en un hombre diferente. Revisaba los fusiles, a ver cómo estamos de parque, todo lo necesario; qué hay que echar en los equipos de cada combatiente, cada hombre dos libras de sal, porque no se sabe si esto va a prolongarse por ocho, por diez días, por meses y en la selva no vamos a encontrar la sal sembrada por kilos. Todos estos pequeños detalles. Marulanda, yo creo tiene sus modestias tontas, Isaías tenía sus atributos propios, el atributo de una determinada personalidad, pero, es que ese hombre por encima de todo, es hechura de Marulanda. En todo sentido. Es que a mí me da la sensación que Manuel Marulanda fue así, muy joven, particularmente en todo este proceso de lucha guerrillera... Parecido a Manuel por afinidad de criterios. Uno comienza a analizar las personalidades, por la afinidad con otro. Porque no se podría hacer una justa valoración. Puede ser que haga una valoración un poco emocional, por encima de otras realidades. Las personas que tienen alguna formación, porque tienen una larga experiencia en el contacto y manejo de gentes, uno hace en realidad una valoración. En Isaías Pardo se veían determinados rasgos de Manuel Marulanda, pero completamente distintos, porque Isaías Pardo es complemento de Manuel Marulanda; Isaías Pardo era como un chorro de candela andando, un chorro de candela andante, eso es lo que era Isaías Pardo... Manuel es un hombre muy reflexivo, tremendamente racional. Manuel no permite realizar un plan, sin que antes se haya reunido la dirección, sin que se haya analizado la cuestión, sin que se hayan medido las consecuencias y analizado el tiempo y la capacidad del enemigo; la capacidad del grupo que él va a manejar. Y todo lo relacionado en el contexto de la situación nacional, no se le mide y, esos impulsos irracionales él los llama aventura, una aventura que de pronto cuajó y tuvo éxito. Es que también las aventuras tienen éxito, dice Manuel, tienen éxitos, pero siguen siendo aventuras. Manuel es tremendamente reflexivo y le mete cabeza a las cosas...

Isaías era otro tipo de hombre. Era un huracán que había que, me parece que Manuel no dice esas cosas, pero me parece mucho que Manuel tenía en algunas ocasiones que refrenarlo. "Aguarde un momento teniente, porque la cuestión no es así y el hombre, si, si, si..." Y la historia de Don Manuel viene de más atrás... Isaías le decía a Manuel: Don Manuel... Le tenía profundo respeto. Pero eso no quería decir, que cuando nos reuníamos de pronto no le echara un chiste. También le echaba chistes. Era sumamente alegre y festivo. Debe ser un problema de la guerra... Cuando estábamos por ahí sentados, fumando un cigarrillo y contando chistes, porque a él le gustaba que le contaran cuentos, tenía una mirada profundamente penetrante; él estaba mirando... Igual que Manuel exactamente. Estaba mirando para todas partes, escudriñando, oteando el medio ambiente y de pronto decía, bueno... Era el último que se acostaba y el primero que se levantaba. Andaba siempre en tren de guerra, era su característica...

En esa época estábamos hablando de la necesidad de que se vinculara a este tipo de lucha, los revolucionarios de la ciudad. Él miraba aquella idea con aprecio extraordinario. Decía Isaías Pardo, cuando esa gente que sufre hambre, limitaciones en la ciudad, debieran venirse para acá.... Aquí es donde está la cosa importante, donde va a decidirse el destino de la revolución colombiana. Yo le decía, bueno Isaías, de pronto esa gente de la ciudad se acelera y viene con nosotros, mira las cartas que nos mandan. Yo le leía las cartas que nos enviaban desde la ciudad. El hombre se sentía sumamente alegre. Decía Isaías Pardo, puede ser que no estemos toda la vida dándole golpes al mundo, es decir cultivando, sembrando

maíz, lo fríjoles, sino que estemos en función distinta, en función de poder. Eso sí le veía perfectamente claro en el pensamiento a Isaías Pardo...

El padre de Isaías Pardo también fue guerrillero en el Sur del Tolima. De él se dice que cuando llegaba de campaña o llegaba de combate a los campamentos donde había que descansar y dormir, llegaba y si faltaba leña, hacía lo que yo vi que hacía Isaías Pardo, cómo que falta leña y vamos a traer leña, dónde está el hacha y vamos a rajar leña; que falta agua, salía a conseguir agua, un hombre incansable... Sus hijos seguramente se parecían mucho al padre. Del viejo se dice que era un tipo sumamente valiente en el combate, bravo en el combate y, dicen que también como Isaías, le gustaba la pelea con la tropa al pie, porque cuando se tiene la tropa a pocos metros se puede asegurar el tipo, decía el viejo, el padre de Isaías Pardo... Y *Tula*, el hermano de Isaías era de un carácter distinto, pero el mismo tipo de combatiente, hombre arrojado. *Tula* era un hombre más reposado y más tranquilo, pero del mismo temple familiar....

Después de conocer la dolorosa noticia de la muerte de Isaías Pardo, el Estado Mayor que estaba en Riochiquito organizó y celebró la Conferencia del Bloque Sur, antecedente orgánico de lo que serían las FARC, y consideró que la guerrilla en Marquetalia haría unos cuantos combates más, y más tarde, debía retirarse para un período de descanso. Se decidió que la presencia de Marulanda en Marquetalia era necesaria, que tenía una significación inmensa. El se trasladó con otro grupo de combatientes hacia la región para reforzar el núcleo guerrillero que aún continuaba combatiendo.

A pesar del implacable cerco militar tendido alrededor de la zona, que alcanzaba a cubrir los límites del Tolima con el Cauca, Huila y Valle, Marulanda volvió a Marquetalia por una de tantas trochas trajinadas durante años por él y sus hombres. Los altos mandos dieron declaraciones a la prensa, que Marulanda había huido por una trocha secreta, que lamentablemente ellos no detectaron a tiempo para evitar su escape, cuando era inminente su captura. Marulanda y sus hombres salían y entraban a Marquetalia por diversas trochas; salían por la trocha del Nevado del Huila hacia el río Símbola, antiguo camino de los indígenas hacia Belalcázar, Cauca; entraban por la trocha directa de Riochiquito a Marquetalia; salían por la ruta de Santa María y podían llegar incluso, hasta el Valle del Cauca, siguiendo la ruta de uno de los entrecruces de camino. Marulanda conocía muy bien las honduras de esa abrupta geografía.

Al penetrar a Marquetalia, en un descanso de la intensa jornada, cayendo la tarde, Marulanda escuchó por radio, que el coronel Correa Cubides, comandante de la “Operación Marquetalia” anunciaba que las autoridades civiles y militares del Huila y del Tolima, proyectaban cambiar el nombre a Marquetalia para llamarla en adelante “Villa Susana”, en homenaje a la primera dama de la República, recientemente fallecida. El coronel argumentaba su iniciativa al decir que el objetivo era que los campesinos de la zona olvidaran definitivamente la influencia que Marulanda había ejercido sobre ellos durante más de diez años. Marulanda al escuchar la noticia, pensaba que los ríos tienen un nombre y ese nombre no es cosa de casualidades, que ese nombre se origina en las historias que las aguas del río llevan en las largas caminatas de sus corrientes, buscando alcanzar un día, las mismas lejanías para el hombre, dejando a las espaldas en sus recorridos, los ojos abiertos a otras historias que nunca tendrán cabida en el olvido de los hombres que la vivieron.

Marulanda también había escuchado en la noche, después de colocar las posas de vigilancia y darles la contraseña, que él y sus hombres estaban huyendo en camino rumbo a lo más hondo de los Llanos Orientales. En su vida volvería a escuchar muchas veces noticias de esa naturaleza. No siempre lo que se escucha tiene el rostro claro de la verdad. Marulanda ahora que regresaba a Marquetalia, pensaba -ese hilo conductor de su experiencia de hombre de monte que todo lo racionaliza-, que “si nos sacan de la orilla del río, cruzamos hacia la otra orilla del río; si nos sacan de la montaña, escapamos a la otra montaña; si nos sacan de una región, atravesamos el río, atravesamos la montaña y buscamos otra región...” Pero su experiencia en la sobrevivencia había crecido como crecen los ríos; pensaba para sus adentros, su cerebro bullía: “Ahora las cosas son distintas, ya no nos aprieta el talón con el afán de la huída, ya dejamos la carrera que nos tocó en los años de la juventud en los tiempos que vivimos en el Quindío y en el Valle, cuando nos cogió los afanes de la huída con los primos. El principio fue cambiando como cambia la luz frente a los ojos: si nos sacan de la orilla del río, los estaremos esperando en la otra orilla del río; si nos sacan de la montaña, los estaremos esperando en la otra montaña; si nos sacan de una región, en otra región los estaremos esperando”. Pero existe algo más en la mente, que ha venido haciéndose claro hasta decantarse en una idea precisa, pensaba Marulanda: “Ya no sólo los estaremos esperando en la otra orilla del río, ya no sólo los estaremos esperando en la otra montaña, ya no sólo los estaremos esperando en la otra región. Ahora volveremos a buscarlos en la orilla del río de donde un día nos sacaron, volveremos a buscarlos a la montaña de la cual un día nos sacaron a la huyenda, volveremos a buscarlos en la región que un día nos hicieron correr...” Es el juego lógico de la guerra, el juego que aprende a jugar el hombre que huye a tiempo para salvar su pellejo y se refugia entre la maleza, toma alimentos para respirar y acumula energías para un día regresar en busca de sus perseguidores. El juego de la trashumancia.

Marulanda al volver a Marquetalia en busca del río subterráneo de sus influencias comenzaría a escuchar y leer, sin que padeciera de escalofrías en el cuerpo, noticias diversas sobre sus muertes. Sería desde entonces, uno de los hombres que más ha sobrevivido en el mundo, al espanto de tantas muertes sobre su vida -muertes que lo acechan, muertes deseadas, muertes inventadas, localizadas en cualquier parte de su cuerpo-, sus muertes alcanzarían hasta cien. Las historias de sus muertes se escucharían en los confines de la selva y de la montaña. La invención no tendría límites. Pero otros recogerían esas historias de sus muertes supuestas, para contarlas de manera distinta; se volverían a escuchar por una voz que nunca ha cesado de hablar. Marulanda volvió a Marquetalia.

## FUENTES

- p. Entrevista con Rosa Helena, citada por ARANGO Z., Carlos *Guerrilleras FARC-EP*, Bogotá, ECOE Editor, 1984, pág. 192.
- p. Entrevista con ----- citada por ARANGO Z., Carlos, *FARC veinte años de Marquetalia a la Uribe, Bogotá, Ediciones Aurora, 1984, p. 88*
- p. Citado por TESTIS Fidelis. “El basilisco en acción o los Crímenes del bandolerismo”, 2ª. Edición, Medellín, Tipografía Olimpia, 1953, p. 4.
- p. Documento No. 259, mayo 12 de 1949. Referencia: adquisición de armamentos en América Latina. *Ministerio de Relaciones Exteriores*. Embajada de Colombia, Washington.
- p. Relator. “Los exiliados de El Dovio en Cali”, si nos quedábamos no estaríamos ahora contando lo que nos ocurrió. Agosto 24, Cali, 1949, p, 1ª.
- p. *Relator*, “El bandolerismo disfrazado de partidista”, Agosto 17, Cali 1949, pág. 4ª.
- p. Citado por CAMPO, Urbano. *Urbanización y violencia en el Valle*. Bogotá, Ediciones Armadillo, 1980, pp. 69-70.
- p. Citado por MOLANO, Alfredo, *Los años del tropel. Relatos de la violencia*. Bogotá, Fondo Editorial CEREC, 1985, pág. 218.
- pp. *Relator*, Carta al señor gobernador del Departamento del Valle, Cali, septiembre 4, 1949.
- p. *Diario del Pacífico*, “Ciento setenta ciudadanos liberales de Bolívar ingresan al conservatismo”, Cali, octubre 19, 1949.
- p. Citado por JARAMILLO Ocampo, Hernán, *De la unidad nacional a la Hegemonía Conservadora*, Bogotá, editorial Pluma, pp. 304-305.
- p. Relator. “Los forajidos establecieron oficina en la inspección de policía de Huasanó”, Cali, octubre 31, 1949. p. 1ª.
- p. *Relator*, La tragedia de San Rafael, no hay un solo policía ni detenido ni herido, sólo sindicatos, Cali, octubre 17, 1949, p. 1ª.

- p. Citado por MOLANO, Alfredo, op., cit, p. 69.
- P Citado por MOLANO Alfredo, op. cit., p. 146.
- p.p. Citado por CAMPO URBANO, op., cit.,p. 63
- p. *Diario del Pacífico (Cali)*. “La virgen de Fátima en Cali. En la capilla del Buen Pastor se ha patentizado el milagro de las palomas”. Cali, octubre 25, 1949, p. 1<sup>a</sup>.
- p. Citado por BETANCOURT, Darío. “De los ‘Pájaros’ a las cuadrillas del norte del Valle, en Quinto Congreso de Historia de Colombia, Programa de Ciencias Sociales. Bogotá, Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior -ICFES-, 1986, p. 428.
- p. *Diario del Pacífico*. La virgen de Fátima en Cali.
- p. *Diario del Pacífico*. “Verdadera apoteosis en el recorrido De Nuestra Señora de Fátima”. Cali, noviembre 17 de 1949, p. 1<sup>a</sup>.
- p. Citado por MOLANO, Alfredo, Op. cit., p. 76.
- p. *Diario del Pacífico*. “Verdadera apoteosis el recorrido de Nuestra Señora de Fátima”. Cali, noviembre 17, 1949 p.1<sup>a</sup>.
- pp. Entrevista con Ana Francisca Quiceno en Génova, Quindío, Julio 27, 1986.
- p. Entrevista con Graciela Loayza, diciembre 18, 1986.
- pp. Entrevista grabada con Isaura Yosa, junio 18, 1970.
- pp. Entrevista con el Excomandante “Baltazar”, diciembre 18, 1976.
- p. Citado por ARANGO Z., Carlos, *FARC. Veinte años de Marquetalia a la Uribe*. Entrevista con el Ex comandante Olimpo y el Chaparral de los Grandes, p. 182.
- p. Entrevista con Excomandante “Baltazar”, Loc, cit.
- p. Entrevista con Graciela Loayza. Loc, cit.
- p. Ibídem.

- p. Ibídem.
- p. Ibídem.
- pp. Citado por MEJIA., Gilberto, *El comunismo en Antioquia*, Medellín, Ediciones Pepe, s.f., p. 46
- p. Entrevista con Gilberto Vieira, febrero 16, 1987.
- p. Entrevista con Jorge Regueros Peralta, febrero 3, 1987.
- p. Entrevista con Jesús Villegas, febrero 13, 1987.
- p. Entrevista con Jesús Villegas, febrero 13, 1987.
- p. *Vanguardia del Pueblo*. “Combativa protesta constituyó el entierro del C. Manuel Marulanda Vélez, gran dirigente obrero”. Bogotá, Semana 14-21, febrero 1951, pp. 1ª. -8ª.
- pp. Citado por ARANZO Z. Carlos, *FARC, Veinte años de Marquetalia a La Uribe*. Entrevista: El Ex comandante Olimpo y el Chaparral de los Grandes. pp. 193-94.
- p. Entrevista con José Parga Cortés, octubre 12, 1986.
- p. El Espectador (Bogotá). “Charro Negro muerto en refriega de ex guerrilleros, enero 12, 1960, pp. 1ª.- 16ª.
- p. Citado por ALAPE, Arturo, *La Paz, la violencia: testigos de excepción*. Bogotá, Planeta, 1985. p. 254.
- p. *El Tiempo* (Bogotá). “Tirofijo” trata de salir del país con rumbo a Cuba”, abril 15, 1964, p. 14.
- p. *El Tiempo* (Bogotá). La VI Brigada explica la campaña de Marquetalia, abril 21, p. 9.
- pp. -----“Misión socio económica visita a Marquetalia”, abril 25, 1964, p. 6.
- p. ----- “Negado permiso a sacerdotes para ir a Marquetalia”, mayo 1º. 1964, p. 15.
- p. -----“Se desintegra misión de Marquetalia”, mayo 3, 1964. p. 9.
- pp. -----“El país puede estar tranquilo y seguro de sus

- Fuerzas Armadas”, mayo 10, 1964, pp. 1<sup>a</sup>. - 6<sup>a</sup>.
- p. ----- “Comienza plan de Marquetalia”, mayo 18, 1964. pp. 1<sup>a</sup>. - 13.
- p. *El Siglo* (Bogotá) “Cuando iniciamos este gobierno los Bandoleros estaban en las gradas del capitolio, dice Valencia, mayo 16, 1964, p. 2<sup>a</sup>.
- p. *El Tiempo* (Bogotá), “El ejército de Estados Unidos ha Cooperado con el colombiano”, mayo 21, 1964, p. 16.
- pp. -----“Con resultados positivos se inicia ‘Operación Marquetalia’ ”, mayo 23, 1964, p. 21.
- pp. *El Siglo*. “A la abnegación, el patriotismo y el esfuerzo de las fuerzas armadas se debe la pacificación”, mayo 23, 1964, p. 13.
- p. *El Tiempo*. “300 millones de pesos costará la ‘Operación Marquetalia’ ”, mayo 24, 1964, pp. 1<sup>a</sup>. - 6<sup>a</sup>
- p. *El Siglo*. “El Batallón Colombia operaría en Marquetalia”, mayo 22, 1964, pp. 3<sup>a</sup>. y 1<sup>a</sup>.
- p. ----- “El ejército inició combates con las bandas de Marquetalia”, junio 3, p. 13. 1964.
- p. -----“ ‘Tirofijo’ estableció la pena de muerte en la región de Marquetalia”, junio 4, 1964, p. 3<sup>a</sup>.
- p. ----- “No será bombardeada la región de Marquetalia”, junio 6, 1964, p. 3<sup>a</sup>.

## BIBLIOGRAFIA

ALAPE, ARTURO

- 1983 *El Bogotazo: Memorias del olvido*, Bogotá, Planeta colombiana.
- 1987 *La paz, la violencia: testigos de excepción*, 3ª. Edición, Bogotá, Planeta colombiana.
- 1973 *Diario de un guerrillero*, 2ª. edición, Bogotá, Abejón Mono.
- 1972 “Como se aniquila una guerrilla...noveladamente” en: *Ideología*, Suplemento de *Voz Proletaria* (Bogotá), septiembre, p, 4
- 1972 “Formación de las ligas campesinas en el Sur del Tolima”, en *Ideología*, Suplemento de *Voz Proletaria*. No.8, Agosto 10. pp. 4-5.
- 1972 “José Gonzalo Sánchez, un indígena guerrearante”, en *Ideología*, Suplemento de *Voz Proletaria*, No. 7, Bogotá, julio 13, pp. 4-5,
- 1972 “María Cano, mujer rebelde”, en *Enfoque internacional*, año VI (9): Bogotá, septiembre, pp.43-46.
- 1966 “Eran diecisiete” (Cuento) en: *Voz Proletaria* (Bogotá), febrero.

AMADO JORGE

- 1958 *Prestes, el caballero de la esperanza*, Buenos Aires, Editorial Futuro.

ARANGO Z., CARLOS

- 1984 FARC. *Veinte años, De Marquetalia a la Uribe*, 2a. Edición, Ediciones Aurora.
- 1983 *Forjadores de la revolución colombiana*, Bogotá, Editorial Colombia Nueva.

ARCINIEGAS, GERMAN

- 1954 *Entre la libertad y el miedo*, 3ª. edición. Santiago, Editorial del Pacífico.

ARENAS, FRANCISCO JAVIER

- 1977 *Emiliano Zapata (El intransigente de la revolución)*, B. Costa-Amic Editor, 3ª. edición.

ARENAS, JACOBO

- 1985 *Cese al fuego. Una historia política de las FARC*. Bogotá, Editorial Oveja Negra.
- Diario de la resistencia de Marquetalia*, Bogotá, Ediciones Abejón Mono.
- 1986 Entrevista grabada, enero-febrero, 350 p.

BEHAR, OLGA

- 1985 *Las guerras de la paz*. Bogotá, Planeta colombiana, 9ª. edición.

BETANCOUR, DARIO



1986 “De los pájaros a las guerrillas del norte del Valle”, en: Quinto Congreso de Historia de Colombia, Bogotá. Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior. Serie *Memorias de Eventos Científicos Colombianos*, pp. 419 y s.s.

BETANCOURT, BELISARIO

1983 *Colombia cara a cara*. Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 8ª. edición revisada.

BLANCA MOHENO, ROBERTO

1957 *Crónica de la Revolución Mexicana* (De la decena trágica a los campos de Celaya), México, Libro Mex Editores.

CABALLERO, LUCAS

1980 “Memoria de la Guerra de los Mil Días”. Bogotá, *Instituto Colombiano de Cultura*, Biblioteca Básica colombiana.

CALVO OCAMPO, FABIOLA

1985 *EPL: Diez hombres un ejército una historia*. Bogotá, ECOE Editor.

CAMPO, URBANO

1980 *Urbanización y violencia en el Valle*. Bogotá, Ediciones Armadillo.

CANO, MARIA

1985 *Escritos*. Medellín, Extensión Cultural Departamental. Colección breve. Volumen I.

C.S. KATZ, F.A. DORI, L. COSTA, LIMA

s.f. *Diccionario básico de la Comunicación*.

CASTAÑO, CIRO

1974 *Páginas de su vida*. Bogotá, Ediciones Abejón Mono.

CASTRO CAYCEDO, GERMAN

1980 *Del ELN al M-19, Once años de lucha Guerrillera*. Bogotá, Carlos Valencia Editores.

1967 *COLOMBIA EN PIE de Lucha*. Un proceso descrito por su propio pueblo. Editorial Paz y Socialismo Praga.

COMITÉ DE SOLIDARIDAD con los presos políticos.

1974 *Libro negro de la represión*. Frente Nacional 1958-1974. Bogotá. Gráficas Mundo Nuevo.

DA CUNHA, EUCLIDES

1973 *Los Sertones*. La Habana. Colección Literatura Latinoamericana. Casa de las Américas.

**ECHEVERRY U., ALVARO**

s.f. *El poder y los militares. Un análisis de los ejércitos del continente y Colombia.* Bogotá, Fondo Editorial, Suramérica.

1904 “EL COMERCIO” de Bogotá (Recopilador). *La guerra en el Tolima, 1899-1903. Apuntes, documentos y relaciones de la campaña.* Bogotá, Imprenta de Vapor, calle 10 No. 168.

**EL DIARIO DEL CHE en Bolivia**

1970 Prólogo de Fidel Castro, México, Siglo XXI, Editores.

**EXCOMANDANTE “BALTAZAR”**

1976 Entrevista grabada, diciembre 18. 50 p.

**FAJARDO M. DARIO**

1978 “Luchas sociales y transformaciones en tres regiones cafeteras del Tolima 1936-1970” *Centro de Investigaciones económicas,* Universidad de Antioquia.

s.f. “Un enfoque histórico a la regionalización en Colombia” Documento inédito.

**FALS BORDA, ORLANDO**

1968 *Subversión y cambio social,* edición revisada, ampliada y puesta al día de “La subversión en Colombia”. Bogotá, Ediciones Tercer Mundo. Colección El Dedo en la Herida.

**FRANQUI, CARLOS**

1970 *Cuba, el libro de los doce.* México, Editorial ERA. Serie Popular.

**GILHODES, PIERRE**

1974 *luchas agrarias en Colombia.* Bogotá, editorial La Carreta.

**GUARACAS, JAIME**

1985 Entrevista grabada. Abril. 120 p.

**GUZMAN, GERMAN (Mons.) FALS BORDA, ORLANDO Y  
UMAÑA LUNA, EDUARDO.**

1962 *La Violencia en Colombia. Estudios de un proceso social. 2ª.* Edición. Bogotá, ediciones Tercer Mundo.

**GUZMAN, MARTIN LUIS**

1962 *El águila y la serpiente.* 9ª. edición. México.

1962 *La sombra del caudillo.* México, Compañía General de Ediciones.

1938 *Memorias de Pancho Villa.* México, Ediciones Botas. Vols. 1 y 2.

**HENDERSON, JAMES**

1984 *Cuando Colombia se desangró. Un estudio de violencia en Metrópoli*

y provincia. Bogotá, El Ancora Editores.

HOBBSAWN, ERIC

1974 *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX.* Barcelona, Editorial Ariel.

LANDAZABAL REYES, FERNANDO

1975 *Factores de violencia.* Bogotá, Ediciones Tercer Mundo. Colección Tribuna Libre.

LARA PATRICIA

1982 *Siembra vientos y recogerás tempestades.* Barcelona, Editorial Fontamara.

LOAIZA, GABRIELA

1986 Entrevista grabada, diciembre 18.

LOZADA, RIGOBERTO (Joselo)

1986 Entrevista grabada, enero-febrero, 70 p.

M.G. LUTZEMBERGER, S. BERNARDI, I. BALDELLI y OTROS

s.f. *Cultura comunicación de masas y lucha de clases.* Serie Comunicación B/A - Editorial, Nueva Imagen.

LLERAS RESTREPO, CARLOS

1955 *De la república a la dictadura.* Bogotá, Editorial Argra.

MARTZ, JOHN D.

1969 *Colombia: un estudio de política contemporánea.* Bogotá. Dirección de Divulgación Cultural, Universidad Nacional de Colombia.

MARULANDA VELEZ, MANUEL

1973 *Cuadernos de Campaña.* Bogotá, Ediciones Abejón Mono.

1953 *Memorias. Salida del sur del Tolima.* Julio, Bogotá, mecanografiado.

1985 Entrevista grabada, enero-febrero 550 p.

1986 Entrevista grabada, enero-febrero 150 p.

1987 Entrevista grabada, enero-febrero 80 p.

MERCHAN, VICTOR JULIO

1975 *La autodefensa, testimonio.* En: Revista Estudios Marxistas, Bogotá, No. 10.

MEDINA, MEDOFILO

1980 *Historia del partido comunista de Colombia.* CEIS. Vol. 1.

MEJIA VALDERRAMA, GILBERTO

s.f. *El comunismo en Antioquia* (Memorias). Medellín, Edic. Pepe.

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

1949 Carta-Documento. Embajada de Colombia, Washington. No. 158  
Marzo, 3, Ref.: Documentos.

1949 Documento. Embajada de Colombia, Washington. No. 259,  
mayo 12. Ref.: Adquisición de armamentos en América Latina.

1949 Documento N° 8. Embajada de Colombia en Washington, febrero 2. Ref.:  
Suministros de armamentos a la América Latina.

MOLANO, ALFREDO

1985 *Los años del tropel, relatos de violencia*. Bogotá, Editorial Fondo  
Editorial CEREC, CINEP. Estudios rurales latinoamericanos.  
Serie: Historia Contemporánea, No. 2.

1978 *Amnistía y violencia*. Bogotá CINEP, Serie Controversia. Nos.  
86-87.

MONTOYA CANDAMIL, JAIME

1985 *En pie de guerra*. Bogotá, Plaza & Janés Editores.

NGUYEN GIAP, VO (General)

1971 *Guerra del pueblo: ejército del pueblo* (Dien Bien Fu), México,  
Editorial ERA. Serie Popular.

ORTIZ SARMIENTO, CARLOS MIGUEL

1985 *Estado y subversión en Colombia. La violencia en el Quindío  
Años 50*. Bogotá, Fondo Editorial CEREC.

OQUIST, PAUL

1978 *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá, Talleres  
Gráfico del Banco Popular.

OVIEDO, ALVARO

1984 *Democracia restringida o apertura democrática*. Bogotá,  
Ediciones CEIS.

PARIS LOZANO, GONZALO

1984 *Guerrilleros del Tolima*. Bogotá, El Ancora Editores.

PASTRANA BORRERO, MISAEL

1984 *Colombia, la vocación bipartidista en un silo de historia*. Editorial  
Fundación Simón Bolívar, Academia Colombiana de Historia.

PECAUT, DANIEL

1976 *Reflexiones sobre el fenómeno de la violencia*, en: IDEOLOGIA Y  
SOCIEDAD, No. 19. Bogotá.

POMEROY, WILLIAM J.

1972 *Guerra de Guerrillas y marxismo*. México, D.F. Ediciones de

Cultura Popular.

POSADA, FRANCISCO

1969 *Colombia: violencia y subdesarrollo*. Bogotá, Imprenta de la Universidad Nacional.

QUICENO, ANA FRANCISCA

1986 Entrevista grabada. Génova (Quindío), julio 27.

RAMSEY, RUSSELL W.

1981 *Guerrilleros y soldados*. Bogotá, Editorial Tercer Mundo.

REYES CEJA, VICTOR

1979 *Yo maté a Francisco Villa*. Chihuahua, México. Centro Librero La Prensa. S. A.

SALVATORE, FRANCESCO ROMANO

1970 *Historia de la magia*. Madrid, El Libro de Bolsillo, Alianza Editorial.

SANCHEZ, GONZALO Y PEÑARANDA RICARDO (Compiladores)

1986 *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Bogotá, Fondo Editorial, CEREC.

SANCHEZ, GONZALO Y MEERTENS DONNY

1983 *Bandoleros, gamonales y campesinos*. Bogotá, El Ancora Editores.

SANCHEZ, GONZALO

1983 *Raíces históricas de la amnistía o las etapas de la guerra en Colombia*, en: *Revista de extensión cultural*, Universidad Nacional de Colombia. Sede Medellín, No. 15, junio.

1976 *Los bolcheviques del Líbano*. Bogotá, Ediciones el Mohan.

SANTAMARIA, S., RICARDO Y SILVA LUJAN, GABRIEL.

1984 *Proceso político en Colombia (Del frente nacional a la apertura democrática)*. Bogotá, Fondo Editorial CEREC.

SCORZA, MANUEL

1973 *Redoble por rancas*. Barcelona, Editorial Planeta, 7ª. Edición.

1972 *Historia de Garambobo e invisible*. Barcelona, Editorial Planeta.

TIRADO MEJIA, ALVARO

1976 *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, Biblioteca Básica Colombiana.

TUDELA, MARIANO

1971 *Pancho Villa*. Barcelona, Plaza & Janés Editores.

VARGAS LLOSA, MARIO

1982 *La guerra del fin del mundo*. Barcelona, Círculo de Lectores.

VILLAR BORDA, LUIS

1982 *Oposición, insurgencia y amnistía*. Bogotá, Editorial Dintel.

VILLEGAS, JORGE y YUNIS, JOSE

1979 *La guerra de los mil días*. Bogotá, Carlos Valencia Editores.

1976 *Sucesos colombianos, 1900-1924*. Medellín, Universidad de Antioquia.

WOMACK JR, JHON

1969 *Zapata y la revolución mexicana*. México, Siglo XXI, Editores.

YOSA, ISAURO (Lister)

1970 Entrevista grabada. 40 p., junio 18, 80 p.

## PERIODICOS

### DIARIO DEL PACIFICO

1949 *El país está al borde de una tragedia que lo destruirá.* Septiembre 12, pp. 1<sup>a</sup>. -7a.

*No contribuiré con combustión para la hoguera del odio, dice el doctor Echandía.* Septiembre 13, pp. 1<sup>a</sup>. -3<sup>a</sup>.

*Doscientos ciudadanos liberales de El Cairo pasan al conservatismo,* Octubre 4, p.

*Los prelados condenan la violencia,* Octubre 5, p.p., 1<sup>a</sup>. -a.

*Aclamado por el pueblo de Cali el nuevo gobernador del departamento* Octubre 5, p. 1<sup>a</sup>.

*El doctor Borrero Olano, hizo el elogio del pueblo conservador del Valle,* octubre 5, p. 1<sup>a</sup>.

*La doble moral de Lleras Restrepo sobre el proyecto heroico de la Radiodifusión,* octubre 6, p. 1<sup>a</sup>.

*El liberalismo con los proyectos heroicos pretende deponer al Presidente Ospina Pérez,* octubre 6, p. 1<sup>a</sup>.

*La resistencia civil es la causa de la violencia en el Valle del Cauca.* Octubre 10, pp. 1<sup>a</sup>-a.

*Habla Laureano Gómez,* octubre 13 pp. 1<sup>a</sup>-3<sup>a</sup>.

*Cualquier gobierno de izquierda es un peligro para la patria...,* Octubre 17, p. 1<sup>a</sup>.

*Se investiga en todo el país el...liberal que se preparaba en..."* Octubre 17, pp. 1<sup>a</sup>. - 3<sup>a</sup>.

*Sensacional reportaje a Laureano Gómez,* octubre 19, p. 1<sup>a</sup>.

*Laureano Gómez habla para el país desde el Diario del Pacífico,* Octubre 20, cp. 1<sup>a</sup>.

*La consigna del conservatismo debe ser vencer, declara el doctor Laureano Gómez: Tenemos que restaurar el principio de legitimidad del poder,* Octubre 22, pp. 1<sup>a</sup>.

*La llegada de la virgen de Fátima a Cali, octubre 22 p.1ª.*

*Tremenda asonada contra la autoridad se realizó el sábado, por grupos extremistas, octubre 24 pp. 1ª, -4ª.*

*La virgen de Fátima en Cali. En la capilla del buen Pastor se ha patentizado el milagro de las palomas, octubre 25, p.1ª.*

*El compromiso liberal-comunista, editorial, octubre 25, p. 4ª.*

*La dirección de la república no se alcanzará con la violencia. Octubre 25, p.*

*A trucos miserables acude Relator en su inusitado afán opositorista, octubre 27, pp. 1ª- 7ª.*

*La candidatura de Echandía significa el retorno a la revolución Marxista, octubre 27, p. 1ª.*

*Liberalismo y comunismo, octubre 27, p. 4ª. Editorial.*

*Rebatidas las ineptas acusaciones contra la autoridad del Valle en el Senado, octubre 27, pp. 1ª- 10.*

*Con bombas y otras armas fueron atacadas las fuerzas del gobierno el sábado pasado en Cali, octubre 28 p. 1ª.-7ª.*

*El ejército de Colombia permanecerá unido y vigoroso en torno al gobierno legítimo: declara el general Rojas Pinilla, octubre 28 p. 1ª.*

*Decretado el Estado de Sitio en la República, noviembre 10, pp. 1ª.*

*Habla Laureano Gómez: hay que cumplir la ley que señaló el 27 para realizar las elecciones presidenciales, noviembre 12, p. 1ª.*

*Orden, paz y trabajo se disfruta hoy en todo el territorio del Valle del Cauca, noviembre 14, pp. 1ª.-3ª.*

*Habla Laureano Gómez: La situación económica del país es magnífica, dice el Superintendente de Sociedades Anónimas, noviembre 15, pp.*

*Plan terrorista de incalculables proporciones descubrió el gobierno en el occidente, noviembre 18, pp. 1ª.-10.*

*El ejército está preparado para aplastar cualquier intento de subversión: Rojas Pinilla, noviembre 22, p. 1ª.*



*Laureano Gómez invita al partido liberal a colaborar en su gobierno,* Noviembre 23, p. 1ª.

*A 1.100.000 votos asciende la votación en la república por el doctor Laureano Gómez,* noviembre 23 p. 1ª.

*Aumentada en ciento ochenta y ocho unidades la policía nacional en el Valle del Cauca,* Noviembre, pp. 1ª.-3ª-

*Renovar la vida colombiana es la más viva de mis aspiraciones; declara Laureano Gómez,* diciembre 1, pp. 1ª.

*El enemigo cayó en la fosa que el mismo hizo, dice Monseñor Builes,* diciembre 1, p 1ª.

*Rojas Pinilla será vocero de los intereses vallecaucanos,* diciembre 8 pp. 1ª.

## DOCUMENTOS POLITICOS

1957 - 1980

### **1. Clase obrera y movimiento sindical**

- A. Delgado, *El auge obrero en 1962*, No. 30, 1963
- C.C. Cruz, A Paredes, *¿Es la clase obrera vanguardia revolucionaria en Colombia?*
- E. Caicedo, *El movimiento huelguista en 1965* No. 58, 1966.
- Cim, Cali, *Las tomas de fábricas*, No. 65, 1967.
- N. Buenaventura, *Clase obrera y marginados*, No. 77-78, 1968.
- A. Delgado, *El descenso huelguístico en 1968*, No. 79, 1969.
- A. Delgado, *El significado del Consejo Nacional Sindical*, No. 129, 1978.

### **2. Problemas agrarios y movimientos campesinos**

- N. Buenaventura, *Las luchas por la tierra y la reforma agraria*, No. 12, 1958.
- A. Delgado, *La agricultura y la industria*, No. 11, 1958.
- N. Buenaventura, *Mientras llega la hora de la reforma agraria*, No. 18, 1960.
- A. Quimbaya, *La cuestión agraria y el primer censo nacional agropecuario*, No. 52 a 59, 1965-1966.
- Carlos Duica, *El problema agrario en Colombia*, No. 54, 1965.
- Albeiro Valencia, *Apuntes sobre el desarrollo capitalista en el campo*, No. 110, 1974.
- Antonio Pérez, *El programa agrario proimperialista de López*, No. 115, 1975.
- Arturo Rivera, *Algunas características del desarrollo capitalista*, No. 114, 1975.

-----*Expropiación en el campo colombiano*, No. 110, 1974.  
Albeiro Valencia, *Diferenciación social del campesinado colombiano*,  
No. 111, 1974.  
Documento: Exposición de motivos sobre el Fondo Nacional del Café,  
No. 133, 1978.

### 3. Estudios económicos

E. Caicedo, *Anotaciones sobre nuestro desarrollo capitalista*. No. 32,  
1963.  
T. Varela, *Empréstitos e inversiones: los arietes del atraso colombiano*,  
No. 89, 1970.  
Grupo de Economistas, *Las medidas económicas del gobierno de López*,  
No. 111, 1976.  
Julio Silva C. *El Estado en la economía colombiana*, No. 132, 1978.  
-----*La década de los 70*, No. 140, 1980.

### 4. Estudios históricos e historiografía y documentos

Gilberto Vieira, y A. Romero, *El problema de la violencia*, No. 11, 1958.  
F. Posada, *La violencia en la vida colombiana*, No. 67, 1967.  
Gilberto Vieira, *Las enseñanzas del nueve de abril*, No. 104, 1973.  
Documento, *Texto del manifiesto del P.C.C. frente al plebiscito de 1957*,  
No. 140, 1980.  
Medófilo Medina, *El P.C.C. ante el asesinato de Gaitán*, No. 141, 1980.  
N. Buenaventura, *Sintetiza 50 años de historia del P.C.C.*, No. 142, 1980.  
Medófilo Medina, *La crisis política. El paro cívico de 1944*, No. 142,  
1980.

#### EL ESPECTADOR

1951 *Conocido dirigente obrero falleció en esta ciudad anoche*, enero 26, p. 3.  
*“Charro Negro”, muerto en refriega de ex guerrilleros*, enero 12, pp. 1-16.  
*Guerra en el sur de ex guerrilleros*, enero 13, pp. 1-2.

#### EL SIGLO

1964 *Golpe decisivo contra la violencia*, abril 15, p. 15.  
*Cuatro regiones en poder de los malhechores comunistas*, abril 15, p. 15.  
*El bandolerismo se ha reducido en Colombia, dice militar de EEUU.*, abril 15,  
p. 15.  
*En el oriente de Caldas se afianza la tranquilidad dice gobernador Mendoza*,  
Abril 21, p. 10.  
*Comunistas incitan a la lucha abierta si invaden Marquetalia*. Abril 23, p. 13.  
*1964 será el año de la seguridad social*, dijo el presidente Valencia, abril 23, p.  
7<sup>a</sup>.

*La banda de 'Tirofijo' asesinó al inspector de policía de 'Órganos', mayo 12, p. 3ª. Y 1ª.*

*Cuando iniciamos este gobierno los bandoleros estaban en las gradas del capitolio, dice Valencia, mayo 16, p. 2ª.*

*Gracias a Valencia por la paz darán los gremios campesinos. Mayo 19, p. 3.*

*El batallón Colombia operaría en Marquetalia, mayo 22, p. 3 y 1ª.*

*El ejército de Colombia es capaz de defender la soberanía de toda la nación con sus propios medios, mayo 22, p. 3. y 1ª.*

*Ruiz Novoa y Fajardo Pinzón en Marquetalia, mayo 22, p. 3 y 1ª.*

*El batallón Boyacá entra a operar en Marquetalia hoy. Mayo 23, p. 1ª. -11ª.*

*Los habitantes de Marquetalia esperan la acción del ejército para liberarse de 'Tirofijo', mayo 23, p. 1-13.*

*Es insensato tergiversar intenciones del ejército en la zona de Marquetalia, mayo 26, p.5ª.*

*El comunismo no combatirá al ejército sino que buscará un nuevo refugio en otra zona, mayo 27, p. 5ª.*

*El bandolerismo sí es consecuencia de los problemas sociales, afirma el coronel Alvaro Valencia Tovar, junio2. p. 3.*

*El ejército inició combates con las bandas de Marquetalia. Junio 3. p. 13.*

*"Tirofijo" estableció la pena de muerte en la región de Marquetalia, junio 4, p. 3ª. 350 mil pesos recolectados por los comunistas para enviar a Marquetalia, junio 4, p. 3ª.*

*No será bombardeada la región de Marquetalia, junio 6, p. 3.*

*Dos bandoleros eliminados y un soldado herido en contacto en Marquetalia, junio 6, p. 3ª.*

*El ejército se tomó el Cerro de Rincón de la Floresta en Marquetalia, junio 7, p. 12.*

*Actos del 9 de junio, julio 10, p. 1ª.*

*Tirofijo había prometido a los campesinos que el ejército arrasaría a Marquetalia, junio 12, p. 3ª.*

*Libertada Marquetalia, junio 15. p. 3ª.*

*El restablecimiento de la ley está próximo en Marquetalia, junio 15, p. 3ª.*

*La operación Marquetalia. 3 militares muertos, 11 heridos y 14 bandoleros eliminados en 25 días, junio 16. p. 1ª. 13.*

*En Riochiquito, en Pato y Guayabero se adelantarán acciones cívicas únicamente. Junio 16. p. 1ª.*

*Felicitación a las tropas que tomaron a Marquetalia enviaron Ruiz Novoa y Fajardo Pinzón, junio 16. p. 13.*

*Marulanda y sus hombres se aprestaban a comer cuando los sorprendió el ejército. Junio 17, p. 8.*

*Cinco soldados heridos en combate de 7 horas ayer en Marquetalia, junio 17. p. 8.*

*Escapó de un abaleo el comandante de la "Operación Marquetalia", junio 18, pp. 1- 15.*

*Cuatro muertos al estallar un campo minado en Marquetalia, junio 19, pp. 1ª. 3ª.*

*No es necesario aumentar pie de fuerza para acabar la violencia, dice Camacho, junio 19, p. 3.*

*El gobierno de Colombia está en capacidad de imponer la autoridad en cualquier región de la nación.* junio 19, p. 3ª.

*250 hombres y víveres para dos meses tiene “Tirofijo”,* junio 19 p. 3ª.

*Hechos y nombres que hacen la historia,* Revista Semanal, junio 21, p. 9.

*4 quintas partes de Marquetalia domina la tropa,* junio 21, p. 14.

#### EL TIEMPO

1949 *Los jefes de los dos partidos condenan la violencia política.* Documento, abril 2. p. 1ª.

*Nombrados 54 alcaldes militares para todo el país,* abril 2, p. 1ª.

*Cesa la colaboración liberal. El presidente constituyó anoche nuevo gobierno,* Mayo 22. p. 1ª.

*Inmensa sensación en el país por la ruptura de la unión nacional,* mayo 23, p. 1ª.

*...un muerto y un herido causaron los facinerosos atacantes de El Dovio,* agosto 4, p. 6ª.

*Ola de violencia en el Valle. Los conservadores la promueven en varias zonas,* Agosto 6. p. 9.

*En El Dovio se inicia la campaña violenta del partido conservador. Numerosos muertos de filiación liberal han resultado...,* agosto 6. p. 9.

*Farsa sangrienta serían las elecciones declara el Registrador del Estado Civil,* Octubre 24, p. 1-15.

*El liberalismo no irá a elecciones ni reconocerá el resultado de la sangrienta farsa,* dijo Echandía, noviembre 2, p. 1ª.

1950 *Sobre los sucesos en el Valle del Cauca habla Barrero O.,* enero 7, p.1ª.

*En violento duelo con un rival fue muerto el célebre Lamparilla,* enero 10. p. 1ª. y 2ª.

*López habla sobre la actual situación política del país,* enero 26, p. 1ª.

*El presidente se dirige a los ministros con motivo de la renuncia colectiva,* Febrero 3, p. 1ª.

*“Pájaro Azul” amigo de “Lamparilla” fue muerto en Ipiales,* junio 21, p. 1ª.

*Eliseo Velásquez es condenado por un tribunal militar,* junio 29, p. 1ª.

1955 *Alocución presidencia. Durante mi gobierno no será levantado el estado de sitio,* enero 2, p. 1ª.

*El presidente y el estado de sitio,* enero 3, p. 1ª.

*El Estado de Sitio permanente: opinión de la prensa nacional sobre las tesis Presidenciales,* enero 4.

*¿Un tercer partido? Pabón anunció la formación de un frente de acción nacional,* enero 10.

*2 años de cárcel para el que irrespete al gobierno,* marzo 2, p. 11.

*Numerosas víctimas causan en el Cauca y en El Tolima cuadrilla de bandoleros*, Marzo 23, p. 1<sup>a</sup>.  
*Encuentro armado entre tropas del ejército y miembros de una cuadrilla*, marzo 25, p. 1<sup>a</sup>.  
*Severas medidas militares en el oriente del Tolima*, abril 6, pp. 1<sup>a</sup>. 28.  
*La violencia no es política, dijo el coronel Navas Pardo*, abril 7, p. 1<sup>a</sup>.  
*Comenzó anoche la evacuación de Villarrica*, abril 14, p. 18.  
*Mil doscientos evacuados de Villarrica llegaron ayer tarde a Ibagué*, abril 15, p. 1<sup>a</sup>.  
*La violencia en el Tolima. Comunicado oficial sobre la situación en el Departamento*, abril 21, p. 1<sup>a</sup>.  
*Nuevos detalles del asalto hecho a la población de Jambaló*, abril 23, p. 1<sup>a</sup>.  
*Delegados del presidente irán a las regiones de Villarrica*, abril 24, p. 1<sup>a</sup>.  
*Villarrica: 2.500 es el número de evacuados, informe del gobernador de Cuellar*, abril 23.  
*Lo que yo viví en Villarrica*, por Héctor Echeverri Cárdenas, director del *Diario Tribuna*, mayo 1. p. 1<sup>a</sup>.  
*Comisión nacional de paz establecerá el gobierno*, mayo 3, p. 1<sup>a</sup>.  
*Con los niños de Villarrica*, crónica de Yanira Olaya, mayo 8, p. 1<sup>a</sup>.  
*El presidente Rojas acoge la idea de la comisión de paz*, mayo 14, p. 1<sup>a</sup>.  
*El problema de la violencia y la influencia comunista*, mayo 14, p. 1<sup>a</sup>.  
*“Pájaro Azul” preso al cometer nuevo homicidio, ayer en Bogotá*, mayo 19. p. 1<sup>a</sup>.  
*Armaremos a los hombres de bien y desarmaremos a los peligrosos*, julio 9, p. 1<sup>a</sup>.  
*El último soldado de la violencia en todo el Valle*, junio 10, p. 1<sup>a</sup>.  
*El conservatismo está en la oposición y reclama el poder*, junio 13, p. 1<sup>a</sup>.

## INTERMEDIO

1956 *Drásticas medidas para combatir el comunismo adoptó el gobierno*, marzo 2 p. 1<sup>a</sup>.

*El Sic informa sobre su lucha contra el comunismo*, marzo 8, p. 19.

1957 *Regreso a la normalidad piden los jefes de los dos partidos*, mayo 11, p. 1<sup>a</sup>.

*Comisión para recorrer el país y explicar la concordia, se acordó en la Fiesta del frente civil*, mayo 31, p. 1<sup>a</sup>.

*Ex guerrillero Guadalupe Salcedo pereció trágicamente...*, junio 7, p. 1<sup>a</sup> y 19.

## EL TIEMPO

1957 *Jorge A. Rivera, se realizan nuevas entrevistas con los guerrilleros del Huila*, julio 5, p. 1<sup>a</sup>.

*Mientras subsista la impunidad no podrá haber paz en el Valle*, julio 7, p. 1<sup>a</sup>.

*Fórmulas de paz presentaron los guerrilleros del Tolima*, julio 11, p. 6<sup>a</sup>.

*Quemado vivo murió Pájaro Azul, en jurisdicción de El Espinal*, julio 12, p. 1<sup>a</sup>.

*Cómo nacieron las guerrillas del municipio de Villarrica*, julio 18, p.1<sup>a</sup>.

*Un plan concreto de paz plantean las guerrillas: Oscar Reyes, comandante*

*del oriente propone soluciones*, julio 22, p. 1.  
*Conferencia de paz con el jefe de las guerrillas del suroeste: se efectuó en Rioblanco*, julio 26, p. 1ª.  
*Entrevista con los guerrilleros de Tierradentro*, julio 30, p. 9.

1958 *La prensa de todo el país está contra la violencia*, enero 4, p. 3.  
*Plan contra la violencia debe estudiar el congreso: Lleras R.*, febrero 8, p. 1ª.  
*Este gobierno acabará con la violencia*, dijo Turbay Ayala, enero 8, p. 1ª.- 10  
*Queremos que el pueblo recobre su fe en las fuerzas armadas*, enero 20, p. 1ª.  
 Última página.  
*Buscar urgentemente el origen de la violencia pide “el catolicismo”*, febrero 8, p. 1ª.- 19.  
*Unión liberal en el Valle*, febrero 10, p. 1ª.  
*Sugieren fórmulas para acabar con la violencia, en Caldas*, febrero 10, p. 1ª.  
 20.  
*Texto completo de la alocución del doctor Lleras Camargo. El director del Liberalismo renueva fe en los destinos de la patria. No hay muertos conservadores ni liberales, sino muertos colombianos*, febrero 13, p. 13.  
*Barrancabermeja en huelga total contra la violencia*, febrero 18, p. 1ª.- 14.  
*16 mil muertos en los últimos ocho años por violencia en el Tolima*, febrero 23, p. 1ª.- 16.  
*Comisión investigadora de la violencia pidió Alberto Lleras*, febrero 23, p. 1ª.  
*Comisión investigadora de la violencia*, marzo 5, p. 1ª.- 9.  
*Creado departamento de investigación de tierras adquiridas por la violencia*, Marzo 27, p. 1ª.- 23.  
*El gobierno creará comisión para estudiar las causas de la violencia*, mayo 17, p. 1ª.  
*Plenos poderes para la investigadora de la violencia*, mayo 27, p. 1ª.- 21.  
*¿Quiénes forman la comisión para la violencia?*, mayo 28, p. 1ª.- 15.  
*Se investigarán las torturas en el batallón “Tenerife”*, junio 10, p. 3.  
*Estricto control militar opera en el Tolima*, junio 11, p. 1ª.- 21.  
*Completo análisis de la situación del Tolima se hizo ayer en palacio*, junio 13, p. 1ª.- 13.  
*Unión contra la violencia piden los partidos*, junio 14, p. 1ª.- 10.  
*En marcha campaña contra la violencia, comisión bipartidista viajó ayer al Municipio de Dolores*, p. 1ª.- 19.  
*Echandía viaja hoy al Tolima*, junio 18, p. 1ª.- 23.  
*Una nueva realidad nacional. El helicóptero ha salvado más de 5.000 vidas durante la violencia*, junio 19, p. 1ª.- 15.  
*Investigadora especial para el Tolima creó el gobierno*, junio 29, p. 1ª.- 23.  
*Gira nacional pro-paz inició la comisión sobre la violencia*, junio 21, p. 1ª.- 22.  
*Estudio sobre la violencia hace el Exmo. Señor arzobispo de Popayán*, junio 22, p. 1ª.- 9ª.  
*Análisis de la violencia hizo López de Mesa en conferencia radial de ayer*, junio 23, p. 1ª.- 22.  
*Echandía informa sobre los últimos hechos de violencia*, junio 24, p. 1ª.- 2ª.  
*Respaldo a la comisión de la violencia da el gobierno*, junio 25, p. 1ª.- 16.  
*El doctor Echandía confía en medidas que se adoptarán*, junio 25, p. 1ª.- 16.  
*Para solucionar el problema de la violencia habrá delegados presidenciales*, Junio 26, p. 1ª.  
*Plan de acción para el Tolima*, junio 27, p. 1ª.

*La comisión de la violencia inicia estudio en Caldas*, junio 27, p. 1ª.- 19.  
*La lucha contra la violencia, rango de ministros para los delegados*, junio 28, p. 1ª.- 5.  
*El bandolerismo en Caldas. Una resultante de la crisis de autoridad: impunidad y pillaje*, junio 29, p. 1ª.- 9.  
*Recomendaciones sobre el Tolima hacen Salazar Gómez y Mejía*, julio 3, p.1ª.-21.  
*El ex presidente Echandía habla sobre la violencia*, julio 5, p. 1ª.- 16.  
*Invitación a la paz formula la Asamblea del Sur*, julio 7, p. 1ª.-18.  
*La comisión investigadora de la violencia viaja mañana al Valle*, julio 7, p. 7.  
*Regresó del Tolima el doctor Darío Echandía; hoy habla con la junta*, julio 8, p. 1ª.- 18.  
*Recomendaciones para cambiar la violencia*, julio 9, p. 1ª. -19.  
*Echandía dirigirá compañía de rehabilitación del Tolima*, julio 11, p. 1ª.- 18.  
*Gira por el Valle inicia comisión de la violencia*, julio 14, p. 1ª.- 15.  
*La comisión de la violencia visitará al Cauca, Tolima y Huila*, julio 22, p. 1ª.- 13.  
*Plan de rehabilitación para el Valle y Caldas*, julio 26, p. 1ª. 6.  
*Varios hechos de violencia en el Tolima*, julio 29, p. 1ª.- 17.  
*La violencia en el Tolima, el comando de la brigada rectifica una información*, Julio 30, p. 1ª.- 20.  
*Paredes propone crear junta de rehabilitación*, agosto 1º, P. 1ª.- 21.  
*El presidente estudia la situación del Tolima*, agosto 12, p. 1ª.- 13.  
*Los comisionados de la investigadora irán al departamento del Tolima*, agosto 14, p. 1ª.- 23.  
*La comisión de la violencia continuó informando ayer*, agosto 17, p. 1ª.- 19.  
*Gira por las zonas guerrilleras del Tolima, hará la Misión de Paz*, agosto 26, p. 1ª.- 26.  
*Levantado ayer el Estado de Sitio*, agosto 28, p. 1ª.-15.  
*Parcelaciones y nuevos frentes de trabajo para combatir la violencia*, septiembre 2, p. 1ª.- 18.  
*Análisis de la violencia comenzó en la Cámara*, septiembre 2, p. 1ª.- 18.  
*Comisión de rehabilitación creada anoche*, septiembre 4, p. 1ª.  
*Echandía y la paz del Tolima*, septiembre 19, p. 1ª.  
*Desde hoy se aplicará el plan de ayuda al Tolima*, septiembre 19, p. 1ª. -12.  
*Se autoriza extrañamiento en las zonas de la violencia*, octubre 8, p. 1ª.- 19.  
*Adelantada la pacificación en el Tolima y el Huila*, octubre 20, p. 1ª. -9.  
*Dramático análisis de la violencia hace el ministro Amaya*, noviembre 6, p. 1ª. 7ª.  
*El ministro de gobierno completó su exposición sobre la violencia*, noviembre 7, p. 1ª.- 10.  
*Se consolida la paz en el Tolima, fue logrado un acuerdo entre Cunday y Villarrica*, Noviembre 12, p. 1ª.- 18.  
*Los guerrilleros del Huila y Tolima han depuesto las armas* noviembre 17, p. 1ª.-23.  
*Se activa la justicia en las zonas de violencia*, noviembre 29, p. 1ª.- 7ª.  
*La paz sigue afianzándose en el país, dice Amaya Ramírez*, diciembre 3, p. 1ª.- 9.  
*Depusieron armas guerrilleros conservadores del sur del Tolima*, diciembre 17, p. 9.

1960 “*Mariachi*” denuncia un nuevo plan subversivo en el Tolima, enero 3, p. 3.  
 El gobierno envía tropas a Gaitana y Planadas, enero 13, p. 1ª. - 14.  
 El ejército impondrá paz y orden en el sur del Tolima, enero 14, p. 19.

*“Mariachi” herido ayer en Gaitana*, enero 15, p. 9.  
*¡El Tolima pide paz!* enero 8.

1964 *Mensaje de Valencia, afianzaremos la paz en el 64*, enero 2, p. 1ª.- 21.  
*“Tirofijo” trata de salir del país con rumbo a Cuba*, abril 15, p. 14.  
*La sexta brigada explica campaña de Marquetalia*, abril 21, p. 9.  
*Misión socio-económica visitará a Marquetalia*, abril 25, p. 6.  
*La paz debe consolidarse con estímulos a los campesinos*, mayo 3, p. 3.  
*Se desintegró misión de Marquetalia*, mayo 3, p. 9.  
*Una aclaración gráfica*, mayo 6, p. 3ª.  
*Negado permiso a sacerdotes para ir a Marquetalia*, mayo 1º. P. 19.  
*El gobierno no tolera gentes fuera de la ley*, mayo 6, p. 1ª.- 31.  
*ANDI destaca el triunfo del país sobre la violencia*, mayo 6, p. 11.  
*El gobierno recuperará control de Marquetalia*, mayo 7, p. 1ª.- 6.  
*Nuestro próximo objetivo, Efraín González: Valencia*, mayo 8, p. 1ª. - 14.  
*El país puede estar tranquilo y seguro de sus Fuerzas Armadas*, mayo 10 p. 1ª.-6ª.  
*Bajo mi gobierno no se ha fusilado ningún ciudadano*, mayo 11, p. 1ª.- 11.  
*Dirigentes del MRL insisten en ir a Marquetalia*, mayo 12, p. 7.  
*El último reducto de la violencia, ¿qué es Marquetalia?*, mayo 16, p. 12.  
*Comienza plan de Marquetalia*, mayo 18, p. 1ª.- 13.  
*Pacificado El Tolima con la muerte de Tarzán, cuyo entierro fue ayer*, mayo 18, p. 7.  
*La operación Marquetalia, no hay invasión militar: Ruiz*, mayo 20, p. 1ª.-6.  
*El ejército de Estados Unidos ha cooperado con el Colombiano*, mayo 21, p. 16.  
*No hay tropas de Estados Unidos en Colombia: Revéis*, mayo 22, p. 6.  
*Ruiz Novoa visita al Huila*, mayo 22, p. 10.  
*Muertos dos bandoleros y capturados 5*, mayo 23, p. 21.  
*Resultados positivos en Marquetalia, qué es Marquetalia*, mayo 23, p. 21.  
*Ruiz dice que es nacional el éxito contra la violencia*, mayo 23, p. 21.  
*300 millones de pesos costará la “operación Marquetalia”*, mayo 24, p. 6ª. 1ª.  
*La operación Marquetalia. El comunismo no luchará contra el ejército Sino buscará un nuevo refugio*, mayo 25, p. 1ª.- 5.  
*Habrá cambio de estructuras pero por los medios legales*, mayo 28, p.1ª.-28.  
*Mensaje de “Tirofijo” a las autoridades*, mayo 28, p. 1ª.- 28.  
*“Pato”, otra república independiente, de “Richard”*, mayo 30, p. 6.  
*Las “república independiente”, “Richard” hace su voluntad en El Pato*, mayo 30, p. 1ª.- 6.  
*Eliminación del bandolero en potencia*, mayo 31, p. 24.  
*En el día de las Fuerzas Armadas, el Batallón Colombia, motor de pacificación*, Junio 1º, P. 21.  
*La operación Marquetalia debe generalizarse en todo el Tolima*, junio 2, p. 25.  
*Abiertas acciones en Marquetalia*, junio 3, p. 1ª.- 6.  
*Tirofijo combate al ejército en emboscada*, junio 4, p. 24.  
*La operación Marquetalia, 2 bandoleros dados de baja*, junio 6, p. 3.  
*Mil hombres tiene Tirofijo*, junio 6, p. 3.



*1ª. Misa en dominio de "Tirofijo", junio 6, p. 3 y 1ª.*  
*El ejército se tomó el cerro de Rincón, junio 7, p. 1ª.- 12.*  
*Continúa el avance en Marquetalia, junio 6, p. 7.*  
*Marquetalia, en pie de guerra y en pie de paz, junio 8, p. 29.*  
*Nueve retenidos por bombas, junio 9, p. 1ª. -28.*  
*La situación en Marquetalia, pugna entre los jefes comunistas, junio 9, p. 28.*  
*Muertos tres antisociales de "Tirofijo", junio 20, p. 1ª.- 13.*  
*Siete puestos de salud se construyen en Marquetalia, junio 11, p. 6.*  
*Muertos otros dos bandoleros en Marquetalia, junio 12, p. 1ª. -20.*  
*Final de las "repúblicas independientes". Dominada "Marquetalia", junio 15, p. 1ª.- 13.*  
*Activa la persecución contra "Tirofijo", junio 16, p. 28.*  
*Se estrecha el cerco, junio 17, p. 7.*  
*Camacho Rueda asiste hoy a ceremonia en Marquetalia, junio 18, p. 1ª.-8.*  
*Continúa el avance de las FFAA., junio 18, p. 1ª.- 11.*  
*"Richard" no ha muerto, afirma Currea Cubiles, junio 19, p. 11.*  
*La situación en Marquetalia, reafirmado el gobierno, junio 19, p. 1ª.- 11.*  
*"Repúblicas independientes". Pato, otro objetivo, junio 20, p. 15.*  
*"Mas tropas llegarán a Marquetalia", dice el comandante de la Brigada, junio 20, p. 1ª.- 14.*  
*"Tirofijo" habría huido a los llanos, junio 21, p. 6.*  
*"Tirofijo" busca unión con Richard, junio 22, p. 1ª.- 30.*  
*Marquetalia se podría llamar "Villa Susana", junio 23, p. 1ª.- 15.*  
*Misterioso avión voló sobre Marquetalia, junio 25, p. 1ª.- 12.*  
*Cerco a "Tirofijo", activa la persecución, junio 16, p. 1ª.- 28.*  
*La situación en "El Pato": hay purga comunista, junio 28, p. 15.*

## JORNADA

1949 *Si pierde el conservatismo, habría guerra civil, dice padre Chepito,*  
 julio 1º, p. 1ª.  
*Matando liberales, se agrada a Dios, dice un párroco en el Valle hoy, julio 5, p. 1ª.*  
*100 familias huyen del Valle por la persecución azul, julio 17, p. 2ª.*  
*...3 millones de labriegos han huido de los campos, ante la sistemática persecución oficial,*  
 julio 27, p. 1ª.  
*Os invito a matar más liberales, dice en plena misa párroco de Chiquinquirá,*  
 Agosto 2, p. 1ª.  
*Que los nuevos contingentes del ejército deben ser absolutamente conservadores, sugiere*  
*Rojas Pinilla, agosto 4, p. 1ª.*  
 Vale-El Dovio, agosto 6, p.1ª. 3ª.  
*Gravísima situación en el norte del Valle: más de cien muertos en el Dovio, agosto, 6 de*  
 1949, p. 1ª.- 3ª.  
*El secretario de Hacienda...*  
*Ha entregado todos los vehículos del departamento a sus parientes para que negocien*  
*en Caldas ahora, agosto 19 de 1949. p. 2ª.*  
*Llegan a Cali numerosos de los heridos, Cali, agosto 24, p.*

*Parece inminente la dimisión del gobernador del Valle del Cauca, doctor García Córdoba, Cali, agosto 25 p.*

*Continúan llegando a Armenia familias enteras de exiliados políticos, de Quimbaya y Dovio, Armenia, agosto 24, p.*

*Comité pro-paz se funda para el Valle ahora, Cali, agosto 24, p.*

*Dramático relato. En briosas cabalgaduras los azules asaltaban sin piedad a ancianos, mujeres y niños. Cali, agosto 25, p. 2ª.*

*La situación política en el Valle. Más de 20 liberales han sido asesinados en el Dovio. Dice el doctor Adolfo Romero, agosto 31, p.*

*Delincuentes reconocidos son alcaldes. Bogotá, agosto 31, p.*

*Mensaje subversivo de Rojas Pinilla a los militares. El ejército debe desconocer al parlamento y apoyar a Ospina P., septiembre 8, p. 3ª.*

*Otra vez Rojas Pinilla: ordena vigilar estrechamente a los jefes liberales y rondar sus hogares, Tulúa, septiembre 15, p.*

*Preparaban militares del 10 de julio. Buenaventura, septiembre 20. p.*

*En cambio, los bandoleros se burlan de él. Tulúa, septiembre 22. p.*

*A Mariquita huyen ahora los liberales. Fresno, septiembre 22, p.*

*Forajidos "Chulavitas" en acción, Buenaventura, octubre 1, p.*

*En la cámara. Dentro de una zambra conservadora fue aprobado ayer el proyecto de la policía, en la comisión primera. Octubre 10, p.*

*El Valle-Betania, el salvajismo conservador en el Valle: la vida y la honra, dos cosas sin valor alguno, octubre 14, p. 1ª.*

*Lleras Restrepo declaró en el Senado: "Este gobierno asesina a la patria y mancha la historia", octubre 19, p. 1.*

*Abaleado el pueblo caleño ayer tarde, octubre 19, p. 1ª.- 6ª.*

*120 muertos en Ceilán: la policía, responsable. Tulúa, Riofrío y Bugalagrande han sido víctimas de ataques continuos en los últimos días, octubre 28, p. 1ª.-8ª.*

*Orden de luchar dio Lleras Restrepo al partido, octubre 29, p. 3ª.*

*Don Jaime Gutiérrez asesinado, noviembre 7, p.*

## EL RELATOR

1949 *La arenga política del doctor Laureano Gómez, agosto 16, p 4.*

*Importantes declaraciones políticas. Se opera la desvalorización de la vida humana entre colombianos, dice el doctor Alfonso López, agosto 17, p. 1ª.-3ª.*

*La cruzada nacional de la paz. El comité en el Valle constituido ayer por Destacados organismos, agosto 20 p. 1ª.-6a.*

*Guerra con paz y paz sin guerra, Cali, agosto 25, p. 4ª.*

*Los refugiados de El Dovio en Cali se dirigen a "Relator" en interesante Carta, Cali, agosto 27, p. 1ª.- 3ª.*

*Paz nacional contra la guerra parlamentaria, Cali, septiembre 8, p. 4ª.*

*Tic-tac habla de su matrimonio y de la benevolencia. La tierra en el Norte del Valle ha sido convertida en tierra sepulcra, octubre 9, p. 1ª.-3ª.*

*La población de Betania, en el Valle fue totalmente incendiada por forajidos. octubre 11 de 1949*

*La violencia se ha apoderado de sectores del departamento, octubre 17, p. 1ª.-8ª.*

*Numerosos heridos en casa liberal de Cali, octubre 19, p. 1ª.-3ª.*

*La violencia motorizada y la autoridad a pie..., octubre 19, p. 4ª.*

*Inseguridad en el Valle. Las informaciones de Relator se han ajustado a la verdad,* octubre 20, 1949, p. 1<sup>a</sup>-7<sup>a</sup>.

*Cerrados varios estancos hoy por la violencia en el Valle,* octubre 22, p.

*Ocho personas fueron ultimadas ayer en el municipio de Tulúa,* octubre 24 P. 1<sup>a</sup>.

*La violencia en el Valle, ocho muertos en Ceilán y cuatro en el Zarzal, se registraron,* octubre 22, p.

*Ceilán fue atacada y destruida...,* octubre 28, p. 1<sup>a</sup>-7<sup>a</sup>.

*Los forajidos establecieron oficina en la inspección de policía de Huasanó,* Octubre 321, p. 1<sup>a</sup>.

*Asesinados el doctor Américo Abadía, Rafael Ospina y Saulo Becerra D., anoche a las ocho,* noviembre 3, p. 1<sup>a</sup>.

*57 cadáveres rescatados del río Bugalagrande después de la horrenda matanza de San Rafael,* noviembre 3, p.1<sup>a</sup>.

*Más de doscientos impactos de bala localizados en la Casa Liberal de Cali,* Noviembre 9, p. 1<sup>a</sup>.

#### VANGUARDIA DEL PUEBLO

1951 *Combativa protesta constituyó el entierro del C. Manuel Marulanda Vélez, gran dirigente obrero,* Semana 14- 21, febrero, p. 1<sup>a</sup>- 8<sup>a</sup>. Esta edición aparece bajo censura oficial.

1952 *En el XXII aniversario de la fundación del partido comunista, el comité central,* julio 15,-31, p.

#### VOZ DE LA DEMOCRACIA

1961 *Campesinos de El Pato exigen escuelas, caminos y puentes,* No. 151, octubre, p. 4<sup>a</sup>.

*Joaquín Moreno, impedir la violencia regresiva,* No. 153, noviembre, p. 3.

*12 años de violencia bajo estado de sitio,* No. 154, p. 1<sup>a</sup>. noviembre.

*Ahora más que nunca, autodefensa de masas,* noviembre, No. 154, p. 2<sup>a</sup>.

*En pie contra la violencia,* diciembre, No. 156, p. 4<sup>a</sup>.

1962 *La operación Marquetalia,* enero 27, No. 161, p. 1<sup>a</sup>.

*Los antecedentes de la operación Marquetalia,* febrero 3, No. 162, p. 3.

*Los campesinos señalan al ejército como responsables de la violencia,* febrero 17, No. 164, p. 1<sup>a</sup>.

*Ramón López: la violencia arma contra las masas del pueblo,* febrero 17,

No. 164, p. 3<sup>a</sup>.

*La criminal maniobra electoral llamada “Operación Marquetalia”,* febrero 24, No. 165, p. 4.

*Ejército y bandoleros planean nueva agresión contra Marquetalia,* abril 7,

No. 171, p. 1<sup>a</sup>.

*¿Qué es la autodefensa?,* mayo 5 No. 174, p. 3.

*La violencia y la guerra vienen de los altos mandos militares,* mayo 19, No. 176, p. 3.

*¿Qué es la autodefensa?,* junio 2, No. 178, p. 8.

*Contra Marquetalia, el gobierno y “Mariachi” firman pacto,* junio 9 No, 179, p.

*¿Qué es la autodefensa?,* No. 183, julio 7, p. 4.

*Organizan nueva agresión en contra de Marquetalia,* agosto 11, p. 8, No. 188.

1963 *El batallón Junín prepara asalto a Riochiquito, Cauca*, mayo 16, No. 226, p. 1ª.

#### VOZ PROLETARIA

1964 *Despojar a campesinos*, mayo 26, p. 2.

*Sigue el rechazo democrático a la "Operación Marquetalia"*, mayo 28, No. p. 12-13.

*Tropas gringas organizan la violencia en Colombia*, mayo 28, No. Pp. 8-9.

*En la página 12 aparece afiche distribuido por el ejército, ofreciendo recompensa de \$ 50.000 por cabeza de Tirofijo*, mayo 28, No. P. 12.

*200.000 colombianos con Marquetalia*, junio 4, p. 6-7 No.

*Especial desde Marquetalia*, junio 4, pp. 10 y ss- Isaura Yosa.

*Plan de agresión contra El Pato*, junio 4.

*La agresión vista por comunistas francesas*, junio 11, editorial, p. 6.

*Manuel Marulanda no es un bandolero*, junio 11, p. 7.

*La toma militar de Marquetalia*, junio 18, p. 4.

*¿Por qué callan los altos mandos? El crimen oficial en Marquetalia bombardeada Marquetalia*, julio 9, p. 8.

*Los gastos de guerra en Marquetalia, con ese dinero, nosotros habríamos hecho varias revoluciones victoriosas, dice el comandante Manuel Marulanda*, septiembre 24, 2ª. Sec.

1965 *Los colonos de El Pato proponen a exiliados un plan de lucha unitaria*, febrero 11, p. 9.

*Marquetalia en la prensa de Europa*, febrero 25, segunda sección.

*Monstruoso genocidio se adelanta en El Pato*, mayo 6, p. 9.

1966 *Reportaje con Marulanda, Ciro y Yosa*, No. 123, abril 28, p. 9.

*Otra farsa judicial. Audiencia pública a comandante guerrillero Manuel Marulanda*, abril, p. 3.

*Dos años de invencible resistencia guerrillera*, No. 125, mayo 12, p. 3.

1967 *Nulo proceso contra el comandante Marulanda Vélez*, septiembre 7, No. 192.

1968 *El ministro de defensa reconoció en Ciro a un comandante revolucionario*, 2ª. Sección, octubre 17, p. 11.

## **Solapa Posterior**

*Tirofijo, o Manuel Marulanda, o Pedro Antonio Marín, pertenece a la leyenda: un hombre que tiene muchos nombres y ha muerto muchas veces, como lo ha contado el propio Arturo Alape en otro de sus libros. Pero esa leyenda, maravillosa o terrible, ha tenido el efecto de ocultar la historia: Estos treinta años en los que Marulanda ha tenido participación destacada como jefe de la guerrilla más antigua y poderosa del país. Ya era hora de que conociéramos la vida de un personaje de quien hemos oído tantas muertes. Esa es la importancia fundamental de esta larga biografía, con la que Alape concluye -tras El Bogotazo, memorias del olvido y la paz, la violencia: testigos de excepción- una trilogía absolutamente indispensable para comprender la historia contemporánea de Colombia.*

**ANTONIO CABALLERO**

*En los libros de Arturo Alape se destacan por igual dos empeños: la investigación y el trabajo literario. Esta característica de su obra es, a mi parecer, insular en la literatura colombiana, porque con ella Alape ha abierto el camino a un novedoso género que está a caballo entre lo novelesco y la investigación de la realidad histórica y social del país. Aclaro: Alape no novela los hechos históricos y los procesos sociales, sino que logra mantenerles su identidad como tal, pero introduciéndolos en un ámbito literario, ajeno por lo general a la simple redacción del hecho histórico. Y ahí está su acierto. Las vidas de Tirofijo se inscriben dentro de este género, en difícil equilibrio entre literatura e historia, para mostrar el proceso social y político de las últimas décadas y la vida de uno de sus protagonistas, hasta ahora ignorada, a pesar de ser uno de los más mencionados y discutidos.*

**MARÍA MERCEDES CARRANZA.**

### **Contraportada ó cuarta de forros**

*Este testimonio tiene el brío de “El Bogotazo”, pero su alta calidad literaria lo hace llegar más lejos y más hondo.*

*EDUARDO GALEANO*

*En el campo del gran reportaje sobre personajes y hechos de la historia nacional de los últimos cuarenta años se destaca de manera especial la obra de Arturo Alape. Es un escritor que en sus narraciones literarias sabe combinar lo sucedido en la vida real con lo imaginado por él.*

*Por el contrario, en sus grandes reportajes, que pronto se convierten en libros de enorme aceptación por parte de los lectores, Arturo Alape da la visión cabal del personaje o del acontecimiento por él descrito con rigor impecable. Que es producto de una minuciosa y, a la vez sagaz investigación. Lo que le permite entrar a fondo en libros que, como este, facilitan al lector un mejor conocimiento de lo que ha sido, de lo que es, la historia contemporánea de nuestro país.*

*Arturo Alape logra su propósito de escritor con un lenguaje claro, vivo y directo, y al mismo tiempo, eficaz por su sobriedad, por su ausencia de excesos retóricos.*

*GERMAN VARGAS CANTILLO*